

Library of Congress

Obras completas de Luis Muñoz Rivera ... Volumen 1.

OBRAS COMPLETAS DE LUIS MUÑOZ RIVERA CAMPAÑAS POLITICAS.

VOLUMEN I

EDITORIAL PUERTO RICO

27653 218 For Dr. and Mrs Clarence R. William with most cordial greetings— Muna Lea de Muñoz Marín June 3 1931 5?

CAMPAÑAS POLITICAS

OBRA COMPLETAS DE LUIS MUÑOZ RIVERA

VOLUMEN I CAMPAÑAS POLÍTICAS

(1890–1900)

SELECCIONADAS Y RECOPIADAS POR LUIS MUÑOZ MARÍN

EDITORIAL PUERTO RICO

LIBERTAD, 23 MADRID

F 1975 148

ES PROPIEDAD

Copyright 1925? Editorial Puerto Rico MADRID

PRINTED IN SPAIN

Gift June 1956 42-37232

Tipografía Yaglies, Doctor Fourquet, 4. Madrid. Teléfono 30–76 M.

SIRVA ESTA CUIDADA EDICIÓN DE LAS OBRAS COMPLETAS DE MI AMADO PADRE, DON LUIS MUÑOZ RIVERA, DE TESTIMONIO AFECTIVO Y HOMENAJE DE ADMIRACIÓN RENDIDO POR MI A LA MEMORIA VENERANDA DE AQUEL PATRICIO INSIGNE

HE DE DECLARAR QUE SIN LA COLABORACION INTELECTUAL Y LA COOPERACION MATERIAL DE DON EPIFANIO FERNANDEZ VANGA Y DE DON RAFAEL HERNANDEZ USERA NUNCA HUBIESE YO EN TAN BREVE TIEMPO LOGRADO PUBLICAR ESTA OBRA

MERECEN, PUES, TAN EXPERTOS Y VALIOSOS COLABORADORES MI GRATITUD Y LA DE CUANTOS VENERAN EL RECUERDO DE MI PADRE INOLVIDABLE YO DEDICO A MI MADRE ESTA COLECCIÓN EN QUE PALPITA EL ALMA DE SU ESPOSO

Luis MUÑOZ MARIN

ACLARACION NECESARIA

Por mi parte, al decidirme a publicar, en colaboración con Luis Muñoz Marín y con Epifanio Fernández Vanga, las obras de Luis Muñoz Rivera, no me mueve e l deseo de reverdecer antiguas querellas ni viejos antagonismos, sino el de rendir un alto homenaje de gratitud, de simpatía y de admiración al hombre que formó mi espíritu en el amor a la Patria, y, a la vez, el de dar una oportunidad a las nuevas generaciones de puertorriqueños de estudiar en los escritos de aquel insigne patricio uno de los períodos más interesantes de la historia de Puerto Rico.

No es mi intención tampoco poner en parangón la actuación del ilustre estadista con la de otros también inolvidables políticos que fueron sus contemporáneos o son sus sucesores más o menos ligados a él por los vínculos de las ideas. Pero no quiero dejar de expresar categóricamente la convicción que tengo de que cuando Muñoz Rivera surgió a la vida pública en aquella isla del Caribe no existía un pueblo y él, con sus campañas, con

Library of Congress

sus entusiasmos, con su patriotismo y con sus virtudes cívicas, fué quien formó el alma puertorriqueña tal como hoy existe, es decir, consciente y celosa de que el primero de sus deberes consiste en defender su personalidad como pueblo.

Rafael HERNANDEZ-USERA

Roma, mayo de 1924.

INTRODUCCIÓN

Vamos a limitar esta introducción a pocas observaciones. Tanto los artículos como las cartas aparecen en orden cronológico, con excepción de los titulados “Apuntes para un libro”. Estos, por ser una síntesis de los últimos dos años de la dominación española y los dos primeros de la americana, han sido colocados entre los últimos trabajos de la primera época y los primeros de la segunda que reproducimos.

Para comodidad del lector, al pie de los artículos de la época española, que inicia una campaña, se anotan las fechas de los subsiguientes trabajos de la misma campaña incluidos en esta obra. Con los artículos de la época americana no hemos considerado necesario seguir el mismo procedimiento, ya que Muñoz Rivera libró una sola campaña, larga y empeñada, durante el tiempo de esa época que él alcanzó: la campaña contra el despotismo de la ley Foraker y pro la autonomía puertorriqueña.

Aunque la obra de Muñoz Rivera está indestructiblemente vinculada a la historia política de Puerto Rico, esta recopilación no pretende ser una historia X política de nuestro período moderno. Tampoco—aunque así lo sea—pretende ser una biografía de Muñoz Rivera. Aspira sólo a ser una colección de documentos para la historia y para la biografía.

El objeto de la obra, por tanto, no es dar a conocer a los que las desconocieren, las ideas políticas de Muñoz Rivera. Si tal hubiese sido nuestro propósito, un ensayo crítico de veinte páginas y la reproducción de una docena de artículos y discursos hubieran bastado

Library of Congress

a satisfacerlo. Intentamos no más dejar entrever el movimiento histórico, despertar la curiosidad de los que no tengan de ese movimiento noticia completa; y queremos también perpetuar la memoria, no ya de las ideas de Muñoz Rivera, sino de las campañas que libró por esas ideas. Puerto Rico tiene un honor que disfrutan muy pocas comunidades: el primer héroe que el pueblo reconoce universalmente es un héroe civil. Y es bello que la conciencia colectiva de un pueblo arranque de una pluma y no de un sable.

Importa, sin embargo, recordar para que se juzgue el valor literario de esta obra con la debida imparcialidad, que la mayor parte de los artículos fueron fruto de la improvisación, en el sentido de que se escribieron al correr de la pluma por un hombre de acción agobiado de responsabilidades, y que el estilo se resiente a menudo de las circunstancias en que los escritos se dieron a la publicidad. Se ve el influjo del factor que indicamos en la diferencia de factura que existe entre los artículos escritos para diarios y los escritos con más reposo para el semanario "Puerto Rico Herald" y para el libro sobre el movimiento político de 1896 a 1900, cuyos primeros XI capítulos escribió y reproducimos. La regla, sin embargo, se quebranta. Durante el último año de su vida, en medio de su última y más grave campaña, escribió su mejor prosa y nos legó las fibras más fuertes y más profundas de su personalidad. Aquel último año, en que fuerzas antagónicas entre sí se unían para destruir al hombre que, por su carácter, estaba incapacitado para la derrota, tuvo, en momentos, la dignidad suprema de la tragedia espiritual. Y ese infierno interior le comunicó su fuego a algunos de los últimos trabajos que irradian la serenidad y el calor de un gran bosque que arde.

La influencia de los Estados Unidos sobre la prosa de Muñoz Rivera es notable. En sus "Cartas de Washington" aparece un "sense of humor" que a la mayoría de los puertorriqueños nos hace mucha falta y que a Muñoz Rivera le hizo falta también antes de entrar en contacto con la vida norteamericana. El estilo se hace sobrio, se intensifica, se sajoniza, en fin, Muñoz Rivera alcanza la plenitud de sus poderes de expresión después de los cincuenta años.

Luis MUÑOZ MARIN

PRÓLOGO

MUÑOZ RIVERA, POLITICO Y GOBERNANTE (ESTUDIO CRÍTICO)

Con dejes de ironía llamó un ágil periodista a Muñoz Rivera el Hombre Patria, y ciertamente el mote, que quiso ser despectivo, andando los tiempos pudo advertirse que calificaba sin hipérbole, y también sin atenuación, la figura de aquel hombre por tantos conceptos singular, único, que personificó en Puerto Rico todas las virtudes cívicas.

Desde que, como escribió Menéndez y Pelayo, Baldorioty, Acosta y Tapia fueron pensionados para seguir estudios en Madrid, y poniéndose en contacto con los problemas que lo mismo en el orden científico que en el social y en el literario inquietaban a los espíritus escogidos, llevaron a la isla la palpitación de la vida moderna, han ilustrado nuestro foro, nuestra tribuna, nuestra cátedra y nuestra Prensa varones insignes, han representado al país en las Cámaras españolas primero, y en las puertorriqueñas después, hombres de talento excepcional, de nobles propósitos, de actuación desinteresada y de elevados ideales; pero ninguno, ni por la flexibilidad de su ingenio, ni por su perseverancia en la porfía, ni por sus variados dones espirituales, ni, especialmente, por su excelso patriotismo y su genial y certera visión de lo que reservaban los días futuros a Puerto Rico, ha llegado nunca XVI a encarnar, como encarnó Muñoz Rivera, las ansias colectivas, los intereses generales, el pensar entero y el sentir y el querer de la Patria.

Muy difícil había de ser para cualquiera trazar en un breve prólogo el retrato moral, la etopeya de aquel prócer del pensamiento de nuestra isla que se llamó Muñoz Rivera; pero hartos más difícil lo será para mí, porque, inevitablemente, al hablar de mi maestro, mis palabras, por mucho que me esfuerce en paliar mi fervor, han de sonar a ditirambo.

Library of Congress

Poco tiempo hace todavía que murió el gran repúblico, y falta está por ello la presente generación, por él adoctrinada, de la necesaria perspectiva para juzgarle, porque aún ocupa en la escena de la vida pública puertorriqueña la figura del estadista un primer término, que desvanece y borra, y priva de interés y eclipsa a otras figuras, que, por sernos familiares y por no tener el prestigio de haber, como Muñoz, traspasado los umbrales de la inmortalidad, no imponen a la crítica el respeto y la veneración que la suya ingente nos impone.

Pero en cambio nadie, muerto él, achacará el elogio que aquí se le rinde a torpe deseo de explotar la lisonja con miras interesadas.

Por otra parte, con ser grande la admiración que yo profeso al *leader* demócrata, no es tanta ni tan ciega que engendre en mí el pesimismo de pensar, que sin su consejo y su dirección, se halle Puerto Rico condenado a la inercia, ni aun siquiera a un estancamiento transitorio en la vía del progreso.

Como cada planeta tiene su órbita, cada hombre tiene su misión que realizar, y la misión de Muñoz Rivera se cumplió gloriosamente y corresponde ya a la historia de nuestro pueblo.

XVII

Mas así como hay estrellas que al extinguirse mandan durante algunos años su luz a nuestro mundo, así también los resplandores de aquel radiante pensamiento de Muñoz y las calorías de aquel ardido corazón del insigne patriota iluminan aún y caldean nuestro horizonte sensible, y son a modo de perenne y serena luz de nuestro ideal y de llama ínextinta en que nuestras almas buscan su lustración para ser dignas de aquel alto espíritu del preclaro estadista y de la patria a que él todo lo sacrificó, y a la que nosotros, igualmente, estamos en el deber de sacrificarlo todo.

Library of Congress

Verdaderamente, en nuestra edad, y yo creo que en ninguna, llegó nadie por sí mismo a la sabiduría. Los autodidactos, y menos si su saber versa no sobre materia puramente filosófica, sino sobre algo tan vital como la política, no existieron nunca. Tan cierto es esto, que los casos más asombrosos de precocidad: Lope de Vega, Mozart y otros por el estilo, se dan casi siempre en las artes, y no en las ciencias. Ni por excepción concebimos un sociólogo, un estadista, un gobernante de pocos años. La preparación para llegar a dirigir la vida de un pueblo nunca deja de ser laboriosa, porque además de las dificultades que se oponen al conocimiento de las instituciones jurídicas, de la concepción que del derecho tienen, según los tiempos, las distintas sociedades humanas, de los medios, de las aptitudes de cada colectividad para producir lo que consume, para organizar su trabajo, para relacionarse con otras colectividades, el que aspire a gobernar a los hombres debe conocer a éstos profundamente: sus virtudes y sus vicios, sus anhelos y sus ideales, sus costumbres y sus pasiones.

Tan variada, tan difícil, tan extensa preparación cultural no está comprendida en país alguno en el cuadro de **II CAMPAÑAS** XVIII estudios de una carrera, porque, en verdad, un gobernante en estos días, si ha de hallarse a la altura de sus deberes, ha de ser al propio tiempo que un filósofo y un historiador, un sociólogo y un jurisconsulto; un lector curioso, asiduo, de periódicos y revistas en los principales idiomas, y un erudito; un hombre de despacho y un hombre de sociedad que no desdeñe la comunicación frecuente con los humildes, ni tampoco desconozca los refinamientos más exquisitos de los opulentos.

Y además de esa tan vasta labor educativa, que exige extraordinarias dotes naturales del orden intelectual, han de poseer aquellos que intervengan en la gobernación de los pueblos otras excelencias de las cuales la decidida vocación es la primera, y facultades de expositor y alientos de polemista y otras virtudes, como el valor y la prudencia, la penetración aguda y la tolerancia, la fertilidad de ingeniosos recursos para improvisar audaces resoluciones y la guardosa reflexión para no precipitarse jamás; entereza y

Library of Congress

exorabilidad, don de gentes y elevación de espíritu para no dejarse vencer ni por el aplauso de las multitudes, ni por sus reproches, ni por la ira que arrebatada al que hiere la injuria, ni por el abatimiento que se apodera del que es calumniado torpemente.

¿Y qué decir de otras condiciones morales, sin las que los políticos más escogidos fracasan, como la abnegación, la perseverancia unida a las dotes de observación, para hacerse cargo en todo momento de la realidad y no insistir nunca, dándose cuenta de ella, en lo que no es oportuno, aventurando así arrebatadamente el buen éxito de reformas que, aun encarnando el ideal, pueden no convenir en determinadas circunstancias?

Si a esto se añade la clara percepción de lo que es esencial para el bien público y de lo que es secundario y accidental, XIX que es en lo que en definitiva consiste el arte difícilísimo de acertar con el procedimiento, y también el don de sentir, aun antes de que las sufra el cuerpo social, las ansias colectivas, tendríamos un gobernante modelo, y más si a tan revelantes condiciones añadía aquellas que al poeta asignaba el duque de Rivas; a saber: pensar alto, sentir hondo y hablar claro.

No por vanos afanes clasificadores, sino por la necesidad de definir lo que fué Muñoz Rivera, distinguiremos tres clases de políticos: de un lado, los que en una sociedad organizada para el cumplimiento del derecho se limitan, en funciones de índole judicial, más que de carácter gubernativo, a aplicar las leyes que a su juicio están perfectamente moldeadas a las exigencias de la vida, y que por eso, por ser normas justas, tratan de conservarlas sin otra variación que la demandada por las cambiantes circunstancias que no afectan al ideal, sino a lo puramente adjetivo; de otro lado, los gobernantes atentos a la evolución de las ideas que acuden a llevar a las leyes, tan pronto como la opinión pública se inquieta, las reformas que a su juicio son indispensables para que la sociedad no se detenga en su avance progresivo hacia el perfeccionamiento, cayendo en la inercia o quizás lanzándose a alteraciones siempre ventureras y peligrosas del orden público, para conseguir por la violencia lo que sus directores deben otorgar de grado, y, por último, aquellos políticos que, persuadidos de que el régimen imperante es un artificio, de que las

Library of Congress

leyes son cauces estrechos de los cuales se extravasa la vida social estérilmente, de que no basta reformar esas normas, piensan que se hace preciso extirparlas radicalmente, de una vez y sin vacilaciones, como quien a vida o muerte interviene XX quirúrgicamente en la amputación de un órgano enfermo.

Esta última clase de hombres políticos que al rendir tributo a un ideal se arresan a sustituir el régimen que consideran enfermo por otro no contrastado por la experiencia con la realidad, son los revolucionarios, que si se circunscriben a propagar sus doctrinas y a buscar prosélitos antes benefician que dañan, porque si sus ideas son utópicas por sí mismas fracasan, y si no lo son representan un avance útil, ya que primero tales ideas son programa de combate para las minorías, y luego, poco a poco, van trascendiendo a las masas, filtrándose en las costumbres hasta concluir por convertirse en fórmulas legales, en reguladoras de la vida.

Pero el otro género de revolucionarios, los que, afligidos hasta la indignación por el espectáculo doloroso de las privaciones y de las injusticias que los pueblos padecen, y reducidos por la eficacia que ellos atribuyen a remedios simplistas de todos los males que sufre la sociedad, y de ella, especialmente, los desheredados se lanzan con arrebató a la asonada, al motín, para trastocar lo existente en sus fundamentos, son hombres peligrosos, iconoclastas furiosos de cuanto existe, atacados del vértigo de la destrucción, que si nadie les fuera a la mano concluirían por aniquilar la civilización, y que positivamente retrasan el progreso, porque aun los pensamientos más radicales retroceden ante sus audacias, se atemorizan ante sus procedimientos.

¿A cuál de estos grupos políticos perteneció el estadista puertorriqueño Muñoz Rivera? Muñoz fué un posibilista amante del progreso, a quien inquietaba siempre el perfeccionamiento de la sociedad; un revolucionario por XXI las ideas, a quien repugnaron las sediciones, las ferocidades, las luchas armadas, por creer, como O'Connell, a quien admiraba, que ninguna causa es digna de que los hombres viertan por ella una sola gota

Library of Congress

de sangre. Muñoz Rivera, hombre moderno, hombre de ley, fué por su pensamiento radical; pero medido y oportunista en política.

Tan complicada es en la actualidad la forma del vivir, y tanto trabaja la vida a los mortales, que han desaparecido verdaderamente los hombres tipos, los caracteres de una pieza. Ya no hay epopeyas, porque no hay personajes épicos que representen o simbolicen las virtudes o los vicios humanos, porque no hay ambiente heroico, porque no existen seres como Aquiles o Medea, como Ino o Ixion, como lo o como Orestes, que se retraten, así lo hizo Horacio, con unos epítetos. Los hombres de nuestro siglo tienen muy enredosa urdimbre espiritual y se adaptan a lo que exigen las circunstancias.

De ahí que no sea posible definir de tal modo la personalidad de Muñoz Rivera, que se le encasille en uno de los grupos de políticos cuyos caracteres acabamos de describir. Y ése es precisamente uno de los méritos mayores del ilustre repúblico puertorriqueño, aunque no lo entendieran así sus adversarios: unos, por envidia, y otros, por miopía mental.

Se censuró en sus días y se censura hoy a Muñoz por haberse rectificado muchas veces, por haber reconocido sus errores, por su inquietud, por su aparente versatilidad; se le acusa de haber sacrificado su credo republicano a la necesidad imperiosa de pactar con el partido liberal español; se le reprocha el tránsito sin esfuerzo aparente de una a otra dominación, su flexibilidad, que algunos achacan a escaso vigor de espíritu, a falta de fe y a sobra XXII de condiciones acomodaticias, más propias, según ellos, del tráfico mercantil, del cambalache cicatero de las lonjas o del coro de las Bolsas que del estadio político.

Pero yo me propongo demostrar, sin insistir en el asunto grandemente, por no considerarlo necesario, que los que tales imputaciones hicieron a Muñoz Rivera en su época y los que actualmente repiten tan gratuitas censuras, si de veras lo creen así, y es para dudarlo, de veras se engañan.

Library of Congress

Muñoz fué sobre todo y antes que nada un ferviente patriota. A Puerto Rico se dió enteramente; a Puerto Rico sacrificó su austeridad republicana, que, como él dice en muchos lugares de sus escritos, constituía su ilusión más querida desde la juventud; a Puerto Rico sacrificó su altivez española, su orgullo latino de que tantas veces se ufanara en sus obras literarias anteriores a 1898; a Puerto Rico sacrificó en repetidas ocasiones, como ningún otro hombre público, sus intereses económicos, su posición política; perdonó a cuantos le combatieron, aunque usaran en la contienda armas desleales; fué implacable con los privilegiados, terrible fiscal de los explotadores de Puerto Rico, defensor ardoroso de los desvalidos, de los débiles, del pueblo; mantenedor elocuentísimo de las ideas democráticas en la tribuna, en el mitin, en la Prensa, y fué, finalmente, el primero en aceptar valeroso las responsabilidades de sus actos y el último en satisfacer sus más legítimas ambiciones.

A medida que el tiempo pasa, la figura gloriosa de Muñoz Rivera parece adquirir realce mayor en la memoria y en el alma popular, y se definen sus rasgos morales y se advierten los motivos lógicos y patrióticos de sus acciones, aun los de aquellas que a un primer examen de su conducta pudieran resultar inexplicables o contradictorias, XXIII y se ve resaltar, en fin, ante la crítica más descontentadiza la alteza de sus propósitos, lo adecuado de sus procedimientos, la oportunidad de sus campañas y los admirables aciertos de su esclarecida inteligencia.

No se encasilla, por tanto, a un hombre así; no hay fórmula que abarque ni definición que comprenda a un político que fué propagandista y gobernante, evolucionista y discreto revolucionario, columna de la Prensa de su país y formador de la conciencia civil de sus conciudadanos; sembrador de ideas y portaestandarte de la democracia; al político que en los largos días de la lucha estuvo denodado combatiendo en la vanguardia; y en los días de reacción no le acobardaron las persecuciones y sufrió, como su patria insigne, sed de justicia y de libertad, y honró la cárceles públicas y no hubo adversidad que le

Library of Congress

abatiera, ni triunfo que le deslumbrara, y murió al servicio de su patria, siendo guía de la juventud puertorriqueña, su adoctrinador, su maestro amado, el adalid de Puerto Rico.

Es hora de que Muñoz Rivera, pasado ya el juicio de residencia a que la crítica histórica tiene derecho a someter a los hombres públicos, surja como merece, envuelto en la luz de su grandeza, porque hasta el presente, Puerto Rico no tuvo jamás actuando en la política un hombre tan genuino y tan vigoroso fruto del espíritu insular, y porque no faltarán, por desgracia, gentes que quieran vengar todavía algún agravio del gran execrador de caciques y expoliadores; dado el caso, repito, de que algunos simulen hallarse poco menos que escandalizados de que empiece para Muñoz Rivera la hora de la apoteosis, debemos los que amamos a Puerto Rico pensar que un país que no enaltece a sus hijos beneméritos, que no los ama, que les regatea la admiración, la gratitud, XXIV aun después de morir; un pueblo que olvida a sus héroes, a sus poetas y a sus libertadores, está condenado a no dejar huella de su memoria, a no tener personalidad histórica, a ser víctima perpetua de otro pueblo más poderoso, a no tener nunca nombres ni apellidos. En Muñoz Rivera se ve reflejada la vida total de Puerto Rico: ideales, aspiraciones, sentimientos y pensamientos en los últimos años del siglo XIX y en los primeros del actual. Esta compenetración del hombre y de la isla en que nació es un hecho tan notorio, que una vez advertido y bien meditado explica la popularidad que el ilustre político alcanzó.

Para lograr ser como la viva representación de su patria, Muñoz Rivera se pasó muchos años recorriendo los campos y las poblaciones de Puerto Rico, estudiando el problema de la propiedad, el de los cultivos, el de la producción, el del consumo, la organización del trabajo agrícola y mercantil, las prácticas, los usos y costumbres populares. Conoció el suelo de su patria, su comercio, su industria, sus instituciones sanitarias y docentes, sus riquezas y sus necesidades. Definió cuáles fueron en el curso de los tiempos los problemas de su país, cómo habíanse desarrollado su población y sus fuerzas productoras, cuáles eran las causas de sus adelantos y los motivos de su estancamiento, cómo en sus leyes no trascendió jamás el modo de ver de los puertorriqueños, sino

Library of Congress

que habían sido siempre, aquéllas, formas caprichosas, postizas, impuestas por la vieja metrópoli, mal gobernada o, mejor dicho, víctima constante de la desidia, de la incompetencia o de la arbitrariedad de los que a partir del descubrimiento pretendieron dirigir la vida pública.

Tan cabal fué el conocimiento que adquirió Muñoz Rivera de las condiciones fisiográficas de su país y de la XXV influencia singularísima que esas condiciones tienen en la vida de los pueblos, que consideramos a nuestro estadista como un precursor de las modernas corrientes científicas de geografía en sus relaciones con el factor antropológico; es decir, de cómo concurren y se completan el hombre y el medio en que el hombre se halla para formar la vida, de cómo no basta conocer el valor de uno de los términos de la multiplicación para sin conocer el otro llegar al resultado, también desconocido, de cómo si interesa mucho la psicología de los habitantes de un territorio, interesa por igual el conocimiento de lo que es y cómo es ese territorio.

Si los que aspiran a gobernar ignoran cualquiera de esos dos factores, carecerán de preparación suficiente para que la legislación de su país responda a lo que a éste es indispensable para su perfeccionamiento. Ignorando el factor hombre, la ley carecerá de valor genérico, filosófico, de elevación moral, de idealismo; y desconocido el medio geográfico, la regla jurídica carecerá de valor histórico, positivo, práctico.

Los gobernantes más insignes han estudiado con idéntica solicitud los dos factores enunciados, y si en lo antiguo ese estudio no estaba sujeto a sistematización, sino que era más bien una práctica de índole artística, una técnica no escrita, posteriormente, y sobre todo desde los comienzos de la Edad Moderna, los que se han distinguido en la dirección de sus pueblos, Cisneros, Richelieu Mazarino, Isabel de Inglaterra, Cromwell, Campomanes, Federico II, Bolívar, Wáshington, Lincoln, Pitt, y más tarde Gambetta, Bismarck, Disraeli, Gladstone, Wilson, Clemenceau, Lloyd George, fueron profundos observadores y conocedores de sus países respectivos y de sus conciudadanos.

XXVI

Library of Congress

Así lo entendió sin duda nuestro Muñoz Rivera sin haber ojeado quizás las obras que precedieron a las de Ratzel, Brunhes, Vidal de la Blache, Martonne, ni los admirables trabajos de la escuela norteamericana y de la inglesa, debidos a Tower, Davis y Hebertson, y entendiéndolo así, dedicó veinte años a estudiar a los puertorriqueños, poniéndose en contacto con colonos y granjeros, con comerciantes y menestrales, con cultos y analfabetos, con gentes del campo y de la ciudad, y acumuló observaciones y datos de las condiciones climatológicas y topográficas, de los productos del suelo y del subsuelo de la isla, de los métodos científicos de que los hombres aprovechen lo que la Naturaleza ofrece en nuestra patria, para hacer copiosos los rendimientos.

Por mi parte, yo no he dudado nunca en atribuir el acierto con que Muñoz Rivera resolvía, al parecer improvisando las soluciones, los más difíciles problemas sociales que durante su actuación en la política del país se plantearon, a su saber, a su profundísimo saber, que ningún otro hombre alcanzó, de los factores geográfico y antropológico de Puerto Rico.

Con este trabajo incesante de estudiar a sus conciudadanos y el medio social en que vivían simultaneó Muñoz Rivera su preparación científica. Esta labor intensísima dió principio en la niñez del Hombre Patria, y prosiguió sin tregua ni respiro hasta su muerte. Muñoz Rivera educó su espíritu sin someterlo a la disciplina universitaria, a programa oficial, ni a texto determinado. Mal se avenían con la inquietud y el carácter de Muñoz, los caminos fáciles, las sendas conocidas, la insípida rotación de las clases, los depresivos interrogatorios de los exámenes, los títulos de capacidad expedidos en papel vitela, las campanudas tesis doctorales, con erudición a la violeta. Prefirió XXVII adquirir libremente su saber, siguiendo las rutas que su curiosidad científica le marcara, en vez de pasarse sus años mozos pendiente del reloj, del almanaque, de los cuadros de estudio, con sus grupos de obligadas asignaturas, atento a vacuas conferencias o a explicaciones áridas de temas exentos de interés.

Library of Congress

Muñoz Rivera no siguió en sus lecturas un plan determinado: ni él fué ni aspiró a ser un sabio de biblioteca, un investigador paciente de temas científicos. Lo que a Muñoz interesaba era la vida humana en todas sus manifestaciones, el arte de vivir. Por eso no fué nunca un sistemático, un teórico, ni menos un doctrinario. Por eso su erudición más copiosa y extensa fué la histórica en sus distintos aspectos político, económico, religioso, jurídico, literario. Especialmente conocía la historia de los pueblos que, como Egipto y la India, habían influído en la civilización griega y romana, y luego, con las aportaciones semitas, en la española. A partir del Renacimiento, la cultura del patricio puertorriqueño era vastísima. En estos estudios afirmó su fe democrática, que antes quizás sintió que comprendió: leyendo la Historia de la Revolución inglesa y singularmente de la francesa, entusiasmándose, como todos lo hicimos, con "El noventa y tres", de Víctor Hugo, y asistiendo idealmente con Enjolras y con Gavroche a las barricadas. Aún era un niño cuando desde la Península llegaban a Puerto Rico las palabras apocalípticas de Castelar, y tal vez en las oraciones inmortales del mayor de los oradores hispanos en defensa de la abolición de la esclavitud, de la libertad de cultos y otras semejantes alimentase Muñoz Rivera su alma infantil en aquellos luminosos días de la Gloriosa, a los que sucedieron los de las Cortes de 1869, la Monarquía XXVIII democrática de Amadeo de Saboya, los esperanzados de la República, los trágicos del movimiento cantonal...

No eran ciertamente los hombres cumbres de aquella época del 1867 a 1874, Castelar y Orense, Muñoz Rivero y Martos, Montero Ríos y Moret, Figueras y Salmerón, Zorrilla y Pi y Margall, maestros de reaccionarios; ni menos era aquel inmenso y sano amor de la España de entonces por las ideas liberales y progresivas, amor que invadió todas las almas y que hizo palpar todos los corazones y trascendió a Cuba, a Puerto Rico y al remoto archipiélago filipino, campo de cultivo a propósito para criar absolutistas; ni era tampoco aquel ambiente, en verdad, propicio a los retrógrados, ni aun a los simplemente conservadores, y Muñoz Rivera, que lo respiró y lo vivió, porque se filtraba en el mismo seno de su familia contra la propia voluntad del padre, penetrando, mediante las páginas en prosa y en verso de los periódicos, de los libros, de los folletos, de las leyes, y

Library of Congress

floreciendo en esperanzas de redención insular, de autonomía, llegó a apropiárselo, a hacerlo suyo, tan suyo que tales hombres y tales principios y tales anhelos fueron, en lo ulterior, la base del ideal y del sentimiento del Hombre Patria.

Y este su credo democrático, definido en Muñoz sin duda en los primeros años de su vida, no fué jamás por él olvidado. El gran político no renegó de su liberalismo, no apostató, aunque las circunstancias, la prudencia, sus deberes de hombre público, lo ocurrido a otros insignes puertorriqueños, a los cuales él tomó como modelo y guía, y cuyos esfuerzos, con ser tantos, fueron estériles e ineficaces para la isla, hicieran que Muñoz tomara enseñanza y lección, y *sin rectificar de sus principios los sacrificara XXIX dolorosamente* en el altar de su amor a la tierra en que nació, dando de este modo un ejemplo inolvidable, digno de ser imitado.

¿Cuándo escribió Muñoz Rivera, como tratadistas y políticos de todos los países escriben en la actualidad, que las formas de gobierno son accidentales, que no afectan a la esencia de la constitución política orgánica de las sociedades, que eso no debe constituir el ideal de los pueblos? Muñoz Rivera *transigió* transitoriamente con el partido monárquico español que acaudillaba Sagasta porque de ese modo se proponía obtener, como obtuvo, leyes liberales y auionómicas para Puerto Rico; es decir, que el pacto con los fusionistas era un paso de la evolución necesaria para alcanzar lo que por ningún otro medio había nadie logrado ni era posible lograr, ni siquiera llevando a nuestra isla a la lucha armada.

Porque el Hombre Patria creyó, como nosotros lo creemos, que la forma de gobierno es algo esencial; que el hecho de ser primogénito de una familia no otorga a ningún hombre superioridad, o lo que es lo mismo, autoridad; que los intereses dinásticos son casi siempre, o pueden por lo menos ser a veces contrarios a los nacionales; que toda Monarquía se funda en un orden privilegiario injusto; que al calor de las Monarquías y a costa del bien público se desarrollan las aristocracias y se perpetúan en la milicia, y en la magistratura, y en la diplomacia, y en el profesorado, y hasta en el comercio y en la

Library of Congress

industria, los mismos apellidos, como si todo un país trabajara sin tregua ni descanso para que algunos elegidos fueran felices...

En comprobación de lo que digo, yo he segregado del texto de las obras de Muñoz Rivera un artículo admirable para transcribirlo aquí, a continuación, porque ese trabajo XXX del estadista puertorriqueño leído hoy, cuando él ha desaparecido para siempre, parécenos algo así como una síntesis de su vida dolorosa y un consejo que, aquel padre mental de las presentes generaciones nos diera, poseído un instante de una inspirada visión del porvenir, de lo que hemos de hacer para lograr la ventura de Puerto Rico.

He aquí el artículo a que me refiero:

LA DEMOCRACIA 12 de julio de 1910. LO QUE FUI. LO QUE SOY. LO QUE HE DE SER SIEMPRE

El 27 de mayo, ausente yo en Wáshington, apareció en el *Heraldo Español*, de Puerto Rico, esta alusión cariñosa:

“Jamás hemos dicho que el Sr. Muñoz Rivera, después de haber sido en Puerto Rico el *leader* de la prolongación de un partido monárquico de la Península, dijo en dos banquetes celebrados en Puerto Rico para conmemorar el onomástico del Rey de España —una vez en el Parque y otra en el Hotel Inglaterra— *que sus ideas habían sido siempre republicanas.*”

En efecto; por una convicción arraigada en mi espíritu desde que apenas contaba quince años, y por una constante afirmación de mis ideas en el estudio del progreso a través de la Historia, mis ideas fueron profundamente republicanas.

No concebía yo que un hombre, sin otro título que el de nacer en un palacio y heredar un cetro y un trono, rigiese XXXI a los demás hombres, imponiéndoles su voluntad soberana. Creía yo que todos, por el hecho de venir a la vida, poseemos la potestad de intervenir

Library of Congress

con nuestro voto en las funciones del poder supremo. En una palabra: entendía yo que ni la aristocracia, ni la teocracia, ni la autocracia, ni ninguna de las modalidades del gobierno personal o del gobierno por clases, por castas, por oligarquías, era compatible con la dignidad humana. De ahí mis preferencias, mis inclinaciones a la democracia y a la república.

Pero sobre aso, y antes que eso, había llegado yo al mundo en una isla diminuta, sin medios para la lucha en el campo de las armas, sumisa a la nación madre por leyes su amargo destino. Quebrantar aquella coyunda no se pudo jamás: los hijos de la tierra, en masas poco menos que unánimes, peleaban por su decoro colectivo, llamándose reformistas en 1867, asimilistas en 1877, autonomistas en 1887. Los dueños, los señores, los que traían su fe de bautismo refrendada en la España de Europa, sostenían—cosa natural—su monopolio de los asuntos públicos. Y les ayudaban—cosa triste—unos pocos hijos de la tierra, combatiendo los nobles ímpetus de sus hermanos, llamándose “incondicionales españoles” y ayudando a la esclavitud de Puerto Rico.

¡Qué empresa tan difícil la de combatir con éxito a los incondicionales de allá y de acá! En la pugna desigual gastaron su existencia los más integros patriotas: Padial, Freire, Goico, Acosta, Baldorioty, Celis, Corchado, Brau, Marín, Córdova, Alonso, Morales, Quiñones... Los más altos entendimientos del país.

No había esperanza. Cuando defendían la causa insular se les acusaba de rebeldes, de antiespañoles; se les llevaba con la guardia civil por los caminos solitarios a XXXII las cárceles inicuas; se les colocaba fuera de la ley; se les castigaba como a réprobos. No había esperanza.

Y yo asistía al espectáculo siniestro desde mi atalaya de Larranquitas. Y en mí se formaba un sentimiento superior a las f?os?fías escolásticas, superior a los sistemas jurídicos, superior a las formas del poder político; se formaba el sentimiento regional: el puro y noble y exclusivo sentimiento de la patria.

Library of Congress

Había visto caer a mis maestros; había visto agonizar a mis hermanos; había visto a mi pueblo, al pueblo de Puerto Rico, debatirse en las ansias de una desesperación dantesca. Seguía siendo republicano; mas por encima de todo debía y quería ser puertorriqueño. Y para serlo con eficacia y librar a la colonia del coloniaje, y sacudir el viejo árbol de la tiranía, y romper el bloque de los seculares privilegios, necesitaba apoyarme en una fuerza: en la de los partidos de la metrópoli.

¿En cuál? ¿En los que también, como yo, pugnaban—inútil empeño—por la República, o en los que podían desde el reducto monárquico establecer la autonomía, entonces inverosímil? No dudé un minuto. Y en primero de julio de 1890 fundé este periódico y en él levanté la bandera de una conjunción con el partido liberal. Trabajé y vencí. La autonomía dejó de ser abstracción filosófica y pasó a ser concreción práctica. ¡Puerto Rico gobernaba a Puerto Rico!

Y oíganme bien los que me discuten: si cualquier nación del planeta—no ya España, la nación descubridora y civilizadora—; si cualquier nación del planeta, Italia, Inglaterra, Rusia, Turquía, las monárquicas, con sus reyes, sus emperadores, sus Césares, sus sultanes, me hubieran garantizado para mi pobre roca tropical el *Self Government*, yo habría sido italiano, ruso, inglés, turco, XXXIII todo; porque no era así ni turco, ni inglés, ni ruso, ni italiano; porque así era lo único que soy, lo que satisface mis ansias nativas y reflexivas; porque así era ¡puertorriqueño!

Entre la República redentora y la redentora Monarquía, ¿cómo vacilar? Yo habría optado por la República. Sólo que la República en España no surgió, no surge. Y yo no sacrificaba Puerto Rico a mis preferencias, a mis idealidades, a mis teorías. En mi corazón, en mi voluntad, Puerto Rico pasa antes que España, antes que los Estados Unidos, antes que Europa y antes que América. Y cuando Puerto Rico necesitó o necesite salvarse, yo fuí a España, yo iré a los Estados Unidos; yo no me paro en los consejos de mi amor propio. Arriba el interés de mi isla y abajo las bellezas que aprendí en mis

Library of Congress

libros, las ilusiones de que se nutrió mi alma; abajo, si fuera preciso, la popularidad, trabajosamente lograda en seis lustros de esfuerzos y de sacrificios.

Ahora no hay peligro en ser republicano. Lo soy. Me complace esta compatibilidad entre mis ensueños políticos y mis deberes patrióticos; pero si otra Monarquía llegase triunfal a las puertas de Washington, según Catilina a las puertas de Roma; si un Teodoro Roosevelt crease el imperio americano, según una Isabel el imperio español; si se reprodujeran las circunstancias en que *no serví yo a la Monarquía, sino que logré la Monarquía al servicio de mi Patria*, yo aceptaría de Teodoro Roosevelt, como acepté de Cristina de Hapsburgo, la salvación, la redención de Puerto Rico.

Esto fuí; estoy soy y esto seré hasta que caiga en el silencio y en el reposo de la tumba. Esto entiendo que han de ser los buenos y perspicaces compatriotas míos. Y por esto abogo por la unión y *quito obstáculos a la III CAMPAÑAS I XXXIV unión*, así tenga que abrazar a mis rudos adversarios, y perdonar a mis rudos enemigos, y olvidar que un día la piqueta rompió mis talleres, la demagogía amenazó mi hogar y la reacción me condujo al banquillo de los reos. Eso es nada; eso es menos que nada, porque eso es mi angustia, mi dolor; porque eso, si yo sintiese de modo distinto, podría ser mi venganza o mi orgullo.

Y lo otro...

Lo otro es mi patria.

Luis Muñoz Rivera.

Con facilidad portentosa por su extraordinaria facultad asimilativa, extendió Muñoz Rivera sus conocimientos por los más distintos campos científicos y alternaba sus estudios constantes sobre la legislación española y especialmente en lo que afectaba a Puerto Rico, con sus lecturas de derecho constitucional, problemas sociológicos, de administración, de hacienda, de derecho privado, especializándose en lo referente al mercantil.

Library of Congress

Su afán de saber era tan extremado, que apenas hubo disciplina científica ignorada por él, y así se explica que sus escritos de materia tan varia, no adolezcan de esa esterilidad de ideas en que suelen incurrir los trabajos periodísticos, fruto de la improvisación, del apremio y que suplen con un aparente fuego oratorio, la solidez de ideas de que carecen.

Compárense, en efecto, los artículos de Muñoz, que ahora se publican, con otros de su época y pronto nos percataremos de que los debidos a nuestro estadista, nos interesan, como si acabaran de escribirse, mientras muchos XXXV de otros afamados periodistas, son de lectura trabajosa y difícil, cuando no insoportable.

El mismo, en el artículo que acabamos de transcribir, nos habla de cuales fueron los hombres que tuvo por maestros y por hermanos y camaradas, entre los políticos puertorriqueños, lo cual me releva de mencionarlos y de recordar la admiración que rendía Muñoz a los unos y el cariño fervoroso que sentía por los otros, pero considérome obligado a indicar quienes de los estadistas europeos, influyeron de un modo más constante, en el pensamiento y en la conducta de Muñoz. Esos estadistas son principalmente dos: Castelar y Parnell.

La huella de Castelar es marcadísima en Muñoz Rivera. El excelso orador que posponía a su credo político, radicalísimo en su juventud, templado luego por las experiencias adquiridas en el Poder, que posponía el partido de que era adalid, su popularidad y su fama, al amor patrio y que consiguió ver escritas en el articulado de las leyes españolas la abolición de la esclavitud, el jurado, el registro civil, el sufragio universal, reformas por él propugnadas durante su gloriosa existencia, creyó haber triunfado totalmente; y entendiendo que no era posible (posibilismo), inyectar en la Monarquía borbónica más savia democrática por medios pacíficos, por medios legales de actuación, retiróse a su hogar, condenándose al silencio: tremenda renunciación para él, que era el ungido de la Musa de la Elocuencia, y aconsejó a sus amigos la colaboración con Sagasta, no porque creyese que todo estaba hecho, sino por entender que para conseguir otras más audaces, más firmes, más radicales reivindicaciones democráticas, habría de apelarse a

Library of Congress

la lucha armada y no quiso, aunque tuvo que sacrificar sus ideales, encender en su patria amadísima la guerra civil.

XXXVI

Evolucionaron las ideas durante diez años, 1888 a 1898, muchos republicanos, antes censores de Castelar, por lo que ellos consideraron deshonestas concomitancias del gran tribuno con la Monarquía, salieron de su ceguedad y al ver en peligro a España, herida por la guerra de Cuba y amenazada por los Estados Unidos, clamaron por la vuelta a la vida pública de aquel patricio insigne, y él con las fuerzas físicas agotadas, pero con la mente y con el corazón ardiendo todavía en amor patrio, se ofreció al punto para poner mano a la obra de salvar la nación, la nación preclara que otros habían arruinado y que poco tiempo después dió unos palmos de terreno para sepultar al varón esclarecido, la fosa en que como él dijo recibiría perpetuamente su cuerpo los efluvios de grandeza de la tierra de su patria.

Recordando lo anterior, dígame si en lo esencial no se asemeja la biografía de nuestro Muñoz Rivera, salvo lugares, calidad y circunstancias a la de "El Gran Español", como en Europa llamaban a Castelar. Muñoz, radical en sus ideas, codicioso de libertades, preconizador de los principios más avanzados, fué como Castelar, adquiriendo enseñanzas, *evolucionando* hasta declararse *posibilista*, esto es, hasta que *transigiendo* con Sagasta, obtuvo para Puerto Rico la reforma autonómica, y al igual que el glorioso tribuno, Muñoz llegó al Poder y cuando en el Gobierno se disponía como aquél a realizar en lo posible sus ideales, su obra se vino abajo con estrépito.

Y vió derrumbarse su vida, vió destruída de súbito su labor al cambiar Puerto Rico de dominación. Ni uno ni otro estadista perecieron entre las ruinas de sus ilusiones, un siniestro hado los reservaba para sufrir pruebas todavía más dolorosas. El español hallóse solo, herido por las calumnias y las acusaciones de aquéllos cuya XXXVII insensatez había causado la muerte de la República; el puertorriqueño, víctima ilustre de

Library of Congress

los que nunca lograron entenderle, encontró como Castelar, en su conciencia limpia y en el amor a su patria, energías para emprender de nuevo la lucha.

Nunca se nos aparece la figura de Muñoz Rivera tan grande como en aquel momento de su vida, en que acabada la dominación española en Puerto Rico, reanuda sin desmayo el combate político, y vuelve a ser autonomista de propaganda, habiéndolo ya sido en las realidades del gobierno y acude el estadista al campo de batalla de simple soldado, él, que había obtenido la victoria como general en jefe. Son contados los hombres capaces de dar tan alto ejemplo, porque el egregio tribuno español, al caer la República tuvo inmediatos lenitivos para su pesar, tuvo el aplauso de sus admiradores, entre los cuales se hallaban los hombres cumbres de Europa y de América, y el respeto de sus mismos adversarios políticos, tributo que nunca faltó al genial patricio y que muy pronto había de proporcionarle satisfacciones tan legítimas como inesperadas, la de hacer escribir al dictado a la Regencia los principios democráticos y la de concebir la esperanza de que el sufragio universal trabajando en la conciencia pública española, no tardaría en cambiar el régimen monárquico en republicano, sin derramamiento de sangre.

Pero Muñoz, menos universal que el estadista hispano, al ver el atierre del edificio autonómico a tanta costa por él erigido, no tuvo consuelo para su dolor.

Y hay que darse cuenta de lo que el hecho del cambio de soberanía hubo de representar en un hombre como Muñoz; ¿cuántas ilusiones sembradas en el vacío, cuántos años consumidos esterilmente, qué de amarguras devoradas, XXXVIII qué de heridas sangrantes en el corazón, cuántos escombros en el ánimo, qué total, qué triste, qué irreparable decepción! Y sin embargo, aquella luz de su patriotismo no desfallece, no se apaga, no se extingue, antes parece que es más crepitante, más rápida su combustión, como si hallase en las más íntimas regiones del alma del político excelso un poderosísimo, un misterioso comburente capaz de hacer revivir y arder las mismas cenizas.

Library of Congress

Quien no desconozca la vida de Parnell y de Muñoz Rivera, no necesita porque ya se habrá de ello dado cuenta, que aquí se señale la influencia que ejerció el político irlandés en el puertorriqueño.

Nadie ignora que Muñoz, con una firmeza de voluntad singularísima y realizando un laborioso esfuerzo que es positivamente uno de sus mayores méritos, aprendió el idioma inglés, cumplidos ya los cincuenta años. De aquí que nuestro político no conociera el pleito separatista de Irlanda y la actuación de Parnell, sino a través de los periódicos y de los libros franceses, en los cuales no tanto quizás por enemiga a Inglaterra, adversaria de Francia durante siglos, sino por lo que ese pleito separatista tuvo siempre de sentimental, se tomó el partido del débil, que es Irlanda, como aconsejan la justicia y la piedad, y se abominó del fuerte, Inglaterra, quizás con demasiada pasión y sin reconocer, a veces, las buenas intenciones de alguno de sus políticos para resolver el problema pacíficamente, y ya que no con justicia, con equidad.

Muñoz Rivera también sintió simpatías por Irlanda, como el que esto escribe, pero exaltado por las lecturas francesas, llegó a hacer suya la causa del débil, a sentirla hasta el punto de compararla con la de Puerto Rico, con respecto a España, y concluyó por creer que nuestra XXXIX isla se hallaba en sus relaciones con la metrópoli europea en caso parecido al de Irlanda con Inglaterra.

Y esto no fué así, no podía ser así, no hubiera sido nunca así, como el propio Muñoz Rivera hubo de reconocer primero y confesar más tarde en sus escritos. Cuando nuestro estadista en sus años de preparación y posteriormente en los iniciales de su actuación política, creyó que existía semejanza entre la situación de Puerto Rico y la de Irlanda, sufrió un espejismo que justifica su entusiasmo. ¿Cómo dudar de la justicia plena de la causa de Irlanda, pero al mismo tiempo cómo hallar parecido entre el pleito de la isla antillana?

Library of Congress

Una raza distinta de la inglesa, la gaélica, ocupó en tiempos remotos Irlanda, tenía esa raza sus costumbres, su idioma propio, el erse, su característica organización social y tuvo durante muchos siglos su derecho, sus planes, sus caudillos, su independencia conseguida después de expulsados los daneses. Llegan los gaélicos a ser dominados por Inglaterra en el siglo XIII y a partir de entonces la historia de Irlanda es un puro dolor, la de un pueblo de mártires, de perseguidos, de hostilizados, de opresos. Se suceden las represiones en la desdichada isla, las matanzas; se confiscan las haciendas, se reparten entre los ingleses; se despoja de la propiedad de la tierra a los naturales, se los extermina en nombre del protestantismo; se impetra y se consigue de su misma Iglesia, de León XIII en 1884, una condenación de sus reivindicaciones defendidas por Parnell. Las armas inglesas de todo género, espadas y picas, mosquetes y fusiles, discursos en el Parlamento inglés, encendidos en odio, furibundas diatribas en oscuros mítines, proclamas llenas de iracundia, falaces promesas, siempre incumplidas, se esgrimen XL contra los irlandeses. Para debilitarlos, para conseguir que se agoten sus energías, se ciegan las fuentes de su producción, se ponen frenos a su desarrollo mercantil e industrial; se los hace prestar servidumbre a los *landlords*, esclavizándoles en sus nativos hogares y en sus propias tierras de cultivo; se los lanza a la lucha perpétua, sin esperanza de victoria, se los desvincula de sus heredades, se los priva de los frutos de su trabajo; se organiza con feroz sabiduría el fraude, el engaño, la expropiación; no se respeta ni su fe religiosa, ni su libertad, ni sus instituciones jurídicas, familiares, consiguiendo de este modo que unas a otras se sucedieran las emigraciones colectivas, como si el ideal de *la libre Inglaterra* no fuese otro que acabar con el cuerpo y extinguir el espíritu de la raza irlandesa.

Pero el espejismo que Muñoz sufriera, duró poco tiempo, y aquel hombre, que era la misma sinceridad y se ufanaba de ser originario de España, participante de su civilización y que llamaba a los puertorriqueños españoles antillanos, y patria y madre a España, declaróse esperanzado en la justicia de esta madre histórica, y logró para sus hermanos los insulares igualdad de derechos, Cámaras propias, Gobierno propio y

Library of Congress

vida democrática, lo que no lograron en la triste Irlanda ni Daniel O'Connell, ni el partido de la Young Ireland, ni los fenianos con Miguel Davitt, ni Carlos Esteban Parnell, ni los gloriosos héroes de nombre conocido, ni los anónimos patriotas que derramaron su sangre generosa en la contienda secular que todavía perdura.

Solo son extremistas los hombres vulgares. Yo he aprendido a desconfiar de los que padecen fobias. Largamente hablan los periódicos viejos de algunos hispanófobos que luego de aceptar reblandecidos por la gratitud estomacal XLI los relieves de la largueza de los gobernadores, convertíanse en panegiristas de los minúsculos tiranuelos que a Puerto Rico venían proyectados por los Gobiernos de la madre histórica, Gobiernos que casi siempre ocupaban el Poder, contra la voluntad y en daño y perjuicio de españoles, peninsulares e insulares. Y largamente hablan también las crónicas contemporáneas de algunos envenenados por la fobia estadounidense, que parecían poseídos del furor del vaticinio y presagiaban con acentos de sibila la ruina de la patria puertorriqueña a manos de los mandatarios yankées; y sin embargo, todavía vivimos, y no del todo mal, merced a la labor de los prudentes, de los contemporizadores, de los verdaderos patriotas y merced sobre todo al trabajo de nuestros hermanos que labran y mullen la tierra, los que plantan y cultivan, los que hacen la zafra y la molienda, los que trafican y los que comercian, los que enseñan y los que aprenden, los que forman la conciencia pública con sus escritos, con sus discursos y los que con franco optimismo ennoblecen al pueblo y le infunden fortaleza para la lucha del vivir y lo dignifican y sienten sus dolores como si fuesen propios y se afanan por remediarlos y no predicán la disensión, la discordia, sino la solidaridad fraternal, como hizo aquel ejemplar varón, cuyo recuerdo debe ser imperecedero, Muñoz Rivera, el Hombre patria que puso el amor a su isla sobre todos los amores, y aborreció la iniquidad, y tuvo aliento de combatiente sin ser jamás como esos insinceros preconizadores de una independencia a ultranza, exorables y blandos luego a los halagos del Poder y a los argumentos aureos y sonoros del capitalismo yankée, y también algunas veces a la fascinación de seductoras promesas de valimiento y autoridad XLII que les hace un interés contrario al de Puerto Rico.

Library of Congress

No vivamos histrionescamente fingiendo creer que la patria es víctima de represiones en las que nadie piensa, de abusos que nadie comete, de desdeñosos olvidos, de tenebrosos planes; abominemos de las cárdenas fulguraciones extremistas; luchemos legalmente por mejorar nuestro status político hasta conseguir para Puerto Rico igualdad de derecho con los otros Estados de la Unión y para nosotros, los puertorriqueños, la plenitud de la personalidad ciudadana de que disfrutaban los norteamericanos; sacrifiquemos abnegadamente, *sin vacilaciones como Muñoz Rivera sacrificó*, nuestros radicalismos a las exigencias del bien público; seamos optimistas como el Hombre Patria, sin desertar nunca del cumplimiento de nuestros deberes, para no caer en el marasmo. Son muchos todavía, por fortuna para Puerto Rico, los estímulos de la lucha pacífica para crear fantasmas temerosos y empeñarnos en acometer gigantes que luego resultan ser molinos de viento. Pendientes de logro, tenemos una lista de reivindicaciones que no se nos concederán por la fuerza, ni sería decoroso aceptar por merced, ya que las mercedes humillan al que las recibe.

Seamos posibilistas como lo fué Muñoz Rivera, no avancemos a saltos ni por sorpresa ni deslumbrados por aspiraciones todavía inasequibles, que anhelaríamos, sin duda, ver satisfechas, pero que no se nos reconocerán por las vías de la violencia, sino por el ejercicio del derecho, es decir en el instante en que elevemos al Capitolio una relación de peticiones a las que acompañen unas tablas estadísticas demostrativas de que todos los puertorriqueños mayores de diez años saben leer y escribir, de que XLIII nuestros campos sin excepción, están cultivados, saneadas nuestras campiñas y nuestras urbes, próspero nuestro comercio, plétóricas de vida nuestras industrias y nuestras enseñanzas y resuelto en justicia el problema del bienestar de las clases trabajadoras.

Ese, no nos engañemos, y no otro alguno es el verdadero camino, esas son las demandas que no necesitan de letrados para prosperar, porque todas las que las firman son letrados; ese es el ideal que hora tras hora, día tras día, persiguió Muñoz Rivera.

Library of Congress

Para realizar ese ideal, fué unas veces inexorable y otras dúctil y escaló la tribuna, exponiendo su tranquilidad y su vida y se vió aherrojado en prisiones y empleó vibrantes palabras en mítines o en artículos de periódico o en versos inmortales, y fué procurador de los intereses puertorriqueños en Madrid, y ocupó el Gobierno, y fué gestor de Puerto Rico en Wáshington y luchó sin descanso, hasta sucumbir, mereciendo el dictado de Hombre Patria.

Rafael *HERNANDEZ-USERA*.

Madrid, abril de 1925.

A Mariano Abril.

CAMPAÑAS POLITICAS

1

LA DEMOCRACIA Julio, 1 de 1890.

Al penetrar en este campo del periodismo, abierto a los nobles impulsos y a los entusiasmos generosos, no necesitamos hacer pública profesión de doctrina.

Hemos nacido en tierras de Borinquen, que son tierras de España como las de Cádiz y Cantabria; hemos luchado con la pluma, con la palabra, con el voto, por el triunfo de la causa liberal, y aunque no alcanzó nuestro nombre los halagos de una popularidad ruidosa, nuestro pasado, en que nadie podrá encontrar la sombra de una apostasía ni la mancha de una perfidia, responde plenamente de nuestro porvenir.

No viene *La Democracia* a complicar con nuevas tendencias la solución del problema político antillano, ni a desplegar nuevos estandartes a los vientos de la publicidad. Sobre el bastión inmovible de nuestros principios, consagrados en Asamblea gloriosísima, flamea, gallarda y simpática, la bandera tremolada en Ponce por los patricios del 87,

Library of Congress

y bajo sus pliegues venerandos bien cabemos los que contribuimos a levantarla y sostenerla.

Dicho queda con esto que mantendremos en absoluta integridad el credo autonomista, y que los múltiples organismos del partido, desde el Directorio hasta el periódico de circulación más pobre y el Comité de influencia más escasa, pueden contar—en tanto que se ajusten, cada cual en su esfera respectiva, a los preceptos constitucionales—con nuestra cooperación humilde, pero franca, leal y decidida.

Tal conducta entendemos que exige de nosotros el patriotismo, y la adoptamos sin violentarnos en poco ni en mucho, antes rindiendo culto a ideas y sentimientos **1**
CAMPAÑAS I 2 arraigados de antiguo en nuestro cerebro y en nuestro corazón.

Por encima de las rivalidades, y las estrecheces, y los enconos inherentes a todo período de agitación y de combate, ponemos la grandeza de nuestro civismo, que sabe desdeñar rebeldías del amor propio lastimado, cuando se trata de cosas tan sagradas como el bienestar del terruño en que nacimos y la unidad de la hueste en que militamos.

Y ahora que el grupo incondicional, trabajado por rencores intestinos, dividido por odios inconciliables, solicita en vano de la opinión el prestigio que le arrebataron sus errores y sus concupiscencias, debemos nosotros ofrecer al Gobierno y a los partidos nacionales el espectáculo de la abnegación para el cumplimiento del deber, y de la unión para la conquista del derecho.

No queremos pensar que, llegado el día santo de la concordia y de la paz, exista quien sueñe en establecer condiciones deprimentes, que a los hombres de honor no es lícito imponer ni admitir. El carácter de la época presente, individualista y democrático, aconseja temperamentos suaves, que así disten del autoritarismo doctrinario como de la anarquía perturbadora y disolvente.

Library of Congress

Sustentando *La Democracia* estas teorías, desenvolverá una política amplia, expansiva y tolerante para con todos los miembros de la colectividad: sumar voluntades, congregar fuerzas, atraer elementos, dispersos quizá o indiferentes; he aquí la misión a que aplicaremos, en parte, nuestra labor periodística.

Fijada así la situación que ocupamos en orden a las cuestiones íntimas del partido, expondremos nuestro pensamiento por lo que toca a la situación general de la colonia.

Imposible negar que casi todas nuestras desdichas reconocen como causa generatriz la centralización política y administrativa, llevada hasta sus más exagerados límites en estos últimos tiempos. A pesar de los progresos nominales realizados a partir de la restauración borbónica, que destruyó en un día nuestras instituciones populares, nadie ignora que falian en Puerto Rico garantías efectivas para la vida pública y que, al expirar el siglo XIX, estamos 3 aún a merced de un caciquismo tanto más osado y turbulento, cuanto mayores resultan su ignorancia vergonzosa, y la increíble inmunidad con que le amparan ciertos privilegios pretorianos y ciertas complacencias absurdas.

Examinadas a fondo las infinitas manifestaciones de nuestra vida regional, se nota en ella el enervante influjo de un sistema que coarta nuestras iniciativas, e impide el ejercicio de nuestra actividad, y destruye, con la escandalosa repetición de sus proezas liberticidas, nuestra fe en la moral y en la justicia.

La Democracia, rechazando el triste privilegio por virtud del cual se entregan los destinos de un pueblo a los apasionados caprichos de una bandería, sostendrá, mientras el hecho irritante subsista, su protesta viril y ardiente contra el favoritismo gubernamental que convierte en semidiós al conde de Santurce (1) , y contra el desorden económico, que estorba el crecimiento de nuestras riquezas naturales, y debilita nuestras energías productoras con la pesadumbre del impuesto y las amenazas del fisco.

(1) Don Pablo Ubarri, conde de Santurce, presidente del Partido Incondicional.

La negra ola del utilitarismo ha roto ya los diques opuestos a la soberbia de los dominadores por la pacífica resistencia de los dominados. *Urge, pues, impedir que el desaliento invada nuestras trincheras y la desesperación se apodere de nuestros hombres.*

En esos empeños palpita un interés más alto que los mudables intereses políticos: el supremo interés de la patria española, cuyo nombre augusto se utiliza para perpetuar el imperio ilegal e injusto de una minoría exigua sobre una mayoría preponderante.

Y como no podemos aceptar para España una complicidad criminal en ese régimen asfixiante y morbosos, que levanta barreras infranqueables entre ciudadanos de una misma nacionalidad, entre hijos de una misma madre, *La Democracia* se esforzará por demostrar al pueblo puertorriqueño que no autoriza España, ni protege, ni conoce quizá tan enormes desmanes, llevados a cabo por unas 4 cuantas docenas de caballeros particulares, que, disponiendo de un censo electoral elaborado a sus antojos, truecan la representación de esta tierra en las Cámaras legislativas, con el apoyo en los centros burocráticos y el usufructo de los cargos públicos.

Los que así proceden no fueron nunca buenos españoles. Para serlo no basta ostentar a toda hora los matices de nuestra inmarcesible enseña castellana; para serlo se necesita romper lanzas contra la injusticia, rebelarse ante los abusos del fuerte sobre el débil, no consentir, ni en provecho propio siquiera, monstruosas burlas de la ley escrita; indignarse al presenciar las iniquidades del *componte*, que flagela los músculos y envilece las conciencias, y condenar, por último, en voz alta, a los verdugos del derecho patrio.

5

LO QUE HACE EL PARTIDO AUTONOMISTA: LO QUE NO HIZO JAMAS EL PARTIDO INCONDICIONAL

PROBANDO LA VERDAD DE ESTAS AFIRMACIONES, PROBAREMOS QUE NUESTRA COLECTIVIDAD, INSPIRANDO SUS PROCEDIMIENTOS EN EL VERDADERO SENTIDO NACIONAL; OBEDECIENDO A SUS ANTECEDENTES DE LEALTAD NO DESMENTIDA, SIMBOLIZA Y REPRESENTA, EN LA COLONIA FIDELISIMA, EL GENIO PROGRESIVO DE LAS SOCIEDADES MODERNAS Y LAS TRADICIONES LIBERALES DE LA PATRIA

Al realizar nuestros propósitos procuraremos apartarnos de la intransigencia sistemática, y huir de la exageración reprobable y nociva.

Sirviendo a los ideales del mundo contemporáneo, estudiando las necesidades del pueblo, escuchando las palpitaciones de la opinión, brotará de nuestra pluma el aplauso entusiasta para aquellos actos que merezcan aliento y estímulo, ya sean consumados en las esferas del Gobierno, ya reconozcan por origen la iniciativa individual.

Profesamos gran respeto a los poderes legítimamente constituídos, y nada repugna tanto a nuestra idiosincrasia como la diatriba grotesca y el agravio pueril, a que no puede bajar, sin desdoro, la Prensa independiente y culta.

Si alguna vez nos crean las circunstancias el agrio deber de combatir frente por frente abusos y extralimitaciones, vengan de donde vengan, la crítica, enérgica y firme, reflejándose en las columnas de *La Democracia*, señalará vigorosamente a los concusionarios, por grande que se? su valimiento, por elevada que sea su posición oficial.

Pero economizaremos epítetos mortificantes de que no ha menester nuestra propaganda, y que, si son tolerables cuando se aplican, en abstracto, como castigo a las acciones viles, como desahogo de sentimientos comprimidos, 6 como anatema lanzado contra el error y la doblez, no deben concretarse, en ningún caso, a la personalidad de aquellos que provoquen la justificada censura.

Library of Congress

La Democracia se propone herir, a fondo, sin obedecer a convencionalismos vulgares, ni a consignas ajenas, los asuntos que llegan a la arena candente de los debates, presentándolos con la franqueza y con la honradez que reclama una política seria y fecunda; pero guardando constantemente las más exquisitas formas sociales, se alejará siempre del personalismo, porque nunca hemos creído que es la injuria un arma buena para esgrimirla en la lucha de los principios, y porque nuestro temperamento y nuestra educación no nos permiten descender desde el brillante hemiciclo en que debe mantenerse la discusión razonada, a la cloaca en que se mantiene la disputa personal, inmunda y agresiva.

Hostilizando a nuestros adversarios día tras día, utilizaremos cuantos medios decorosos pongan a nuestro alcance los incidentes de la polémica; trabajaremos por anonadar sus argumentos, por socavar el edificio de su preponderancia y por apagar los fuegos de su dialéctica.

Y, aparte la ruda brega a que nos condenen nuestros deberes políticos, cada uno de nuestros colegas, amigos y adversarios, nos hallarán dispuestos a las gratas expansiones del compañerismo, y a las atenciones recíprocas de la fraternidad profesional.

Reciban todos nuestro saludo cordialísimo y acepten la expresión de nuestra simpatía.

Creemos que es tiempo ya de desterrar funestas prácticas, que, por fortuna, van desapareciendo del periodismo puertorriqueño, y que alguna vez han convertido en odio implacable las simples divergencias de criterio, y en hervidero de denuestos lo que no es lícito que traspase los linderos de una controversia más o menos viva y empeñada.

Por nuestra parte declaramos que *La Democracia* acudirá a todos los terrenos en que se pretenda probar el temple de su espíritu, menos al terreno cenagoso en que el vaho de la insolencia manche nuestra pluma y el lodo de la calumnia salpique nuestra frente.

LA DEMOCRACIA Julio, 8 de 1890. COMO EMPIEZA Y COMO ACABA (1)

(1) La reacción borbónica que destruyó la República en España, representada en Puerto Rico por el general José Laureano Sanz.

Un partido exclusivamente investido del derecho de hacer ley, tendría las mismas pasiones, las mismas inclinaciones que el individuo. Entonces la nación, dividida en dos clases que se miran como enemigas irreconciliables, la clase gobernante y la clase proscrita, ambas constantemente en guardia y dispuestas a exterminarse, puede despedirse para siempre de la justicia; porque es preciso ser opresor so pena de ser oprimido. La ley en este caso no es más que la ironía de la ley, la formalidad de la violencia.

Pelletan

En 1874 la reacción, furiosamente desbordada, rompió el tabernáculo de nuestras leyes, e impelida por la diestra implacable de un militar iracundo, demolió sin piedad el edificio que habían levantado las energías revolucionarias (1) .

Sumergida entonces la colonia en una catalepsia más semejante al estupor del miedo que al efecto del narcotismo gubernamental, nuestros hombres callaban y sufrían.

Llegaron las elecciones de 1879. El general Despujols propuso un pacto entre el partido conservador, desencantado, y el partido liberal, roto y maltrecho.

8

Se llevó a cabo la amalgama imposible; pero aquello no podía subsistir.

Entonces comenzó de nuevo la propaganda.

Fernández Juncos y Corchado alzaron la bandera caída; congregaron las huestes dispersas, hablaron a las multitudes atónitas, reanimaron el entusiasmo agonizante,

Library of Congress

sacudieron la opinión con la palabra y con la pluma, y renació pujante, numeroso, recobrada la confianza, robustecida la voluntad, el partido reformista (1) , con su viejo programa, y sus amplios ideales, y sus generosos procedimientos.

(1) El partido reformista luchó y obtuvo la abolición de la esclavitud. Ejerció un influjo poderoso bajo el régimen republicano. La reacción lo inutilizó. Al trocarse en asimilista su programá, se encaminó a lograr para Puerto Rico derechos idénticos a los de las provincias europeas de España.

He ahí cómo empieza la última etapa de nuestra vida política.

Vino luego, tras un período agitado y laborioso, la evolución asimilista. La seguimos todos sin vacilar. Teníamos fe profunda en las eternas reivindicaciones de la historia, y esperábamos que los Gobiernos de España no serían sordos a nuestros clamores.

Estábamos preparados para todas las conquistas de la humana cultura, y no podíamos temer que se nos regateara una participación equitativa en las ventajas concedidas a las regiones peninsulares.

El asimilismo, organizado ya, riñó con incansables bríos.

Cánovas, el estadista de temperamentos calmosos, y Sagasta, el ministro de la indecisión y de la duda, nos enviaron reformas de cierta trascendencia. El Código penal, la Constitución del 76, la ley de reuniones, la libertad de imprenta, nos fueron otorgadas.

Debíamos seguir fiando nuestro porvenir a la fuerza de los principios.

Y como no nos satisficiera el programa asimilista, avanzamos un paso más, y proclamamos dogma del partido la autonomía administrativa; pero tan prudente, tan tímida, 9 tan discretamente presentada, que ningún Gobierno serio había de poner

Library of Congress

obstáculos formidables a su propaganda, ni destruir con negaciones absolutas las esperanzas concebidas por los adeptos de la nueva doctrina.

No se cumplieron estos vaticinios, formulados en la asamblea del 7 de marzo (1) ; y cuatro meses más tarde se inauguraba un período de terror, y se pretendía aplastar por la violencia el organismo que naciera potente y vigoroso.

(1) Asamblea del Teatro “La Perla”, Ponce, en la que se fundó el partido autonomista.

Los lamentos desgarradores del país subieron a las alturas del poder nacional, repercutieron en las Cámaras como un eco fatídico de trágica hecatombe, y el general Palacios, el héroe de tantas jornadas luctuosas, fué depuesto.

Obtenida, en parte, la reparación justísima de aquellos agravios, era dable todavía seguir esperando. Aún no rayaba en candidez pueril nuestro empeño de aguardarlo todo de los hombres de Madrid.

Y aguardábamos sin impaciencia. Creímos que el señor Sagasta cumpliría su palabra. No nos sospechábamos que la obcecación de nuestros políticos llegaría hasta el punto de lanzar a un pueblo entero por los negros caminos de la desesperación.

Así, de una en otra legislatura, se aplazaban las cuestiones antillanas, y se nos ofrecía la seguridad, casi la evidencia, de que sería resuelto el más arduo de nuestros problemas: el problema electoral.

Iba a promulgarse en España el sufragio amplísimo, y nosotros, pidiéndolo, no pedíamos una concesión, no demandábamos una limosna; reclamábamos nuestro derecho, porque ¡vive Dios! que somos tan dignos como todos los españoles de que se nos trate como a ciudadanos libres y no como a siervos degradados.

Pues bien: olvidando sus promesas, faltando a sus compromisos, menospreciando nuestro derecho, el Gabinete Sagasta, permitió que sus mayorías parlamentarias

Library of Congress

cometieran el menos disculpable de los errores, votando 10 una ley que pone a nuestro partido bajo la planta del partido incondicional.

Ese Gobierno, por ese solo acto, dejaba de representar, para nosotros, a la patria, y representaba sólo el espíritu exclusivista y el sentir intransigente de nuestros adversarios.

Levantóse en Cuba un grito de indignación; de todas las ciudades y de todos los campos, subía el hervor de la ira; brotaron las amenazas del retraimiento, que sería en la Antilla hermana algo así como la quietud que precede a las grandes catástrofes; y el Gobierno vaciló, y las Cámaras vacilaron, y comenzó a prepararse en el Senado el quite contra la estocada del Congreso.

Parecían aquellos sucesos inspirados por una conjura terrible para arrojarnos al vórtice de un escepticismo volteriano.

Los conservadores de Cuba, más generosos, más patriotas, menos recalcitrantes, renunciaron al privilegio. Los de Puerto Rico, que ni siquiera trabajaron la reforma, resuelven mantenerla a todo trance.

¡Insensatos!

No ven que flota en la atmósfera de la gran república vecina propósitos de absorción, y de predominio sobre estas perlas americanas.

Olvidan que en Cuba se manifiestan uno y otro día tendencias anexionistas, muy marcadas ya; acaso muy poderosas.

No se convencen de que los pueblos, *lanzados al abismo de la desesperación o se suicidan o se degradan.*

No se les alcanza que sus mismas intansigencias sistemáticas, sus mismos alardes de poderío irresistible, pudieran ser la chispa generadora de incendios voraces.

Library of Congress

No miran más que los intereses del momento.

Sus pasiones satisfechas, sus ambiciones cumplidas, y ni una vez piensan que el patriotismo les exige mayor alteza de pensamiento, mayor pureza de intención.

Nosotros señalamos un peligro.

Nunca fuimos anexionistas.

Amábamos demasiado a nuestra raza latina para llevarla, 11 como humilde tributaria al seno de las razas del Norte.

El peligro existe.

La provocación despertará animosidades dormidas en Cuba; animosidades que nunca alentaron en Puerto Rico.

Siga el incondicionalismo recorriendo esa senda de muerte: secúndenle los poderes públicos, y esta generación que ha visto cómo empieza a desenvolver sus escenas la comedia del egoísmo, verá también cómo acaba de realizar sus errores la tragedia de la desesperación.

Diciendo esto nosotros, hacemos más por la nación y por la colonia, que esos falsos patricios que, nuevos Jeremías, sabrían apenas llorar sobre los escombros de su nueva Jerusalén, desolada y exánime (1) .

(1) Las palabras subrayadas resultaron vaticinios (*N. del E.*).

12

LA DEMOCRACIA Agosto, 12 de 1890.

Leemos en varios colegas una noticia que nos preocupa y nos entristece.

Library of Congress

“Han muerto en la cárcel de Cayey José Pagán, Cayetano Marrero, Ricardo Salgado y Francisco de Sales Ortiz, detenidos y acusados de pertenecer a Sociedades ilícitas

El día 1.º de junio, en el instante en que nos disponíamos a abandonar nuestra aldea nativa para venir a Ponce y tomar la dirección de esta empresa, nos detuvo la Guardia civil.

El señor Juez de primera instancia, don Francisco Lanuza y Morrondo, se había dignado expedir el oportuno mandamiento.

Nos precedieron correligionarios de tanto valer como Gómez Brioso, Santiago, Umpierre, Pérez y Archilla.

Fuimos a Cayey.

La cárcel estaba llena de presos de Barros, de Comerío, de Barranquitas, de Naranjito, de Corozal.

Habían talado en las fincas de un señor San Miguel algunos cafetos, habían desjarretado algunas reses, y los autonomistas debíamos de ser autores o instigadores del delito.

Ocupábamos nosotros una habitación de preferencia.

Pero quisimos ver a los infelices campesinos sobre los cuales pesaba la misma sospecha infame que nos obligaba a soportar aquella amargura y a devorar la indignación que rugía en nuestra alma.

Y allá, en el patio, hacinados, confundidos con una turba de criminales, contemplamos a los hombres que sólo saben manejar el arado y el machete para dar al Erario 13 sus recursos, acusados ahora de fomentar conspiraciones sombrías, y de subvertir el orden social con la propaganda de doctrinas perniciosas.

Library of Congress

Si es posible que tengan aptitudes y medios, para convertirse en revolucionarios, labriegos de aquellas condiciones, no vamos a discutirlo.

Ocupaban un espacio insuficiente para el aliento de sus pulmones; inclinaban la frente, avergonzados de la humillación que se les imponía.

Permanecemos en Cayey bien pocas horas; el señor Lanuza, impulsado sin duda por el generoso deseo de que gozáramos, desde las alturas de Carite, el panorama incomparable de la costa sur, ordenó que nos llevasen a Guayama.

Seis leguas de camino escabroso, a caballo, bajo un sol canicular, hicieron deliciosa aquella jornada, que nunca olvidaremos, que no pudo hacernos olvidar la almibarada cortesía del Juez instructor.

Prestamos declaración y se nos dejó en libertad. No queremos hablar del procedimiento a que se nos sometiera. Es ese un asunto que traeremos a estas columnas cuando necesitemos traerlo.

Ahora no se trata de nosotros. Se trata de esos muertos que reclaman algo más que una plegaria fervorosa y unos rasgos nerviosos de nuestra pluma.

Los que han sucumbido en la cárcel eran cuatro campesinos humildes; cuatro hombres sencillos, cuatro colonos que cometieron el horrendo crimen de llamarse autonomistas.

Si faltaron a las leyes, si delinquieron, lo dirá la causa cuando el juicio oral arroje sobre ella sus vivas claridades.

Habían ellos vivido siempre en la paz de su agreste cabaña, junto a la heredad amada por sus padres, en comunión tranquila y dulce con la naturaleza, entre los halagos de la familia y las ternuras del caliente hogar, teniendo por todo solaz su baile rústico y su

Library of Congress

cantar salvaje, por toda ambición una existencia sin ruido, por todo porvenir una muerte religiosa y oscura y una fosa estrecha en el cementerio parroquial.

14

Timidos ante la autoridad constituída, llevando su respeto a las fronteras de la veneración y su obediencia a las fronteras del servilismo, se comprende el espanto que debieron sentir cuando cayó sobre ellos la justicia con sus amenazas y sus misterios.

El dolor agudo que destrozaría sus corazones al dejar su choza, sus hijos, su campo cultivado, sus costumbres puras, el aire libre y sano de sus montañas, para entrar en las obscuridades del encierro, debió debilitarles para resistir a tantas desventuras.

Y abandonados luego en la cárcel inmunda, respirando miasmas insalubres, careciendo de horizonte su mirada y de oxígeno sus pulmones, abrumados por la pesadumbre de su desgracia, mortificados por la nostalgia, heridos por la anemia, no pudieron triunfar en sus contrariedades y murieron ¡ay! sin la solicitud incansable de la familia, entregados tal vez a la desesperación, su única compañera en las negras soledades de la mazmorra infecta.

Acaso habríanse prolongado esas existencias si no les faltara de repente el medio en que se desarrollaron.

Quizá les fué desiruyendo paso a paso la fiebre, adquirida en la estrechez de una celda sin aire y sin luz.

No conocimos a esos desgraciados; pero allí estaban también, en el montón que vimos un día, procesados como nosotros, conspiradores como nosotros, autonomistas como nosotros, inocentes, de seguro, como nosotros.

Y no porque ocuparan peldaños más bajos en la escala social, les negaremos un recuerdo luctuoso y una oración sentida.

Eran los pobres, los humildes, los desheredados, los indefensos, cuando todo el mundo les olvidaba, nosotros debemos llevar hasta sus tumbas el espíritu de nuestros compatriotas, y el homenaje de nuestra consideración.

En tanto que ellos, detenidos por supuestas asociaciones secretas, mueren en la cárcel como parias, el Gobierno de Madrid concede los honores de jefe superior de Administración a don Wenceslao Segarra, aquel contador de Juana Díaz, a quien se atribuyó no hace mucho 15 un asesinato horrible, sin que se le impusiera un día, un solo día de detención.

LA JUSTICIA NO PUEDE EQUIVOCARSE

Mas si juzgáramos por la apariencias, por los signos que nos es dado apreciar—ya que no es lícito examinar los altos motivos, las causas respetables y poderosas en que ella informa sus actos nobilísimos—, trazaríamos a veces paralelos terribles, y deduciríamos conclusiones desoladoras.

Envíemos a esos muertos nuestra despedida, y nuestra compasión a los procesados que aún aguardan en la cárcel de Cayey el fallo de la justicia histórica.

Cuatro cadáveres... ¿Y qué? Eso no es nada; eso es algo menos que nada cuando el hecho se contempla desde arriba.

Seguirá el tiempo su marcha inmutable, y nadie recordará mañana a los infelices que pasaron un día por el mundo, llevando en el alma desgarrada la fe en la justicia y en el pie dolorido el grillete del infortunio.

16

LA DEMOCRACIA Enero 10 de 1891. AL VADO O A LA PUENTE

Library of Congress

Mañana, cuando estas líneas impresas circulen por la isla, los directores del partido autonomista, congregados en Ponce, discutirán cuestiones de incalculable trascendencia.

La torpe conducta de los Gobiernos nacionales, creando un estado de cosas violentísimo, impone la necesidad de protestar con firmeza y de reivindicar los fueros de nues tra hidalguía, amenazada por las concupiscencias del poder público.

Tenemos en frente un problema difícil, y es preciso afrontarlo con virilidad y resolverlo sin vacilaciones.

Se nos llama a los comicios tras una serie de acontecimientos profundamente desalentadores. Diríase que alguna fuerza oculta pretende lanzarnos, como a hijos espureos, del seno de la patria.

Impera en España el sufragio universal; aquí el absurdo de la cuota enormísima.

Se decreta para Cuba la división del territorio: se conservan aquí los distritos unipersonales.

Y todavía más. El Gobierno elabora su triunfo en Mayagüez pasando sobre la ley escrita, sin respeto a la representación popular y sin miedo de dar margen a dolorosos conflictos.

En tales circunstancias el país se siente solicitado por dos corrientes contrarias. Una, la que quiere la lucha *a outrance*, el combate en las urnas, la agitación electoral. Otra, la que va al retraimiento, considerado como postrer medio de sacar a flote la dignidad colectiva.

17

Antes de precipitarnos a una resolución irremediable, examinemos con calma el asunto, que bien merece un análisis frío y sereno.

* * *

Si, obedientes a levantados impulsos, abandonamos la campaña y consentimos la completa victoria de los conservadores, no irán a las Cámaras, Labra, Celis, Moya ni Cortón, los adalides más bríosos de la causa liberal.

Por tal manera les privamos de nuestra representación, y nos privamos de su concurso. Y si se extreman aquí las iras del despotismo, y si se reproducen las tristes escenas del 87, ¿quién pedirá justicia, en nombre de la colonia, a la opinión peninsular? ¿Quién alzaré su voz en defensa de nuestros sacros intereses?

¿Quién, con suficiente prestigio, moverá en favor nuestro a la Prensa madrileña, tan batalladora y elocuente?

Desenfrenadas las pasiones, excitados los apetitos, ¿podemos saber hasta qué límite llegarán los abusos incondicionales, agigantados por nuestra pasividad musulmana?

En la hora de los graves acontecimientos y de las persecuciones implacables, ¿de qué conducto dispondremos para llevar nuestra queja al corazón del Estado?

¿Qué pensara de nosotros el señor Labra, opuesto siempre a los peligros del retraimiento, que condena él como una debilidad insigne o como una deserción criminal?

¿Debemos nosotros mermar la influencia política del *leader* negándole nuestro sufragios para ocupar los escaños del Parlamento?

Disueltas virtualmente las falanges autonomistas, ¿volverán a constituirse un día, prontas a reanudar la interrumpida labor y a intentar de nuevo el malogrado esfuerzo?

¿Es lícito que arriemos la bandera y toleremos el triunfo de Gallart aquí, en este distrito jamás humillado, aquí donde la idea liberal tiene un baluarte en cada corazón y un refugio en cada conciencia? **2 CAMPAÑAS I**

Library of Congress

Medítenlo nuestros delegados.

A ellos toca conjurar la crisis.

Ellos sabrán colocarse a la altura de su deber.

* * *

Y ahora, indicados los males del retraimiento, fuerza es pesar las causas generatrices de ese giro extraño a que obedece la política antillana.

Esperábamos, en ocasión solemne, la ampliación del Censo y estuvo a punto de venir el voto a los voluntarios.

Se hace en Cuba la división territorial y se nos olvida, como a ciudadanos de ínfima ralea, a los cuales se debe desdeñar y preterir.

Confiábamos en el derecho escrito para mantener las resoluciones de la Junta del Censo, en Mayagüez; y el derecho es vulnerado.

Y esos sucesos constituyen una provocación inaudita y un reto temerario.

Así nos están diciendo los estadistas de la restauración que nada podemos esperar de su patriotismo; que la voz de nuestros diputados va a perderse en el vacío, que es inútil nuestra persistencia, que sólo merecemos el látigo, y que a los cubanos se conceden mayores ventajas porque las conquistaron en las maniguas con la tea destructora y el machete fratricida.

Ante la injuria y el agravio cien razones de dignidad exigen el retraimiento; pero el retraimiento viril, que sea un rasgo de energía espartana más que una manifestación de tropical indolencia.

Library of Congress

Vamos al retraimiento absoluto, o vamos a la lucha encarnizada.

En el primer caso es imprescindible que se abstengan de votar todos, absolutamente todos los liberales de corazón; que no se aproveche la oportunidad para hacer que salga de las urnas Vivar en vez de Moya; que en ningún distrito presten los autonomistas su concurso a las candidaturas integristas.

Y además, y sobre todo:

19

Que nuestros diputados renuncien sus cargos en la corporación provincial.

Que no quede un solo autonomista en los Ayuntamientos, en las Juntas de Cárceles, en las Juntas de Instrucción ni en ninguna clase de corporaciones elegidas por el pueblo o nombradas por el Gobierno.

Que nos retiremos al fondo de nuestros hogares, prontos a darlo todo, hasta la vida y la fortuna, en aras de la libertad y la justicia.

Y que adquiera el acto realizado por nosotros la gravedad austera de las grandes resoluciones y de los inmensos sacrificios.

Así comprendemos el retraimiento.

De otro modo lo consideramos ridículo, cobarde y vergonzoso.

* * *

Expuestos quedan el pro y el contra de la cuestión magna.

Library of Congress

Piense la delegación en la responsabilidad enorme que contrae ante el país y ante la historia. Pese sus decisiones, mida sus pasos, depure sus actos en el crisol de un examen desapasionado.

Tócale señalar derrotero al partido, que aguarda con impaciencia grande y con ansiedad calenturienta.

Nosotros, conociendo a nuestras masas, las juzgamos faltas de educación viril e incapaces de mantener una actitud resuelta y vigorosa.

Ese pueblo, tantas veces sometido a la servidumbre, no puede alzarse a las gigantescas concepciones de la dignidad política.

Por eso somos partidarios de la lucha. Por eso queremos ir a los comicios, afrontando, si es preciso, la derrota, que es el mayor de los peligros.

O el retraimiento con todas sus consecuencias, o el combate con todos sus tropiezos.

No caben aquí medias tintas. En estos instantes la vacilación sería un crimen; la duda una apostasía; la debilidad una traición.

20

Los directores de partido han de resolver. Nosotros acataremos los fallos de la mayoría.

Pero que no se cuente con la aquiescencia nuestra, para coadyuvar a un retraimiento ridículo y falso, que rechaza con vigor nuestra conciencia altiva.

Sí vamos a luchar, lucharemos, en esta atalaya del periodismo, con energías inmortales.

Si plegamos nuestra tienda aguardando mejores tiempo's, seguiremos ocupando el sitio que se nos señale, sin desfallecimientos y sin precipitaciones.

Esperemos.

21

LA DEMOCRACIA Febrero, 17 de 1891. LAS CAUSAS DEL MAL (1)

(1) . Principia en esta serie, con la que le sigue, la campaña en favor de un pacto con aquel de los partidos turnantes en España que más dispuesto estuviese a conceder las reformas que pedía el partido autonomista.

Hasta 1896 la mayoría del partido se opuso más o menos francamente al paso aconsejado por Muñoz Rivera, basándose en que una agrupación nacida al calor de las ideas republicanas no debía unirse a partidos defensores de la Monarquía. Muñoz Rivera siempre sintió mayor solidaridad con su patria que con sus ideales abstractos. Su actitud fué loable. Pero es loable también la actitud de los que se sintieron atraídos con más fuerza hacia sus ideales abstractos que hacia su patria. Los otros artículos de esta campaña publicados por nosotros son los de: febrero 19 de 1891; febrero 21 de 1891; febrero 26 de 1891; marzo 3 de 1891; marzo 5 de 1891; marzo 12 de 1891; marzo 21 de 1891; mayo 23 de 1891; abril 5 de 1894; enero 30 de 1896; julio 30 de 1896; agosto 3 de 1896 y agosto 5 de 1896"; Véanse además los artículos "Apuntes para un libro", agosto y septiembre de 19??

I

Estamos aquí, día por día, sobre este lecho de Procusto que se llama periodismo, con la mente absorta en los problemas sociales, auscultando la opinión, viendo cómo mueren las viejas energías, cómo decaen los ánimos viriles, cómo el país va descendiendo, poco a poco, en marcha lenta y segura, por la pendiente fácil de una atonía, de una laxitud, de un relajamiento sin nombre y sin precedente en la historia.

Library of Congress

Estudiamos esta situación, queriendo poner dique al torrente desbordado, y a cada instante llegan hasta nosotros ecos sonoros, repercusiones bien distintas, bien claras, 22 del mal que corroe y perturba la conciencia de nuestro pueblo.

No es suya la culpa, no, de la anemia moral que le invade; no es suya la culpa del raquitismo a que se le condena. Viene la perturbación de esferas muy altas, y es cuasi irremediable, porque ni siquiera podemos formar elementos vigorosos que reemplacen a la generación debilitada que puebla hoy las ciudades, las aldeas y las campiñas de Puerto Rico.

Necesitamos nutrir a nuestras clases proletarias, y nos detenemos ante lo imposible. En tanto que los aranceles no abran mercado libre a las harinas americanas, el bracero no comerá pan; en tanto que graviten sobre el abasto contribuciones multiplicadas y onerosas, el bracero no comerá carne; en tanto que los vinos españoles no penetren aquí a precios muy bajos, el bracero se envenenará con los brebajes adulterados que consume, a falta de jugos más sanos y vivificantes.

Y una multitud que se alimenta de raíces y de féculas, no está nunca dispuesta a esfuerzos grandes en la lucha por la vida.

El campesino vive en el más absoluto aislamiento; duerme bajo el techo de pajas, insuficiente a preservarlo de la intemperie; consume, como base de su alimentación cotidiana, el *malango* y el *bacalao*, que disminuyen los glóbulos rojos de su sangre; mira a todos los burócratas, a los que medran con su ímprobo trabajo, por encima de él; ha adquirido, entre las prácticas enervantes de la servidumbre esclava, el hábito de la sumisión; piensa que las leyes son algo misterioso elaborado no con el propósito de protegerle, sino con el fin de oprimirle; ve en el alcalde un semidiós; en el cura un ser rayano en la divinidad; resiste a educar sus hijos en la escuela rural, porque ya sabe que la escuela, mal dirigida, es, en la práctica, estéril o perniciosa; ama por instinto la libertad,

Library of Congress

como los vegetales al sol; no tiene ideas exactas de la existencia, porque jamás traspasó los lindes de su montaña y de su río.

Y así, desarrollado en condiciones nefíticas, respirando una atmósfera viciada, explotado en su pobreza por el 23 Fisco que le persigue y por el clérigo que le fanatiza; cargado con la pesadumbre de todos los deberes, ignorando que existen para él, o debieran existir, derechos imprescindibles; muriendo de hambre y de tedio en la soledad de su choza, deja, como continuadora de su labor y como heredera de sus vicios, a una prole enfermiza y endeble, que sigue recorriendo iguales sendas, sometida al mismo régimen, sin porvenir, sin aspiraciones, sin nada de lo que constituye la vida social, y da impulso al pensamiento, y crea organismos equilibrados. y sirve de acicate y de estímulo a los avances del progreso humano.

Nunca podremos nosotros, los patriotas de corazón, modificar las condiciones en que vegetan esos hombres, llamados a ser base de toda organización futura y de todo trabajo actual. Harto conocemos los procedimientos que producirían radicalísimos cambios; pero no dependen de nuestra voluntad, ni podemos aplicarlos con éxito.

Corresponde la tarea fecunda y noble a los poderes constituídos y esos poderes creen sin duda que al prestigio de España y a la integridad del territorio, conviene que tomen cuerpo la anemia y la ignorancia; que el jíbaro no abandone su condición de paria, que no piense, que no aprenda a distinguir la verdad entre los absurdos convencionalismos coloniales, y que sea por los siglos, una máquina, un artefacto, una cosa productiva y maleable.

Toda gran evolución ha menester el apoyo de poderosos elementos populares y nosotros carecemos de tales elementos.

¿Dónde está el país? nos hemos preguntado cien veces en instantes de prueba. Y la realidad respondió a nuestra pregunta. Está en la gallera, en el garito, en la taberna, en la

Library of Congress

hamaca; nunca en el *meeting*, en la biblioteca, en los sitios donde se forma la conciencia y el espíritu se ilustra.

Hay en Puerto Rico unas cuantas docenas de ciudadanos que meditan en las desgracias del terruño, y las sienten cual si fueran propias desdichas; pero esas individualidades aisladas no constituyen una fuerza, y ceden al empuje de las circunstancias, y rugen de dolor y de vergüenza cuando oyen estallar la fusta degradante del despotismo.

En Irlanda los más humildes, los colonos sin pan y sin hogar, aman con delirio sus colonias, y llevan a sus directores la cuota modestísima que, acumulada, sirve para empeñar batallas implacables y ganar victorias espléndidas.

Aquí las muchedumbres son indiferentes al movimiento de los partidos. En una hora dada, seducida por el acento de un orador elocuente, arderá en ellas, con vacilante fulgor, la llama de un efímero entusiasmo; pero caerá más tarde en su indolencia habitual, sin que la propaganda ejerza una acción durable y tónica.

¡Educad esas masas!, dirán los filántropos que no desciendan al fondo de nuestra sociedad incipiente.

¡Ah!, ni aún podemos emprender la tarea educadora, porque la escuela es un agente manejado por inteligencias extrañas; porque el periódico no llega a las capas inferiores, donde el hábito de la lectura es desconocido; porque el aislamiento de las viviendas rústicas es un obstáculo a toda empresa progresiva; porque—divorciados, como vivimos, de los Gobiernos nacionales—nuestras ideas generosas hallan una resistencia tenaz; porque en veinticinco años de perseverantes empeños, todavía no hemos logrado sacudir a esas masas, rompiendo el hielo de su indiferencia, y encendiendo en su corazón el sacro fuego del patriotismo.

25

LA DEMOCRACIA Ponce, febrero, 19 de 1891. LAS CAUSAS DEL MAL

II

Departiendo con nosotros, no hace mucho, acerca de las condiciones en que se desenvuelve la vida regional puertorriqueña, uno de nuestros amigos más caros nos decía:

“Aquí no hay juventud militante, en el sentido que dan a esta palabra los grandes pueblos. Hay *hombres de pocos años*, sí; de inteligencia empobrecida por el medio; de voluntad atrofiada y de corazón egoísta, que no responde jamás, salvo excepciones muy bellas, a los dolores y a los quejidos de la patria.”

Es verdad y lo confesamos con amargura infinita.

A nuestro lado se levanta una generación endeble de cuerpo y de espíritu, que no toma parte en las turbulencias de la lucha, ni rinde homenaje al ideal, ni siente los tormentos de la opresión, ni forma a la vanguardia en los ejércitos de la libertad.

En el mundo antiguo y en el mundo moderno, lo mismo sobre los desfiladeros de Grecia, que sobre los muros de Gerona, vemos a la juventud lanzarse decidida, antes que nadie, a la pelea y a la muerte.

En Cuba misma juega importantísimo papel, y no desdeña nunca el sacrificio cuando el deber lo exige y la dignidad lo impone.

Sólo entre nosotros se entrega a las dulzuras del baile, tal vez a los desórdenes de la orgía, sin consagrar un pensamiento a la tierra infortunada en que vegetan, sin meditar en la misión augusta que el destino les señala.

Library of Congress

Llega de Europa, terminados sus estudios; fija la planta en el terruño natal, y cree cumplida sus obligaciones sagradas contemplando, desde sitio seguro, el desarrollo de los acontecimientos.

Buscad en el periodismo, casi la única manifestación de nuestra existencia política, un representante de las clases universitarias, y no le encontraréis.

La América sajona nos devuelve también cada año algunos hijos de este suelo, formados en las costumbres democráticas de la república modelo.

¿Qué actitud es la suya frente a los excesos del poder colonial?

¿Qué hacen para demostrar que bulle en sus arterias la sangre de una gran raza, y que no son indiferentes a las desdichas de su pueblo?

Cruzarse de brazos, disfrutar en calma los halagos de la fortuna, e infundir, con su conducta estéril, el desaliento más hondo entre los que se agitan incansables y trabajan con ardor y ofrecen a las ideas nobles el holocausto de una vida consagrada a mantener los fueros de la justicia.

Ya sabemos que en la ruda labor hay quien ponga su alma entera; pero nuestros jóvenes más brillantes, los favorecidos por la fortuna, los que pudieron adquirir conocimientos amplios, esos no aportan nada al bienestar común, ni se interesan por el porvenir de la patria.

No tenemos juventud militante; tenemos hombres de pocos años, adscritos al comercio, a la agricultura, a las profesiones científicas.

Nunca les vimos formando núcleos, concentrando en torno suyo generosas energías, sirviendo de escudo a la inocencia perseguida, rebelándose contra el despotismo avasallador, combatiendo en las avanzadas de la idea liberal, revolviéndose indomables

Library of Congress

contra la tiranía, extremando los esfuerzos de la propaganda, siendo, en fin, lo que es en Francia, en Italia, en España, en América, la juventud ardiente y digna: una esperanza o una fuerza, una aurora o una tempestad, un iris o un rayo.

¿Tan infiltrado está en nuestras costumbres el servilismo que aún los que nacían ayer, los que no pudieron contagiarse con las iniquidades de la esclavitud, los que no encuentran espacio a sus aspiraciones, no han aprendido a alzar la frente, como ciudadanos libres, ni a despreciar los peligros de la lucha?

Es más dulce la danza criolla que el trajín electoral; es más deleitosa la inacción tranquila que la agitación febricitante; es más lucrativo el trabajo en el mostrador o en el bufete, en el almacén o en el laboratorio, que el trabajo en los comicios, en la tribuna y en la Prensa.

Mas ¡ah! si no podemos esperar nada de los compatriotas que llegan a las puertas del mundo, si toda redención es imposible para un país cuyos hijos le olvidan o le niegan, será preciso declarar que Puerto Rico no tiene igual entre los pueblos del globo, y que las entidades que en otras zonas significan heroísmo y robustez, aquí simbolizan el estancamiento, la miseria fisiológica y la muerte.

Lo que decimos es triste como una elegía y espantoso como una deprecación. ¿Es también irremediable?

Urge vigorizar, tonificar a nuestra juventud. Que adquiera el aliento moral e intelectual necesario en las presentes edades, que entre de lleno en problemas que ha de resolver tarde o temprano, que sea resuelta y firme, que combata, que se alce triunfadora a las más altas cimas, y el país se habrá salvado.

Todas las carreras del Estado: la milicia, la política, las letras, la diplomacia, dan acceso a los que saben penetrar en ellas con empuje. Es tiempo de que fijemos la mirada en algo más que en los bocoyes de miel, los metros de tela, los procesos patológicos y los pleitos mal retribuidos.

¿Que los altos destinos se hallan monopolizados por elementos peninsulares?

Nada más exacto; pero en ese monopolio entra por mucho nuestra desidia, acaso nuestra falta de talento práctico, de seguro nuestra fatal organización política.

Venimos estudiando las causas del mal: hacemos el diagnóstico, ¡ojalá acertemos al aconsejar la fórmula vivificante que nos devuelva exhaustos ardores y agonizantes entusiasmos!

28

LA DEMOCRACIA Febrero, 21 de 1891. LAS CAUSAS DEL MAL

III

En los países bien organizados vemos influir grandemente a las clases que concentran, por cuantiosas acumulaciones, la fortuna general. Dirigen ellas en parte los acontecimientos, y entran, como factores importantes, en la evolución política, que guarda estrecha solidaridad con el desarrollo financiero.

Sienten esas clases el entusiasmo con igual viveza y energía que el proletariado, y, cuando llega la hora de realizar inmensos sacrificios, no hay en sus huchas una sola moneda que no consagren a la causa que abrazaron por convicción, por temperamento, por conveniencia tal vez. Como sus luces y sus clarividencias los hombres de genio; como su brazo y su sangre los hombres de acción, los tenedores de la riqueza dan sus recursos materiales, y aportan un contingente respetable a la conquista del ideal.

Así contemplamos a Francia pagando sin demora mil millones de duros por indemnización de guerra; a Irlanda poniendo en manos de Parnell cantidades enormes, con destino a la propaganda autonomista; a los partidos de la Unión Americana realizando colectas fabulosas para afrontar la lucha en los comicios.

Library of Congress

En este rincón del planeta las cosas pasan muy de otro modo. Durante los días tempestuosos de la revolución, el reformismo puertorriqueño, ampliamente popular y democrático, 29 tenía entre las gentes de posición holgada magníficos elementos. Vino el golpe de Estado, surgió en Sagunto la dinastía borbónica, cambiaron los rumbos de la patria, quedamos aislados, solos, sin alianzas y sin auxilios, los liberales de siempre; desató sus furores la tiranía, el autoritarismo puso en práctica sus corruptelas, y las gentes del dinero comenzaron a retroceder, a moderar sus temperamentos, a limar sus ideas, hasta negarnos, por último, sus grandes medios y el eficaz auxilio de su valer personal.

Hoy apenas si forma en nuestras filas un rico, y los que se mantienen al lado de la justicia, no pecan por cierto de exaltados; antes bien contribuyen a extirpar el fuego que caldea el corazón de los pueblos.

¿Qué razones determinan el fenómeno que estudiamos?

El Gobierno colonial, sosteniendo en gran predicamento al caciquismo, coautor de sus violencias temerarias, ha desmoralizado a esta sociedad, ha traído a los espíritus un germen de muerte, y ha causado verdaderos desequilibrios en los sentimientos, en las ideas y aun en los intereses del país.

Demostrando una torpeza insigne, pugna por destruir todo germen de aspiraciones progresistas, y, persiguiendo su objeto nefando, nos abrumba con el rigor de sus persecuciones, disimuladas o descubiertas.

Como no hay esperanzas—si no variamos la orientación de nuestra nave—de subir a las regiones del poder, y de influir por tanto en los problemas locales, tenemos a toda hora en perspectiva perjuicios y dificultades gravísimas. Y los mimados de la suerte, a quienes perjudican más que a nadie, por accidente de economía, las iras cesáreas, se retraen, se colocan a un lado, practican el *laissez faire* de los franceses, y olvidan que nacieron aquí,

Library of Congress

que aquí nacieron sus hijos, y que bien pueden darse algunos pesos en holocausto a la tierra nativa.

Los ricos no comprenden que su hacienda está ligada a la hacienda del terruño por lazos inquebrantables; y por ahorrar acaso algunas persecuciones, algunas contrariedades, descienden a un egoísmo criminal, se apartan a la margen tranquila y logran de tal suerte la benevolencia 30 humillante y vergonzosa de los próceres que les insultan al insultar a sus paisanos.

Por la sonrisa indulgente de un gobernador, por la visita casual de un intendente, por la amistad interesada de un alcalde, por una misérrima disminución en la cuota contributiva, por esa serie de halagos con que premian los opresores la debilidad de los oprimidos, esos hombres venden su conciencia política, abandonan al suelo sagrado en que acumularon sus ahorros, pactan con los enemigos jurados de su patria y contribuyen a preparar para sus hijos una sucesión no interrumpida de humillaciones terribles y de desastres económicos, en que no sueñan siquiera, cegados por el afán de lucro y por el temor a imaginarios conflictos.

Los que de tal modo proceden no conservan ni siquiera una leve sombra de afecto hacia el país. Lo miran naufragar y contemplan impasibles el naufragio; lo ven morir y se cruzan de brazos para gozarse en la agonía desesperada y lenta.

No hay palabra que califique dignamente a los fariseos modernos, que cierran su corazón a las sublimes manifestaciones del deber, y que no reconocen más Dios ni más patria que su avaricia, su anhelo de amontonar centenes, su sistema de desdén absurdo hacia la civilización que les deja rezagados o pasa sobre ellos sin fijarse en sus pequeñeces.

El partido autonomista carece de esos representantes de la banca y del comercio y de la agricultura en gran escala. Apenas si en la capital, en Ponce, en Mayagüez, en Yauco, existen algunos, muy pocos de seguro, y es indispensable que existen, porque entre ellos,

Library of Congress

y las masas obreras, y la mesocracia, se establece el equilibrio y se completan los medios de pesar en los destinos políticos de la colonia.

¿Cómo se obtiene ese resultado?

Se obtiene infundiendo confianza plena, colocándose en actitud de imponer nuestra voluntad en el Gobierno, pagándonos menos de las teorías y atendiendo más a los hechos, ofreciendo al capital las ventajas que busca, ligándole a nuestra doctrina por los vínculos de un interés 31 lecíproco, dando vida a nuevos entusiasmos basados en la lógica, en la realidad, de éxitos cercanos, y en la certeza de amplia compensación a los presente sacrificios.

¿Cuál es el talismán que ha de emplearse?

A eso van nuestras investigaciones: a eso enderezamos el esfuerzo de nuestra voluntad: a encontrar fórmulas que, concordando con lo esencial del credo autonomista, nos compenetren con la realidad nacional y nos permitan generar fuerzas de que carecemos en absoluto.

Hemos intentado demostrar la debilidad de nuestra población rústica, a la que es preciso educar y nutrir; la inercia de nuestra de nuestra juventud distinguida, a la que urge sostener e impulsar; el egoísmo de nuestras clases privilegiadas, a las que es importantísimo atraer. Continuaremos la tarea y la síntesis brotará sin esfuerzo de los datos aducidos.

No nos cansa todavía la labor política; pensamos que es hora de recuperar el tiempo malogrado, y, valga lo que valga, queremos entregar al país todo nuestro pensamiento.

Emprendida la ascensión difícil y escabrosa, no sabemos retroceder ni vacilar.

Iremos hasta el fin.

LA DEMOCRACIA Febrero, 26 de 1891. LAS CAUSAS DEL MAL

IV

Cubriendo la distancia que media entre la clase directriz y la muchedumbres indoctas del partido autonomista, hay un número, relativamente corto, de hombres abnegados que no rehusan jamás su contingente a la redención del país; que se crecen junto al peligro, que se rebelan contra la amenaza, que penetran sin miedo en la lucha política, y que tienen ya formados su convicción y su ideal.

Unos han adquirido en el estudio la conciencia de sus actos; otros deben a la perspicuidad de sus facultades una percepción clara de las ideas; todos, con más o menos fijeza, saben definir el criterio que les guía y dar forma a las aspiraciones que alimentan.

Cultivan la campiña, o explotan las pequeñas industrias, o pueblan los talleres, o sirven cargos retribuidos; pero de cualquier modo constituyen la masa combatiente, y son los héroes anónimos de la libertad.

Buscadles en las horas de descanso y encontraréis en sus manos el periódico y el libro; herid el nombre augusto de la patria, y no faltará uno de ellos que repela con energía el ultraje, combatid de hecho o de palabra, los principios en que se apoya nuestro credo, y habrá quien os oponga sin tardanza el valladar de una resistencia proporcionada a vuestro empuje.

Podéis hallarle lo mismo en la ciudad que en la aldea humilde o en el rústico albergue rural; y donde quiera veréis en el fondo de su carácter la firmeza y en el fondo de su alma la hidalguía.

Library of Congress

Pocos, por desdicha, ellos mantienen vivos el entusiasmo y la protesta. No supieron nunca medrar; supieron, sí, sacrificar en holocausto de una doctrina redentora, su porvenir, su tranquilidad y su fortuna.

Tras veinte años de combate casi estéril, conservan la fe inquebrantable en el triunfo definitivo, y ni un palmo de terreno ceden jamás al adversario.

¿Lidian y caen ahora, domeñados por la arbitrariedad escandalosa? Pues se levantan de nuevo a ocupar la brecha y a redoblar el esfuerzo. No conocen el desaliento, porque creen cumplir un deber sacratísimo dando su vida al peñón en que llegaron al mundo.

En los períodos de agitación electoral recorren día y noche los campos, publican manifiestos, acuden a la Prensa, reaniman las fuerzas decadentes, sacuden a los reacios, fustigan a los débiles, llaman a los buenos, se mueven, se multiplican, redoblan su actividad febril, y, gracias a sus temperamentos, aún quedan en la Diputación provincial diez representantes genuinos del pueblo, y en las Cámaras dos mandatarios ilustres de la colectividad.

Obedecen antes al sentimiento que al cálculo; los domina una impresión poderosa, excita su entusiasmo un propósito loable, y, seducidos a veces por apariencias efímeras, no inquietan, no buscan la verdad en el fondo de las realidades humanas. Esto es un defecto: más aún, es un vicio.

Cúlpese a la educación que reciben, al medio en que se agitan, a la carencia de obstáculos para la vida material, a la candidez propia de los pueblos jóvenes y de las inteligencias sin cultura; mas reconózcase que tal impresionabilidad ejerce influjo morboso en nuestro organismo y dificulta nuestra evolución progresiva.

Enamorados de lo abstracto esos hombres, que en rápido bosquejo describimos, se pagan más del nombre que de la esencia, y entre una monarquía como la italiana, como

Library of Congress

la belga, como la española, y una república anárquica, **3 CAMPAÑAS I** 34 como la dominicana o la venezolana, de seguro optarían—error indiscutible—por la última.

Pero, así y todo, representan una base magnífica para la creación de fuerzas superiores. Ahí está el núcleo. Agrupad elementos sanos en torno, dadles cohesión y unidad, estimuladles al trabajo sereno y fecundo, levantad en alto una bandera simpática y tendréis un partido inmenso y vigoroso.

Es necesario utilizar esa masa combatiente, educándola por el ejemplo, elevando su espíritu con la propaganda, premiando su heroísmo con el aplauso, guiando sus pasos a empresas útiles y serias, colocándola en condiciones de influir en los destinos de la colonia.

Si necesitamos emprender una tarea de preparación, en una hora buena, emprendámosla sin vacilar, abriendo horizontes a la mirada, fijando puntos de vista altos y claros, prescindiendo de todo exclusivismo, y dando a la realidad lo que ella reclama y exige. No nos empeñemos en librar batallas inútiles, en crear situaciones complicadas, y en perseguir anhelos de realización imposible.

Somos hombres de nuestro siglo, eminentemente positivistas, en el sentido noble y generoso de esa frase; no es la época en que vivimos apta para generar ensueños y dar forma a livianos espejismos.

Almas existen que acarician ilusiones muy bellas. ¿Pueden realizarse? Pues aprestémonos a correr tras la estela luminosa. ¿No hay medios de traerla a la práctica? Pues ciñamos nuestro deseo a las imposiciones de la razón, y no gastemos nuestros bríos en fantásticas lides.

La historia ha de prestarnos sus positivas enseñanzas, y el talento sus intuiciones prodigiosas.

¿Queremos la autonomía? Bien; vamos a perseguirla como se persigue el ideal acariciado con ansia vehementísima. ¿Y amamos también la libertad? Consagrémosla un culto perseverante; el culto que se consagra a las grandes ideas y a las divinidades del progreso. Laboremos el futuro, sin sacrificar el presente. Entremos ya en la política nacional, organizada, seria y activa.

Cuba se basta a sí misma, y puede, ¡quién sabe! acariciar radicales soluciones. Nosotros somos dependientes, 35 en absoluto, de la metrópoli castellana, y de ella— *o de la anexión al extranjero, que es un crimen*—debemos esperar todo.

Aprendamos a evolucionar como evolucionan los partidos, con dignidad y con honor, y alcanzaremos éxitos más o menos remotos; pero éxitos al fin.

No hemos terminado.

36

LA DEMOCRACIA Marzo, 3 de 1891. LAS CAUSAS DEL MAL

V

Dirigiendo hacia atrás la mirada, estudiando el desarrollo de nuestras agrupaciones políticas, podríamos ver en la conducta del partido conservador una habilidad y una diplomacia admirables.

Vino la revolución democrática del 67, soplaron brisas de libertad y de progreso, cobraron vida robusta los gérmenes dispersos en nuestra atmósfera, y surgió el reformismo, con su amplio programa, sus altos propósitos, sus generosas iniciativas y sus grandes ideales.

Existía por entonces un problema social complejo y vasto. La esclavitud manchaba el estandarte de la patria, y los hombres de espíritu recto abordaron de frente la cuestión, declarándose franca y lealmente abolicionistas.

Library of Congress

Grandes intereses, creados a la sombra de leyes bárbaras, sintieron la amenaza de la nueva doctrina, y le opusieron un valladar terrible; esos intereses iban a robustecer a los conservadores.

Pero como era difícil que aquellas gentes, perturbadas por la codicia, pudieran detener la marcha impetuosa de la revolución, las Cámaras votaron, al fin, la libertad de los siervos.

Faltó un estímulo a nuestros adversarios, que habían fundado su propaganda en los riesgos de una manumisión radical. Era preciso fijar rumbos, tomar posiciones, levantar otra bandera: y comenzó el trabajo concienzudo en la burocracia, auxiliado por la ceguera de ciertos hombres y por el concurso de ciertas circunstancias.

37

Ya desde antiguo se acusaba a los liberales de acariciar proyectos parricidas; creció entonces el vocerío, y los que hasta aquel instante se contentaban con apellidarse conservadores del orden y de la propiedad, empezaron a llamarse españoles sin condiciones.

Ese nombre, ese solo nombre constituía para nosotros el más grave de los insultos, y debimos rechazarlo con virilidad, tremolando los colores de nuestra enseña, y demostrando que nadie, en la colonia fidelísima, *era tan bueno y leal español como nosotros*.

Pero aún palpitaba algo superior en el fondo. La defensa de la integridad y de sus fueros sagrados, servía de pretexto a los hombres de la reacción para medrar al amparo de todos los Gobiernos, creando en derredor nuestro un ambiente saturado de miasmas mortíferos y de emanaciones malsanas.

Se decían ellos los únicos, los más leales patriotas, y apoderándose de una idea grande y simpática, se presentaban a la nación envueltos en los matices del estandarte castellano.

Library of Congress

Así no aparecieron como un partido de miras estrechas, sino como un baluarte de la defensa nacional: y pues eran Gobiernos nacionales los llamados a resolver el pleito, el fallo favorecía siempre a los que ostentaban actitudes más correctas ante la opinión española.

El golpe de Estado de 1874 fué golpe de gracia para el partido reformista. Unidos nosotros con los radicales de Zorrilla primero, con los republicanos de Pi, Castelar y Salmerón después, ejercimos ilimitada influencia en los asuntos coloniales. La Administración estaba en nuestras manos, y nos pertenecían todos los cuarpos elegidos por sufragio popular.

Llegó la reacción y nos impuso vejámenes horribles. A partir de aquel período la decadencia viene marcándose por signos seguros en el seno de nuestra colectividad.

Esa decadencia reconoce por origen la enemiga de los Gobiernos, Se nos combate de un modo cruel, se nos provoca y se nos hiere sin rebozo; se emplean todas las armas con tal de anonadarnos y destruirnos.

No hacemos una elección que no resulte anulada; no 38 entablamos un recurso que no se convierta en nuestro daño. Si acuden a la Diputación nuestros representantes, su labor es inútil; el gobernador revoca los acuerdos; si trabajamos en los Municipios, no alcanzamos nada; el alcalde, sólo, puede más que las mayorías autonomistas, inteligentes y compactas.

Y aun en las Cortes bien sabemos que se malogran todos los trabajos del *leader* autonomista, porque allí también alcanza el influjo pestilente del caciquismo colonial.

La política es en España—y en casi todos los países— un juego de toma y daca. Los integristas ministeriales de todos los ministerios, les ofrecen aún diez diputados adictos; los Gabinetes de Sagasta y de Cánovas entregan, en cambio, a los incondicionales,

Library of Congress

todos los resortes de la máquina administrativa, empezando por el Gobierno general y acabando por las más insignificantes Alcaldías.

Ocupamos nosotros nuestro sitio en la oposición, y al fin perderemos la fe en la eficacia de los procedimientos adoptados al convencernos de que, aun en el caso de que la autonomía nos fuera otorgada, sería el señor Ubarri y sus seides los llamados a aplicarla y a desacreditarla.

Esto es desesperante, y empieza a sentirse el malestar, que se manifiesta por entusiasmos histéricos, que duran un instante, y a los cuales sigue un abandono y una laxitud propia de temperamentos enfermizos.

En Madrid se decide nuestro porvenir. Los incondicionales pesan allá, por los diputados que regalan al poder, nosotros no pesamos nada, porque siendo en número cien veces superiores a nuestros adversarios no sabemos o no queremos utilizar en beneficio de esta tierra los elementos con que contamos.

Los autonomistas irlandeses lograron ponerse en condiciones de luchar con esperanzas de éxito cercano desde que realizaron su alianza estrecha con los liberales ingleses, dirigidos por Gladstone.

De otro modo aún permanecerían estacionarios, practicando el *boycoting* estéril, y ofreciendo al mundo el desgarrador espectáculo de un pueblo que, teniendo recursos sobrados de combate, permite que le humille y le degrade un enemigo inferior en número, en arraigo y en capacidad.

39

El *incondicionalismo* no es otra cosa que un medio infalible de predominar. Conocemos ese medio, y hemos de utilizarlo cueste lo que cueste.

En manera alguna predicaremos nosotros un *incondicionalismo* liberal; aconsejaremos, sí, que haciendo una evolución inteligente, nos situemos en posición de ser un día los árbitros de nuestro propio destino.

Quedan someramente indicados los motivos de desaliento que nos abruma; ahora, si la bondadosa atención de los lectores nos sigue, daremos a conocer los medios que emplearíamos—y que aconsejamos al partido—para consolidar nuestra situación política que no puede ser más desdichada.

Carecemos de fuerzas populares, por la ignorancia de la población campesina; carecemos de juventud militante por la apatía y el *laissez faire* de nuestros jóvenes; carecemos de personalidades ricas, porque esas temen mucho a la política romántica, y se inspiran en un egoísmo imperdonable; es necesario educar a las primeras, vigorizar a las segundas y atraer a la tercera de esas clases.

Y esto podríamos hacerlo reemplazando a los incondicionales, y arrojándoles del puesto usurpado que no les corresponde y que ocupan más por el derecho de la fuerza que por la fuerza del derecho.

40

LA DEMOCRACIA Marzo, 5 de 1891. LOS REMEDIOS DEL MAL

I

Hemos señalado ligeramente, según corresponde al carácter y a los límites de un trabajo periodístico, las causas del hondo malestar que nos abruma y de la innegable decadencia que nos abate.

Nuestra debilidad orgánica en primer término; el indiferentismo egoísta de nuestros compatriotas después; y, por último, la sistemática persecución de que somos víctimas,

Library of Congress

generan ese estado de catalepsia moral en que vivimos, ese agotamiento de fuerzas que lamentamos y que es necesario combatir a costa de los mayores sacrificios.

Iniciada ya nuestra labor de propaganda, la enmienda del señor Blanco (1) no nos sorprende: la esperábamos. Tenemos por indudable que un movimiento poderoso ha de producirse en la opinión, solicitada por el influjo de un criterio práctico y positivista; por el sólo criterio posible dentro de la política española.

(1) Don Julio S. Blanco, presidente del Directorio Autonomista.

Y no se crea en modo alguno que nos adherimos al pensamiento del señor Blanco.

Oigámosle:

“Estoy firmemente persuadido de que consagrándonos con más ahinco y casi exclusivamente a lo puramente local, cual lo exige la índole de nuestra agrupación, desentendiéndonos en tanto que se nos mantenga fuera del concierto nacional, facilitándole el cumplimiento de su altísima 41 misión, sea cual fuere el criterio en que se inspire, también facilitaremos sobremanera y será mucho más fructuosa y patriótica la tarea que nos hemos impuesto, abreviando así el logro de nuestras legítimas aspiraciones, sobre todas las cuales descuella la que nos impone imperativamente nuestra dignidad, la de ser considerados y tratados al igual que los demás españoles.”

Comenzamos por negar que se nos mantiene, en absoluto, *fuera del concierto nacional*. La Constitución española nos ampara; el Código penal nos rige; la ley de Asociaciones, la de Reuniones, la de Procedimientos judiciales, el Código civil, están vigentes aquí como en la península.

La marcha de los grandes partidos nos afecta de un modo directísimo: entre ellos y nosotros existe solidaridad estrecha. Todas nuestras cuestiones se resuelven allá, en el

Library of Congress

seno de la patria, y antes que divorciarnos de la política general, debemos penetrar en sus turbulencias con vigoroso esfuerzo.

No hay, no puede haber incompatibilidad entre la doctrina que sustentamos y el credo autonomista, votado en la asamblea del 87.

¿ El partido proclama la identidad política y jurídica? Pues debe ser consecuente con sus ideales, luchando, para realizarlos, no aquí, en el aislamiento de la colonia, donde el combate resulta estéril e imposible, sino en Madrid, donde el impulso llegará a ser un día poderoso y fructífero.

Acerca de ese punto nosotros sustentamos ideas diametralmente contrarias a las ideas del señor Blanco, a quien no obstante, nos complacemos en reconocer una experiencia y una ilustración probada de antiguo en las lides por el derecho y por la libertad.

Y sosteniendo que es hora de variar los rumbos señalados a nuestra nave, pensando que nos interesa influir en la política general, no cabe que brindemos nuestro concurso a *todos los Gobiernos, sea cual fuere el criterio en que se inspiren.*

Predicamos la fusión leal, completa y segura con una de las agrupaciones que se disputan el poder supremo: 42 pedimos un pacto que nos una con vínculos fuertes a un partido liberal español, cuya doctrina responda a nuestras necesidades; queremos apretar aún más los lazos que nos ligan a la nacionalidad, diciendo a nuestros hermanos de allende el Atlántico: “Ahi estan, a vuestro lado, entre vosotros, nuestros jefes, los que nos dirigen y nos guían; nosotros obedecemos sus órdenes: tachadles de separatistas si podéis.”

A cambio de nuestro auxilio y de nuestra adhesión reclamamos una reciprocidad sincera: que nuestros correligionarios, al escalar el poder, nos confíen la administración del país; que nos otorguen una influencia ilimitada en los negocios públicos, y que nos permitan

Library of Congress

aplicar las leyes con el espíritu expansivo y democrático que informó siempre nuestros procedimientos.

No se nos oculta que es difícil concertar ese pacto en condiciones firmes y decorosas; pero estimamos que la asamblea puede colocarnos en excelente situación para emprender la obra, fecunda en bienes para nuestra isla infortunada.

Un recuerdo vamos a traer a la memoria de los puertorriqueños liberales: un hermoso recuerdo de la era revolucionaria: el recuerdo de la república.

Teníamos entonces quince representantes en la Cámara. Todos ellos secundaron, a la caída de don Amadeo, el movimiento radical. ¿Y qué obtuvieron en cambio? Obtuvimos la abolición inmediata de la servidumbre, la ley municipal libérrima, la Constitución del 69, la libertad de la palabra y de la Prensa, y lo que vale tanto como todas esas conquistas: el predominio en las alturas del Gobierno y el apoyo resuelto de los gobernantes.

Llegó la reacción y la combatimos, como era nuestro deber, como lo exigía nuestro decoro. Antecedentes bien claros nos ligaban al señor Zorrilla (1) ; él nos dispensaba sus simpatías a pesar del abandono en que le dejáramos. La asamblea de Ponce, negando al *ilustre desterrado de París* su concurso, cortó nuestras relaciones con

(1) Jefe de la revolución republicana.

43 los republicanos, y el íntegro Zorrilla, en sus manifiestos posteriores, respondió a aquellos desvíos anatematizando nuestra doctrina, y declarando que jamás firmaría la separación de mando en las Antillas.

Era un aliado que perdíamos, una fuerza que disgregábamos: una esperanza muerta, acaso para siempre.

Sírvanos de algo la lección, ya que no supimos evitar la caída.

El platonismo a nada conduce en nuestra época:

¿No aspirábamos a influir en la gobernación del Estado?

Pues nunca vendrá la autonomía, y si viene, servirá—ya lo hemos dicho—de instrumento a los *incondicionales*, que harán de ella un arma contra nosotros, contra los mismos que trabajaron la reforma, consagrándola su actividad y su entusiasmo.

Es la historia de siempre.

44

LA DEMOCRACIA Marzo, 12 de 1891. LOS REMEDIOS DEL MAL

II

El señor Blanco propone que nuestra colectividad se denomine en adelante *partido liberal portorriqueño*.

No damos importancia grande a la cuestión; pero tenemos por seguro que el nuevo título responde mejor a nuestra historia, y se adapta más al fondo de nuestra doctrina.

El credo autonomista tiene muy poco de autonomista. Y esa frase, que parece una paradoja, está basada en la realidad de los hechos. Nunca pretendimos que el poder legislativo se vinculase en una Cámara insular investida de amplia jurisdicción. Antes bien nos concretamos a proclamar un sistema descentralizador, limitado a los asuntos puramente económico-administrativos de la colonia. Y al tomar un nombre que exageraba, ante el sentido nacional, nuestros ideales, dimos margen a antipatías y suspicacias y recelos que no debieron existir y que perturban la práctica de nuestro derecho y el desarrollo de nuestros intereses.

Y si logramos convencernos de que una palabra nos crea antagonismos peligrosos y nos arrebatara grandes elementos, ¿por qué andar empeñados en sostenerla? ¿Estriba

Library of Congress

en ella, por ventura, la salvación del país? ¿Pierden algo esencial nuestros principios reemplazándola por otra más abstracta y sintética?

Es indudable que aparecemos, ante la metrópoli, identificados en absoluto con los autonomista de Cuba. ¿Nos conviene mantener ese vínculo que sólo nos aporta desconfianzas, 45 pueriles e injustas, pero desconfianzas al fin? ¿Debemos sembrar escollos en nuestra vía por el solo gusto de hacer una *carrera de obstáculos*?

Los cubanos ocupan posiciones distintas. Son ricos, recibieron el bautismo de sangre en una guerra de diez años, disponen de fuerzas poderosas, y al consignar en su credo la autonomía, con medios de imponer su voluntad a los partidos metropolitanos o de lanzarse a la manigua para proseguir sus empeños revolucionarios.

Un día puede llegar en que nuestra alianza implícita nos cueste dolores muy hondos, y es preciso evitar que ese día nazca en los espacios de la política.

Los liberales antillanos tenemos en frente caminos diversos:

La anexión a los Estados Unidos, rechazada por todos los puertorriqueños que se sienten orgullosos de su sangre latina.

La rebelión separatista que ni uno solo entre nosotros defiende, y que, dadas las condiciones de este pueblo, es una utopía irrealizable.

La autonomía neta que no encaja en el sistema colonial español, y que jamás nos concederán los Gobiernos de Madrid.

La descentralización, a que aspiramos hoy, y que obtendremos al cabo sin necesidad de colosales sacrificios, siempre que sepamos avanzar en firme y desdeñar todo romanticismo estéril.

Library of Congress

Para alcanzar esta descentralización es necesario que influyamos en el movimiento político peninsular, y que no acepte un partido capaz, por su propia fuerza, de dirigir los destinos de la patria. De tal modo desaparecerían prevenciones tradicionales, y llegaría un momento en que ocuparíamos, respecto del grupo *incondicional*, la situación que éste ocupa respecto de nosotros.

El nombre propuesto por el distinguido presidente del Comité de San Juan es, sin duda, el más propio para facilitar la evolución que aconsejamos, y que abriría una era de tranquilidad y de sosiego, cerrando, para siempre, el período de las suspicacias y del encono.

Desde luego declaramos que no iremos a la federación 46 de Pi y Margall (1) . Equivaldría esto a entrar en los idealismos de un ensueño imposible y a garantizar al conde de Santurce un eterno predominio.

(1) Jefe de una de las fracciones avanzadas del republicanismo español.

Cabemos nosotros en cualquier agrupación democrática española; mas, si obramos con prudencia, elegiremos un partido que se halle en condiciones de llegar en breve a las regiones en que se decide la suerte del Estado.

No nos asusta la monarquía, cuando la vemos nutrida de jugo democrático, cuando implanta el sufragio universal, cuando Castelar le otorga su benevolencia y cuando el mismo Zorrilla, resuelto a repatriarse, sólo exige concesiones que obtendrá de seguro, dado el espíritu transaccionista del Gabinete.

Tenemos por indudable que Zorrilla, regresando a Madrid, da el primer avance hacia la restauración y se prepara a evolucionar lentamente, y a aplicar quizá, desde el Gobierno, las leyes liberales de Sagasta.

Library of Congress

La misma ruta siguieron Martos y Moret y Becerra, y tantos otros hombres de talento esclarecido, que, con su influencia, en el régimen actual, han realizado más conquistas que los emigrados de Francia y Portugal con sus fracasos de Badajoz y Santa Coloma.

Y si aún las figuras más comprometidas a emplear procedimientos de radical e implacable oposición aceptan de buen grado las imposiciones del medio, ¿las desdeñaremos nosotros, que somos impotentes para realizar, abandonados a nuestra debilidad crónica, los anhelos acariciados durante cinco lustros de labor perseverante?

Si no existieran móviles más altos, bastaría que esta transformación nos permitiese destruir el *incondicionalismo*, poniendo a nuestros adversarios en la necesidad de afiliarse en las huestes del señor Cánovas, y cubriendo nosotros las avanzadas democráticas: desde Sagasta a Salmerón.

Creemos que ha pasado en España la época de los pronunciamientos militares, y que si viene la república, vendrá por la propaganda, por la acción continua, por el 47 esfuerzo persistente, y, sobre todo, por los errores de la monarquía.

Afiliados nosotros—si llegara este caso—a un partido monárquico, iríamos a formar la derecha republicana cuando la soberanía nacional, reconocida ya por el fusionismo, determinase un cambio de sistema.

Escribimos conteniendo las ideas en ciertos límites que la discreción no nos deja traspasar. Mediten nuestros correligionarios, y sin obedecer a prejuicios anteriores, sin dar campo a prevenciones de escuela, dispónganse a votar en Mayagüez la vida o la muerte del liberalismo puertorriqueño.

No den valor a un vocablo, ni exageren los sentimientos de consecuencia y lealtad a principios que nunca hemos profesado de una manera efectiva.

Libres de compromisos, pudiendo proceder con independencia de criterio, teniendo un programa que se aviene a cualquier cambio, cometeríamos un crimen si, por soñar en fantásticas visiones, dejáramos a este pueblo sin defensa en manos de sus explotadores.

Lo urgente, lo práctico, lo útil, es abatir el caciquismo, y probar a España que deseamos estrechar lazos entre ella y nosotros, dando cuerpo a lo único que puede salvarnos de la ambición de los yankees: a la solidaridad nacional, más grande, más sagrada y más firme que la integridad nacional.

48

LA DEMOCRACIA Marzo, 21 de 1891. LA EVOLUCION

Queremos ocupar posiciones claras y definimos nuestra actitud fijando nuestra conducta.

Somos demócratas españoles y a la democracia española vamos de buena fe, sin pesimismo y sin reservas.

¿Qué partidos representan y simbolizan hoy esa democracia?

Dentro de la restauración borbónica, el partido fusionista. En el campo de la república, todos los partidos, desde Castelar, con sus temperamentos suaves, hasta Pi y Margall con sus teorías signalagmáticas.

En anteriores artículos formulábamos declaraciones terminantes, que conviene repetir. El pacto federativo nos parece un ensueño, de realización imposible o muy lejana. Un ideal bellísimo; pero, al cabo, no más que un ideal.

Hemos de elegir entre el liberalismo de Sagasta(1) , el posibilismo de Castelar y el radicalismo de Zorrilla.

(1) . Jefe del partido liberal-monárquico español.

¿Hay en los programas de esos tres grupos, diferencias esenciales y profundas?

De ningún modo.

Sagasta, estableciendo el sufragio, y reconociendo la soberanía nacional, avanza tanto como Zorrilla en el campo de las libertades modernas.

¿Por qué no se unen esos dos hombres?

Porque Zorrilla mantiene su protesta revolucionaria contra el hecho de Sagunto.

49

Esto es heroico, es admirable, es dignísimo; pero, en el estado político actual, no responde a los anhelos del país.

Para combatir a los poderes históricos la revolución habla de inmoralidad administrativa y de desquiciamiento económico.

La inmoralidad y el desquiciamiento existen; mas ¿hay quién espere de la república remedios eficaces e inmediatos?

Arraigan tales vicios en nuestro carácter meridional, y no los corrige, no alcanza a estirparlos un cambio de sistema.

Así, pues, para nosotros, para los puertorriqueños, representan de igual modo los principios democráticos Zorrilla que Sagasta y Castelar.

Se nos dirige ahora una pregunta muy hábil. ¿Si Zorrilla y Sagasta coinciden a qué marchar con el segundo abandonando al primero?

La respuesta es sencilla y clara.

Library of Congress

Avanzando nosotros hasta los partidos extremos, quedan los incondicionales en posición brillantísima: tienen a Cánovas, a Sagasta y a Castelar.

Entrando nosotros en el fusionismo no les queda otro refugio que Cánovas.

Aún debemos disipar otra duda que flota en nuestro círculos y que carece de fundamento razonable.

¿Qué ofrecen los autonomistas a Sagasta a cambio de su apoyo decidido y formal?

Otro apoyo no menos formal y decidido.

Si contáramos con la benevolencia del Gobierno, no necesitaríamos la ampliación del sufragio para vencer en todos los distritos; entiéndase bien, en todos.

Si la cuota llega a diez pesos—como llegará de seguro antes de terminar la presente legislatura—sacaremos ocho diputados, pese a la enemiga del poder.

Sobre la base de esas fuerzas podemos pactar con las agrupaciones peninsulares, no con el propósito de servirles ciegamente, sino con el fin de obtener una reciprocidad completa, que nos ponga en aptitud de dirigir la colonia, aplicando a las leyes nuestro espíritu descentralizador y expansivo. **4 CAMPAÑAS 1**

50

Somos más poderosos que los *integristas*, y desde el instante en que obedecemos las órdenes de un jefe peninsular, respetable y caracterizado, desaparecen no ya los motivos, sino los pretextos que pudieran cohonestar la sistemática desconfianza que hace de nosotros eternos proscritos en nuestra tierra.

¿Se sostiene la monarquía?

Turnaremos con los conservadores en las tareas de la administración.

Library of Congress

¿Viene la república?

Seremos leales a nuestra causa, y sólo entraremos en el orden de cosas establecido cuando lo acepten los directores de la colectividad.

Y como la república no vivirá sin el auxilio de los demócratas todos, el señor Sagasta sería jefe de la derecha republicana, y representaría, dentro del nuevo sistema, los matices más templados.

¡Qué situación entonces tan difícil la del bando conservador, puesto a distancia de la legalidad, y obligado a una transformación radicalísima o a una conspiración estéril!

¿No acepta el señor Sagasta la república?

Pues aún en este caso los republicanos preferirán inclinarse en Puerto Rico a sus afines, a los que son, como ellos, demócratas a todo trance.

Se nos objeta que el partido fusionista, bien servido por don Pablo y sus falanges, rechazaría nuestro concurso.

No lo creemos.

Representamos nosotros la mayoría del pueblo; no necesita el Gobierno, estando junto a nosotros, ejercer la coacción para obtener el triunfo. Y por encima de esas consideraciones, hay una más alta y más noble: la del supremo interés nacional, que ha menester aquí mucha concordia y que sólo puede restaurarla creando condiciones de igualdad entre nosotros y nuestros adversarios.

Y cuanto que no nos es lícito formar en las filas del fusionismo, si el fusionismo se niega a reconocer nuestra descentralización administrativa, a lo menos, como una solución para el porvenir de las Antillas.

Library of Congress

Expresamos nuestras ideas con absoluta claridad, prescindiendo de galas retóricas y de pompas literarias. Exponemos un plan de conducta, que nos parece salvador, y es preciso que nuestro pensamiento penetre en el fondo de las inteligencias más oscuras.

No concluimos aún. De cualquier modo, sea cual fuere la marcha futura de la colectividad, con ella estaremos, cueste lo que cueste.

Cumplimos un deber ineludible señalando el rumbo que juzgamos acertado.

¿Conviene la discusión amplia, serena y culta?

Sea: en el palenque aguardamos.

Con los nuestros, con los autonomistas de hoy, con los liberales de ayer y de mañana, iremos a la victoria o a la muerte.

Queremos convencerles.

Si no lo consiguiéramos, caeríamos con ellos, abrazando la sacrosanta bandera de nuestras libertades.

52

LA DEMOCRACIA Mayo, 23 de 1891. LA ASAMBLEA(1)

(1) . Asamblea de Mayagüez, 15, 16, 17 y 18 de mayo de 1891.

Como los periódicos liberales de toda la isla se disponen a ampliar extensamente las noticias que adelantó, por telégrafo, *La Democracia*, nos limitaremos a apreciar de un modo sintético las resoluciones acordadas en Mayagüez, dando sobre ellas nuestra opinión franca y leal.

TENDENCIAS DEMOCRATICAS

Library of Congress

La asamblea rechazó, por una mayoría de 59 votos contra 10, el pacto que proponíamos con el señor Sagasta o con el señor Castelar, y aprobó luego el pacto, que proponían Brioso y Fernández Juncos, con los partidos democráticos peninsulares que acepten el credo autonomista.

Para realizar ese pacto pedimos nosotros una Comisión presidida por el *leader*; esa misma Comisión pidieron Juncos y Brioso.

El matiz que separa las dos proposiciones resulta limitado a una circunstancia, a un detalle importantísimo: la plena aceptación de nuestros ideales autonomistas.

Los republicanos, desde Salmerón hasta Pi, en virtud de un acto parlamentario, se colocan junto a nosotros; vendrán un día los monárquicos, y entonces, sin salir del acuerdo que adoptara la asamblea, podremos reconciliar nuestro hermoso regionalismo antillano con las exigencias ineludibles de la realidad.

De todas maneras cesará el aislamiento que nos mata, 53 y trabajaremos con más fe al contemplar el triunfo de nuestros principios en una lontananza más o menos remota.

Lo dijimos antes de la asamblea, lo afirmamos en la asamblea, y lo repetiremos después de la asamblea.

Acatamos las resoluciones de la mayoría, y aquí permanecemos, arma al brazo, prontos a la lucha, obedientes a la disciplina, dispuestos a la acción y al sacrificio.

Con nuestros amigos, con nuestros hermanos, iremos a todas partes; lo mismo al Tabor que al Calvario; lo mismo a la apoteosis que a la muerte.

LA ABSTENCION

Aprobando, cuasi por unanimidad, una enmienda redactada por nosotros a la proposición de retraimiento inmediato que presentaron y sostuvieron los señores Cuevas, Veve y

Library of Congress

Villuendas, se acordó en principio la abstención, dando al cuerpo directivo facultades amplísimas para aplicarla en el instante oportuno, con lo cual se imitan los procedimientos adoptados en Cuba, donde la *Junta Central* centraliza todos los poderes.

El acto realizado es ya una protesta viril contra el sistema de Gobierno que nos asfixia; pero aún tendrá mayores alcances, cuando lo confirme—y ha de confirmarlo sin duda—la delegación.

Entonces verán los estadistas españoles que no se extingue en Puerto Rico el sentimiento de la dignidad, y que sabemos encerrarnos en nuestros hogares y renunciar a las labores políticas, antes que doblar la frente ante el servil vasallaje que se nos impone.

Si las Cámaras no suprimen la cuota electoral, si no se nos otorgan seguridades efectivas para el ejercicio del derecho, si se persiste en considerarnos de condición inferior a nuestros padres, si se prolonga el irritante privilegio concedido a nuestros adversarios, si España pretende dominar en América a una tribu de parias y no a una sociedad de hombres libres, entonces habrá llegado el momento de adoptar la abstención absoluta, completa, sin 54 limitaciones que la desvirtúen y sin distingos que la empequeñezcan.

Es necesario probar, una vez por todas, que somos indóciles al yugo y rebeldes al ultraje; que si no podemos hacer la protesta activa de la sangre, haremos la protesta pasiva del silencio, y que no en balde la opresión acumula en nuestras almas el fermento de la ira.

A ciudadanos dignos y leales puede exigírseles mucho; nunca se les exija que renuncien a la altivez ingénita de su raza ni a las supremas reivindicaciones de su honor.

EL CREDO AUTONOMISTA

La asamblea declaró indiscutible el credo del partido.

Ni un solo representante podía oponerse a aquel rasgo de consecuencia y de energía.

Library of Congress

Los que defendíamos las alianzas gubernamentales, los que trabajábamos por el predominio de las ideas republicanas y los que mantuvieron *a outrance* el *statu quo*, todos llevábamos escrita en nuestra bandera de combate la estabilidad de los principios consignados en el título I de nuestra constitución orgánica.

Habría sido una profanación introducir en ellos la más pequeña variante. Tal y como la votaron los notables del 87, subsiste y subsistirá este título 1, en que se encarnan nuestras grandes aspiraciones y adquieren forma tangible nuestras ideas.

Libertad sin límites para administrar los intereses de la colonia: eso reclamábamos ayer y eso continuaremos reclamando.

A la metrópoli el imperio que no puede discutirse, y no se discute; que debe respetarse y se respeta.

A la colonia la gestión exclusiva de los asuntos locales, y la identidad en los derechos políticos.

Somos iguales al aragonés y al castellano; llevamos en las venas la misma sangre y necesitamos en las leyes el mismo respeto.

No transigimos con ninguna desigualdad que nos humille; con ningún privilegio que nos coarte; con ningún monopolio que nos arruine.

55

Que flote sobre nuestras cabezas el estandarte de Castilla; pero que ese estandarte cobije, en estas tierras del trópico, un pueblo de españoles sin tacha y sin merma.

Esto es la autonomía: esto representa el credo autonomista, y por eso lo sostuvimos sin vacilar y lo sostendremos en tanto que nos queden alientos para lidiar y vencer.

En la hora del triunfo, tan ardientemente anhelado, nuestros enemigos de hoy, los conservadores recalcitrantes, serán los primeros en agruparse junto a nosotros para bendecirnos por los días de prosperidad y de gloria que daremos a la patria.

56

LA DEMOCRACIA Junio, 18 de 1891. LOS EJEMPLOS DE CUBA(1)

(1) . Este artículo y otros de su índole, no constituyen una campaña por alguna finalidad concreta. Pueden agruparse bajo un propósito: el de formar la conciencia colectiva puertorriqueña. Los otros artículos de este carácter publicados en el presente volumen son los de: octubre 13 de 1892; septiembre 18 de 1893; julio de 1894; marzo 31 de 1896.

Parece mentira que dos países hermanos en el origen, en el idioma, en las leyes y en la situación geográfica, se diferencien de tal modo por la idiosincrasia y por el carácter típico de sus pueblos.

Conquistadas Cuba y Borinquen por aventureros españoles, nutridas por emigrantes que procedían del mismo suelo, recibiendo las dos igual educación e igual herencia de la madre común, explotadas por idéntico sistema, llorando ambas las torpezas de la esclavitud y las negruras del coloniaje, no hay motivos que justifiquen una disparidad muy honda en su modo de ser moral y en su temperamento sociológico.

Y, sin embargo, la disparidad es tan evidente, tan absoluta, que la echa de ver el menos avisado y podría definirla el más inexperto.

En Cuba existe una población criolla enérgica, viril, incapaz de tolerar el vejamen, apta para luchar en todas las esferas, intransigente cuando se trata de la tierra nativa y de su honor inmaculado, rebelde al yugo, pronta a los desbordamientos del patriotismo y más pronta aún a las reivindicaciones de la dignidad.

Library of Congress

En Puerto Rico vegeta una población sumisa, timorata, 57 humilde ante el insulto, cuasi inepta para el combate, cuasi indiferente a los dolores del terruño, resignada a la tutela de sus Gobiernos implacables, esquivada a las manifestaciones turbulentas del amor patrio, y más esquivada aún a los peligros de una resistencia noble y temeraria.

Hemos contemplado cien veces el triste paralelo y cien veces sentimos infinita amargura al pensar en el porvenir nuestro, tan oscuro, tan vergonzoso quizá.

Ahora no es hora de perdernos en acerbadas abstracciones, y vamos a concretar nuestro propósito; el propósito que informa este artículo.

Se discutía hace un año en las Cámaras un proyecto de reforma electoral: ese proyecto reconocía el voto a los voluntarios de las Antillas.

El telégrafo trajo a Cuba la nueva infausta, y una conmoción profunda se apoderó de todos los espíritus, y una cólera vibrante inflamó todas las almas, y una idea grande sublevó todas las conciencias.

A la injuria se respondía con la protesta; a la injusticia con la amenaza; al voto privilegiado con el retrainamiento, precursor de gravísimos males.

La digna actitud del pueblo cubano contuvo al Parlamento español y el artículo vejatorio fué borrado por completo.

¡Tanto puede la opinión si se levanta unánime y resuelta para mantener a costa de los mayores sacrificios sus fueron inviolables!

Sobre Cuba no asentará jamás impunemente su planta el despotismo.

En estos días se alza de nuevo iracunda y rechaza con empuje varonil un presupuesto que la arruina. La Prensa, las Sociedades económicas, los círculos políticos, los gremios

Library of Congress

mercantiles, hacen oír sus acentos indignados, y el cable submarino lleva a Madrid los ecos de una ebullición latente, espontánea y fogosísima.

No se admiten imposiciones ministeriales: no se soportan medidas arbitrarias, no se toleran impuestos detentadores de la riqueza general.

Esa es la síntesis de los cablegramas; eso es lo que pal 58 pita en los acuerdos; eso es lo que expresan con vigor los periódicos habaneros.

“Todos los diputados y senadores de Cuba— escribe *La Lucha* —deben recibir la consigna *de hacer una oposición irreconciliable a la obra ministerial*, y si éste llega a sancionarse por las Cortes, los representantes de la isla deben retirarse del Parlamento. Los pueblos sólo se salvan por medio de la energía. Tiempo es ya de demostrar a los políticos de Madrid que esta colonia no es pueblo fiaco y degenerado a quien puede maltratarse fácilmente.”

Ahí está el lenguaje del decoro, el único lenguaje posible, en frente de unos estadistas que se burlan de la lealtad puertorriqueña y que nos miran con desdén acaso porque no pisamos nunca la manigua.

El Gobierno se verá obligado, constreñido, empujado a la abdicación de sus planes por la altivez de esos españoles americanos, dispuestos a morir como sus padres murieron en Gerona y Zaragoza antes que aparecer degenerados y cobardes ante los hombres de su raza y ante el juicio de la historia.

Ejemplos como esos ejemplos necesitamos presentar a nuestras gentes.

Que estudien y comparen.

Que aprendan a conocer el influjo inmenso de una colectividad decidida a no permitir que se prescinda de sus intereses o se pisoteen sus sentimientos.

Library of Congress

Que sepan trabajar y hacerse ricos, no para vivir en la holganza y atesorar inútiles caudales, sino para traer al rincón en que nacieron mayor contingente y más cuantioso auxilio.

Que al mirarse en parangón ellos con sus hermanos de Cuba, tan valientes y patriotas, sientan el rubor de su laxitud, injustificable por la influencia enervadora del clima tropical.

Que les asalte el deseo de ser libres, de ser respetados, de ser lo que son los hombres en las sociedades modernas: algo más que siervos de la gleba, algo más que fardos de la colonia, algo más que vasallos de un feudalismo denigrante.

Así, el día en que el Senado y el Congreso aprueben la 59 cuota de diez duros y los *socios de ocasión* y las gabelas incondicionales, estarán en aptitud de ir al retraimiento, a la abstracción, a la disolución, si es preciso, como deben ir; llevando en el alma el amor de su tierra y el desamor contra los que la oprimen y la maltratan.

Los puertorriqueños han menester mucho calor en las arterias y mucha electricidad en los nervios.

Bueno que nos den por blasón una oveja y un peñasco; pero mejor aún que la oveja no simbolice nuestras inclinaciones pacíficas y nuestras humildades legendarias.

Si ese blasón ha de decir al mundo lo que somos, más que un rumiante dócil y tranquilo quisiéramos, en los cuarteles de nuestro escudo, al jaguar de las pampas argentinas o al tigre de las llanuras bengalíes.

60

LA DEMOCRACIA 18 de febrero de 1892. EL CONTRASTE(1)

(1) . Las campañas agresivas de “La Democracia” contra los incondicionales, entorpecían el movimiento de conciliación entre éstos y los liberales (autonomistas) que concertaban

Library of Congress

Blanco y el marqués de Arecibo. El Directorio. lanzó un manifiesto en el que, sin nombrarlo, se aludía a Muñoz Rivera tachándole de “exagerado, procaz a impaciente”. La serie de artículos que comienza con este es la réplica de Muñoz Rivera al Directorio.

Cuba y Puerto Rico, desde el pacto de Zajón hasta el día, sufrieron siempre iguales desgracias.

A las dos niega la metrópoli las amplitudes del sufragio; en ambas mantiene el caciquismo humillante, el régimen municipal absurdo, la preponderancia de una minoría monopolizadora sobre una mayoría indefensa y el sistema de la legislación por decretos.

Existe, sin embargo, entre el carácter del pueblo cubano y el del pueblo puertorriqueño una diferencia esencialísima.

Mientras Cuba adopta actitudes enérgicas y altivas, Puerto Rico baja la frente sin rechazar el agravio que le hiere, sin protestar contra el ultraje que le infama.

Ahora, en el manifiesto de la Junta Central cubana y en el manifiesto del Directorio de San Juan, surge el paralelo y se dibuja el contraste.

La Junta Central, que nada teme ni espera nada del Gobierno, se propone excitar el sentimiento público, ya mediante la protesta enérgicamente formulada y con brío y tesón repetida, ya por obra de activa e incesante propaganda.

61

El Directorio se limita a reproducir nuestra constitución orgánica, recomendar el ejemplo del señor Labra y a declarar, ¡horrible sarcasmo!, que *el partido autonomista sigue siempre adelante su marcha majestuosa, acercándose más y más cada día, a la meta de sus legítimas aspiraciones.*

Library of Congress

La Junta Central, que juzga al partido que dirige *comó la más preciada garantía de la paz*, dice muy alto y muy claro que *no se siente inclinada a prestar*, representando lo que representa, *un valioso servicio al Gobierno*.

El Directorio se deshace en satisfacciones para el Gobierno, y tal parece que sus actos se inspiran en el pueril proposito de crear simpatías en la Fortaleza, donde tan cordialmente se detesta a los verdaderos liberales, a los liberales de fibra y de empuje.

Nosotros lamentamos esa dualidad que nos empequeñece: quisiéramos que el terruño nativo, pobre en fuerzas para la lucha, y en extensión territorial, apareciera tan digno, tan varonil y tan celoso de su nombre cual aparece su hermana, la noble y opulenta Cuba.

Para esto es preciso proceder del mismo modo que aconsejó *La Democracia* siempre; del mismo modo que aconseja la Junta Central en presencia de las arbitrariedades reaccionarias.

Vigorizar las costumbres públicas, ensanchar y fortalecer el sentimiento de la solidaridad, poner al desnudo los vicios del régimen que nos arruina y nos oprime, patentizando la necesidad de pronto y radicales medios; organizar la resistencia que nuestra dignidad, hondamente lastimada, exige; poner freno a demasías y agresiones nacidas de inmotivada malquerencia, y conquistar, con ánimo inquebrantable, las reivindicaciones que el patriotismo impone y la justicia abona.

Esas son las doctrinas sustentadas por nosotros en la ardua campaña periodística que venimos librando desde la asamblea de Mayagüez; si con ellas están conformes patriotas de tantas energías y de tanta inteligencia, como Gálvez, Govín, Fernández de Castro, Cabrera, Figueroa, Montero, Giberga, Terry, Jorrín y del Monte. ¿Qué recompensa ni qué estímulo más alto podríamos esperar?

Library of Congress

No importa que se repita, *adrede*, en el manifiesto del Directorio, la palabra *procaces*; no importa que se nos llame *exagerados e impacientes*: sabemos desdeñar las miserias humanas y pasar por encima de las pequeñeces con que acaso se proponen mortificarnos aquellos que en nuestra pluma independiente ven un riesgo para su popularidad y un peligro para sus planes de autocrático predominio.

No envidiamos a Cuba la fértil exuberancia de sus campiñas ubérrimas, ni su posición espléndida en el golfo mejicano, ni sus prósperas industrias, ni su influjo en la política española.

La envidiamos, sí, el genio de sus hombres ilustres, incapaces de toda abdicación, esquivos a todo vasallaje.

La envidiamos el temple de sus caracteres, demostrado una y otra vez en los más rudos conflictos y en las más complicadas situaciones.

Y envidiamos, sobre todo, al partido autonomista cubano, la entereza de sus directores, nunca domada por el peligro, ni debilitada por el miedo, ni subordinada a torpes complacencias.

Así se dignifican y se levantan los pueblos. Enseñándoles a adoptar, no la conducta más conveniente: la conducta más honrada, infundiéndoles valor para resistir a sus opresores, ofreciéndoles ejemplos de abnegación y civismo, diciéndoles que por encima de su derecho y de su decoro, no hay nadie: ni la misma patria, que es el conjunto de todos los ciudadanos y que a todos los ciudadanos debe tratar con cariño y con respeto.

La Junta Central sabe ponerse a la altura de su misión augusta. Nosotres, desde aquí, la saludamos con orgullo: porque ella es española a la manera de los hombres que, bajo el azote, se yerguen indignados, no a la manera de los parias, que, bajo el azote se achican y se enervan.

Aún no aparece bien definido el contraste.

Continuaremos.

63

LA DEMOCRACIA 20 de febrero de 1892. EL CONTRASTE

II

Ya lo sabemos.

Habrá quien nos diga que Puerto Rico y Cuba no están en iguales condiciones.

Ni sufren iguales oprobios.

Ni soportan iguales pesadumbres.

¡Ah! Cuba es la esclava soberbia a quien se teme.

Borinquen es la esclava sumisa a quien se desdeña.

¿Suprimen el grado de doctor en la Universidad de la Habana?

Pues nosotros ni siquiera tenemos Universidad.

¿Retienen los fondos cubanos en Madrid?

Pues también retienen los fondos puertorriqueños en Cuba.

¿Convocan una Junta informativa que estudie los males profundos de la Antilla mayor.

Pues se olvidan de este pobre país, que tiene sus problemas económicos y sus problemas políticos.

Library of Congress

¿Se respeta en Cuba la libertad del pensamiento escrito? ¿No van a la cárcel los periodistas aunque propaguen ideas revolucionarias?

Pues en Puerto Rico la Prensa carece de garantías y vive a merced de los que dietan autos de prisión.

De ahí nace el malestar que se siente; la enfermiza laxitud que nos postra, el escepticismo cruel que nos invade, el desaliento que nos enerva y la anemia que nos mata.

La Junta Central penetra con valor heroico en el seno 64 de las cuestiones que preocupan al pueblo en que ejerce su influjo, las define, las analiza, las estudia y, convencida de que el remedio no existe, anuncia su propia, su inevitable disolución.

El Directorio se desentiende de todo lo que importaba profundizar; para él no hay crisis económica por el oscuro porvenir del azúcar, ni crisis política por el oscuro porvenir del derecho, el Directorio toma como pretexto la aplicación del credo autonomista y excomulga a los únicos que piensan lo mismo, exactamente lo mismo que Gálvez, Montero, Govín, Fernández de Castro, Terry, Giberga y sus insignes compañeros.

En el manifiesto de la Junta Central palpita un interés supremo: el interés de salvar el decoro, la dignidad y la honra de Cuba, juguetes hoy de un ministro inconsciente y alienado.

En el manifiesto del Directorio palpita un interés mezquino: el interés de que el partido autonomista, faltando a lo que debe a su historia y su carácter, aparezca humilde, *sensalo*, casi ministerial.

Dice la Junta Central que, *la centralización, el sostenimiento de la burocracia alta y baja, del ejército, de la marina y de las clases pasivas, el pago de la deuda pública, los privilegios de clase por razón de procedencia, los monopolios, las ventajas comerciales,*

Library of Congress

la libre provisión de los empleos públicos, formas son, más o menos disimuladas, de la explotación colonial.

El Directorio no habla de esa explotación, ejercida entre nosotros por idénticos medios y con idénticos fines. El Directorio complace a la Fortaleza; el Directorio quiere ser benévolo con los opresores; el Directorio rechaza a los que mantienen vivo el entusiasmo y latente la protesta; el Directorio merece un voto de gracias del Gobierno.

Ningún liberal exigía que se amenazase a la patria con la guerra: la misma Junta Central la repele con amargo duelo, como se repelen las grandes catástrofes y las funestas hecatombes.

Nosotros no podemos ni queremos pisar las maniguas 65 de esta tierra idolatrada; pero exigimos que los hombres en cuyo valor y en cuya inteligencia fiamos nuestro decoro colectivo, lo salven a costa de cualquier sacrificio.

¿Toleraremos que nos cohiban nuestros propios directores, calificando de *impacientes* a los que se sublevaron contra la tiranía que se disfrazaba ¡hipócrita! con el ropaje de una legalidad mentida e infecunda?

Un día hablamos nosotros de *los privilegios de clase por razón de procedencia* y se nos increpó furiosamente, y se nos llamó insensatos, y se nos acusó de establecer hondas divisiones entre los españoles de la península y los españoles antillanos.

Hoy repite nuestros propios razonamientos la Junta Central: esas palabras que subrayamos le pertenecen, y en ellas se aplaude lo que en nosotros constituía un delito de lesa nacionalidad, y los que nos increparon callan, porque lo dice Montero, porque lo afirma Gálvez, porque lo suscriben Govín, Giberga, Figueroa, Saladrigas, Aróstegui, Zambrana y a ellos no existe quien se atreva apellidarles insurrectos.

Ya que el Directorio no logró subir hasta el nivel de la Junta Central, deje que la Prensa periódica cumpla sus deberes protestando hoy, yendo a los calabozos mañana, sacrificándose siempre, devorando la amargura y la vergüenza que le causa ver a su país huérfano de verdadera, de genuina representación.

Que no nos representan bien los que ocultan nuestros dolores, los que enfrenan nuestras energías, los que a su tranquilidad y a su sosiego posponen la regeneración de este pueblo, que sólo puede venir por una educación cívica tan vigorosa y tan firme cual la ha menester una colonia atroñada en las manifestaciones de su vida externa por cuatro siglos de infame esclavitud.

Si en el concierto triste de tantas notas sollozantes surge una nota, desesperada quizá, pero vibrante, libre, varonil, enérgica y ruda, ¿vais a ahogarla con vuestras argucias?

No; ella flotará en la atmósfera semejante a una esperanza de redención: y llegará un momento en que vosotros, 5 CAMPAÑAS I 66 los débiles, los *pacientes*, los *sensatos*, vendréis a oirla con juúbilo, olvidando la salmodia estéril con que halagáis ahora a los todopoderosos señores que os contemplan desde su olímpica altura, con desdén y con lástima.

Hemos concluído.

67

LA DEMOCRACIA 23 de febrero de 1892. EL CONTRASTE

III

Mal cumplen su misión augusta los hombres que, llamados a educar y dirigir un pueblo, por atender a los mezquinos intereses del presente olvidan los grandes intereses del porvenir.

Library of Congress

Y esta verdad, que a todas las sociedades podría ser aplicada, adquiere auacute;n mayor fuerza en las colonias, que, por sus peculiares condiciones, viven al borde de un abismo en cuyo fondo se encuentran la abyección y la esclavitud.

Pensamos nosotros que a los pequeños, a los débiles, a los oprimidos corresponde sustentar una intransigencia altiva e irreductible en cosas que atañen a la dignidad. De otro modo se les tendrá por serviles y cobardes. La moderación desdeñosa cuadra bien a los que se sienten seguros de su poderío: no a los que viven bajo el filo del sable o bajo la amenaza del destierro.

Y, pensando así nosotros, y creyendo a nuestro país un país raquíico y endeble, daríamos toda nuestra sangre por contemplarle viril en la protesta, firme en la convicción, enérgico en la lucha y audaz en el ataque.

Y perteneciendo al partido liberal, por tantos golpes y tantas desventuras castigado, quisiéramos contemplar a la vanguardia nuestra hombres de corazón, de fibra, de nervio, capaces de arrastrar con su prestigio a las multitudes, no para llevarlas a la anarquía y al desorden, sino para enseñarla que las tiranías sólo son fáciles en organismos que la reciben sin convulsión y la soportan sin escándalo.

De ahí que encarnen a maravilla nuestro ideal los autonomistas cubanos, prontos siempre a salvar el decoro de la patria aunque fuera preciso desgarrar el seno de la patria.

Ese manifiesto que copiamos con orgullo es una síntesis de los dolores de Cuba, de las quejas de Cuba; pero es también nun supremo grito de desesperación honda y sombría, bastante para que España despierte de su letargo y vuelva sus ojos a los hijos suyos que, en esta margen del Océano, rugen indignados ante el abandono a que les condena una madre cruel y despiadada.

Library of Congress

¡Ah, si pudiéramos aplaudir de igual suerte a nuestros directores! ¡Qué placer más puro para nosotros y qué gloria más legítima para Puerto Rico!

Imposible.

Establecemos el contraste y en un documento, en el de allá, contemplamos la ciencia unida a la madurez y al valor, mientras el otro documento, el de acá, nos parece la obra de una debilidad repugnante, en híbrido consorcio con un convencionalismo infecundo.

En la Antilla mayor se quiso a todo trance responder a la injuria alzando la frente con ademán soberbio; en la Antilla menor se quiso conservar el sosiego inmoral que nos envilece, no molestando en lo más mínimo al poder que nos ahoga.

Y luego allá, en Cuba, la Junta Central sube majestuosamente a las altas concepciones de la libertad y del derecho, mientras acá, en Puerto Rico, el Directorio desciende a los bajos fondos de la polémica periodística, que ni aún supo cortar con discreción y tino.

Es amargo, muy amargo el paralelo. Y de tal guisa se destaca, que fuera inútil pretender atenuarla con vaguedades antibológicas y con declaraciones incoloras e indeterminadas.

Cuando ha menester esta tierra ejemplos de cívica firmeza, el Directorio se adelanta tímido, irresoluto, y sólo nuestra su energía para zaherir y condenar a los que 69 con él exageraron los sentimientos de amor a la disciplina, de lealtad a los principios y de abnegación por las ideas.

Ni una letra que se destine a apostrofar a los poderes nacionales por sus nefandas injusticias; ni una frase que confunda a los mercaderes, que de este suelo hacen un campo para sus correrías y un escabel para sus medros.

Library of Congress

Si hemos caído en una decadencia triste, no se debe a las masas, cuyo entusiasmo alienta todavía; se debe a las figuras de primera fila, que no saben responder a lo que de ellas aguarda un país joven, inexperto y generoso.

El partido morirá por falta de jefes; no por falta de soldados. Es un cuerpo robusto, lleno de salud y de fuerza; pero— admítase la imagen—inútil para el funcionamiento de la vida orgánica porque... porque no tiene cabeza.

En la ocasión presente, hemos visto el desequilibrio: y no se olvidará la lección hario dura y harto desconsoladora.

Ni se piense que recibimos nosotros solos, que sólo el país recibe la enseñanza: la recibe el Directorio con superior intensidad.

En Cuba se han adherido al manifiesto las poblaciones más importantes y los patriotas más ilustres. La Habana, Matanzas, Guanabacoa, Colón, Remedios, Santa Clara, Trinidad, Puerto Príncipe, felicitan a la Junta Central, mientras el Directorio ve en forno suyo una soledad espantosa y un vacío tremendo: la soledad y el vacío que se forman siempre en dercedor de los errores y las torpezas insignes; la soledad y el vacío en que ha de gastarse y morir.

Si, desentendiéndose de particulares querellas, levanta el Directorio la voz y se dirige con tonos enérgicos al Gobierno y a los ciudadanos; si promueve la agitación aconsejada por nosotros enviando a los distritos propagandistas inteligentes y viriles; si protesta contra los vicios del régimen colonial y contra el insultante menosprecio con que los políticos españoles nos infaman; si recoge los ecos de la opinión pública y los hace repercutir en el espacio con palabra vibrante y convencida; si se coloca, al fin, en el mismo terreno firme y franco que ocupa hoy la 70 Junta Central, el Directorio puertorriqueño habría merecido la gratitud y el aplauso.

Pretendió contentar a la Fortaleza, buscó las benévolas sonrisas del señor Cano, olvidó que no es posible servir a dos señores; y hoy, en el silencio que le rodea, en la inquietud que le perturba, ve muy tarde las consecuencias de su obra.

Nosotros ocupamos el sitio de siempre: acaso el de más riesgo, el que más ira despierta y más odios provoca.

Seguros en la atalaya, como el centinela que vigila, recibimos una de las más puras alegrías que nos ofreció nuestra agitada labor.

La alegría de saber que los eximios jefes del partido liberal cubano piensan y dicen lo que decimos y pensamos.

Haga el Directorio lo que guste, nunca podrá negar la virtud ni la trascendencia de ese contraste.

71

LA DEMOCRACIA Abril, 19 de 1892. BUEN VIAJE (1)

(1) Escrito al marcharse el periodista Francisco Cepeda para el Brasil. Francisco Cepeda es una de las figuras más interesantes del movimiento liberal puertorriqueño.

Nació en Asturias. Publicó en Madrid “La Revista de las Antillas”, consagrada a la defensa de las últimas provincias trasatlánticas de España. Al cesar en su publicación este periódico, se trasladó Cepeda a Puerto Rico, en 1884. Dos años más tarde, apareció “La Revista de Puerto Rico”, en cuyas columnas defendió Cepeda la causa de los puertorriqueños en tonos de una energía y una decisión desconocidas hasta entonces por el periodismo insular. Tomó parte relevantemente en la histórica Asamblea de Ponce, marzo de 1887, y cuando cuatro meses más tarde, se iniciaron los “*componetes*”, Cepeda fué uno de los líderes autonomistas que visitaron el Morro en calidad de prisioneros. Poco antes de la muerte de Baldorioty, Cepeda fué a España, estuvo con Labra en las

Library of Congress

conferencias de Abulí; regresó con la cesantía de Baldorioty decretada por el *líder* Labra. “El Clamor” y “El Pueblo” (dirigidos por Salvador Bran y Ramón Marín, respectivamente) le atacaron. Muñoz Rivera, desde Barranquitas envió a “El Clamor” sus artículos “Sin miedo y sin tacha”. Dos años después la enemistad entre Muñoz Rivera y Cepeda estalló en una polémica violenta y se llegó a pensar en un duelo, que según parece Cepeda rehuyó. Tres meses después salió Cepeda de Puerto Rico para siempre. Murió en España en 1912. No publicamos los artículos de la polémica porque no teniendo colecciones de “La Revista”, no nos es posible saber de qué parte estaba la justicia. Y no sabiéndolo, no nos arriesgamos a ensombrecer la memoria de una de las personalidades más simpáticas de la historia de Puerto Rico.

Ayer zarpó con rumbo a Saint Thomas el barco en que navega el fundador de la *Revista*.

Candentes aún las pasiones por él desencadenadas; vivos los odios que provocó su pluma tempestuosa, no es tiempo de juzgarle con fría imparcialidad.

72

Aun así, daremos al público nuestra opinión, poniendo a un lado las diferencias que para siempre nos apartan del combatiente que se despide.

Llegó a Puerto Rico antes, como llegará al Brasil ahora: buscando la salud perdida. Recorrió el país del uno al otro linde y la bolsa de nuestros amigos respondió espléndidamente a su reclamo.

Por entonces supo que los aires cálidos de nuestra zona podían restaurar sus fuerzas y resolvió empeñarse en la publicación de un periódico político.

Apareció la *Revista* librando campañas tremendas, acometiendo con saña a los poderes coloniales, dando, en resumen, la norma de una oposición ferviente y ruda.

Library of Congress

Allí desplegó el señor Cepeda sus talentos y sus energías: allí demostró su arrojo temerario en el combate. Las muchedumbres, no acostumbradas al tono viril de la *Revista*, sintieron renacer sus entusiasmos, erigieron un pedestal de simpatías al luchador incansable y estuvieron prontas a oír su palabra como la palabra de un oráculo.

Así, sembrando tempestades en la conciencia del pueblo, se preparaba la asamblea de 1887. No la hizo el director de la *Revista*; pero ayudó a levantar los bríos de nuestra gente, por tantos golpes agobiados.

El señor Cepeda asistió al acto trascendental. No pudo asombrarnos su elocuencia, porque él no presume de orador tribunicio; pero trabajó bien por el auge de la causa autonomista.

Acariciaba ya el pensamiento de traer a Ponce su empresa y quiso fijar en Ponce la capitalidad. Aquel propósito fué un hecho merced al unánime sufragio del partido.

Acá, en la perla del Sur, continuó el señor Cepeda sus valientes campañas, conquistando más renombre y más gloria a medida que desplegaba sus medios de ataque y de defensa.

La agitación era incesante: los *meetings* se sucedían a cortos intervalos, y el autonomismo ganaba prosélitos en la isla entera, llegando a inspirar temores graves a Ubarri y a sus seides.

Teníamos ya entre nosotros al general Palacios: un autómeta a quien manejaban ocultos resortes reaccionarios, 73 o un loco, a quien perturbaban las sombras de su propia, incomprensible, ceguedad intelectual.

Queríase a todo trance reprimir el movimiento democrático y se pusieron en marcha los aguerridos batallones. Preso el señor Cepeda, hacía su entrada el dictador, mientras

Library of Congress

cubrían la carrera central las tropas, escalonadas en Coamo, en Juana Díaz, en Aibonito, y mientras anclaba el aviso de guerra frente a los almacenes de la Playa.

El Directorio, con el ilustre Baldorioty a la cabeza, cumplió un deber de cortesía visitando al gobernante y el periodista recobró su libertad.

Pero el encono de los déspotas, aplacado un punto, brotó con furia después. El látigo arrancaba gritos de dolor a las víctimas inermes, y el director de la *Revista*, esgrimiendo la péñola vengadora, flageló a los verdugos y grabó en sus frentes el estigma con la publicación de las cartas terribles en que cada campesino hacía la historia de sus tormentos inquisitoriales.

Un rasgo tal de generosa magnanimidad aumentó el prestigio de quien hidalgamente lo realizaba. Por eso, cuando en torno de Cepeda rugía el huracán y se arremolinaba la violencia, con el suyo latían nuestros corazones, ansiosos de compartir el riesgo y de asistir a la apoteosis.

Hubo, sin embargo, sensibles deficiencias de carácter. Nunca comprendimos por qué el caballero ultrajado en el consistorio no buscó reparación al ultraje, aun a costa de la vida, menos estimable que el honor. La paciencia, a tal punto llevada, carece de disculpa.

Así y todo el país fué indulgente y siguió brindando su concurso al señor Cepeda, que gestionaba las probanzas en el pleito de *El Pequeño Marat*.

Absuelto el periódico, los integristas alcanzaron la destitución del señor Maya, y el señor Cepeda marchó a Madrid para volver más tarde, tras las conferencias de *Abuli*, con la censantía de Baldorioty decretada por el *leader*.

La causa célebre de *El Pequeño Marat* no prosperó; los delincuentes quedaron sin castigo; las víctimas se resignaron al flagelo, y... nadie se explicó el mutismo de la *Revista* ni la actitud de su propietario.

Esas cosas enigmáticas no se hacen jamás impunemente, y la nombradía del escritor asturiano comenzóa declinar.

Tiene el señor Cepeda, entre sus condiciones de publicista vigoroso y genial, un vicio que le trastorna: la soberbia. En su concepto, fuera de él no hay nada en Puerto Rico a que se deba estimación.

Ha querido empequeñecer y anular a todos sus compañeros de la Prensa; ha maltratado en sus cartas particulares a Celis, a Brau, a Vizcarrondo, a Baldorioty, a Marín, a casi todos nuestros hombres de acción y de fibra.

Ese vicio le aleja de nuestro terruño.

Sólo puede vivir siendo, no ya el primero: el único.

A su lado no crecerán más que raquíuticos arbustos de tronco desmedrado: si hay árboles los corta o intenta cortarlos.

De ahí su caída. Iracundo, implacable con nosotros, nos atacó injustamente, sañudamente. Nos defendimos. Surgió el choque. No logró dominarnos; y en la doctrina, en los temperamentos, en las palabras, aun en los hechos, se inclinó a los conservadores y escribió a los *puntos negros* en que injuriaba a los *pobres*, por ser pobres, *por no tener perfumes para zaumar sus cuerpos*.

Todavía más: nos calumnió suponiendo y sosteniendo que habíamos vestido el uniforme de voluntarios; que éramos separatistas, y otros disparates de igual calaña.

Si obedeció a la necesidad o al deseo de colocarnos en situación difícil, se lo perdonamos de corazón: al fin le lleva un buque a través de las olas y triste castigo le imponen sus culpas y sus desaciertos.

Library of Congress

Posee aptitudes grandes para el periodismo político y aun—si a tareas más tranquilas se consagrare—para el periodismo literario. Su estilo es casi siempre sobrio, original y terso. Su gusto está formado con maestría por asiduas lecturas y su carácter templado por las luchas y por los contratiempos. Escribe con pasión y con nervio, aunque a veces—muy raras—desciende a la chocarrería, más propia del burdel que de la Prensa. Le sobran empuje y audacia: no le faltan sentimiento y arte.

Con esas condiciones, en el Brasil, acogerá la colonia 75 ibérica sus proyectos y acaso le prohijará como buenos y útiles.

¡Dios haga que en la América latina, en el continente, sea más útil a la patria, que lo fué en las Antillas, donde el partido liberal puertorriqueño le es deudor de una muerte sin remedio!

Nosotros le vimos partir con lástima. Es un náufrago que flota en las aguas azules y alborotadas.

¡Que conquiste el puerto! ¡Que le sonría la próspera fortuna! ¡Que en el Brasil aprenda a conservar sus amigos!

¡Buen viaje!

76

LA DEMOCRACIA 13 de octubre de 1892. CON EL PUEBLO

Todos nuestros compañeros orlan sus columnas, se visten de gala y rinden homenaje al descubridor de América. Nosotros, en estos días consagrados a la conmemoración de una epopeya inmortal, sentimos amargura profundísima.

Library of Congress

Y como no es posible fabricar entusiasmos, *La Democracia* aparece hoy sin atavíos, sin lemas que no responden al estado de nuestro espíritu, más triste que nunca en el glorioso centenario.

Y no es que las circunstancias de localidad y de momento empequeñezcan la obra del nauta insigne: Colón es grande por sí, por el inmenso prestigio con que se destaca su personalidad en la historia del mundo.

Nosotros admiramos en Colón al marino, al astrónomo, al creyente, al revelador de hemisferios desconocidos, al héroe de proezas legendarias, al hombre que, *enamorado del ideal, lo concibe, lo moldea, lo sostiene y lo impone*, al fin, tras los azares de una lucha titánica.

Y aunque Colón no ha menester los resplandores de la apoteosis, comprendemos que Génova le recuerde, que Madrid le ensalce, que París le salude y que Roma le caronice.

Colón merece esos tributos y la humanidad sería ingrata si permaneciera indiferente y muda ante el coloso que arrancó a los mares sus recónditos arcanos y abrió horizontes a los destinos del planeta.

Pero así, admirándole tanto y juzgándole un ser superior a los límites comunes de la humana especie, no sentimos el deseo de exteriorizar ahora, en alegres manifestaciones, nuestra admiración ingenua y franca.

Hijos de un pueblo americano vemos con dolor que las centurias corridas desde el 12 de octubre de 1492 al 12 de octubre de 1892, sólo sirvieron para traer a nuestra tierra desconfianzas insultantes y monopolios indignos.

Que los naturales del país, si tienen la osadía de soñar con la libertad, sufren las consecuencias de su crimen, en la persecución que se les jura y en el aislamiento a que se les condena.

Library of Congress

Que no hay sitio para ellos en el regazo de la madre común, en el regazo donde encuentran amor y paz los que explotan todos los lucros y disfrutan todas las ventajas y absorven todos los afectos.

Que esa situación no es la obra de un partido, ni de un grupo, sino la obra nacional, tolerada por los dos bandos en que se bifurcan los monárquicos y por las cien fracciones en que los demócratas se dividen y merman.

Que no existe esperanza porque el impuesto se multiplaca, la fortuna disminuye, la ignorancia permanece y el patriotismo es virtud ignota, que las mayorías desconocen y postergan.

Que a un ministro inepto sucede un ministro desbocado y que la pobre colonia indefensa es única víctima en la sucesión de desaciertos políticos y desastres económicos.

Que aquí se promulgan las leyes con el propósito de mistificarlas, haciéndolas servir a los intereses bastardos del caciquismo, dueño de haciendas y vidas, como los señores feudales de la edad de hierro.

Y que los delitos más horrendos contra el derecho individual quedan impunes, como quedaron los *comportes* de Juana Díaz, Ponce, San Germán y Mayagüez cuyo recuerdo enciende todavía nuestra sangre con el rubor de la vergüenza.

Al ver tales oprobios, *La Democracia* no puede sentir júbilo en el centenario; y pues no lo siente, guarda silencio y espera que un día nuestra metrópoli nos ponga en condiciones de compartir sus alegrías, de igual modo que hoy soportamos sus desdenes.

Y no se diga que en España impera un régimen despótico 78 y que pueden quejarse, al unísono con nosotros, Galicia y Cataluña, Vizcaya y Andalucía, Castilla y Aragón, Extremadura y Valencia: no. En las provincias ex europeas los españoles, todos, aun

Library of Congress

los más recalcitrantes revolucionarios, determinan la marcha de Gobierno, y tiranizados primero se truecan en tiranos después.

En Puerto Rico hay una casta monopolizadora, que se reparte los destinos, que se libra de los gravámenes, que apenas si conoce a sus antojos otra frontera que su capricho y a sus ansias famélicas otro freno que su voluntad.

Los puertorriqueños que sustentan la causa del país carecen de patria, y si dirigen a Madrid sus súplicas no se les oye, y si dan vuelos a la protesta se les cohibe con la denuncia y con la cárcel.

Esas desigualdades crean un malestar continuo y un desasosiego permanente. El agricultor cultiva sus predios, el mercader continúa su tráfico, el industrial prosigue su faena, el obrero asiste a sus talleres, y cuando les encontráis por esas calles y por esas campiñas, pálido el rostro, errabunda la mirada, débil la expresión, atrofiado el cerebro, os creéis en presencia de una multitud que solloza, falta de fe y de energía, bajo el peso de la servidumbre.

No busquéis el bullicio popular en que fermenta la alegría ni el canto en que brota la agudeza: nuestro pueblo es un pueblo tranquilo, con la sombría tranquilidad de los sepulcros.

Y consiste el fenómeno en que no vive como un ciudadano, en que vegeta como un paria, en que conoce la inferioridad a que le aislan y en que es el eterno impúber, sometido a una tutela que le va degradando y que acabará por anularle sin remedio.

Nuestros colegas, los que orlan sus columnas y cantan himnos de júbilo, aprecian de distinta suerte la situación del país: su alegría es sincera.

La Democracia no tiene bríos para entusiasmarse: y no se entusiasma.

¿Es nota discordante en el concierto? Y bien, pregúntese a sus compatriotas si para ellos el centenario significa 79 otra cosa que una fiesta oficial; pregúntese si el 12 de octubre trajo un latido más a sus arterias o una pulsación más a sus corazones, y se sabrá que el pueblo, el verdadero pueblo de Puerto Rico, no quiere celebrar ninguna clase de fiestas cívicas.

Y nosotros estamos con el pueblo.

80

LA DEMOCRACIA 20 de octubre de 1892. YA ES TIEMPO

Nació el partido reformista en el génesis de la revolución española; tuvo en el país incontrastable fuerza; su programa fué una síntesis de las ideas democráticas y sus procedimientos se adaptaron a las imposiciones de la realidad. Llevó a las urnas abrumadoras mayorías; impulsó con empuje persistente el desarrollo de la vida regional, influyó para que se tradujeran en leyes sus principios; abolió la servidumbre de los negros y plegó su bandera cuando el exabrupto de Pavía (1) y el despotismo de Sanz (2) destruyeron de un golpe todos los progresos de la metrópoli y de las colonias.

(1) El general Pavía que, apoyándose en una parte del ejército, disolvió el parlamento republicano en 1874, iniciando la Restauración borbónica.

(2) Sanz fué el primer gobernador enviado por la Restauración.

Caía como bueno. Y sin horizontes en que tender la vista. Sin recursos legales para continuar la lucha; suprimida la escuela primaria, muerto el Instituto, adulterada la representación popular en la provincia y en el Municipio, aherrojada la Prensa, desquiciada la tribuna, desconocido el derecho, pisoteado el código augusto de las libertadas patrias, sólo era posible permanecer en situación expectante mientras no surgiera una era de más amplias expansiones y de más sólidas garantías.

Library of Congress

Rodó el primer Gabinete del señor Cánovas y ya entonces fué empresa fácil reunir de nuevo las huestes dispersas, encender los antiguos entusiasmos, predicar otra vez 81 la cruzada de las reformas, levantar el espíritu público, pelear con bríos en todas partes y demostrar al adversario que los reveses no anulan ni acobardan a un pueblo capaz de vencer si la victoria es fruto de la perseverancia y del civismo.

Nadie ignora de qué suerte organizamos nuestras falanges en 1883, y de qué modo predominaban nuestros hombres en la Diputación y en los Ayuntamientos. Nadie desconoce las campañas contra el seminario jesuítico y en favor del Instituto. Paso a paso reconquistaba el partido su poder, reivindicaba sus fueros y se imponía por la pesadumbre de sus votos y por la diafanidad de su conducta, por la bondad de sus propaganda, por la generosidad de sus empeños tenaces.

Cuatro años después llegaban de Madrid impulsos francamente autonomistas, y este pueblo, que permaneciera sordo ante la palabra del apóstol, ante la palabra de Baldorioty, que en *La Crónica* predicó sin ambages la doctrina nueva en 1880, este pueblo se deshizo en manifestaciones entusiastas aprestándose a cambiar su nombre y a rectificar sus rumbos.

Vino la asamblea de Ponce, la de los grandilocuentes discursos dantonianos, la de los fosforescentes alardes patrióticos, la que eligió *leader* al insigne republicano don Rafael María de Labra. Y tras la asamblea el terror, y tras el terror una serie de anomalías que se iniciaron en la incomprensible retirada del señor don Temístocles Laguna y que aún siguen debilitando nuestras filas, llenándonos de luto y de vergüenza.

¿Qué hizo desde entonces el partido? ¿Qué intentó hacer en beneficio de sus miembros?
¿Qué ventajas se deben a su labor? ¿Qué avances a su iniciativa?

Hora tras hora fué perdiendo en la Diputación y en los Ayuntamientos su influencia; vió desertar a sus campeones denodados, a los *Mirabeaux* de la asamblea, a los *Marats* de

Library of Congress

los *meetings*, a los *Robespierres* de las plazas; contempló el mutismo de sus diputados en frente de los problemas que amenazaban la fortuna y el decoro del país; fué a las urnas en tanto que los luchadores de Cuba iban al retraimiento protestando de la inferioridad establecida **6 CAMPAÑAS I** 82 entre la nación y sus colonias en materia de sufragio, y vive hoy en un letargo del que no saldrá sino a merced de tremendos reactivos.

No hay Comités, no hay diputados, no hay concejales: el indiferentismo cunde, el desencanto se apodera de los más animosos, la duda se convierte en desesperación y parece como que asistimos al derrumbamiento de nuestras esperanzas.

Los patricios de 1870 trabajaron por abolir la servidumbre y la servidumbre está abolida; los patricios de 1880 trabajaron por matar la enseñanza jesuítica y la enseñanza jesuítica está muerta.

¿Qué hacemos nosotros? ¿Enviar un acta al señor Labra y un acta al señor Moya? ¿Para esto se organiza y se mantiene una colectividad? ¿Para esto se arriesga el periodista a morir sobre las baldosas de una cárcel infecta?

No, no. Es preciso perseguir un ideal más alto: es preciso señalar al pueblo que nos sigue una senda que le conduzca a su bienestar y a su regeneración.

Si al cabo resulta estéril nuestra obra, si la experiencia nos dice que aramos en el mar, si los hechos repetidos en el curso de tantos lustros, nos enseñan que iguales procedimientos traerán iguales resultados, ¿debemos permanecer en el mismo sitio, desafiando los mismos desastres y prolongando la agonía lenta en que se extingue nuestro vigor y se agota nuestra savia?

¿No hay en esta tierra cerebros pensadores que estudien, voluntades enérgicas que desprecien toda convencional imposición de la costumbre, hombres, en fin, independientes y serenos que propongan fórmulas claras, positivas, prácticas; fórmulas

Library of Congress

capaces de ponernos en aptitud de combatir al enemigo que, al explotarnos, ríe de nuestra candidez y aprovecha nuestro platonismo?

Siendo, como somos, el mayor número; representando, como representamos, la mayor suma de riqueza territorial, ¿confesaremos que son irremediables nuestra desventura y nuestra decadencia?

Es tiempo ya de que el país despierte. Si esta crisis se prolonga, muy pronto no quedará aquí ni el esqueleto de un partido liberal.

Los veteranos de nuestras batallas políticas, los jóvenes reclutas que hacen ahora sus primeras armas, los que sienten el amor al terruño, mediten allá en la paz de sus hogares, reúnanse, si fían poco en el esfuerzo individual, y señalen un rumbo al barco que naufraga.

Nosotros, solicitados por nuestra conciencia, expusimos un día nuestra opinión, y muchos que en íntimo coloquio se dignaron encomiarla, la combatieron en público, acaso por un miedo pueril a la impopularidad.

En aras de la concordia arriamos el estandarte y arriado continúa: no queríamos ni queremos nunca dar vuelos al cisma; dividir es siempre pernicioso.

Lleguen ahora los demás al estadio y no teman esbozar sus planes y sus propósitos, si los inspira la rectitud y señalen un rumbo al barco que naufraga.

Nosotros, lejos de sentir envidias ruines y de mantener rivalidades bastardas, saludaremos al que tenga la fortuna de acertar, por intuición o por cálculo, con la panacea que extirpe nuestros males.

Lo imposible, lo temerario, lo absurdo es permitir que impunemente nos conviertan en instrumentos suyos la vanidad y la ambición de un lado; del otro lado la ineptitud y la codicia.

Ya es tiempo.

84

LA DEMOCRACIA 3 de enero de 1893. EL INSULTO

“ Tendrá derecho a ser inscrito como elector en las listas del censo electoral de la sección de su respectivo domicilio en las islas de Cuba y Puerto Rico, todo español que, habiendo cumplido los veinticinco años, sea contribuyente, dentro o fuera del mismo distrito, por la cuota mínima de cinco pesos en Cuba o diez en Puerto Rico, por contribución territorial o impuesto urbano, industrial o de comercio...

Serán acumulables, únicamente para los efectos del párrafo anterior, las referidas contribuciones e impuestos que se hagan al Estado.”

Gaceta Oficial, 31 de diciembre de 1892.

Ahí está, desnudo y escueto, como si lo lanzara a nuestro rostro el más traidor de nuestros enemigos.

No es hora de acudir a la discusión serena: es hora de protestar con la energía de un pueblo a quien se ultraja.

Ni vale medir las probabilidades del triunfo.

Si esa cuota nos lo diera, lo despreciaríamos por indecoroso y por cobarde.

Así se paga nuestra fidelidad de cuatro centurias; así se responde a nuestra mansedumbre; así se provoca nuestra ira.

Library of Congress

85

A Cuba, que derramó a torrentes en sus campos sangre de españoles, la cuota de cinco pesos.

Porque Cuba puede lanzar al bosque virgen sus bravos macheteros, porque Cuba puede brindarse a la Unión norteamericana.

A Puerto Rico, que jamás desmintió su afecto hacia la patria, la cuota de diez duros.

Porque Puerto Rico no tiene efemérides sangrientas; porque Puerto Rico no desplegó nunca el estandarte de la rebeldía.

¡Qué sarcasmo!

A los cubanos, que piden con el trabuco en la diestra, se les arroja un mendrugo de justicia.

A los puertorriqueños, que acuden a la súplica en vez de acudir a la manigua, se les deprime y se les abofetea.

Y todo para complacer a una docena de cuneros que representan a un cacique rústico e ignorante.

En presencia de la inferioridad inicua a que se nos rebaja, nosotros levantamos nuestra altivez a la altura del orgullo español y decimos al Gobierno que firma ese decreto absurdo:

“Eso no sirve para hombres que conservan la idea del honor y y del deber. Tómallo; ahí va envuelto en el andrajo de nuestro desprecio.”

Parece mentira.

Library of Congress

En la España peninsular existe el sufragio amplísimo. Todo español, pague o no pague contribución, sepa o no sepa leer, emitirá su voto e influirá de tal guisa en los asuntos nacionales.

En Cuba será preciso contribuir con cinco duros al Tesoro: quizá de esta suerte abandonen su retrainamiento los autonomistas.

¡Y en Puerto Rico se señala la cuota de diez pesos!

De modo que ya no somos súbditos de segunda, sino de tercera clase, y en la familia ibérica, a nosotros, los mansos, los pacíficos, los fieles, se nos considera como a un montón de basura, que se aparta con el pie cuando estorba o mortifica.

Nunca, ni en los angustiosos días de más hondo pesimismo, llegamos a temer un vejamen tan rudo.

86

Los obreros, los labradores sin fortuna, las clases desheredadas y oprimidas, elegirán en España sus diputados. En Puerto Rico no podrán elegirlos.

Y entretanto los burócratas, los vampiros de la riqueza pública, los parásitos del presupuesto, tienen voto, con tal que *cobren* cien duros anuales al Estado, a la provincia o al Municipio en cualquier ramo de la Administración.

¡Ah! Los peatones del correo, los conserjes de las Alcaldías, los guardias de Orden público y los guardias municipales, los sacristanes de las parroquias, los mozos de cuerda que cargan bultos para las Aduanas y hasta los enterradores alcanzarán el derecho de sustentar en las urnas su opinión.

Pero los contribuyentes que no satisfagan diez pesos quedarán proscritos y serán los verdaderos parias de esta sociedad sin ventura.

¿Qué hicimos para merecer esta burla tremenda?

¿A qué se debe una humillación tan ruin y tan torpe?

¿Está el señor León y Castillo repitiendo al señor Sagasta que todavía *puede hacerse aquí todo impunemente?*

¿En esa forma inicia sus tareas *democráticas* el ministerio fusionista?

Se nos arroja fuera de la legalidad, se nos ofende con una preterición insana, se nos reduce a un servilismo infame.

Y ni aún aconsejamos que se envíen súplicas telegráficas a Madrid, súplicas que resultarían inútiles y que nos llenarían de rubor en estos días de luto.

Nos sobran bríos para rechazar el agravio con el agravio y para responder al golpe con el golpe.

Los pequeños, los humildes, los débiles, si cuentan con la salvaguardia de su carácter, jamás van solos por la tierra.

Los insultos no se discuten y nosotros no discutimos.

Es necesario mantener el retraimiento y llegar, si el decoro lo exige, a la disolución.

No cabe términos medios.

Si un solo liberal acude a los colegios electorales después de este desafío que se nos lanza, es que ese liberal besa la mano que le flagela.

Library of Congress

Si un solo patriota deposita en las urnas su voto, es que ese patriota transige con la deshonra de la patria.

La Delegación cumplirá sus altas y difíciles obligaciones reivindicando para el país el respeto que se merece.

La Delegación persistirá en un retraimiento, que es la resistencia obstinada, cueste lo que cueste y signifique lo que signifique (1) .

(1) . Los otros artículos sobre el retraimiento, publicados en el presente volumen son los de: Marzo y de 1893; agosto 30 de 1893; enero 19 de 1894; enero 20 de 1894; marzo 9 de 1896. y marzo 18 de 1896.

Pero si ocurriese lo que no nos atrevemos a imaginar, si la Delegación aconsejase la lucha en circunstancias que nos envilecen y nos denigran, nosotros, que antes que españoles, antes que autonomistas, antes que liberales somos puertorriqueños con honor y con vergüenza, nos separaríamos en absoluto y para siempre de un partido capaz de suscribir su eterna e irremediable esclavitud.

La Democracia no tiene sangre de siervos.

La Democracia no acepta el ultraje.

Ahora resuelva el país.

88

LA DEMOCRACIA 5 de marzo de 1893. CONSUMMATUM EST

Ya están abiertos los comicios.

Ya los canibales se arrojan sobre el festín electoral con el ansia de la famélica jauría.

Library of Congress

Ya pueden saciarse sin obstáculos: ninguno les disputa la presa, devórenla en paz.

O agítense en intestino combate, por una migaja de influencia, por un mendrugo de poder.

Nosotros esperábamos de los Gobiernos españoles equidad y justicia.

Nos engañó el espejismo de sus declaraciones democráticas.

Creímos en su honradez y encontramos su perfidia.

El despertar es terrible.

La confianza ha muerto para siempre.

Y el negro estandarte que tremolamos, el estandarte de la revancha y la protesta, responde al desdén con que se nos insulta.

Entre oprimidos y opresores no caben sentimientos de confraternidad.

Lo que en este instante sucede constituye un verdadero despojo.

Se nos priva de nuestra representación en Cortes.

Se nos trata como a los salvajes de la conquista.

89

Queremos vivir en la legalidad y se nos lanza fuera de la legalidad.

Queremos ser iguales a los compatriotas de Cuba y de la península y se nos declara inferiores.

¿Qué harían los andaluces y los vascos, y los extremeños y los catalanes, si se les sometiese a humillación tan bárbara?

Library of Congress

Nuestros *hermanos* no comparten, no se avienen a compartir con nosotros su derecho.

Para levantar el tributo y llevar al cuello la coyunda somos exelentes.

Para influir con el voto en los asuntos de la patria no tenemos aptitudes.

La tutela resulta muy cómoda y los tutores no se resignan a abandonarla.

Todavía producen azúcar las cañas de Puerto Rico, y el cafeto se cubre de bayas purpúreas, y las anchas hojas de tabaco insular se cotizan a precios magníficos.

Todavía hay jugos que chupar y prebendas que obtener y fortunas que perseguir.

¿Cómo ha de confiársenos el manejo de tales intereses?

¡Ah! No. Sin duda nos administran con celo más indulgente los hombres de Madrid.

Y por eso decretan la cuota desigual, que nos impide ir a las urnas, que nos reduce a la condición de parias en la tierra donde nacimos y moriremos.

Indefensos, proscritos, cuando así nos niega y nos repele nuestra madre, justo es que nos alejemos de ella con dolor profundo.

Porque es evangélico y sublime presentar la mejilla derecha si la izquierda ha recibido un golpe rudo.

Pero nosotros no llegaremos nunca a esos límites del heroísmo.

El grito de nuestra indignación irá a repercutir en el seno de la patria, si es que aún nos queda patria.

Library of Congress

Y cuando en el Congreso alguien busque a dos diputados *genuinos* de este peñasco ignoto, encontrará diez y seis egregios próceres que simbolicen el triunfo de una burocracia omnipotente y egoísta.

Entonces no faltarán voces que digan: “Puerto Rico no asiste a los debates de la Cámara porque no se aviene a continuar siendo la burla de todos los que la expolían; Puerto Rico no manda sus hijos a estos bancos porque en aquel clima no son plantas exóticas el decoro y la altivez.”

España seguirá acumulando en torno de su colonia injusticias y vejámenes, como si no fuere otra su misión providencial en este mundo que ayudó a descubrir.

Mas un día caerán con estrépito los que hoy gobiernan sin lógica, y acaso amanecerá para nosotros una aurora de espléndidos matices.

Si tampoco ese día nos es dable cantar el *aleluya* de la Pascua, rasgaremos nuestras ropas, renunciaremos a nuestros hogares, y un pueblo unánime irá a encontrar el suicidio o la victoria en la espesura de sus montañas o en la planicie de sus campiñas.

Ya están abiertos los comicios.

Abiertos para los parásitos que se nutren de nuestra sangre.

Para los zánganos que zumban en la colmena política.

Para los mercaderes que comercian con el sudor del labriego.

Para los magnates que viven del monopolio.

Para los vampiros que nos extenúan y para los advenedizos que nos oprimen.

Library of Congress

Para nosotros, para los puertorriqueños que simbolizamos el carácter, la índole, la idiosincrasia del país, los comicios permanecen cerrados a piedra y lodo.

Cual la caja de Pandora, esas urnas guardan calamidades infinitas.

91

¡Ay del patriota que se manche con su contacto y se contamine con su peste!

Hoy es fiesta en las pagodas incondicionales.

Los *brahamas* offician, los creyentes se prosternan y el incienso sube en espiral fantástica.

Consummatum est.

El anhelo perseguido, el ensueño de Ubarri y de sus súbditos, empieza a trocarse en realidad tangible.

Suya es la isla entera, desde Cabo Rojo a las Cabezas de San Juan.

Entonen el *te Deum laudamus*, gocen y rían, que de reír y de gozar es tiempo.

¿No persiguieron el usufructo exclusivo?

Pues apresúrense a aprovechar sus ventajas fáciles y sus dulces privilegios.

El botín abunda y siempre fué el saqueo grato y remunerador aunque innoble y oprobioso.

Nosotros no arriamos la bandera negra enarbolada contra la tiranía moral y material que usurpa nuestro derecho y pretende abatir nuestro orgullo.

El ultraje nos quema las mejillas, la injusticia nos exalta; la dignidad nos impulsa.

Vestiríamos de luto si el luto expresara bien las emociones que bullen en el alma.

Library of Congress

En frente del decreto que nos humilla surge nuestra indignación, y nos alzamos con la protesta en los labios contraídos por la cólera.

Guárdese la orla negra para los momentos aciagos en que el terruño pierde sus hombres beneméritos.

Hoy es día de sentir el rubor en el semblante.

Por eso se tiñe de rojo *La Democracia*.

Es el color de la vergüenza.

92

LA DEMOCRACIA 30 de agosto de 1893. ¡A LA DISCIPLINA!

Mantener en toda su fuerza y vigor el de la propia Delegación de 20 de agosto último, por el cual se puso en práctica el retraimiento de la asamblea de Mayagüez, acordando que el partido autonomista se abstendría en lo sucesivo de tomar parte en las elecciones de senadores, diputados a Cortes, diputados provinciales y concejales, y aun en los sorteos de vocales de las Juntas municipales, mientras no se consagre en las leyes y en la práctica, mediante la estricta y sincera aplicación de aquellas, la absoluta igualdad política y civil de los españoles habitantes en esta isla y de los que viven en la peínsula, siendo unas mismas por lo menos la Ley electoral, la municipal y la provincial que rigen para todos, e igual el Gobierno civil a cuya autoridad esté sujeta esa administración.

(Acuerdos de la Delegación.—15 de enero de 1893.)

El acuerdo de abstención queda cumplido no presentándose candidatura por el partido autonomista y absteniéndose rigurosamente de votar todos sus miembros.

Oportuno cree, por último, esta dirección encarecer a los autonomistas sinceros la necesidad, hoy más que nunca imperiosa, de 93 sostener a todo trance la disciplina, sin

Library of Congress

la cual no es posible la cohesión ni la existencia del partido. No porque no vayamos a las urnas, somos ajenos ni podemos ser indiferentes a la lucha ya comenzada con la publicación de la convocatoria. Absteniéndonos de acudir a ese llamamiento, combatimos por el derecho acaso con mayor energía que nunca, y con mayor número de adversarios.

(Manifiesto del Directorio.—10 de febrero de 1893.)

—¿Qué es la disciplina política?

—La obligación ineludible en que están todos, todos, todos los miembros de un partido, de someter sus actos políticos a los dictámenes, a las resoluciones, a los acuerdos que se adopten por mayoría o por unanimidad.

—El voto, ¿es un acto político?

—Lo es siempre y lo es hasta tal punto que en él funda su esencia el régimen democrático y sin él no puede manifestarse libre y soberana la opinión pública, *alma mater* de las sociedades modernas.

Ahí tienen nuestros lectores resueltas dos preguntas preliminares, absolutamente necesarias.

Una asamblea se reúne, acuerda el retraimiento, faculta a sus delegados para aplicarlo, los delegados lo aplican, los Comités lo aplauden, el tiempo lo sanciona y al cabo de seis meses el jefe de la colectividad, sin rodeos, sin ambages, declara que votará y, más aún, que ejercerá *sus influencias* y contribuirá con *sus medios* a fin de que voten también los que le obedezcan y le sigan (1) .

(1) Manifestaciones de don Julián E. Blanco.

Ayer se encarecía la necesidad imperiosa de sostener a todo trance la disciplina, absteniéndose rigurosamente de votar todos los correligionarios.

Hoy se toma el camino de las urnas, y se pretende destruir la epopeya a costa de tantos sacrificios y de tantas abnegaciones realizadas.

94

¿Qué es ésto? ¿Va convirtiéndose la tierra de Borinquen en inmenso manicomio, donde la locura y el desequilibrio vienen de los más sesudos, de los más cuerdos, de los que por su posición y su carácter deben dar ejemplos de calma reflexiva y de juicio clarividente?

¿Qué se diría si cualquier liberal de esas aldeas reclinadas en la montaña o tendidas en la costa llegase a la Prensa y en voz alta y vibrante dijese que él no respetaba los acuerdos colectivos y que contribuía con *sus medios* y con *su influencia* y con *su voto* a quebrantar la abstención que nos honra y nos eleva?

Diríase que ese liberal no era liberal, que faltando a sus promesas, a sus juramentos, a sus compromisos, se ponía de un solo golpe fuera de la colectividad, se olvidaba de sus hermanos y desgarraba su bandera.

Pues lo hace el jefe, y nosotros, con energía y con independencia que nos duele emplear, pero que son indispensables, le llamamos a la disciplina, gritándole:

—“No, no tenéis derecho a votar mientras el partido se retrae; no debéis quebrantar la actitud asumida por vos mismo y por los cien mil ciudadanos que os confían la dirección de sus rumbos: mientras una asamblea no suspenda el retraimiento, el retraimiento es ley que a vos, como a nosotros, obliga. Os llamamos a la disciplina.”

¿Quién ignora las *influencias* que ejerce el director de un partido y los *medios* a que le es fácil acudir en la batalla electoral?

¿Para que utilice *esos medios* y *esas influencias* en daño del partido le nombramos, o para que las utilice en pro del partido, de su decoro y de sus intereses?

Library of Congress

Por la disciplina, por el decoro, abandonamos diez, veinte, treinta Municipios en que la mayoría era nuestra y en que hoy sería nuestra, con el alcalde, la administración entera.

Entonces no debieron existir los *explotadores* y *los explotados* de que nos habla el señor Blanco, ya que él, con su propia firma, aconsejó, decidió, impuso el retraimiento, sin las mixtificaciones que ahora se insinúan.

¿Es que la Diputación, impotente y ridícula, vale más que los Municipios? ¡Ah! Respondan por nosotros esos 95 pueblos en que los buenos patriotas se cruzaron de brazos ante el acuerdo que les impedía votar y dejaron que en el festín se cebasen sus enemigos implacables.

Responda por nosotros Ponce, esta ciudad enérgica y altiva, en que jamás triunfó la ralea conservadora, y que, sin embargo, se alejó desdeñosa de las urnas, permitiendo que de sus sillas curules se apoderase la turbamulta de ignorantes y fanáticos que le dominan.

La Prensa autonomista ha llegado a decir que conviene disolver por inútil y por bastarda la Diputación. ¡Y se nos advierte ahora que es inútil llevar allí hombres de arraigo y de talento.

No; el partido no va por tales vías ni los contribuyentes tampoco, si son de veras liberales y si de veras aman al terruño.

No va porque yendo sirven a sus adversarios y porque su abdicación resulta estéril.

A los que se afilian a un partido no pertenecen sus votos: pertenecen al partido y, si éste se retira, votar equivale a desertar.

A cuantos lo intenten nosotros les recordaremos su deber.

Y les llamaremos a la disciplina.

LA DEMOCRACIA 18 de septiembre de 1893. EL MACHO DE CARGA

Sobre el campesino de este país gravitan impuestos de que aún no se dió nunca exacta cuenta, porque cree que sólo paga la contribución directa al Estado y los recargos municipales.

Nadie le ha dicho todavía con claridad que se le explota por mil partes diferentes: que es la eterna víctima del fisco y que su desnudez, su hambre, su miseria, son producto irremisible del sistema político y económico imperante bajo el poder de los hombres que turnan en las cumbres del Gobierno.

Tal parece que un pobre bracero del interior y de la costa no trae un solo céntimo al Erario público: no figura en los repartimientos del Municipio y se siente libre de todo gravamen.

Más ¡ah! que contribuye comprando a precios altísimos el sombrero que le resguarda del sol, la blusa que cubre sus carnes, el percal con que viste a sus hijas, el bacalao con que se alimenta, el machete con que trabaja.

Los aranceles de Aduanas pesan sobre las mercaderías, aumentando el tipo del metal y haciendo cada vez más difícil y más costosa la vida del infeliz proletario, que, con la moneda inferior y depreciada que sirve de base a nuestros cambios, apenas si gana seis reales de vellón por una tarea de diez horas diarias; tarea superior a las de las granjas y los talleres europeos.

Y no ya en el bacalao, y en las telas, y en los instrumentos de labor contribuye largamente el campesino: contribuye también en la cédula, innecesaria, que se le impone, 97 en la prestación vecinal a que se le obliga, en el papel sellado que ha de servirle para sus asuntos, en los mil arbitrios con que la administración le exprime, como si se propusiera reducirle a la pobreza más sombría y como si no le inspirase piedad la mansedumbre con

Library of Congress

que dobla la cerviz al yugo de una tiranía disfrazada con ropajes de amparo tutelar y de amorosísimo interés.

Los presupuestos de esta provincia—que no es provincia más que en el nombre—alcanzan a cuatro millones de duros: unos años poco más, otros años poco menos.

Y de esos cuatro millones representa medio millón—un octavo—la contribución directa. De modo que, sin duda ninguna, el productor, el jornalero, pagan, consumiendo mercaderías diversas, ocho veces más de lo que importan los subsidios al Estado.

¿Podemos, pues, exigirle que ahorren, que acumulen un caudal, que piensen en el porvenir, cuando no ganan lo indispensable para cubrir sus necesidades?

¿Podemos exigirles que vayan calzados, que vistan con decencia, cuando sobre sus hombros se arroja el deber de producir para que los demás dilapiden y triunfen?

El campesino nace en su choza de pajas; crece a la intemperie; se desarrolla lejos de la civilización; desconoce en absoluto los placeres que la abundancia proporciona; constituye una familia que hereda su debilidad fisiológica, y, si por desdicha suya la naturaleza le reproduce en sus hijos, ni aún puede nutrirles, porque la carne y el vino y el garbanzo están fuera de su alcance; ni aún puede educarles porque ha menester que le ayuden a conllevar la diaria faena, y porque carece de recursos para enviarles, con un mal mameluco a la escuela rural.

De ahí que en los campos de Puerto Rico reine una tristeza profunda, y de ahí que en los cantares del pueblo se refleje una melancolía vaga, que es como la nostalgia de una existencia más cómoda, más alegre y más libre.

No escucharéis en nuestra campiña de Borinquen armonías enérgicas y dulces, vibrantes y delicadas a un tiempo; la jota y la muñiera, el zortzico y la petenera no pasaron el Atlántico, no aclimataron aquende los mares, donde se escuchan las notas moribundas,

agonizantes del **7 CAMPAÑAS I** 98 aguinaldo, y los estridentes sonidos de la glosa jibaresca parecida a un grito de estupor salvaje.

El campesino es el *macho de carga*, que sufre el látigo y baja la cabeza, y anda, anda, hasta que un día la debilidad le postra, el trabajo le rinde, y cae en cualquier rincón, dejando tras sí la prole mísera que en las fatigas y en los vejámenes y en las humillaciones le sucede.

Así no faltará nunca a la patria su contingente de esclavos, que necesita si ha de dilatar en estas tierras del trópico su población excedente y si ha de fijar una meta al éxodo de los hijos que la abandonan en busca de la prosperidad y del dinero, que el trópico brinda a sus conquistadores.

99

LA DEMOCRACIA 21 de septiembre de 1893. LAS DOS COLONIAS

La diferencia entre Cuba y Puerto Rico resalta en todos los actos del Gobierno nacional. Para Cuba las distinciones; para Puerto Rico las persecuciones. En Cuba el respeto a la voluntad de las mayorías; en Puerto Rico el insulto a los que genuinamente representan al país. Cuba en actitud de luchar por sus libertades dentro de las leyes; Puerto Rico lanzado a la desesperación y al suicidio.

Tal es el terrible paralelo entre las dos colonias: Cuba se lanzó a la maniguas con el machete y la tea; Puerto Rico permaneció fiel a su metrópoli en cuatro centurias de injusticia; Cuba abrió en sus campos fosa prematura a cien mil peninsulares; Puerto Rico dió, a otros cien mil peninsulares, hospitalidad franca y noble; Cuba fué la hija rebelde que esgrime contra su madre el puñal de punta mortífera; Puerto Rico fué la hija resignada que espera siempre una expansión del cariño materno.

De ahí arranca la diferencia irritante: a quien se imponía matando reclutas e incendiando cañas, se le ofrece un sitio en el banquete y se le trata con afectuoso mimo; a quien

Library of Congress

insinuaba con protestas de amor y con arrebatos de idolatría, se le relega al olvido y se le ultraja blandiendo sobre su frente el látigo del despotismo.

El parangón es más que exacto, es innegable; y no sabemos aún si lo consideran motivo de orgullo los heroicos progenitores de la raza criolla. Ellos, tan valientes y tan altivos, no ignoran que servir a los fuertes y abusar de los débiles no fué nunca timbre de honor para un pueblo que tiene epopeyas como la de Pavía y la de San Quintín.

100

En Cuba los elementos del país, representados por la Junta Central autonomista y presididos por el ilustre Gálvez pudieron ahora visitar al gobernador Calleja y ofrecerle, *en el desempeño de su difícil cargo, la cooperación del partido para el desenvolvimiento de la paz moral, para el mejoramiento político y para la feliz solución de los problemas administrativos y económicos.*

En Puerto Rico no es digno realizar esos actos, porque la patria nos humilla cada vez más y porque ni siquiera se preocupa de nuestro retraining, que es un enorme sacrificio y que ni aún repercute en las Cámaras porque en las Cámaras este pueblo infeliz no cuenta ni un amigo, después de haber edificado muchos pedestales y servido de escabel a muchas ambiciones.

La cuota de diez duros permanece en pie, semejante a un perpetuo desafío que nos enrojece el rostro de vergüenza y que hace de nosotros, los puertorriqueños, de todas partes lanzados y proscritos, un montón de parias sin un trozo de tierra en el mundo para fijar la planta y exclamar: “¡Aquí vivimos, aquí trabajamos, aquí mañana dormiremos en el sepulcro: esto es nuestro!”

La cuota de diez duros subsiste, y lejos de proponerse ampliarla el ministro, la Comisión del Congreso que dictamina en sus planes, dice *que es preciso desvanecer* —y tal es el

propósito del Gobierno— *todo lo que pudiera creerse modificación del censo electoral en una u otra isla.*

De modo que el señor Maura ratifica sus errores con una soberbia digna de más justo empleo y pronuncia la última palabra que sin remedio nos condena a someternos o a suicidarnos.

¡Ah! El paralelo, el amargo paralelo entre Cuba rebelde y Puerto Rico leal: entre la fuerza y la mansedumbre.

Somos las dos últimas colonias de España en América; y todavía se alza, dividiéndonos en castas diferentes, el monstruo de la desigualdad y del privilegio.

Quosque tandem ...?

101

LA DEMOCRACIA 13 de julio de 1894. LA BOLSA Y LA PATRIA

Adquiere en este país la riqueza pública un desarrollo admirable. Fincas de caña que prosperan, fincas de café que brindan a sus cultivadores pingüe producto, industrias que se levantan poderosas, talleres que se abren nutridos de trabajo, actividad, vida, movimiento: ese es el cuadro general de la colonia.

El suelo, fértil como ninguno, compensa la fatiga del labrador; y el grano que se arroja al surco es germen de abundancia; y el sudor que fecunda la tierra se convierte en oro con halagüeña rapidez; y el que pone en ejercicio sus facultades puede aguardar el fruto de su tarea.

La población de las ciudades crece, y las aldeas mismas, antes estacionadas, tristes, moribundas, sienten el impulso del progreso y avanzan con entusiasmo, transformándose, ensanchándose, adquiriendo vigor, gracias a un esfuerzo activo, perseverante, enérgico,

Library of Congress

y gracias también, sobre todo, a la buena suerte de que suban y suban los precios de lo que se siembra y se recoge.

Puerto Rico vuelve a ser Rico. Los presupuestos del Estado se cubren con amplitud, no existe tropiezo para la administración, el comercio vive a sus anchas, la agricultura de próspera se convierte en opulenta y, en este punto, es hora de entonar el *aleluya* de la Pascua.

Pero invade al espíritu honda tristeza, considerando que el desenvolvimiento de las ideas no corre parejas con el desenvolvimiento de los caudales, y que en política vamos perdiendo lo que ganamos en intereses; lo cual revela un egoísmo tanto más odioso cuanto más ha menester esta patria nuestra el apoyo y el afecto de sus hijos.

102

La indiferencia cunde cada día; el *laissez faire* adquiere prosélitos; el *dolce far niente* conquista partidarios, y esa pasividad con que ven las gentes sus propios destinos, su propio porvenir, se traduce en una modorra, en una atonía, en un marasmo que humillan y avergüenzan a los verdaderos patriotas.

Nosotros queremos que la riqueza material brote con ímpetu del suelo feraz y exhuberante; nosotros gozamos cuando una mina se da a la explotación; cuando un ingenio lanza al mercado miles y miles de bocoyes de azúcar; nosotros aplaudimos cuando un cafetero abarrota una plaza mercantil con sus sacos repletos de grano argentífero; pero queríamos también que los pueblos recordasen las palabras de la Escritura: *no sólo de pan vive el hombre*, y trajesen su parte de esfuerzo y de perseverancia a los útiles y generosos empeños que persiguen el ideal.

Con decir que la política es el arte de gobernar y de administrar, se ha dicho que ningún ciudadano debe mirar con desvío problemas que le tocan tan de cerca. Si se gobierna mal, si se administra mal, el país sufrirá las consecuencias. Y el país somos todos: lo

mismo el propietario que acumula en sus arcas las monedas, que el escritor que acumula en su hoja volante los pensamientos con que contribuye al adelanto público.

¿Vamos a permitir que se nos *cope* por completo? ¿Vamos a abandonar lo que nos importa mantener puro e ileso? ¿Vamos a convertirnos en el avaro que sólo piensa en la hucha, guardada allí en los rincones más oscuros del desván? ¿Seremos una sociedad sin fe, que echa a harato las cosas más grandes y más altas, inepta para dirigirse, para emanciparse de tutelas que la atrofian y la constriñen?

Cultivemos la caña y el cafeto, sin olvidar otros cultivos más intelectuales, aunque menos productivos, y establezcamos el sublime paralelo de un país que a un tiempo se liberta de la usura por el ahorro y el trabajo, y de la tiranía por la abnegación y el civismo.

Que nunca sea la bolsa primero que la patria.

Porque siempre ha valido más un Mucio Scévola que un Crespo.

103

LA DEMOCRACIA 5 de abril de 1894. EL DILEMA

Vienen diciendo algunos correligionarios—muy pocos por fortuna—que la abstención electoral fué un desacierto, que no produjo ventajas al país, que no sirvió a las conveniencias autonomistas.

Y bien, ¿ignoraba el partido que abandonando las urnas se imponía un sacrificio, el sacrificio de no tener representantes en la Cámara española?

¿Ignoraba el partido que con ese retraimiento iba a arriesgar su existencia misma, su fuerza, su vitalidad, su robustez, su influjo?

No lo ignoraba ciertamente y al realizar un acto tan grave lo realizó conociendo las tristes, las desconsoladoras realidades de la política española; y lo realizó por salvar el decoro,

Library of Congress

que es eterno y noble: no por salvar el interés, que es mudable y mezquino; lo realizó por su honra, no por su lucro; y al realizarlo dió el primer paso en la senda de su educación viril, de su educación cívica.

Había dos caminos en enero de 1893: la habilidad, aconsejando y demandando la lucha; el decoro, aconsejando y demandando la protesta. Puestos a elegir los liberales, eligieron el último, el más difícil, el más ingrato; pero el más recto y el más digno. Ni por un instante se detuvieron a medir el obstáculo: un pueblo que siente como nuestro pueblo, no acepta el ultraje, ni transige con el insulto, ni reconoce su condición de paria. ¿Es débil? Pues resiste y forcejea. Ya será fuerte algún día.

Aquí no estábamos en frente de una cuestión de *conveniencia*; estábamos en frente de una cuestión de *dignidad*; 104 y entre la dignidad y la conveniencia no hay vacilación: lo primero es lo primero.

¿Por qué los que ahora intentan una retirada no discutían entonces? ¿Por qué no acudían a la Prensa con sus razones o con sus sofismas? ¿Por qué dejaban que corriese la ola del coraje popular sin oponerle el dique de sus sabias, de sus prudentísimas observaciones?

Hoy es tarde: hoy Puerto Rico no vuelve atrás mientras no se le haga justicia plena y absoluta. ¿Se nos iguala con los hijos de Cuba? Pues iremos a los comicios. *Si non, non.*

¿Que nos *conviene* votar? Aceptemos en hipótesis que es preciso romper la abstención y que votamos. ¿Qué se gana con ello? El censo, que preparan a su gusto nuestros contricantes, les dará una victoria segura. Sólo podremos aspirar en Mayagüez y en Ponce, al sitio que en las circunscripciones reserva la ley a las minorías: sólo podremos tener *dos diputados*. Y nadie ignora cuan inútiles fueron hasta hoy nuestros representantes, que no lograron nada, absolutamente nada, por impotencia o por indiferencia, en pro de nuestras libertades y de nuestros derechos.

¿Vamos a prescindir de todo lo que la seriedad y el honor exigen de nosotros, para llevar dos nombres a los colegios electorales, sin ninguna esperanza de que por tal procedimiento se redima el terruño patrio?

Antes que eso, preferimos la muerte de nuestra agrupación.

Urge, sí, alcanzar la amplitud del censo con la rebaja de la cuota y para alcanzarla es necesario pedirla, y para pedirla, un procedimiento no más existe; y ese procedimiento no se ejerce en la colonia: se ejerce en Madrid, en el mismo corazón de la metrópoli.

Y si, por desdicha de todos, los hombres que gobiernan se mostraran sordos a la voz de un país que pide justicia, entonces...

Nosotros no hemos creído nunca que ese país sea incapaz de las grandes empresas del patriotismo; nosotros hemos visto en la historia países más oprimidos, más flagelados, más débiles, soportar en silencio el vejamen y 105 la esclavitud, hasta que un día, ahogándose ya en la marea creciente del despotismo, sacudieron la cabeza, probaron el poder de sus músculos, y llegaron allí donde se llega cuando se siente en la espalda el latigazo de la tiranía y en el corazón el odio a los tiranos.

Por España, por Puerto Rico, por la ventura de la nación augusta y de la isla siempre fiel, nosotros pedimos, nosotros anhelamos que no se coloque a este pobre pueblo en la alternativa de elegir entre la abyección y el suicidio.

106

LA DEMOCRACIA 19 de enero de 1894. RETRAIMIENTO

I

Cuando el ministro Maura, con una serenidad espantosa, transmitió por cable a Puerto Rico aquel célebre decreto en que se nos imponía la mayor de las vergüenzas,

Library of Congress

creádosenos el más hondo de los conflictos (1) , nosotros, patriotas de corazón, trazamos sobre el papel unas líneas que reflejaban los sentimientos del país, y, con el título *El insulto*, las lanzamos sin miedo a la publicidad.

(1) Se disponía una cuota electoral más elevada para Puerto Rico que para Cuba, y se convertía así a los puertorriqueños en ciudadanos de tercera clase. Véase “El Insulto”, enero 3 de 1893.

Era indispensable contestar al ultraje, salvar el decoro, esgrimir la protesta y demostrar que el pueblo de Borinquen no es un pueblo capaz de degradarse aceptando en silencio el estigma, como los igorrotos de Luzón y Mindanao, que, si el látigo del “castila” les azota, se agazapan, se encogen, hunden la frente en el polvo y, en vez de luchar y resistir, huyen y se esconden, semejantes a las liebres acosadas por el cazador, por su famélica jauría.

Nuestros hermanos respondieron soberbiamente al vejamen y de todos los ámbitos de esta tierra surgió el unánime clamor de la vergüenza y de la ira. El retraimiento se hizo entre sordos rumores de cólera mal comprimida, entre viriles apóstrofes de no disimulada indignación.

Parecía condensarse en la atmósfera el enojo y tomar cuerpo en las conciencias el rencor; las urnas electorales 107 les quedaron para los usurpadores; ni un liberal llevó su voto a aquellos comicios en que reía con mueca sardónica el genio de la discordia y en que lloraba con acerbo llanto el genio de la patria.

Pasó el tiempo y esperamos que el retraimiento se mantuviese en las varias esferas de la vida colonial con templanza, pero también con firmeza; sin alarde, pero también sin acomodaticias transacciones.

Para nosotros la abstención debía ser absoluta. Nada de prestar auxilio, directo ni indirecto, a los mismos que nos injuriaron; nada de ofrecer homenaje a los mismos que

Library of Congress

nos redujeron a una hipócrita y cobarde servidumbre. Ellos en su sitio; nosotros en el nuestro. Ellos en la cúspide; nosotros en la sima. Ellos en el desbordamiento de sus lucros; nosotros en la persistencia de nuestros odios.

Y la lucha siempre: la lucha sin tregua, en que se prescinde del sufragio para utilizar la Prensa, la tribuna, la propaganda en el círculo social, en las plazas, en las tertulias, en el vaivén perpetuo de las ciudades y en la mansa quietud de las campiñas.

Ni un autonomista en los Municipios, en la Diputación, en las Cortes; ni un autonomista en los actos de carácter oficial. ¿Exposiciones? Que ellos las hicieran. ¿Centenarios? Que ellos los celebraran. ¿Tributos a la majestad real? Que ellos los rindieran.

No pudo ser.

Venía de las alturas el ejemplo insano: un jefe acudió a la recepción palaciega, inventó la candidatura económica y desmoralizó de tal modo a la compacta falange (1) . Las conveniencias particulares de una aldea, las conveniencias personales de un individuo, las conveniencias generales de un distrito, lograron que algunos correligionarios nuestros, muy pocos, permanecieran o

(1) El Directorio autonomista acudió a las elecciones municipales llamando sus candidaturas "Candidaturas económicas", para de este modo sacarlas de la jurisdicción del acuerdo de enero 15 de 1893, sobre el cual se basó el retraimiento político del partido. D. Julián E. Blanco, además, presidente del Directorio, asistió a los homenajes tributados a la Infanta Eulalia.

108 subieran a las curules de los Municipios, que otros correligionarios nuestros ingresaran en la Junta de un certamen, y que la colonia recobrase su aspecto de factoría alegre y bulliciosa en que los amos permiten que los siervos se diviertan.

¿Qué remedio? Así es la condición de los países no acostumbrados a poseer la libertad y a ejercer el derecho. La libertad se les niega, el derecho se les arrebató, y tras

momentáneos ímpetus de coraje, continúan viviendo en la sombra, sin advertir que la luz se ha extinguido y que no vuelve.

¿Qué resonancia, qué alcance, se dió a nuestro sacrificio? Nadie ignora la conducta pasiva del Directorio. Cuando era preciso organizar un *meeting*, predicar la doctrina, levantar el espíritu, el Directorio adopta temperamentos de inactividad; cuando era preciso erguirse, el Directorio se achica.

Y ni aún llegó a Madrid el eco de nuestras amarguras y de nuestras maldiciones. Los antiguos diputados, que no estaban conformes con nosotros porque querían ser electos en sus comarcas, callaron; los periódicos adictos, sin la esperanza de una credencial, callaron de igual modo; y la opinión española, la que reside en las multitudes, en los *clubs*, en los cafés, en las Redacciones; la opinión libre, la opinión, monárquica o republicana, ¡no sabe que estamos retraídos!, no sabe que aquí, en América, hay un jirón del territorio patrio en que los habitantes se dividen en dos bandos: para el uno todas las ventajas; para el otro todas las humillaciones.

No era este el retramiento que soñábamos, el retraimiento que habrían puesto en práctica Irlanda o Cataluña: un retraimiento viril, propio de quien tiene la certidumbre de su fuerza y la confianza en su energía.

Nuestra actitud es una actitud que sirve para que salgan siempre triunfantes los menos, y que no sirve para que los poderes públicos fijen su mirada en el problema terrible de un país que se resigna a la muerte antes que a la deshonra.

109

LA DEMOCRACIA 20 de enero de 1894. RETRAIMIENTO

II

Library of Congress

Es una triste verdad; pero es una verdad al fin: el retraimiento no ha tenido eficacia ninguna; los que debían ponerlo de relieve ante la metrópoli, se encerraron en una indiferencia inexplicable; los que debían ofrecernos su auxilio nos abandonaron, más cuidadosos de su situación personal y de su auge político que de las desgracias y las vergüenzas de este país, bueno para entretenerle con discursos y promesas y lisonjas; malo para servirle con desinterés y con entusiasmo.

El país mismo, sin jefes, sin guías, sin directores, calló en una laxitud que aterra, y, confiando al azar sus destinos y sus ideas, no pudo mantener la antigua organización de sus elementos avanzados, ni llevar a todas partes el estímulo de la propaganda, ni presentarse fuerte, compacto, invencible en el seguro de su dignidad, a los que le injuriaban y le oprimían.

El mal, por fortuna nuestra, no es irremediable. El letargo no es eterno. Si el partido autonomista quiere levantarse, se levantará, porque el espíritu liberal no puede decaer en estas tierras del Nuevo Mundo, donde la democracia extiende su raigambre poderosa. Y en el partido autonomista reside la esperanza del pueblo, víctima de eternas explotaciones y de perpetuas injusticias.

Puerto Rico ve, desde hace veinte años, cómo emigra su riqueza, cómo sube su presupuesto, cómo le invade una verdadera plaga de parásitos que absorben los florecimientos de la producción y los jugos del trabajo. Puerto Rico ve, desde hace veinte años, que sus hijos empobrecen, que todo horizonte se les cierra, que todo bien-estar se les arrebatara, que todo derecho se les corta o se les niega. Y Puerto Rico, que siente circular en sus arterias la sangre de la juventud, no se resigna a cruzarse de brazos ante la avasalladora corriente que le arrastra.

De ahí que mire en la bandera que nosotros levantamos y en el baluarte que nosotros defendemos su postrer refugio; y de ahí que observe con profundo cariño y con ardiente simpatía nuestra actitud de inquebrantable resistencia.

Library of Congress

Puerto Rico ya no aguarda nada de los falsos apóstoles que acaso ansían prolongar su predominio; que acaso renovarán sus promesas, dulces y gratas en la forma, falsas y mentidas en el fondo. Puerto Rico lo aguarda todo de su esfuerzo, de la energía que despliegue, de la inteligencia con que acuda a las campañas del porvenir.

Ya no hay ídolos ni santones. Cuatro lustros de acerbos desengaños fueron bastantes para que aprendiéramos a conocer que con nosotros se hizo el juego de la política, que con nuestros sufragios se crearon grandes prestigios, que con nuestros votos se hicieron grandes carreras, y que, después de tantas luchas candentes y de tantos empeños tenaces, ni obtenemos el fruto que se nos ofreció, ni merecemos la solidaridad que se nos escatima y ni aún encontramos la gratitud que se nos debe.

Por confiar en fuerzas extrañas y en extraños elementos seguimos, como los esclavos de Roma, tras el carro de César, y hoy, que no podemos ir a la urna, hoy que el retraimiento nos hace inútiles para el voto, hoy se nos posterga y se nos olvida, cuando no se burla y se mofa nuestra paradisiaca candidez.

No negamos jamás a los apóstoles sus talentos ni sus virtudes; les negamos, sí, la eficacia de su labor; porque mientras Cuba, enviando a la Cámara sus representantes genuinos, logra ponerse en condiciones de pelear y resistir, Puerto Rico, eligiendo sus representantes exóticos, logra que la desdeñen y la insulten, sin que se oiga luego vibrar en la tribuna la protesta terrible de un pueblo condenado, más que a la muerte, a la deshonra.

Sigan en pie los solemnes acuerdos del partido; mantengamos el retraimiento mientras no borre España el estigma de la cuota desigual; pero trabajemos en la colonia y en la península, sin tregua ni descanso, para obtener la reivindicación que nos permita ir de nuevo a los comicios y demostrar en ellos que conservamos el empuje de los tiempos en que ni siquiera luchaban con nosotros nuestros adversarios.

Dentro del país está nuestra fuerza: no la busquemos fuera del país.

112

LA DEMOCRACIA 28 de julio de 1894. GUERRA AL MONOPOLIO (1)

(1) Estos artículos, en sus detalles, carecen por completo de interés hoy, Tienen interés histórico porque ellos le conquistaron a Muñoz Rivera más popularidad que cualquiera otra de sus campañas periodísticas, por si solo. Con motivo de esta campaña, Muñoz Rivera fué encarcelado. asignándosele 15.000 pesos de fianza. La isla suscribió una suma mucho mayor inmediatamente; pero el padre de Muñoz Rivera, D. Luis Muñoz Barrios prestó fianza por su hijo y el dinero recolectado le fué devuelto a los que generosamente lo habían facilitado.

Estamos en presencia de una especulación enorme. Y como la víctima es el país, no podemos callar en modo alguno. El monopolio nos irrita; la injusta ganancia nos subleva. Ayer los fósforos se vendían a diez reales fuertes la gruesa; hoy se venden a veinticinco reales. ¿Por qué?

El artículo 11 de la ley de presupuestos dice así: "Se hace extensivo a la isla de Puerto Rico el impuesto del timbre sobre el consumo y fabricación de fósforos o cajas de cerillas, aplicándose para la exacción el artículo 20 de la instrucción de la renta del sello y timbre del Estado de 3 de abril de 1886, modificado por Real decreto de 30 de junio de 1892, pudiendo arrendarse o concertarse en la forma y modo que se considere más conveniente, si los fabricantes no acceden a garantizar por concierto la cantidad de 30.000 pesos anuales por un período mínimo de cinco."

Y como en Puerto Rico sólo existe una casa fabricante de fósforos, esa es la UNICA llamada a garantir los 30.000 duros por concierto con el Erario público. Ya se 113 dice que los garantiza, y que de ahí depende el alza inverosímil con que se pretende explotar a los consumidores en un artículo de primera necesidad.

Library of Congress

Bien hemos visto de qué guisa viene preparándose el agiotaje de los fósforos. Imposible que los industriales de Francia, de Alemania, de España misma intenten realizar la menor competencia: se oponen los aranceles, en este punto verdaderamente prohibitivos por lo absurdo. Así, pues, la casa Bolívar, Arruza Co., monopolizó el mercado con sus productos inferiores, que no podrían resistir el paralelo con los últimos de otros países.

En tales circunstancias llega el impuesto a entregarles por 30.000 duros el derecho de esquilmar a todo el mundo, realizando un negocio que todavía no queremos calificar.

Se ha dicho que a cada caja de fósforos corresponde un timbre de un centavo: de suerte que se calcula—porque el Gobierno debió meditar y estudiar sus medidas—se calcula un consumo de tres millones de cajas, en un territorio que pueblan ochocientos mil habitantes. ¡Cuatro cajas al año por habitante!

Y nosotros decimos alto y claro, para que el país nos escuche y el Gobierno nos oiga, que los señores Bolívar, Arruza & Co., fabrican ¡¡catorce millones cuatrocientas mil cajas como *mínimum* anual!!

¡¡Y 14.400.000 cajas a un centavo, adeudan 144.000 pesos!!

De manera que, *concertándose* con el Gobierno ¡qué hermosura! los señores Bolívar, Arruza & Co., realizarán sobre sus utilidades corrientes, muy altas sin duda, una utilidad de ciento catorce mil pesos.

¿No saben eso en Madrid? ¿No les conviene saberlo? ¿No conoce ese dato la Intendencia? Pues nosotros, periodistas liberales, sin elementos de información, sin centros de consulta, sin policía, sin recurso alguno inquisitivo, sabemos y conocemos cuanto importa al interés de nuestra tierra.

¿Es que un pueblo está en el caso de tolerar que céntimo a céntimo se le expolie, sin que sus gobernantes le defiendan y le escuden? ¿Es que debe otorgarse a una **8**

Library of Congress

CAMPAÑAS 1 114 razón mercantil el privilegio de contar por millones sus lucros en el espacio de un quinquenio?

Si en tal *laissez faire* consiste la misión del Gobierno, nosotros confesamos que no nos causa mucha envidia la situación que estriba en permitir que uno o más individuos priven a su antojo sobre la riqueza general.

Pero es que los señores Bolívar Arruza & Co., no se conforman con ese lucro y quieren más: quieren aumentarlo, aumentando el precio del artículo, que monopolizan en virtud de una serie de decretos que apenas se conciben ni se explican.

Vendíase hasta poco ha en \$12,50 una gran caja, conteniendo diez gruesas, es decir, 1.440 cajas de fósforos; cárguese a cada caja un centavo, únase el producto de la operación y el precio de las diez gruesas, y se tendrá una suma de \$26,90. Los señores Bolívar, Arruza & Co., dan a luz la siguiente circular:

“San Juan de Puerto Rico, 20 de julio de 1894.

Señores.

Muy señor y amigo nuestro:

Como consecuencia del impuesto del timbre sobre los fósforos, los precios a que facturaremos éstos desde hoy serán como sigue:

Menos de 25 c/ a \$ 30,00 c/ de 10 grsas.

25 menos \$ 1 $\frac{1}{4}$ c/

50 \$ 1 $\frac{1}{2}$ c/

100 \$ 180 c/

Library of Congress

Desde 200 cajas de fósforos en adelante los descuentos serán convencionales.

Con la consideración más distinguida nos suscribimos de usted, afectísimos amigos y SS.
SS.

Q. B. S. M., *Bolívar, Arruza & Co.*, S. en C.”

Partiendo del tipo de \$30,00 sin descuento, ya que la mayoría de las compras no pasa de 25 cajas, y ya que 115 en el precio antiguo también existían los descuentos, tendremos que, ADEMÁS DEL TIMBRE, se añaden a cada gran caja \$3,10. Lo cual en 10.000 grandes cajas, da un valor de \$31.000.

¿Adónde vamos a parar? ¿No se distingue a primera vista el gigantesco alcance del privilegio? ¿No asombran las colosales proporciones de un plan que encuentra su base en la ley de presupuestos y que subirá más alto que la torre de Babel?

No son los nuestros unos números imaginarios; son, por desdicha de Puerto Rico, cifras reales, positivas, tomadas en el *mínimum* de su magnitud escandalosa. Iremos formando, ochavo a ochavo, la inmensa fortuna de la fábrica de fósforos y el ejemplo podrá extenderse, y las industrias distintas imitarlo—que nunca faltan medios ampísimos para el mal—y a la postre la colonia pertenecerá a unos pocos que hayan sabido mover los resortes, y vencer resistencias, y plantear el raro y espantable feudalismo de los fósforos, o de los zapatos, o de los aceites.

Y los fósforos son un artículo de índole tan necesaria, que de ellos no puede prescindirse sin graves trastornos; aunque nosotros, y con nosotros el pueblo que nos rodea, opinamos que, llegada a este punto la avaricia, debe acudirse a los yesqueros, a los eslabones, a cualquier forma de arrancar una chispa generadora de la luz y de la llama. Todo menos doblar la cabeza con humildad de imbéciles parias que no se dan cuenta de sus desventuras.

No conocemos a ninguno de los socios de la Sociedad fosforera. En tanto que se limitaban a trabajar, celebrábamos sus progresos, que al fin se convertían en estímulo para otras industrias análogas; pero desde el instante en que, con el auxilio de una ley, abrigan el propósito de enriquecerse a costa del suelo que les nutre, desde ese instante ocupamos el sitio que nos toca: el de defensores del pueblo, capaces de decir la verdad por encima de todos los riesgos y de todos los convencionalismos.

Hasta mañana.

116

LA DEMOCRACIA 30 de julio de 1894. GUERRA AL MONOPOLIO

“EL PODER DE LA OPINION”

A pesar de cuanto dijimos y probamos en el número anterior, nada puede esperarse del ministro, que consintió y presentó y apoyó la ley de presupuestos, sin saber quizá que con ella causaba al país un perjuicio de ciento catorce mil duros anuales.

Pero si el Gobierno se muestra indiferente, la opinión, manifestándose enérgica y unánime, logrará que no resulte posible y fácil un absurdo más en Puerto Rico. No hacían las tarifas tanto mal y las tarifas cayeron entre el odio y las protestas de la muchedumbre.

El monopolio de los fósforos afecta a todos los habitantes de la isla; y no ya por el mayor gasto de unos céntimos, sino por lo que importa al decoro de un pueblo que no quiere ser tenido por imbécil, es necesario rechazar altivamente un tributo vergonzoso.

Que cada ciudadano cumpla sus deberes; que la indignación vibre desde la tertulia del café y desde el *meeting* al periódico, y se impondrá la necesidad de volver sobre esas resoluciones que, en provecho de algunos comerciantes, esquilman a ciento sesenta mil familias puertorriqueñas.

Los países tienen el Gobierno y la administración que merecen, y los que bajan la cerviz se resignan al escarnio. El poder de la opinión es inmenso, y nunca como ahora se ejercerá con justicia.

117

LA RUTA DEL NEGOCIO

Primero se instaló la fábrica; después se abarataron los fósforos para competir con sus similares del extranjero y anularlos en el mercado; luego volvió a subir el tipo de venta; ya no había cerillas alemanas. Todo eso estaba muy bien, y nosotros lo aplaudíamos, porque, patriotas de verdad, queremos que la industria se aclimate y viva y prospere en nuestra tierra.

Más tarde se procuró obtener la exclusiva, influyendo a fin de que las Cámaras impusiesen derechos prohibitivos a los fósforos del exterior y aun a los mismos fósforos de la península.

Y, por último, ya en condiciones de dilatar la explotación, viene la ganga del timbre, que estriba en que el Estado cobre un centavo por caja de fósforos calculando el consumo de TRES MILLONES de cajas.

Y como, en efecto, se fabrican, por lo menos, CATORCE MILLONES cuatrocientas mil, surge al instante para la *única fábrica* existente la extravagancia de ciento catorce mil pesos, aparte de lo que añade al tipo de las ventas, que asciende a una suma de gran consideración.

Tal es la ruta del negocio.

Y el negocio es redondo.

Como que ninguno, ni el de Sáenz Hermúa, fué tan opulento y productivo.

EL QUID DEL ARTICULO

Acaso no se fijan bien las gentes todavía en el artículo de la ley de presupuestos, que es sublime y que nos da la clave entera en el laberinto *fosfórico*.

“Se hace extensivo a la isla el impuesto del timbre sobre consumo y fabricación de fósforos, pudiendo arrendarse o concertarse en la forma y modo que se considere más conveniente, SI LOS FABRICANTES NO ACCEDEN A GARANTIZAR POR CONCIERTO LA CANTIDAD DE 30.000 PESOS ANUALES por un período mínimo de cinco años.”

118

De suerte que se pone la renta en manos de los fabricantes. Siempre que ellos accedan—vaya si accederán—a garantizar 30.000 duros anuales, no podrá arrendarse ni concertarse con nadie más.

Muy triste idea tienen, sin duda, de la perspicacia insular los redactores de esa *ratonera*; quizá creyeron que entre los colonos ignorantes ni uno habría que penetrara en el fondo del chanchullo y adivinará los móviles ocultos de la operación leonina.

¡Se da por 30.000 lo que produce 144.000! Ni en Jauja se hicieron nunca *chantages* de este jaéz.

Y nada menos que por el plazo mínimo de *cinco años*.

Un quinquenio que, a poco rendir, rendirá un millón de pesos, cinco millones de pesetas, veinte millones de reales.

Una bicoca.

¡Veinte millones de reales!

Library of Congress

Allá por el 19 de febrero visitábamos nosotros, con los directores de *La Correspondencia* y *El Noticiero*, y con el distinguido agricultor don Ramón Fernández, la vivienda campestre que en Bayamón se titula “El Recreo”.

La visita no pudo ser más agradable.

Allí se nos mostraron máquinas poderosas, ventiladores de *primo cartello*, aparatos elegantes, material abundantísimo para una nueva fábrica de fósforos que empezaría—según sus empresarios nos dijeron—a funcionar muy pronto.

La instalación era por entonces casi completa: iba preparándose con rapidez aquel templo de la industria.

Ofrecimos nuestros plácemes a los futuros competidores de Bolívar, seguros de que, naciendo la concurrencia de dos productos idénticos y rivales, el público habría de ganar en calidad y en precio.

No pudo ser.

De repente paralizáronse los trabajos, con profunda extrañeza de los que conocían el proyecto.

Ya no había nueva fábrica.

Continuaba el exclusivismo.

Y *sotto voce*, en corrillos y cafés, se decía que los de 119 Bayamón se guardaban diez mil duros de *plus*, regalados por los otros, por los de Cangrejos.

Estas no son fantasías de *La Democracia*.

Son... peripecias de la colonia.

Y AHORA, ¿QUIEN SE ATREVE?

Ya no existe para los señores Bolívar, Arruza & Co., ni el remoto peligro de una competencia que acorte y disminuya los lucros.

¿Quién se atreve a fabricar fósforos, si ha de pagar por cada caja un centavo, y si ese centavo ha de ingresar en *la caja* de sus propios competidores?

Suponed que un valiente se lanza, e invierte caudales, y se coloca en aptitud de producir y vender 10.000.000 de cajas de fosforos.

¿Cómo resistirá el empuje de Bolívar, Arruza & Co., a los que satisfará cien mil pesos por timbre? ¿No se comprende que Bolívar, Arruza & Co., bajarán los precios hasta arruinar o intimidar a los *héroes* que en una empresa así tiren sus recursos?

Pues quiere decir que, por cinco años, no es de temer la competencia.

Y en cinco años se arrojarán al mercado setenta y dos millones de cajas de fósforos —cifra colosal—y se cobrará sobre el precio corriente, por derecho de timbre, SETECIENTOS VEINTE MIL PESOS, y se *accederá* a satisfacer al Erario, por un concierto estupendo, CIENTO CINCUENTA MIL PESOS.

Diferencia en contra de Puerto Rico:

QUINIENTOS SETENTA MIL.

Es lo que se llama un concierto argentino.

AUN ES TIEMPO

Por las razones que constan en el capítulo anterior de esta historia de los *fósforos*, no podemos aconsejar a nuestros coterráneos que acudan al fósforo extranjero o nacional.

Library of Congress

Si entran cajas a granel, centavos a granel recogerán los *amos del negocio*.

120

Y de todas maneras la ganancia es infalible.

Estamos en un círculo de hierro del que no es fácil salir, si faltan energía, resolución y conciencia del derecho.

España, por medio de sus Cortes, no puede, no debe imponernos un tributo bochornoso, ruinoso, desastroso.

¿Se redactó sin estudio el artículo? Pues que el gobernador lo suspenda; que las mismas Cortes la anulen al reunirse; que no se mantenga una inmoralidad repugnante.

¡Guerra al monopolio!

¿No funcionan dos Cámaras de Comercio? ¿No dirige la Hacienda un intendente que *entiende* sus obligaciones? ¿No gobierna la provincia un general español, a quien es preciso suponer una hidalguía y una probidad a la altura de su prestigio civil y militar?

Aún es tiempo.

A males graves, remedios heroicos.

Lo que no debe ser, no puede ser.

121

LA DEMOCRACIA 31 de julio de 1894. GUERRA AL MONOPOLIO

LOS FOSFOROS

Tiene esta cuestión de los fósforos tan múltiples aspectos que nunca acabaríamos de tratarla si intentásemos penetrar en todos sus repliegues. Es algo así como esos

Library of Congress

monstruos, erizados de púas, que la leyenda describe y que no ofrecen ni un punto en que la mano pueda fijarse sin sentir el dolor de una herida o el escozor de un rasguño.

Y acaso el aspecto más aceptable es la mala calidad del artículo. Los fósforos no resultan buenos. A veces el palillo se quiebra; a veces la lumbre falta; pero lo rústico, lo tosco, lo que da a la industria carácter primitivo, es el envase. No os servirá para guardarlo, porque le encontraréis al punto roto, deshecho, informe. Podríaís llamarlo envase sin condiciones(1) .

(1) Alusión ironica al partido llamado *incondicional*.

Para que una manufactura honre al país en que vive, necesítase que pueda rivalizar ventajosamente con idénticas manufacturas del extranjero, y que en la competencia no lleve la peor parte. Los fósforos Bolívar quedan por debajo de los fósforos alemanes, de los americanos y de los españoles. No hablemos de las cerillas francesas, tan económicas y tan selectas.

Aquí no se quiso o no se pudo perfeccionar el producto; y no hay motivo para que la isla se sienta muy orgullosa de poseer una fábrica que los industriales extraños 122 han de mirar con lástima, mientras no les conste que está en aptitud de cubrir veinte veces, en un solo quinquenio, el capital necesario para montarla y sostenerla.

LOS SELLOS

Hay en este negocio una particularidad digna de estudio.

La ley prescribe que cada caja de fósforos lleve un sello de un centavo. Es el tributo sobre el fuego y la luz.

¿Por qué no vienen los sellos?

Es que existía la certidumbre, la plena certidumbre del concierto.

Library of Congress

De otro modo no se explica que a la hora presente ni siquiera se hable del timbre en Puerto Rico, y que ya se cobre al consumidor el centavo de recargo.

En la historia, en el proceso de las contribuciones y los gravámenes en los distintos países del planeta, no conocemos un caso como el que ocurre hoy en nuestra isla mansa y humilde.

Los caballeros de Madrid que dictaminaron, y los caballeros de San Juan que aprovechan el dictamen, sabían a ciencia cierta que los sellos iban a ser innecesarios.

Y, ¡claro está!, no los hicieron imprimir.

¿Habrás visto coincidencia igual?

Un derecho de timbre sin timbre es lo más raro que puede ocurrir en un país civilizado.

Lo cual no reza con Puerto Rico.

Puerto Rico es un país... conquistado.

MODERADA GANANCIA

Al decir que la fábrica de Santurce vende año tras año un mínimo de 14.400.000 cajas de fósforos, y que pagando 30.000 pesos al fisco, embolsará 114.000 contantes y sonantes, dicho se está que nos quedábamos cortos.

No queríamos por manera alguna exagerar las cifras.

Pero muchas personas calculan que, dividiéndose en 160.000 familias los 800.000 habitantes de esta tierra, y consumiéndose tres cajas semanales, 156 anuales, en cada 123 familia — término medio —, el consumo ascenderá a 24.960.000.

Library of Congress

Lo que sí podemos asegurar al país es que no partimos de hipótesis, sino de noticias exactas, de datos auténticos, que traen la convicción a nuestro espíritu, y con la convicción el duelo de que aún sean fáciles entre nosotros agiotajes de esa magnitud, a la faz del mundo, sin disimulos ni melindres.

En Europa se considera bien colocar un capital al 4 por 100 de renta sólida; en Ponce el dinero produce el 9, el 12, hasta el 118; pero en la fábrica de Cangrejos producirá desde hoy el 600 por 100.

Maravillas de una administración sabia en los últimos estertores del siglo XIX.

¿Qué felicidad, vivir y morir bajo un régimen como el que nos salva y nos escuda!

ANTES DEL PARTO

Antes de obtener el monopolio y de realizar el *concierio*, la casa de Bolívar, Arruza & Co., libraba utilidades, con sus fósforos, por más de cuarenta mil duros en doce meses, de enero a enero o de julio a julio.

Era un balance decente como hay Dios.

Ahora, con los 114.000 que se *cobran* del túbre, y los 31.000 que se aumentan en el precio del artículo, y los antiguos 40.000, tendremos 185.000 pesos.

¿Va convenciéndose el lector de que no vale la pena la bicoca?

¿Va cayendo en la cuenta de que los 185.000 duros salen de la riqueza general, perteneciente a todos, hasta a los que a fomentarla contribuyen, no más que con su inteligencia o con sus brazos?

¿Hay alguien que defienda a los del privilegio?

Library of Congress

¿Hay alguien que disculpe a los diputados y a los ministros que nos proporcionan tanta mengua?

¿No saldrán, fusil en mano, *Las Noticias* y *La Balanza* sosteniendo lo insostenible y acudiendo al sofisma y esgrimiendo, a guisa de catapulta, el cristo grande de la integridad?

124

Pues atrévanse, que conservadores y liberales rechazan el abuso.

Y esto no fué cuestión política ni antes ni después del parto.

LA PRENSA

¿Cuál es la actitud de la Prensa?

El Buscapié habló con cierta energía inicial.

La Correspondencia se pone al lado del pueblo.

Los periódicos de Mayagüez permanecen expectantes.

Los periódicos de Ponce atacan al monopolio.

Urge que venga una acción viva, robusta, unánime, arrolladora.

Urge que ni un vocero de la opinión defienda lo que no admite defensa, por inmoral y pernicioso.

La Prensa cumplirá su deber.

No en balde es el centinela avanzado del honor y de la fortuna del país:

Library of Congress

No en balde ocupa vigilante la atalaya, y, señalando el peligro, alienta y dirige a los que le combaten.

En la Prensa somos los últimos, pero en iniciar la guerra somos los primeros.

No es justo que se tolere un chanchullo enormísimo.

Y no se tolerará.

La ley es muy rígida.

Pero es más rígida la conciencia.

Y la conciencia manda resistir a la injusticia.

Nosotros resistimos.

125

LA DEMOCRACIA 1 de agosto de 1894. GUERRA AL MONOPOLIO

Siempre que la Prensa, manteniendo los derechos o defendiendo los intereses del país, entra en campañas difíciles, y ataca con vigor los abusos graves, analizando y estudiando las cosas que en torno suyo ocurren, sin pararse en ninguna pueril consideración ni detenerse ante ningún escrúpulo mezquino, surgen de las penumbras sociales gentes tímidas o malévolas, que dicen: “Exagera. Busca el medio de mover el espíritu público. Acude a los viejos efectismos. Desconfiad del periódico. El periódico no es infalible: a veces no es veraz.”

No puede creerse que ahora, en presencia del negocio tremendo de que vamos a ser víctimas, nadie llegue a presumir que en nuestras propagandas existe la hipérbole. De propósito hemos querido acortar las cifras, castigar los cálculos, detener en sus vuelos a la fantasía y ajustarnos a la exactitud. Es hartos serio el problema que nos preocupa y

Library of Congress

no deben desvirtuarse los esfuerzos de la opinión trayendo pormenores falsos al debate. Preferiremos, al contrario, que se nos tache de meticulosos, de parcos en la censura, de excesivamente discretos.

De ahí que no hayamos supuesto connivencias inmorales, ni torpes sobornos, ni venalidades impuras. El artículo célebre se redactó, se informó, se discutió y se votó entre unos caballeros que desconocen a la isla que dicen representar, y esa es la clave de que se realice un verdadero absurdo y de que, por sorpresa, se nos imponga una ley que, no sólo contribuye a descomponer nuestra situación económica, si que también nos deprime, por 126 lo que tiene de humillante admitir lo que a todas luces es injusto; lo que sólo por la razón de la fuerza podríamos aceptar.

¿Qué necesidad hay de ese tributo sobre los fósforos, si nuestros presupuestos cierran con superabit, si la Hacienda local no pide esos recursos y si el impuesto está llamado a conquistar el odio de las clases populares? Diríase que alguien, allá arriba, en el ministerio y en las Cámaras, tenía empeño de asegurar privilegios inverosímiles a la casa Bolívar, que creyó a mansalva lograr sus fines, gracias a la eterna pasividad y a la perpetua *bonhomie* de nuestro pueblo, que no gusta de las actitudes radicales ni de las agitaciones turbulentas y que se somete en silencio a la más hipócrita servidumbre.

A los que pudieron pensar que *La Democracia* abulta los hechos, recomendamos la carta importantísima que va a continuación. La suscribe el señor don Eduardo Arruza, que conoce las intimidades de la fábrica de fósforos, que ha manejado su contabilidad, que ha dirigido sus operaciones, y que es, en este asunto, el mejor de los testigos y la más terminante de las pruebas. Después de leer y meditar los párrafos de ese documento, cuyo valor apreciará Puerto Rico entero, ya no queda más camino que rendirse a una evidencia absoluta y pedir cuentas al Gobierno de su infausta obra.

Habla el señor Arruza:

Library of Congress

“Señor don Luis Muñoz Rivera.

Distinguido señor mío:

En el número 823 de su bien escrito periódico *La Democracia*, he leído el artículo que bajo el título de “Guerra al Monopolio” publica usted.

Como entiendo que en la campaña emprendida por usted en nada perjudica a los fabricantes de fósforos y sólo se demuestra lo absurdo e irritante del impuesto, y como se dice paga la cajita un centavo, creo tener el deber de ayudarle en su empresa, digna de imitar por todos los hombres de algún valer.

127

Con tai motivo entro en materia, permitiéndome una observación sobre la cantidad de fósforos que calcula usted de consumo anual.

Al usted tomar el número de 100.000 gruesas anuales como base para sus cálculos, se aleja bastante de la cantidad que realmente se consume en la isla, pues ésta es de 110.000 gruesas hoy, y puede ser mayor dentro de algún tiempo, sosteniendo los precios normales en los fósforos.

Como apoderado que fuí de la casa G. Bolívar y Compañía, poseedora de la fábrica, y encargado de la misma en ausencia del jefe, conozco con precisión lo que expende para el consumo y el beneficio que produce la fabricación, que excede de 50.000 mejicanos anuales a los precios a que vendían los fabricantes.

Dirijo a usted la presente para que haga de ella el uso que estime conveniente. Y con la mayor consideración, soy de usted atento y S. S.,

Eduardo Arruza.

Library of Congress

Ponce, julio 30 de 1894.”

El señor Arruza va mucho más adelante que nosotros. Habíamos fijado en cien mil gruesas, 14.400.000 cajas, el consumo de fósforos y, por consiguiente, suponíamos al rematante del impuesto una ganancia de CIENTO CATORCE MIL DUROS al año. El señor Arruza fija en ciento diez mil el número de gruesas, en 15.840.000 el número de cajas, y, por tanto, en CIENTO VEINTIOCHO MIL CUATROCIENTOS CUARENTA duros la ganancia anual. Esto aparte de que, como el tipo de cada gruesa sube en treinta y un centavos, tendrán los señores fosforeros treinta y cuatro mil cien pesos de *plus* en sus balances.

Y aún hay otro dato. El señor Arruza *conoce con precisión lo que la fábrica expende para el consumo, y el beneficio que produce y que excede de cincuenta mil mejicanos anuales*. Todo eso parecería un cuento de la mil y una noches, en que el oro se acumula y se desparrama, 128 si no viniese el informe por un conducto tan serio, tan fidedigno como el del caballero que nos escribe. Nadie sospecharía, de seguro, que ahí, a nuestro lado, se desarrollase en el silencio una especulación de tanta monta y de tan extraordinarios y opulentos frutos argentinos.

Hagamos más números; que si *lo de los fósforos* sigue pasando sobre Puerto cual la espada de Dámocles, nos convertiremos en matemáticos y aprenderemos palmo a palmo las vías misteriosas que sirven para que marche a oscuras un asunto productivo en la nación y en la colonia.

Los números dicen:

Pesos.

Ganancia sobre el timbre 128.440

Idem en el aumento de precio 34.100

Idem en balance normal 50.000

Total 212.540

Multiplíquese dicha suma por *cinco* años que durara el concierto y resultará la cantidad *despreciable* de UN MILLON SESENTA Y DOS MIL SETECIENTOS SOLES MEJICANOS.

Con esa cifra deberíamos dar término a nuestro artículo y a nuestra campaña. Si ella no decide la protesta popular y la resolución gubernativa, ¿qué pensaremos de ese poder público y de esa mansa muchedumbre? Redúzcase todavía la suma; rebájese el cincuenta, el sesenta, el ochenta por ciento, y aún subsistirá un guarismo colosal, un guarismo espantoso para los que van a extinguirlo centavo a centavo. Al rico no le inquieta; pero ¿y al pobre? El pobre mandará a la fábrica de fósforos lo que debería emplear en vino y en carne que le librarán de la clorosis y de la anemia.

La Democracia demanda justicia. *La Democracia* quiere que la industria crezca; pero que no expolie; que se desarrolle, pero no a costa del sudor del pueblo; que 129 viva, pero que no desangre a los que trabajan por un salario misérrimo, que ni siquiera les permite vestir chaqueta y calzar alpargatas. El negocio del timbre es un escándalo, y los que lo consienten, cómplices *ipso facto* del inicuo despojo, alcanzarán una parte de la negra responsabilidad que a muchos toca y de la terrible sospecha que a todos salpica. 9

CAMPAÑAS I

130

LA DEMOCRACIA 7 de agosto de 1894. EL ABORDAJE

Diríase que es Puerto Rico una de aquellas naves, cargadas de tesoros, que en plena mar sufrían el abordaje de los piratas y entregaban su precioso cargamento a la hidrópica avaricia de los famélicos corsarios.

Library of Congress

Cuando comienzan a soplar las brisas de la fortuna, una sed insaciable de ganancia y de lucro se despierta, y no ya el lucro y la ganancia se obtienen por las duras fatigas del trabajo, sino por las cómodas arterias del monopolio.

Es este un nuevo abordaje en que estamos indefensos, ya que nuestros pilotos y nuestros capitanes abandonan el barco a merced de la rapiña y *conciertan* con los propios enemigos el mejor medio de hacer el opulento y rápido botín.

Tenemos aquí—aparte los *negocios* locales de menor cuantía—tres grandes privilegios: el del Banco español, que cobra los tributos del Estado; el de los fabricantes de gas, que imponen tipos onerosos a la venta, y el de los fabricantes de fósforos, que sin tregua combatimos.

¿Quién autoriza esos miserables monopolios? El Gobierno, que necesita ESTUDIAR mucho si se trata de un asunto a todas luces conveniente, como el asunto del canje; que no estudia nada, si le place enviarnos por sorpresa un decreto anti-económico y absurdo, que venga a colocar nuestra riqueza a los pies de unos pocos, hábiles y resueltos explotadores.

Nunca podremos explicarnos para qué sirve el Poder público, nacido de la voluntad de los ciudadanos o de la 131 imposición de las bayonetas, si no sirve para impedir que los intereses particulares se sobrepongan a los intereses generales y que un país se encuentre de súbito con que la ley ampara lo que debiera condenar, y con que existe el derecho de esprimir a los que con una labor perseverante arrancan a la tierra sus productos.

Si nosotros, que somos los expoliados, consentimos que triunfen y medren éstos, que son los primeros ensayos de una urdimbre más vasta, inútilmente combatiremos después a los piratas: en el terrible abordaje, ellos, con mejores armas, acabarán por dominar y vencer, arrasando en el saqueo con todo lo que aquí significa propiedad y producción.

Library of Congress

Si se intenta cargar a los fósforos un ciento por ciento de su valor corriente, ya muy alto; si se vende el petróleo a tipos exorbitantes; si los pueblos satisfacen nuevas gabelas al Banco español: ¿Vamos a permanecer mudos y ciegos en presencia de tales injusticias? ¿Vamos a sancionar con nuestro silencio lo que repugna a nuestra conciencia de hombres libres?

Vemos, para profunda desdicha nuestra y para vergüenza de la patria, que el Gobierno tolera, más aún, protege el inicuo despojo. Y urge que nos pongamos en guardia conservadores y liberales—que a estas cosas no llega la política—que nos pongamos en guardia y atajemos la irrupción de fango que nos invade.

Es casi una cuestión de salud pública: con esas llagas cancerosas en sus tejidos no puede vivir el cuerpo social. Y no queda más recurso que aplicar el cauterio con mano firme y ruda, porque la vida del paciente es nuestra vida, y en la fortuna común se comprende la fortuna individual, y lo que al terruño afecta, afecta a los que en él nacieron o en él viven y laboran.

Sería muy triste que consintiéramos el abordaje sin rechazar lejos de nosotros a estos corsarios modernos, que en vez del hacha y el trabuco esgrimen la moneda y el expediente, y que en vez de asaltarnos por la mura de estribor, nos asaltan por el ministerio de Ultramar.

Uno de nuestros colegas propuso hace poco la creación de Sociedades de defensa colectiva: nosotros propondríamos 132 la creación de Comités de salvación pública, compuestos de conservadores y liberales, informados por la Prensa, enérgicos en sus resoluciones, seguros en sus juicios, prudentes en su actitud y capaces de dar en tierra con todo tributo abusivo, con todo negocio inmoral de las rentas comunes, con todo privilegio detentador del trabajo y de la riqueza.

Viven tranquilos en sus oficinas hombres que en pocos años acumulan montones de metal, y les conocemos, y nos consta que acuden a medios ilícitos, y consentimos eso, que no tiene más que un nombre: el de la expoliación, u otro nombre: el de la estafa.

Tan hondo es el mal, que las plumas de ciudadanos austeros, cuyas ideas moderadas y cuyos prestigios sociales avaloran sus juicios, vienen a escribir capítulos tremendos en este apocalipsis de la decadencia de una raza y de la desventura de un pueblo.

Es preciso que no todo se venda y se compre; o se usurpe y se conquiste: es necesario que los hombres de bien acudan, y acudan pronto, a rechazar el mísero abordaje con que la audacia pone miedo a la probidad y a la honradez.

Cada cual a su sitio y que suban cuando gusten los piratas.

133

LA DEMOCRACIA 3 de septiembre de 1894. NI SE ARREPIENTEN NI SE ENMIENDAN

Una vez más pagamos el enorme delito de servir a nuestra tierra, sirviendo a la moral y a la justicia.

Teníamos un cerebro para concebir las ideas y una pluma para expresarlas.

Veíamos el monopolio imponiéndose a merced de una benevolencia torpe y menguada.

Sentíamos el amor a la patria de una parte, y de otra el odio a sus avarientos explotadores.

Y la frase viril subió a nuestros labios, y corrió a las columnas del periódico, y repercutió en todas las almas, y produjo el incendio de la indignación popular.

Ese atentado no se nos perdona.

Library of Congress

Y estamos en la cárcel.

Pero, ¿qué logran los que intentan cohibirnos?

¿Pueden acaso poner trabas a la conciencia pública que ruge sordamente en la ciudades y en los pueblos?

¿Pueden borrar del país, con el auto que nos hunde en la sombra, el disgusto, el malestar que los *conciertos* producen?

Ya se han descorrido los tules que ocultaban el misterio.

Ya se conoce a fondo lo que significa la fábrica de fósforos y la fábrica de petróleo.

Ya se pregunta por dónde penetran en Puerto Rico los soles mejicanos relucientes de 1882.

Y ya flota en nuestra atmósfera moral el propósito de combatir en Madrid con los elementos que hoy se conjuran para arruinarnos y perdernos.

134

La cárcel es siempre negra y oscura, menos cuando la ilumina el resplandor de un derecho mantenido con altivez.

La cárcel tiene, en ocasiones dadas, con los fulgores relampagueantes del Sinaí, los fulgores sublimes del Calvario.

Para nosotros la ausencia de la libertad, que es triste y amarga.

Para los que nos oprimen, el duelo de sus propios actos, la reprobación unánime, la censura que les hiere, por más que no la vean ni la sientan, por más que se esconda tímida en los círculos sociales y en los órganos de la Prensa.

Library of Congress

Cuanto a nosotros, repetimos la sentencia de Temístocles: *pega, pero escucha*.

Denuncia, secuestra, encarcela: hace bien; pero los denunciados, los secuestrados, los encarcelados continuarán diciendo la verdad, lisa y llana: la verdad que no se confunde nunca con la injuria.

La Democracia no se arrepiente ni se enmienda. Cree que procedió con honradez atacando al monopolio y al fraude; cree que no hay en su actitud nada punible, ni siquiera incorrecto, y seguira en su sitio, mal que pese a los que ansían imponerle silencio.

El desprestigio de las autoridades procede de los abusos en que caen, de las faltas que cometen; no de la crítica con que se procure contenerlas en su ruta hacia el abismo.

A tal extremo llevan su suspicacia los representantes de la ley, que por un elogio franco y libre, por una loa entusiasta y sincera, nos condenan a los martirios de la prisión.

De suerte que inspira mucho encono nuestra péñola y ni aún se nos permite quemar un poco el incienso ante los señores del palacio.

Y pues estorba la propaganda nuestra, y pues de los artículos que escribimos se incauta en el correo la policía, resulta que trabajamos para el ilustrísimo señor Fiscal.

135

No se recuerda época ninguna en que se pusieran más trabas al pensamiento escrito.

Llegamos a una reacción que corre hacia atrás sin detenerse a medir sus pasos.

La tarea del escritor, en esas circunstancias, es una tarea casi imposible, y el pupitre donde se redactan cuartillas se convierte en lecho de Procusto.

Así y todo no nos enmendamos.

Ni nos arrepentimos.

136

LA DEMOCRACIA 15 y 25 de junio de 1895. DESDE MADRID

Mayo 29 de 1895.

Una de mis primeras visitas en Madrid fué para don Segismundo Moret.

Me recibió en su elegante despacho, no sólo con amable cortesía, sino con afectuosa cordialidad. Y me habló de Puerto Rico cual si se tratase de su propia tierra, interesándose por nosotros y por nuestros asuntos, que domina él cabalmente desde la altura de sus grandes ideas.

El señor Moret, que dió su nombre a la ley municipal enviada a nuestra isla por los Gobiernos revolucionarios, ostenta, como timbre de honor en su historia, el hecho de asestar, en su condición de ministro, el primer golpe de piqueta a la servidumbre.

Mi conferencia con el ilustre orador duró dos horas: hablamos de los partidos locales puertorriqueños y de sus relaciones entre sí; del retraimiento autonomista y de sus causas determinantes; de las reformas radicales que reclama nuestra cultura; de nuestra aptitud para vivir, dentro del todo nacional, la vida del derecho; de la injusticia a que se nos condena, por culpa quizá de una política esteéril e infecunda; de lo que por nosotros harán los hombres del fusionismo, y de otros puntos que revisten no menos importancia.

Escuché de los labios del señor Moret tales palabras de aliento; me parecieron tan francas sus declaraciones, desprovistas de mezquino interés y saturadas de noble idealidad, que ante mí se abren nuevos horizontes, porque comprendo que si aquí no se nos oye, si no se nos atiende, será que andamos huérfanos de representación genuina, de representación que traiga consigo el verdadero carácter insular y que refleje los anhelos y las necesidades del terruño.

Library of Congress

No soy optimista; antes bien aguardo siempre lo adverso, y, no obstante, salí del despacho del señor Moret con mayor confianza en el porvenir. Es firme mi convencimiento de que, si no tiene el partido autonomista muchos amigos en la metrópoli, será porque no sabe buscarlos, adquirirlos y conservarlos.

* * *

Madrid se divierte.

El 15 del actual se inauguraron las fiestas de San Isidro.

En la tradicional pradera el espectáculo es pintoresco y alegre. Trajes de todos los colores, tipos de todas las provincias, grupos de todos los oficios, dan a aquel campo una variedad encantadora. La dama aristocrática que cruza en su landó soberbio; el *dandy* en su potro cordobés; el ministro en su berlina que el Erario paga y sostiene; la muchedumbre a pie, junto a las barracas, en torno de los aguaduchos, en la extensión de la romería; todo eso que es color, movimiento, ruido, animación y luz, todo eso produce en el espíritu impresiones varias y durables.

Se escuchan los gritos de los vendedores que ofrecen rosquillas, botijos, fruslerías de diversas especies; se ven ondear los maniones de Manila bordados en los espléndidos matices del iris; se siente la palpitación enorme de cincuenta mil obreros que se mueven, y bullen, y hablan y gesticulan; centenares de vehículos cubren la vía pública; se charla, se canta, se baila; y aquel bullicio, aquel ir y venir constante, aquella baraunda de gentes que se codean, de estandartes que flotan, de organillos que hieren el aire con sus notas inacordes, acaban de producir los propios efectos del mareo.

Dicen que la romería decae; que hoy no es la misma que ayer. Yo no puedo comprobar la exactitud del dicho; pero sí declaro que en la pradera hay asuntos para mil cuadros y para

Library of Congress

cien poemas. No existe la maja de los lienzos 138 de Goya; pero existe siempre la chula de Madrid, desenfadada, petulante y un sí es no es provocativa y frescachona.

En próximas cartas describiré algunos parajes de la corte, inferiores o superiores a mis ensueños. Es esta una ciudad simpática que va creciendo y extendiéndose, que progresa con rapidez y que atrae a los *touristas* de Europa, y más aún a los de la América latina, por sus placeres picantes y por el tono especial de su cultura, rectamente meridional y española.

Junio 8 de 1895.

Ignoro a qué altura andan los lectores de Puerto Rico en lo que se refiere a la guerra civil que asola los campos de Cuba.

Si allá, como acá, predomina la franqueza, y es de suponer que predomine, mis informes resultarían fiambres y por esa razón los excuso.

Pero mis deberes de corresponsal obliganme a reflejar en las cartas que escribo para *La Democracia* los movimientos y las impresiones del espíritu público en Madrid.

El Gobierno, que recibe de la Habana un parte diario, lo envía sin tardanza a los periódicos, lo divulga por todos los medios, y así, día tras día, sabemos do que ocurre en la manigua cubana, desde el punto de vista de nuestros campamentos.

Hay en la contienda alternativas que, ora infunden esperanzas de paz, ora engendran vaticinios de terribles y costosas campañas.

La muerte de Martí, la posesión de su cadáver, produjeron mucho entusiasmo en esta villa coronada; pero un telegrama del 6, en que el general Martínez Campos insinúa la posibilidad de que la insurrección cobre más fuerzas engrosando sus filas, determinó la baja de un entero en la Bolsa y provocó temores y dudas en todos los ánimos.

Library of Congress

No obstante, el Poder ejecutivo, con la rapidez y la energía de sus alardes bélicos, que se traducen en embarques de tropas; y la Prensa, con sus llamamientos 139 patrióticos al orgullo nacional, que levantan el espíritu y lo impulsan a las proezas legendarias, consignan que los sacrificios parezcan siempre cortos a un pueblo que se propone agotar sus riquezas y dar a torrentes la sangre de sus hijos, antes que consentir la más leve desmembración del territorio.

Ningún español aguarda que la lidia terminará pronto; ya se sabe que el combate ha de ser cruento; a afrontarlo se disponen nuestros compatriotas peninsulares, y desde Santander a Málaga, y desde Badajoz a Barcelona, España entera exige que se empleen tesoros y se recluten soldados para mantener los prestigios de la bandera.

Si entre los insurrectos reina igual decisión, ¡Dios sólo podrá economizar a la patria irremediables desventuras!

* * *

Cinco largas horas, desde las tres a las ocho de la tarde, pasé ayer en el Congreso.

Se discutían los presupuestos que Puerto Rico *disfrutará* durante el año *de gracia* de 1895–96 y presentaban enmiendas y adiciones varios diputados puertorriqueños.

Hablaron, en apoyo de sus respectivos proyectos, García Gómez, Soler y García Molinas. Soler pronunció un discurso elocuente y correctísimo; García Molinas fué muy breve; García Gómez también, pero ambos se expresaron con elegante facilidad.

Impugnó Pedregal, en nombre de la minoría republicana, el proposito de conceder amplísima autorización al ministro de Ultramar para que resuelva libremente las cuestiones de cange y de los monopolios; fundábase el orador en que él, por escuela, por principios, es adversario de las dictaduras, y en que no otra cosa son, en realidad,

Library of Congress

las autorizaciones, siempre arriesgadas cuando invisten a un gobernante en facultades absolutas para convertir en ley su capricho personal.

Por lo que hace a los conciertos, declaró el prohombre que el Gobierno, dentro de la ley, no podía rescindirlos sin anuencia de Bolívar y de la *Standard*: que los contratos 140 obligan de igual modo a las partes que a ellos concurren y que no era lícito vulnerar el derecho.

Las palabras de Pedregal causáronme profunda sorpresa. ¿Ignora, por ventura, o por desventura, el insigne republicano que el país unánime rechaza esos negocios leoninos? ¿Ignora que existe un expediente en el cual consta la explícita voluntad de los Municipios, el seudo informe de la Diputación y de la Intendencia, el enérgico alegato de los periódicos, sin que una sola vez aplauda la inmoralidad que combatimos? ¿Piensa de la misma suerte que su *leader* la minoría republicana?

¡Quién sabe! Lo cierto es que, al rectificar, volvió sobre sus pasos y apareció enemigo de los monopolios. ¿ *Curtan varie?*

El ministro se manifestó adverso al *lío* y, empleando la autorización, que fué volada sin el concurso de Labra, Salmerón, Azcárate, Pedregal, Muro, etcétera, suprimirá aquel padrón de ignominia que en fecha infausta cayó sobre nosotros con grave pesadumbre.

Quiera el señor Castellanos que podamos decir en julio a los conciertos: *Requiescant in pace*.

Los presupuestos regirán con idéntica partidas que el año económico presente.

Aparte los monopolios, sólo mereció extenso debate la moneda mejicana, nuestro gran conflicto, de que se ocupó el señor Pedregal en una forma elevada y discretísima, y en el que entraron a lujo y deslujo los señores Soler y Castellanos.

Library of Congress

Aún no se ha repartido el extracto de la sesión y es imposible dar idea exacta de los discursos, que apenas se oían en ciertos instantes a causa de los ruidos de la Cámara. Los oradores todos partían de la hipótesis de que el canje será un hecho y se ocupaban de los detalles de la operación, lo cual autoriza a suponer que palpita entre los distintos grupos parlamentarios el deseo de normalizar de un golpe nuestra situación, cortando con mano firme el nudo gordiano.

En mis cartas sucesivas me ocuparé *in extenso* de un problema que tan hondamente toca a los intereses coloniales, examinándolo con fría imparcialidad y limitándome a enviar a ese periódico una información desapasionada y fiel.

Todo depende hoy del ministro. Y el ministro prometió emplear con prudencia escrupulosa la autorización que se le confía.

El señor Castellanos no es un orador. Ni tiene talla física, ni acento vibrante, ni entonaciones tribunicias. Parece sincero y franco. Se produce con soltura y consume un turno de sesenta minutos con su vocecilla atiplada, que impresiona mal y que al fin se oye sin disgusto.

Orador, orador de veras, aunque el acento catalán le desluce, es Sol y Ortega. Impugnando la sentencia que mató a Clavijo, estuvo admirable por lo contundente de su argumentación, que no logró destruir el general Azcárraga. Cuando llamó *asesinato* al fusilamiento del bravo militar, muchos representantes se levantaron en son de protesta, y el Congreso adquirió el aspecto de las rudas batallas. Todo pasó, y la frase quedará—o no quedará—escrita.

Tal es el *cachet* de la comedia que se desarrolla en el palacio legislativo.

* * *

Oí, por último, a don Rafael María de Labra.

Library of Congress

Y al percibir las primeras frases de su improvisación dije para mis adentros: “Aquí viene un orador sin reproche.”

No brilla en el notable autonomista la oratoria pasmosa de Castelar, ni la tersa y flúida de Moret, ni la caútica y punzadora de Sagasta; no es como Romero, incisivo, ni como Silvela, mortífero, ni como Salmerón, altisonante y robusto; no tiene el empuje titánico de Pidal, ni la atlética complexión de León y Castillo, ni la solemne austeridad de Pí y Margall; pero su palabra es abundantísima, severa; su acción es suelta, natural, elegante; su estilo es sobrio, templado en los crisoles de un aticismo clásico; sabe decir lo que quiere decir; domina el idioma y va a su objeto.

Habló de Puerto Rico, de nuestros correligionarios en 142 la abstención, de los deberes del Gobierno, de la cuota electoral, y habló más aún de Cuba y de la guerra, inspirándose en un sincero patriotismo y redondeando manifestaciones acogidas con gusto por la Cámara.

Me resulta don Rafael tal y como yo le esperaba: un ciudadano con talento que bien le envidian sus idólatras serviles de la colonia, y que bien le reconocemos y le aplaudimos los que nunca le adulamos.

No es un coloso: es simplemente un hombre que estudia mucho, que piensa mucho y que posee extraordinarias facultades de adaptación y de expresión. Y así queda dicho que no hay que confundirle con el común de las gentes que ni saben, ni piensan, ni estudian.

Don Rafael, en cuanto a *parlamentarista*, es uno de los primeros; no por la fecha, ni aún por la facha, sino por el valer personal, por la historia inmaculada y por la consecuencia, que en estas kalendas es virtud rara y costosa.

Library of Congress

Yo no le trato: entre mis visitas a Moret, a Castelar, a Contreras, a Sagasta, a Pí y Margall, vivos, y a Murillo, a Rubens, a Rafael Sanzio, a Van Dick y a Tintoretto, inmortales, todavía no se cuenta mi visita al ilustre Labra.

Porque, en medio de sus virtudes privadas y públicas, de sus méritos y de sus servicios, tiene el defecto de enojarse contra los que le hablan alto; yo me declaro cuasi incompatible con su olímpica soberbia.

Lo cual no quita que le ofrezca el homenaje de mis elogios, tanto más desinteresados, cuanto que no iré, después de plumearlos en las columnas de *La Democracia*, a cobrarlos en sonrisas ni en favores.

143

DESDE MADRID (1) Agosto 28 de 1895.

(1) Al saber Muñoz Rivera la muerte de su padre escribió esta admirable carta.

Después de ocho días de lúgubre inacción, vengo a cumplir mi deber con los lectores de *La Democracia*.

No hablo, no quiero hablar de mis angustias. ¿Para qué? Póngase en mi lugar cada uno de mis amigos y comprenderán todos el dolor que me abrumba.

Los correos de Puerto Rico me traen siempre noticias terribles: los obstáculos que—a pesar del apoyo del país—rodean a este periódico, asediado por injustas y arbitrarias persecuciones; el duro encarcelaje de Mariano Abril; el incendio de mi aldea nativa (2) ; el luto y la tristeza en el hogar de Negrón Sanjurjo; la muerte de mi padre...

(2) Barranquitas.

Es el bárbaro *crescendo* de una fatalidad sin medida.

Library of Congress

Y yo acá, lejos de la patria, recibiendo golpe tras golpe, sintiendo que me anonada el martilleo de la desdicha sobre mi frente, temblando antes de abrir las cartas y los despachos que llegan; ansioso de volar a la orilla ignota en que poco a poco se derrumba en la nada lo que más amé en el mundo.

Lo que sufro no encontraría fórmula de expresión en el idioma.

Las lágrimas no curan heridas tan hondas: si las curasen yo sólo conservaría la indeleble cicatriz.

Como en las crisis de mi espíritu fué el trabajo mi eterno 144 refugio, acudo al pupitre, dejo que corra la pluma, y sigo dando a mis compatriotas la esencia de mi pensamiento.

La Democracia, hoy más que nunca, ha menester mis pobres páginas negras; yo sé sobreponerme a mi duelo para que, en las horas del temporal que el diario desafía, no falte el contenido que ofrecí a mis nobles compañeros de *vía crucis*.

* * *

Ahora, choque o no con los convencionalismos humanos y con las costumbres sociales, satisfago un anhelo de mi alma, rindiendo el tributo a la santa memoria del hombre que me dió el sér; que me guió siempre por la senda de la virtud y del honor y que esculpió en mi cerebro de niño ideas de abnegación y honradez.

No intentaré una biografía. Ni es fácil intentarla. Una existencia sencilla y clara, una vida pública sin combates y sin estrépitos, pueden sintetizarse en cuatro rasgos. Quién desdeñó a su paso por la tierra, los vertiginosos clamoreos de la notoriedad, no necesita en su asilo de la tumba, ni aun las vanas retóricas del epitafio.

Recuerdo a mi padre desde que contaba yo siete años.

Library of Congress

La revolución de Septiembre sacudía en España y en sus colonias a las muchedumbres; sentíase el advenimiento de una radical metamorfosis y comenzaba el génesis de los de partidos políticos en que más tarde se dividió la isla.

Mi padre, descendiente de españoles que pelearon contra Bonaparte y contra Bolívar por la dignidad y por la integridad de la patria, educado en los principios más severos de las escuelas históricas; enamorado de las tradiciones legendarias que en su propio hogar recibían culto; fanático de una doctrina para la cual era inconcebible la ley sin el ejército y el Estado sin el rey, puso su influencia y su prestigio al servicio de los que a la sazón se llamaron liberales-conservadores.

Así aparecía en pugna con los intereses de su propia tierra, contribuyendo a que en su villorrio y en su distrito 145 se formase un núcleo capaz de resistir al empuje vigoroso y a la acción entusiasta de los patriotas puertorriqueños.

Y así le halló el hecho brutal de Pavía. Y así también el golpe de Sagunto.

* * *

Nombró don Práxedes Mateo Sagasta a don José Laureano Sanz gobernador general de la isla. Aquel soldado funesto arribó a nuestras playas, y comenzó el período despótico en que lo absurdo resultaba probable y en que no existía más norma que el capricho del tirano.

De un único mandoble, rodaron heridos de muerte, la Diputación y los Ayuntamientos populares. *La Gaceta* insertó un “úcase” en que se designaban delegados del César en todos los pueblos. A mi padre correspondió Barranquitas.

El mandato imperativo no admitía excusas.

Yo no olvido aquella triste efeméride. Mi padre iba a llenar funciones que repugnaban a su índole personal. Pero sin medios de negarse al cargo, tomó posesión de la Alcaldía, dejó en sus puestos a los servidores del régimen republicano, y presentó al instante su renuncia.

Apremiábanle los suyos para que “limpiase el comedero” a sus adversarios, para que vengase las supuestas injurias, para que humillase la arrogancia “reformista”.

La situación no toleraba vacilación ninguna. Y él, sin embargo, mantuvo “a outrance” su actitud, y mientras el Gobierno le designó su sucesor, los radicales de Primo de Rivera continuaron en sus destinos.

Yo, que no había cumplido tres lustros, al par que aprendía a aborrecer a los opresores del terruño, me enorgullecía de tener un padre capaz de prescindir de sus compromisos de sectario, para ofrecer homenaje “práctico” a la honradez y a la justicia.

¡Ay, si de todos los conservadores fuese dable decir otro tanto!

* * * 10 CAMPAÑAS I

146

En aquel punto comenzó a debilitarse la fe monárquica de mi progenitor.

Fué consecuente. Su voto cayó una y otra vez a la urna en pro de los cuneros integristas. Pero no aceptó ningún cargo público; no quiso ser concejal, ni alcalde, ni diputado provincial, no se prestó a presidir el Comité ni a extremar la propaganda, ni a buscar prosélitos. Seguía fiel a las ideas conservadoras. Pero no las veía en la realidad como las forjara en el ensueño. Y se retiró con sus desencantos al fondo del hogar sin que le manchase el fango de las concupiscencias de que jamás quiso convertirse en cómplice.

Porque hay un signo más añejo de su devoción hacia lo justo.

Library of Congress

Allá, en 1871, se abrió en Puerto Rico una información para que las personas de cierto valer emitiesen sus juicios acerca de la esclavitud. Mi padre afirmó que debía abolirse de raíz, sin *indemnización* a los dueños de esclavos.

Uno de esos dueños era él.

Y hay también un signo más reciente.

Allá en 1887, se flagelaba en Ponce, en Juana Díaz, en Yauco, en San Germán, en Mayagüez a infelices campesinos. Los cablegramas inundaron a Madrid, y los seides del general Palacios, anhelando justificar tan viles desafueros, organizaban una serie de adhesiones integristas en favor del autócrata.

A tal solicitud respondió mi padre:

“Yo no firmo eso. Tráiganme ustedes una protesta contra el general Palacios y la suscribiré. Para tales hazañas, antes que mi concurso, mi reprobación absoluta.”

Son palabras textuales.

* * *

Iba a renovarse en 1889 la Diputación provincial.

Los autonomistas de Barros, Coamo y Barranquitas, en asamblea, según prescribe la carta constitucional del partido, me eligieron candidato por 1.221 sufragios.

Juana Díaz se opuso. Y no sé porqué cábalas—ni traté 147 de averiguarlo—mi nombre salió derrotado. Un amigo entrañable, que hoy es director jurídico, alcanzó la victoria.

Los incondicionales, ganosos de dividir nuestras fuerzas, me ofrecieron sus votos.

Library of Congress

No los acepté.

El acuerdo colectivo me obligaba, y yo mismo depositaría mi boleta por don Manuel Rossy.

Pero, hábiles ellos, arrojaron al palenque el nombre de mi padre, intentando cohibir mi esfuerzo y ganar la batalla por la confusión y por la sorpresa.

Salí de los baños inmediatamente hacia Barranquitas. Mi padre me esperaba.

He aquí sus frases.

“Conozco tu situación. Juzgándote por mi, comprendo a lo que vienes. No necesitabas venir. Tu deber es apoyar a Rossy contra mi. Cúmplelo. ¿Para cumplirlo has de publicar un manifiesto? Publícalo. Yo no admito esa candidatura. Si saliese vencedor, dimitiría.”

Yo abracé llorando a mi padre.

Y a la mañana siguiente se repartía en el distrito a millares el manifiesto en que Luis Muñoz Rivera rogaba a sus amigos que votasen a don Manuel Rossy Calderón contra don Luis Muñoz Barrios.

Tal era el hombre, extraordinario en nuestros tiempos, a quien debo la desventura de haber nacido. No tuvo culpa. Quizá, al engendrarme, creyó que me lanzaba a un planeta más bello y más feliz.

Alcalde durante quince años, no ejerció su autoridad con saña, ni siquiera en la época en que un alcalde podía *hacerlo todo impunemente*.

Notario luego, en su despacho no asomaron ni una vez sola el negocio leonino, el cohecho inmoral, su faz aleve y repugnante.

Si lo primero, la ley servíale de norma; si lo segundo, el arancel trazábale su círculo.

Amasó centavo a centavo su modesta fortuna, y nadie se atrevió a proponerle venalidades indignas.

Escuchando sus consejos, aprendiendo sus máximas, 148 admirando sus ejemplos, cumplí en Barranquitas treinta años.

Y aquel caudal me sirvió para afrontar sereno la lucha por la libertad de Puerto Rico; y aquel recuerdo perenne me confortó en los trances amargos; y aquella sencillez de alma me enseñó a no abatirme en la derrota y a no envanecerme con el triunfo.

Hoy la venerable cabeza cae en el sepulcro, y no estoy allí para estampar sobre la gélida frente el beso último; para pronunciar el supremo adiós.

¡Padre mío: si hay algo más allá de la muerte; si tu existencia se prolonga a través de lo infinito; si existe un cielo que te abra sus puertas, padre mío, bendíceme!

Luis Muñoz Rivera

149

LA DEMOCRACIA 27 de enero de 1896. DOS PALABRAS

Llego al sitio que con tanta gloria ocuparon Abril y Rodríguez Cabrero (1) . Para los dos, para la Redacción de *La Democracia*, son mis primeras frases. No he de encarecer sus méritos, que el país conoce; no he de encomiar sus energías, que el país aplaude. En un período tormentoso de nuestra vida política, este grupo de escritores que aquí lucha por la libertad y por la patria demostró que su talento y su carácter están a la altura de todas las circunstancias. El apoyo de la opinión prueba sus aciertos admirables. Yo, que antes les alentaba desde Madrid, les sucedo ahora en Puerto Rico. Y siendo difícil superarles, estoy orgulloso de seguirles.

Library of Congress

(1) Desde mayo de 1895 hasta enero de 1896 “La Democracia” se publicó bajo la dirección, primero, de Mariano Abril, después, de Luis Rodríguez Cabrero. Ambos sufrieron persecuciones del Gobierno por las campañas que libraron en esos nueve meses.

La dignidad y la entereza al servicio de una grau causa: he ahí la síntesis de esa labor, cumplida sin alarde y sin estrépito. De tal modo los mílites del deber ocupan tranquilos la vanguardia, se baten con impulsos heroicos, mantienen invicta la bandera del ideal y ciñen su frente con los lauros de la victoria.

Abril y Rodríguez Cabrero, fuertes en sus convicciones, serenos en el refugio de su honrada conciencia, quedarán como ejemplo vivo de que no todo es cálculo egoísta en la colonia sin ventura. Y los que junto a ellos lidiaron ayer y en torno mío lidiarán mañana; los redactores de 150 este periódico que respondió siempre a su historia y cumplió siempre su deber, no pueden quedar en el olvido cuando se rinde tributo a la perseverancia y al honor.

Dicho esto, claro se ve que *La Democracia* será de nuevo en mis manos lo que fué en manos de mis amigos. No hay rectificación ninguna de conducta; no hay cambio de rumbo en los principios ni en los procedimientos: igual devoción al regionalismo puro, igual entusiasmo por la tierra nativa y por su redención y por su bienestar, dentro de la patria y al amparo de las leyes.

Viví ocho meses en la capital del Estado; estudié la índole de aquel pueblo, que conserva sus virtudes legendarias y sus vicios históricos; traté de cerca a los hombres que dirigen el progreso nacional, sentí los anhelos de una generación que se transforma, palpé los obstáculos que nos impiden llegar al corazón de España y regreso a los trópicos tan español como siempre, más puertorriqueño que nunca.

Los problemas del 96 distan mucho de los problemas del 95: Cuba es el punto a que convergen todos los esfuerzos; en Cuba se resuelve por las armas el conflicto más grave de nuestros días, y como en Cuba la contienda política se suspende, y como en la metrópoli cesa el eterno batallar de los partidos, aquí también el patriotismo impone treguas que sabemos comprender y que sabremos respetar.

Esto no es óbice a nuestra propaganda autonomista ni a nuestra crítica de la administración local: en cuanto a la primera irá *La Democracia* más allá de nuestro programa presente, que se me antoja muy pobre y muy estrecho; en cuanto a la segunda, persistirá en su independencia absoluta, sin herir jamás de un modo sistemático; pero sin guardar silencio ante los abusos posibles del Poder. Seis años de continua oposición en el pasado responden ampliamente de las eventualidades del porvenir.

Y ahora, por último, el testimonio de mi gratitud a los que, con su concurso material, mantuvieron a *La Democracia* en Ponce y en la isla. Quedó la empresa robusta 151 y la encuentro pujante: ni un suscriptor de menos en sus libros, ni un ejemplar de menos en sus ediciones.

Esto significa una identificación completa entre la hoja que combate y el pueblo que la sostiene: y de esto arranca el convencimiento íntimo de que bien se puede lidiar y vencer con semejante retaguardia.

Luis Muñoz Rivera

152

LA DEMOCRACIA 30 de enero de 1896. A LA REALIDAD

Desde la muerte del insigne Ruiz Zorrilla, ya se sabe que sonaba, para dirigir el partido republicano progresista español, el nombre del doctor Ezquerdo. Ahora es un hecho que el ilustre médico sucede en la dirección de su partido al ilustre repúblico.

Library of Congress

Cada vez que a nuestro oído llega la noticia de alguna evolución verificada por los republicanos españoles, se renueva en nuestra mente el asombro que nos causa la relación que guardan unos pocos autonomistas insulares con aquella agrupación peninsular.

Jamás vimos nosotros en los movimientos que hemos observado, ni en los que la historia nos cuenta, adhesión más heroica, pero también más incomprensible, que nuestra adhesión a los partidos republicanos de la península.

Como síntesis feliz de un estado mejor, como viviente esperanza en que se condensan anhelos nobilísimos, como personalidad grandiosa que determinará indudablemente avances positivos hacia una indispensable regeneración, esos partidos españoles representan, a no dudarlo, una de las visiones más lisonjeras de estos desventuradísimos períodos.

Ello, sin embargo, no justifica el género de simpatía que aquí se les profesa.

Hoy por hoy es la república en España un remoto espejismo; y si allá resulta honroso y abnegado seguir sin desmayos ni vacilaciones esa lejana antorcha, resulta absurdo, en nuestro sentir, que nosotros acá renunciemos al austero deber de vigorizar nuestra vida, en adoración perpetua de una sombra.

El deber de los hombres políticos es obtener, por medios honrados, el mayor caudal de fuerza para implantar sus ideales en la sociedad en que trabajan.

Así como en el terreno de la moral védase al individuo absorberse en sentimientos que, por la imposibilidad de ser satisfechos, estorben el cumplimiento del deber en las otras esferas en que le solicite las atracciones de la vida, por idéntico modo, y con más razón, si cabe—por ser los partidos políticos, no personalidades simples, sino entidades complejas, constituídas por inúmeras individualidades—por idéntico modo, repetimos, a los partidos políticos, en las excepcionalísimas circunstancias en que nuestra agrupación

se encuentra, les está vedado cuanto no sea luchar por adquirir la mayor suma de bien positivo e inmediato para la sociedad en que se mueven.

¿Y cuál es la actitud de la agrupación autonomista ante el deber de constituir, no ya fuerza moral que impulse indirectamente a la marcha de la administración pública, sino fuerza tangible que intervenga en el gobierno de la isla?

Con pena lo decimos. Iluminó un día, como fugaz relámpago, la aurora de la república los horizontes de la patria; dejó aquí rastro de luz que enamoró y sedujo a todos los espíritus, y se fué luego, para no aparecer más en estos tiempos, sin embargo de lo cual no falta quien siga, de una manera absoluta, aferrado a la idea republicana, cuando, sin que ello sea ni pueda ser una defección puede y tiene el partido la necesidad de acercarse, siquiera temporalmente, al partido peninsular más avanzado—dentro de la realidad existente—y por lo mismo más afín de la congregación republicana, cuyo advenimiento es tan difícil.

Mientras tanto, ahí va en perpetuo sueño, cuando marchar debía en perpetua acción; ahí va sublime, pero ilógico, sufriendo que el adversario, que no lo sueñe, le haga sin cesar la ley, y haga la ley al país, todo por el incomprensible error de creer que las ilusiones fueron alguna vez instrumentos de que pueden echar mano las colectividades 154 políticas, cuando precisamente su virtud principal consiste en adaptarse, sin apostatar de los principios, al medio social en que combaten.

El día en que nuestro partido, cansado de llevar la carga, sin que jamás llegue a la cúspide, se decida a seguir política menos visionaria que lo ponga en aptitud de traducir en hechos provechosos sus honradas convicciones, será día de fiesta para nuestra isla y de verdadera gloria para la agrupación en que con orgullo militamos.

155

LA DEMOCRACIA 9 de marzo de 1896. EL RETRAIMIENTO

Library of Congress

Desde que, hace tres años, el partido autonomista adoptó la enérgica resolución de abandonar las urnas a la codicia de sus enemigos, cien veces vinieron a la Prensa censuras graves contra aquella actitud hidalga y valiente, con que responñía el país al insulto de las cuotas desiguales.

Nosotros, que tuvimos la fortuna de agitar entonces el espíritu público, aceptamos después y siempre la responsabilidad de nuestra conducta. *La Democracia* aconsejó el retraimiento porque lo creía el único camino accesible a la altivez y al honor. Y *La Democracia* no se arrepiente.

El interés, la conveniencia, nos demandaban acudir a los comicios; la dignidad abría entre nosotros y las urnas un abismo. Sacrificamos la conveniencia y el interés en aras de la dignidad. No podíamos levantar otra y levantamos la barricada del desprecio. Ese fué nuestro crimen.

Pero nosotros queríamos un retraimiento a la altura de las circunstancias: que comprendiese a todos los correligionarios, que no admitiera excepciones egoístas, que se impusiera como norma a los grandes también, que no se detuviera ante ningún prestigio.

No pudo ser.

El acto solemne debía repercutir con lúgubres ecos en las Cámaras españolas: y las Cámaras vieron en sus escaños rojos a nuestro jefe, a nuestro *leader*, al hombre que sintetizaba él solo nuestra doctrina y nuestra historia; al insigne don Rafael María de Labra.

156

Protestamos a tiempo contra aquellas debilidades: hoy mismo aparece en estas columnas el artículo que escribiéramos el 19 de enero de 1893; necesitase reproducirlo, para que

Library of Congress

se recuerde que no acostumbramos a juzgar *a posteriori*, sino que nuestra previsión se anticipa a los hechos y los anuncia y los contrasta.

Desvirtuada, decapitada hasta tal punto la abstención autonomista por el hombre público que debió ofrecerle su apoyo, ¿era discreto esperar que produjese frutos más o menos próximos? Nunca. El Gobierno sonrió con desdén; España, el pueblo de España, ni aún supo que los colonos de Puerto Rico preferían la muerte a la deshonra, y el ilustre *leader* logró conservar su posición sin exponerla al desgaste de un interregno peligroso.

El sacrificio resultaba inútil, extemporáneo, casi ridículo: con nuestro añejo representante estábamos en el Congreso, y una abnegación heroica se reducía a los límites de una comedia sin *sprit* y sin gracia.

¿Qué valor alcanzaría este retraimiento que así desautorizaba el jefe de los retraídos?

A nuestros directores, a Blanco, a Brioso, a Quiñones, a Mejía no los conocen Cánovas ni Sagasta: conocen a Labra, a la figura que nuestros sufragios pusieron de relieve, a la *cabeza visible* de la agrupación. Y estando Labra entre ellos, bien les era lícito decir a sus huéspedes peninsulares e insulares:

“Aquí tenéis a los autonomistas puertorriqueños: no van a los colegios electorales, protestan la cuota máxima; pero suplican a Montero y a Gálvez que dejen un puesto a su defensor de otros días; y su defensor se sienta en ese banco, sin despojarse del título que le acordaron dos asambleas: el retraimiento, en su absoluta virtualidad política, no existe.”

Y nada tan exacto como tales palabras y como tales ideas .Nosotros encontramos abnegación bastante para arrostrar los riesgos de una campaña pasiva llena de peligros. Y no supimos encontrar las energías necesarias para oponer un anatema firme y duro a los procedimientos del señor Labra.

Library of Congress

De ahí la desdicha que nos agobia; de ahí que nadie piense en ofrecernos tardías reparaciones; de ahí que al abrirse los comicios, perdure la cuota malhadada y amenace perdurar mientras no la derribe nuestro empuje, ya que de ningún esfuerzo extraño debemos aguardar fecundo auxilio.

El retraimiento—ya destruído a medias en su parte local, por la Delegación—quedará en la historia de esta tierra como un rasgo que nos enaltece; pero no tendrá eficacia ninguna porque se le despoja de la seriedad, de la gravedad que debieron caracterizarle.

No es nuestra la culpa: llegamos adonde era preciso llegar. Y volviendo al pasado los ojos, sentimos orgullo legítimo por la generosa iniciativa de ese homenaje rendido al decoro y al deber.

La Delegación revocará o no revocará el retraimiento; nosotros, sea cual fuere la ruta que se trace a la colectividad, iremos con ella al Tabor o al Calvario; a la crucifixión o a la apoteosis. Siendo puertorriqueños ante todo y sobre todo, jamás regatearemos al terruño lo que el terruño nos demande.

Ni la pluma ni el brazo.

Ni nuestra libertad ni nuestra vida.

158

LA DEMOCRACIA 18 de marzo de 1896. PARA LA HISTORIA

Las circunstancias—no el influjo de miedos pueriles—nos imponen la necesidad de ser muy sobrios en la expresión del pensamiento. Si la censura brota, que brote por sí misma y que se condense en el espíritu público para justificar resoluciones supremas del decoro.

El partido autonomista se retiró hace tres años de las urnas. Desde entonces aguarda que una ley de las Cortes o un decreto del poder central, abran caminos honrosos a su

Library of Congress

legítimo deseo de marchar adelante, de penetrar otra vez en el palenque donde se lucha por el triunfo de un ideal noble y justo.

No logró que se nivelaran las cuotas electorales ni que se aplicaran las reformas de Abarzuza (1) ; vió, al contrario, que se somete a sus periodistas el Código militar y que se intenta lanzar a sus compatriotas de los destinos que el país lujosamente retribuye.

(1) Plan de reformas administrativas concebido por el señor Abarzuza, diputado a Cortes.

Aún así quiso ofrecer a España, en estos días de crisis profunda, el homenaje de su concurso activo. Y buscó medios honrados de enviar a la Cámaras españolas sus representantes. ¿Por qué no pudo encontrarlos? He ahí la verdad que se nos pide y que daremos toda entera.

El Directorio subió el domingo último a la Fortaleza. Y en la Fortaleza, recatándose en las formas cultas de 159 la cortesía, oyó declaraciones que han de servir hoy de enseñanza a nuestro pueblo y mañana de estudio a la historia.

Teniendo fuerzas que le permiten vencer en el distrito de Quebradillas, obtener los dos sitios de la minoría en San Juan y en Mayagüez, los dos de la mayoría en Ponce, nuestros jefes *NO PIDIERON NADA* al favor oficial: propusieron que se respetasen los CINCO lugares que les asegura el censo.

Bien se sabe cómo es difícil que el sufragio resulte cierto cuando el poder se inclina, con sus recursos y con sus arbitrariedades, a una candidatura. Y no era lícito que aceptáramos nosotros la batalla sin garantías de severa neutralidad.

Creíamos que el Gobierno deseaba facilitarnos el libre acceso a los comicios, que anhelaba tener en los escaños rojos del Parlamento la representación genuina del espíritu liberal antillano. Fué un error de que pudimos convencernos, gracias a la entrevista de nuestros directores con el general Marín.

Library of Congress

El general piensa:

Que España tuvo siempre el defecto de tratar con mimo exagerado a sus colonias de ultramar, porque les concedió cuanto pidieron y se mostró con ellas hidalga y generosa.

Que no se debe equiparar, en las preferencias oficiales, a los partidos que en estas tierras viven, porque los conservadores se identifican con el régimen presente mientras los autonomistas pugnan por trastornarlo y destruirlo.

Que no hay nada que ofrecer a fin de que se revoque la abstención, porque nuestro interés estriba en elegir diputados y en salir de las dificultades que nuestra actitud nos crea.

Que, si contamos con fuerzas, debemos llevarlas a las elecciones, porque de ellas saldrán triunfantes los candidatos que mayor número de votos obtengan en los escrutinios.”

Y, no obstante, a los incondicionales *se concede* cinco distritos para sus *candidatos propios*.

160

Y ya nos consta, por amarga experiencia, quiénes *triunfan* en los escrutinios.

Y no se nos oculta que si, prometiendo imparcialidad, ocurre lo que ocurre, hablando de partidos que *se identifican o no con el régimen* ocurrirán cosas más duras.

Y harto conocemos el exagerado mimo con que nos trataron, en todas las épocas, los Gobiernos de la patria.

Esperábamos frases de cariño y encontramos frases de repulsa; nos juzgábamos con derecho a que se procurase atraernos, y se nos repele.

El Directorio bajó de la Fortaleza con la abrumadora carga de sus tristes impresiones.

Y la Delegación, que se disponía a votar unánimemente por la lucha, votó unánimemente por el retraimiento.

Grandes nuestras ansias de no presentar obstáculos al Gobierno de la metrópoli mientras arde en Cuba la guerra e insinúa su intervención el extranjero; grande nuestra altivez para decir al Gobierno de la metrópoli, en presencia de sus atroces injusticias.

“Ahí te quedan tus urnas y tus diputados. Nuestra actitud no responde al orgullo, responde al honor. Ofendidos, preteridos, te solicitamos y nos rechazas. Queríamos esperar y nos arrojas a la desesperación. Al dilema que escribes, dilema oscuro y triste, nos sometemos con angustia, pero con entereza. Será para nosotros el sacrificio, será para ti la responsabilidad, será para la patria la amargura. Cúmplase, pues, nuestro destino.”

161

LA DEMOCRACIA 19 de marzo de 1896. LA DISOLUCION (1)

(1) . La breve campaña pro-disolución del partido autonomista parece un paréntesis de explicación poco clara en la campaña pro-pacto. Recomendamos que se lean estos artículos (la serie “Realidades” también es de la campaña pro-disolución) inmediatamente antes o después de los primeros capítulos de “Apuntes para un libro”, reproducidos en esta obra. Los otros artículos que forman parte de esta campaña son los de: marzo 20; marzo 31; abril 2; abril 19; abril 20; y abril 23 de 1896.

No es ya un asunto de debate.

Es una imposición absoluta de la necesidad.

Library of Congress

Arde en Cuba la guerra, no pueden ir de Cuba diputados liberales, se pide que vayan a Puerto Rico. Todo nos favorece: nuestra propia mansedumbre, las ajenas rebeldías, los apuros del Gobierno conservador...

Y, sin embargo, se nos trata con el desdén que sólo sufren los esclavos.

¿Cuál es, entonces, la hora de alcanzar justicia?

¿Dónde es preciso buscar los respetos que se nos deben?

Parecíanos imposible que el retraimiento durase tres años sin que nadie se acordara de nosotros, de nuestras inferioridades sancionadas por la ley, de nuestros dolores engendrados por la iniquidad.

Corrieron los días, cambiaron los Gabinetes, disolviéronse las Cortes en que no hubo representantes nuestros.

Ningún orador, ningún ministro se dignó recordar que aquí, en América, la colonia más leal del mundo soportaba la vergüenza de un ultraje.

Eramos y somos los últimos, los que no forcejean, los **11 CAMPAÑAS I** 162 que no luchan, los que no saben conquistar el derecho de que se les trate como ciudadanos.

¿Para qué pensar en la pobre isla que en vez de maldecir gime y llora?

¿Para qué enviar reparaciones al infeliz colono que calla y se resigna?

Hoy se abren los comicios; se acerca la apertura de otras Cortes.

Y tampoco irán a levantarse en la tribuna los defensores de este pueblo sin ventura.

Ni vibrará en sus ámbitos la protesta de estos parias que sufren el inicuo vasallaje.

Library of Congress

No tenemos concejales en los Municipios, ni mandatarios en la provincia.

Y, sin embargo, con nosotros está, en nuestras filas forma, el país que posee la tierra, que la labra y la rotura, arrancándole con el sudor sus frutos tropicales.

¡Ah! Se nos considera como un rebaño de dóciles carneros que se someten a la esquila anual y que obedecen al cayado del pastor.

Nuestros hombres, en número inmenso, constituyen lo que pomposamente se llama un partido.

Y eligen Comités, y publican periódicos, y reúnen asambleas y defienden programas...

¿Para qué sirve todo eso?

Para entretenernos y distraernos con el brillante relampagueo de la retórica, mientras otros se enriquecen con nuestro trabajo y absorben nuestra vida?

Hace cuatro lustros que con distintos nombres se agita este pueblo en la persecución del ideal.

¿Qué logramos? ¿Quién puede señalar los éxitos que obtuvo nuestra perseverancia estóica?

Ahí están en el papel las leyes: dicen que hay libertad de imprenta, y los periodistas van al destierro y al presidio; dicen que hay libertad de trabajo, y el fisco cae con su pesadumbre y con sus trabas sobre la agricultura y el comercio; dicen que hay libertad de sufragio, y la cuota nos impide llegar a la urna, que se trueca en símbolo del monopolio; dicen que hay libertad de conciencia, y es preciso arrodillarse y descubrirse cuando pasan por la vía 163 pública las procesiones y los jubileos; dicen que lo hay todo y en la práctica no hay nada.

Library of Congress

No es la obra nuestra, es la obra negativa de los burócratas que usurpan el nombre de España y nos deprimen.

Que se yerguen soberbios a costa de nuestra mansedumbre y nos insultan.

¿Sirvió de algo la propaganda que intentáramos?

¿Produjo algo el sacrificio que nuestra fe y nuestra abnegación realizan?

Hoy, al cerrarse una vez más ante nosotros los comicios, se nos dice:

“Seguid organizados: de esa suerte justificaréis la existencia de una agrupación política que os combate. Pero conformaos con estar cinco años todavía sin voz en las Cámaras de Madrid. Van a juzgarse vuestros intereses, van a debatirse vuestros problemas, va a resolverse vuestro pleito. Y vosotros, si queréis entrar en el palenque, necesitaréis encorvaros y atravesar en actitud humillada y contrita el portillo que os abre nuestra misericordia.”

Nunca. La debilidad no se confunde con la indignidad. Un partido puede resultar inútil; más ¡ah! que no resulte también servil y menguado.

¿No sirve? Pues se disuelve.

¿O es que aún se aguardan a otros veinte años de desaires continuos y de pretericiones insensatas?

La tendencia es una en la Delegación, en los Comités, donde quiera que se piensa y se siente. Ser o no ser. O partido verdad o nada. O el reconocimiento de lo que representamos en el terruño o la disolución inmediata, radical, definitiva.

¿Teméis que sospechen de nosotros?

Library of Congress

¿Y acaso tres siglos de fidelidad sin mancha bastaron a matar la sospecha?

Si dudan, que duden; si niegan nuestro patriotismo, que nieguen; si castigan nuestra altivez, que castiguen.

Será una gota más de acíbar que ruede en la copa cuyas heces apuramos.

¿Nos detendrá tal vez el miedo de que la calumnia agite su cabeza de víbora?

164

Caigamos de un golpe en medio del circo antes que ir agonizando poco a poco en la inercia y en el olvido.

Y después...

Esperemos todavía.

Ni los pueblos mueren ni las ideas sucumben.

Incólume la bandera que tremolamos con orgullo y con honra, guardémosla de contactos impuros, venerémosla siempre como sagrada reliquia en que viven nuestras memorias.

Ya surgirá quien la tremole en alto, quien la ennoblezca con el sacrificio, quien la lleve a través de la sombra, quien la agite en las alboradas del triunfo.

Somos los ilotas del presente.

Pero somos también los vencedores del porvenir.

165

LA DEMOCRACIA 20 de marzo de 1896. LA DISOLUCION II

Library of Congress

Ayer hablaba en estas columnas el sentimiento.

Hoy hablará la lógica y el cálculo.

Ayer movíase la pluma febril a impulsos de la dignidad.

Hoy se mueve a impulsos de la razón que dicta sus pragmáticas e impone sus fueros.

Ayer demostrábamos que es una exigencia del decoro la muerte del partido.

Hoy demostraremos que la exige y la reclama el interés del país.

El problema no puede ser más fácil ni más claro.

¿Qué hacemos nosotros por Puerto Rico?

Nada. Nuestro influjo es absolutamente negativo: en la tierra donde se meció nuestra cuna y donde se abrirá nuestro sepulcro, son otros los que mandan y dominan.

En orden al progreso político no nos es dable obtener una reforma liberal, ni garantizar un derecho, ni salvar un principio, ni realizar una iniciativa.

Ante nosotros se cierran todos los rumbos, se nos señala como a eternos sospechosos de futuras rebeldías, se nos niega hasta los mendrugos del festín en que se hartan los señores, se nos desdeña cual si constituyésemos una tribu de parias humildes.

En orden al progreso material no logramos abrir una escuela, ni construir un camino, ni pesar en camino, ni pesar en una ley de carácter económico, ni modificar un régimen arancelario, ni dar al traste con un impuesto inmoral, ni impedir que 166 el fraude se realice, ni obtener que se liberte de trabas a la industria, ni favorecer el desarrollo del comercio, ni matar los tradicionales obstáculos que arruinan y atrofian a la agricultura.

Library of Congress

Nosomos nada, no podemos nada.

Pese a nuestra capacidad colectiva para todas las cuestiones que afectan al terruño, no se nos permite poner la mano en el *sancta sanctorum* que el Gobierno guarda y en que sólo penetran los elegidos, los buenos y leales españoles de allende el Atlántico y los míseros corruptos austriacantes de la ínsula.

Se nos proscribe, se nos anula, se nos desprecia.

En tales condiciones, ¿qué hicieron antes, qué hacen ahora, qué harán después nuestros correligionarios?

Contemplar con hondo duelo de qué modo la vitalidad puertorriqueña se destruye, cómo crecen los gastos de la colonia, cómo invaden al campesino la anemia y la clorosis, cómo se desenvuelve, en fin, la inicua explotación de que somos víctimas indefensas.

En este concepto ningún vacío dejará en Puerto Rico nuestra disolución inmediata.

Pero aquí llega la pregunta de rigor.

¿Qué beneficio llegaría a al pueblo si abandonásemos la lucha?

Uno y muy grande: la división, primero; la desaparición de los incondicionales, después.

Hoy el Gobierno nacional les necesita: en ellos se apoya para *incubar* sus *cuneros*.

En cambio les concede el monopolio de la administración pública, el usufructo de los empleos, el copo en los Municipios, la exclusiva dirección de los asuntos insulares, el privilegio de arrojarnos de nuestra propia casa; les convierte en caciques absolutos y omnipotentes, les hace inmunes contra nuestros ataques, les protege y les ampara como a sus hijos predilectos.

Library of Congress

¿Ocurriría lo mismo si no se les necesitase para combatirnos a sangre y fuego? No ocurriría. En ningún rincón del mundo existen partidos *únicos*: la soledad es mortal en ciertos casos. ¿A quién combatirán los integristas si 167 no encuentran contrincantes que den pretextos a sus simulacros de batalla?

La respuesta es evidentísima. Sin nosotros la organización casi militar de las huestes conservadoras no subsistirá largo tiempo, porque huelga, por que es inútil, porque no responde a ningún plan discreto y positivo.

¿Vendrá tal vez otra división más honda y más grave? ¿Pesará siempre la desconfianza sobre los puertorriqueños? ¿Se entregará el usufructo colonial a los peninsulares? ¿Surgirán con franqueza el régimen de las castas y la dualidad de los orígenes?

¡Quién sabe!

Pero si surgen ocupará cada uno su sitio y aprenderán nuestros compatriotas todos, aun los que hoy son reaccionarios, lo que deben esperar del porvenir.

El partido automista, estéril, infecundo para el bien—y no por sus culpas, sino por culpa de los que le flagelan y le constriñen—no tiene más camino que la disolución.

Acaso un día cambiarán las circunstancias, quizá recordará la patria que nos es deudora de reparaciones muy justas. Entonces, pues el espíritu liberal no ha de morir nunca entre nosotros, se agruparán los hombres que amen a su tierra, estudiarán atentos lo que conviene y lo que dignifica, levantarán la bandera de las libertades públicas y habrá un partido que no sufra tantas y tan inmerecidas desventuras.

Si tampoco llega ese día, llegará el instante de pensar en cualquier solución que salve a nuestros hermanos de la deshonra, y que libre nuestra conciencia del oprobio.

¡Ojalá que jamás amanezcan tan lúgubres auroras en el horizonte de la patria!

LA DEMOCRACIA 31 de marzo de 1896. REALIDADES I

Tiene nuestro pueblo una idea equivocada de los problemas que más inmediatamente tocan a su bienestar colectivo.

Cree que la política es creación abstracta o incorpórea y no realidad concreta y palpitante.

Que no tiene otro objeto cuando dió ya origen a los discursos de un *meeting* o a los editoriales de un periódico.

Que basta sostener a los apóstoles del ideal en sus campañas, aunque el ideal no se realice nunca ni encarne en las costumbres y en las leyes.

Así vemos que se llama utilitaristas a los que piden que tras la teoría declamatoria y gárrula venga la aplicación fecunda y práctica.

No; la política no es eso.

Es un estudio que conduce al bienestar de los ciudadanos, por medio de las enseñanzas que moldean el carácter, de la franquicia que desbroza el camino del trabajo, del libre comercio, que confunde a los hombres en un interés recíproco; de la administración sabia y pura, que convierte los campos en paraísos y las ciudades en emporios; de la participación de todas las clases en el gobierno, que impide el disgusto y la cólera de los preteridos...

“Las leyes teóricas, dice Taine, no valen más que por sus usos prácticos; el árbol no debe estimarse más que por sus frutos; si se quiere juzgar una filosofía hay que juzgar a sus resultados.”

Library of Congress

Si un país, con fuerzas para la lucha, con entusiasmo a prueba de sacrificios, no ve jamás cumplidos sus anhelos, es que marcha por sendas que no le conducen al punto que persigue, es que se le guía sin experiencia del pasado y sin clarividencia del porvenir.

¿Sucede algo así a nuestro pueblo?

Respondan de buena fe los compatriotas ilustres que nos leen.

No se ruboricen al confesar sus errores, hijos de sentimientos nobilísimos.

Los puertorriqueños que amamos a nuestra tierra y que buscamos a cualquier precio su libertad y su ventura, constituíamos hace veinte años la innumerable mayoría; poseíamos el suelo, éramos árbitros de la representación popular, en nuestras aldeas y en nuestros campos imponíamos la justicia, podíamos, luchando, vencer y dominar, aun contra las argucias y las ardidés del Gobierno.

Teníamos en frente un adversario raquíico: lidiamos con él, y, a causa de las posiciones respectivas, nosotros nos debilitábamos mientras él se fortalecía; nosotros perdíamos los adeptos que él ganaba, nosotros llegábamos a la sima y él ascendía a la cúspide.

¿A qué causa se debió tan extraño fenómeno?

Al engranaje que nuestros enemigos conservan con el motor central, que les comunica impulsos enérgicos y les mantiene en marcha hacia el logro de sus más difíciles ensueños.

Nosotros pugnamos para cumplir los nuestros y siempre nos detuvo el obstáculo. Y si se nos concedían reformas, desvirtuábanse en seguida al aplicarlas, y si venía lo que con ansia exigíamos, acabábamos por verlo con desdén o con odio, ya que siempre se volvía contra nuestro interés o contra nuestra doctrina.

Library of Congress

No éramos miopes y vimos claro. Ya en 1891, antes de la asamblea de Mayagüez, planteó *La Democracia*, en larga serie de artículos, el problema en toda su extensión.

“Si no queremos que nuestra obra resulte estéril, urge se equiparen los dos partidos que aquí se hostilizan; que 170 partan el influjo oficial, que no ejerza éste el monopolio en tanto que aquél soporta la pesadumbre. ¿Hay medios que a tal fin conduzcan? Los hay. Pero se necesita encontrarlos en la agrupación nacional gobernante que se identifique mejor con nuestra idiosincrasia. Si no avanzamos por esa ruta, caeremos en la atonía y en la muerte.”

¿Nos equivocábamos?

¡Ojalá que, después de un lustro, nos fuese dable rectificar aquel presagio, que los sucesos confirman de un modo tremendo!

Desde entonces, por falta de jugo, perdimos nuestra representación en Cortes, nuestros diputados en la provincia, nuestros concejales en los Municipios; perdimos hasta el sacro derecho de votar, pues el decoro nos veda llegar a las urnas. El censo no nos pertenece como antaño y muchos de nuestros prohombres, o toman plaza en el incondicionalismo, o se recluyen en la indiferencia, negándonos su consejo, su valer, sus míseros recursos pecuniarios, en fin.

Entretanto, los débiles, los raquíticos de cuatro lustros, son los omnipotentes de ahora. Lo poseen todo, lo manejan todo, mientras vamos a la ruina y a la inacción completas.

¿Era justo que, por acariciar las letras fulgentes de la palabra república, condenáramos a este pobre terruño al estancamiento y al suicidio?

Necesitábamos fomentar la escuela primaria, a fin de que el campesino surja a la civilización, necesitábamos crear la Universidad, a fin de que se aclaren los horizontes de nuestra juventud; necesitábamos construir puentes, abrir carreteras, auxiliar a la

agricultura y abaratar el pan y la carne para no morir de anemia y de clorosis; dirigírnos de una manera rápida con rumbo al progreso, que irradia en todas partes y que todavía no alumbraba en nuestra roca muda y triste.

No supimos ponernos en actitud de probar en tan hermosa labor nuestro empuje y nuestra fuerza. Los conservadores, amos absolutos, impediénnos llegar a la meta y nosotros ¡ay! seguíamos en el viejo torreón de la quimera, en el alto parapeto de la teoría, abandonando ¡vive 171 Dios! el destino de nuestros hermanos y de nuestros hijos a los famélicos mercaderes que con el sudor de nuestros hijos y de nuestros hermanos comercian, y que, por egoísmo, por cálculo, les mantienen aherrojados en la pobreza y en la ignorancia.

172

LA DEMOCRACIA 1 de abril de 1896. REALIDADES II

¿Era honroso que nos acercásemos al régimen imperante?

¿Nos recibiría éste, concediéndonos su apoyo sin reservas?

Lo primero nos parece indiscutible: si dudásemos no habríamos propagado la idea, por muy útil que resultara.

Los autonomistas puertorriqueños no aventuraron jamás el menor compromiso con las agrupaciones republicanas.

Nuestro partido se mantuvo libre de toda conexión con sus afines de la península.

De suerte que no nos amenazaba la nota triste de una inconsecuencia falaz.

Y luego los autonomistas de Irlanda, que nos sirvieron de tipo y cuyo ejemplo heroico recordamos cien veces, admiten la monarquía inglesa.

Library of Congress

Parnell, el ilustre agitador, el *leader* de Irlanda, no rendía homenaje a la república, y cuando buscó alianzas salvadoras, llamó a las puertas de Gladstone, que es en Londres lo que Sagasta en Madrid: el jefe de los liberales monárquicos.

Los colonos del Canadá no han menester que en las Islas británicas cambien el sistema de gobierno para pedir y alcanzar leyes autonómicas que den a su país verdadera personalidad libre y soberana.

Nuestro mismo *leader*, don Rafael María de Labra, sirvió a los reyes en los primeros comienzos de su labor 173 parlamentaria, en aquellos días en que nuestros distritos le elegían representante suyo en las Cortes españolas.

Por otra parte, Sagasta trajo al volumen XX de las leyes patrias, las más hermosas conquistas de la democracia universal.

De suerte que por ningún lado existe, no ya el deshonor, pero ni aun la violencia, en un pacto que crearía el turno de nuestras dos grandes colectividades en el poder y normalizaría de una vez, y por siempre, la marcha de nuestra política, hasta hoy tan estéril y precaria.

Vamos a la segunda cuestión.

Nosotros pudimos desconfiar de que se nos acogiese con franca hidalguía.

Después de nuestros últimos trabajos en Madrid, la desconfianza sería estulta.

Nos acercamos a los hombres que dirigen el partido fusionista: Sagasta, Moret, Maura, Núñez de Arce, López Domínguez...

Y les vimos prontos a ensayar, a practicar con este pueblo, la evolución que nosotros proponíamos.

Library of Congress

Las frases de Sagasta, en su despacho, en larga entrevista, nos dieron la certeza de que en la España de Europa no tropezaría con graves obstáculos una aproximación discreta y oportuna.

“El pensamiento es patriótico y realizable. Lo estimo como un avance trascendental en las Antillas. Y posee, desde luego, mi simpatía. Hoy no es el instante de plantearlo. Pasará la guerra de Cuba, avanzaremos tal vez más allá de las reformas de Maura, y entonces sonará la hora de que vengan ustedes a nuestros brazos, abiertos para recibirlos.”

Así habló el hombre que comparte con Cánovas la gestión de los negocios públicos.

Moret, que es un gran amigo de nuestra isla, y un defensor de la libertad apasionadísimo, insigne, se penetró muy a fondo del proyecto que llevábamos, y de tal guisa hubo de patrocinarlo, que al oír de labios de su jefe la declaración que reproducimos, exclamó con acento firme y simpático:

“Amigo Rivera: don Práxedes, en el sitio que ocupa, 174 no puede decir más. Cuente usted con mi auxilio. Yo me constituyo aquí en abogado de esa causa.”

Maura, López Domínguez, Núñez de Arce, comprendieron y aplaudieron los propósitos que nos oían desarrollar. Y después de frecuentes conferencias, regresamos a Ponce persuadidos de que, si la alianza no se celebra, quedará por nosotros y no por el partido liberal.

¿Qué recibíamos y qué damos en cambio?

Lo recibíamos todo, es decir, el influjo que hoy ejercen y monopolizan nuestros adversarios; los empleos que acaparan con afán exclusivista, los Ayuntamientos, la Diputación, la facultad de hacer *de veras* el presupuesto, la certeza de no ser nunca víctimas de nuevos vejámenes, la posesión del censo en plazo breve, la alegría de saber que al fin en Puerto Rico sirven de algo los puertorriqueños.

Library of Congress

No dábamos nada; es decir, dábamos los diputados a Cortes, que hoy no nos dejan elegir porque no quieren que llevemos a las Cámaras elementos en pugna con las instituciones históricas.

Esa es la verdad, en síntesis, resumida y compendiada en unas pocas frases claras y sencillas, como sencillo y claro es el móvil a que obedeció nuestro empeño de levantar al partido autonomista antes de que muriera, según ha de morir, sin estruendo y sin gloria.

¿Se nos calumnia? Y bien: es vieja ya nuestra costumbre de contemplar frente a frente a frente a la insidia que rastrea y a la soberbia que ruge. No nos importan. Quien tiene la razón no necesita más.

Si Parnell realizó en Irlanda lo que intentáramos realizar en Puerto Rico, nos satisface incurrir en la propia culpa que hizo popular y respetable al apóstol.

Si nuestros correligionarios se orientan hacia rumbos en que no pensaban los correligionarios de Parnell, será difícil, no que obtengan la autonomía, que se acerca por minutos, sino que logren aplicarla con su intervención directa y legítima.

Los incondicionales lanzarán su *manifiesto*, declarándose en autonomismo a la altura de Labra, Montero y Pí 175 y Margall. Y se prolongará el aprovechamiento de lo que nosotros conquistamos *para ellos*.

¿En proceder a gusto de los eternos explotadores consiste nuestra dignidad?

¿En dejarles que se ceban a costa del país estriba nuestra consecuencia?

Pues eso es sin duda digno, leal, sublime; más aún, hábil, práctico y lógico.

Pero que nos fusilen si lo entendemos.

LA DEMOCRACIA 2 de abril de 1896. REALIDADES III

No estamos haciendo ni es ocasión de hacer la propaganda de una tendencia.

Pero era preciso fijar la situación de la política y, dentro de la política, la situación de *La Democracia*.

Si el *statu quo* subsiste, si el autonomismo continúa tan platónico y sutil como siempre, vendrá la autonomía muy amplia y libre. Y vendrá para que la aprovechen los incondicionales.

Más aún; si la república surge de una inmensa catástrofe nacional—y ni aún así creemos que logre surgir—los incondicionales se declararán republicanos y prolongarán su imperio.

Nosotros seguiremos soportando con la mayor dignidad que nos despojen de lo que es nuestro, que nos apliquen a las veces el azote y que se rían de la candidez paradisiaca con que les allanamos el camino.

Es hora de poner punto a estas disquisiciones. Ya se sabe que el pacto, la alianza, la fusión que defendíamos son decorosas y útiles y factibles. Falta terminar diciendo y demostrando que son también oportunos.

El porvenir de las Antillas depende quizá de los caprichos del azar. El Gobierno de Madrid, si obra de buena fe, no osará convertirse en profeta. Y si el Gobierno lo ignora, ¿quién ha de conocer el fin de la contienda que se libra en Cuba?

En tal incertidumbre, ¿debe un partido antillano unirse 177 con otro partido peninsular, abandonándose en absoluto al azar de los acontecimientos y exponiéndose a quedar fuera de su órbita y a girar en el vacío?

Library of Congress

¿Debe un partido peninsular admitir en sus filas a un partido antillano, dedicándose a resolver problemas locales de menor cuantía, mientras los enormes problemas generales solicitan su estudio, su atención y su fuerza?

Ni nosotros iríamos hoy a los fusionistas, ni los fusionistas querrían que fuésemos. En tanto que arde la guerra civil, las combinaciones y los cálculos cesan para que tenga unidad el esfuerzo común.

No basta que las cosas sean buenas y justas: se necesita que lleguen a tiempo. En la asamblea de Mayagüez la evolución habría resultado salvadora: hoy resultaría inocente.

Además, nosotros pusimos sobre el tapete la disolución; y la disolución es un acto muy grave: es la *última ratio* de un pueblo que ni cree, ni espera, ni pide, ni acepta nada, porque mil veces se engañó su infantil credulidad.

Como autonomistas, vamos a nuestro postrer sacrificio el 19 del actual. Después veremos lo que demandan juntos el interés y la honra de esta tierra en que nacimos.

Sólo en el caso de que alguien levante una bandera en pugna con los anhelos y las ansias de nuestro espíritu y con el bienestar de nuestro país, pondremos muy alta otra bandera radicalmente democrática. Y el país elegirá.

No haya temor de que ocurra tal absurdo: si el partido no se disuelve, nuestra ruta no puede presentarse más clara, aunque tampoco más triste; si se disuelve, nadie profanará la grandeza de aquel momento sublime con maniobras de bajo vuelo.

No nos conocen los que presumieron que nos proponíamos construir algo sobre los escombros del edificio que ayudamos a levantar y a sostener: todavía no nos ha vuelto locos la pesadumbre de los dolores que gravitan sobre nuestra isla infeliz.

Library of Congress

Nos queda el recurso de esperar que los horizontes se despejen, que las tinieblas se aclaren, que brote de este caos lo estable, lo permanente, lo definitivo; entonces resolveremos, acordándonos de que somos hombres y de **12 CAMPAÑAS I** 178 que no tenemos derecho a la lamentación ni a la salmodia, sino a la acción y a la energía.

Entretanto *La Democracia* mantiene sus campañas, convencida como nunca de que, si no lograron ceñir todos los lauros del triunfo, merecieron ceñirlo y lo ceñirán algún día.

En nuestros empeños de buscar apoyos en Madrid no insistiremos. ¿Se convence Puerto Rico de que por esa ruta se llega positivamente al ideal?

Después sólo falta el impulso decisivo.

El terreno quedó abonado por nosotros y recibirá la semilla y devolverá copiosos frutos.

Bien se ve que no deseábamos persistir en la obra, cuando, al ocupar este sitio, ni una letra escribió nuestra pluma, que se relacionase con las conferencias que nos sirvieron para formar juicio directo y personal.

Se murmura hoy; se afirma que nuestra actitud obedece a antiguas inclinaciones, y, aunque esto es risible, como pudiera hacer daño a la disolución, urge destruirlo, y, destruyéndolo, demostrar que *La Democracia* no se arrepiente *de haber tenido razón*.

Si nuestros románticos no despiertan, Puerto Rico no se salva. Y es muy amargo convencerse de que el terruño nativo está destinado sin remedio a convertirse en merienda de todos los apetitos y en carne para todas las concupiscencias.

En los asuntos que se debaten no nos guía el lucro material, que algunos míseros descubren allá, en el fondo de las acciones humanas: ¿qué puede darnos nuestra patria si ni aún acierta a guardar para sus hijos el honor de que la representen?

Ocupamos un sitio en la brega, porque no pertenecemos al número de los que se recatan y se ocultan, sino al de los que se yerguen y se muestran.

Pedimos la disolución porque responde a los continuos ultrajes que se nos infieren. ¿Trae peligros? Pues bien, nosotros reclamamos entera la responsabilidad de nuestra iniciativa.

Para temblar como mujeres no habríamos llegado a la vida. Para vacilar como ilotas no estaríamos en esta 179 cumbre de la Prensa, donde suele cosecharse tanto acibar y donde todas las saetas tienen su blanco en el pecho del escritor que las desafía y las desdeña.

Humilde con los débiles, solícita con los oprimidos, *La Democracia* es capaz de repetir ante los fuertes y los grandes el satánico *NON SERVIAM*.

180

DISCURSO EN LA ASAMBLEA DE LA CAPITAL Abril 19 de 1896.

Señores delegados: antes del 15 de marzo me inclinaba yo a la lucha electoral; después del 15 de marzo me inclino resueltamente a la disolución.

Al iniciarla ante el Directorio reunido, creí que no encontraría opositores. Era, y es, en concepto mío, la única senda de la dignidad. ¿Hay quien la combate? Pues sólo me toca deplorarlo con amargura infinita.

Acabáis de oír mis conclusiones: son absolutas. Ante mi conciencia política no admiten enmiendas.

Ahí están: no las defenderé; no han menester que nadie las apoye. Si triunfan merced a vuestro sufragio libre, narrarán una etapa dolorosa, pero fulgurante, en nuestra historia; si vuestro voto las deshecha, yo las entrego al juicio de la posteridad; porque de todas maneras, yo os lo aseguro, encarnan el sentimiento de mi país.

Library of Congress

Las he defendido en otra tribuna tan alta como la que ocupo en este instante: en la tribuna de la Prensa.

A los que leen *La Democracia* —y tengo el orgullo de pensar que todos la leéis—no hay para que repetir mis argumentos, que ratifico uno por uno.

Se os presentan dos caminos: seguir como hasta hoy soportando desaires y desdenes, sin influencia ninguna, sin representación ninguna, extranjeros en el territorio de la patria, o cerrar de una vez este triste período refugiándoos en el silencio y apelando al porvenir.

El dilema es terminante.

Escoged uno de sus términos.

En el primer caso no podré seguir junto a vosotros y os tenderé la diestra, en señal de despedida, con el alma llena de angustia.

181

Liberal, demócrata, autonomista, siempre. Afiliado a una colectividad en que no cabe mi altivez de ciudadano, nunca.

No he venido a este sitio para conjuntar aplausos pueriles, ni para hacer alardes retóricos, ni para pronunciar discursos efectistas, que me parecerían indignos de la augusta majestad de esta asamblea. He venido para mantener, con palabras sencillas y claras, una convicción profunda de mi espíritu.

Y concluyo.

Recordad que Puerto Rico aguarda vuestro voto, Madrid vuestras responsabilidades, y cumplid, como siempre, vuestro deber.

182

LA DEMOCRACIA 21 de abril de 1896. INDEPENDIENTES

Decía nuestro Director, hace cuarenta y ocho horas, en la asamblea:

“La disolución es, en concepto mío, la única senda de la dignidad.

Se os presentan dos caminos: o seguir como hasta hoy, soportando repulsas y desdenes, sin influencia ninguna, extranjeros en el territorio de la patria, o cerrar de una vez este triste período, refugiándoos en el silencio y apelando al porvenir.

En el primer caso no podré estar junto a vosotros y os tenderé la diestra, en señal de despedida, con el alma llena de angustia.

Liberal, demócrata, autonomista, siempre.

Afiliado a una colectividad en que no cabe mi altivez de ciudadano, nunca.”

La asamblea, soberana absoluta ante cuya autoridad nos descubrimos con respeto, decretó que no procede la disolución y, por consiguiente, que no hay sitio para nosotros en el partido autonomista.

Acatamos el veredicto de la mayoría, seguros en nuestra conciencia de hombres libres.

Queríamos la disolución porque ella, unánimemente acordada, sin debilidades sin cálculos, era capaz de poner a salvo el honor de nuestro pueblo.

En Europa y en América, Puerto Rico disfruta la pobre fama de su mansedumbre. Le azotan y calla; le hieren y en vez de prorrumpir en la amenaza prorrumpe en sollozos; le deprimen y su protesta resulta lánguida, vacilante, sin vigor y sin nervio.

Somos hijos de esta tierra; amámosla con ternura enérgica y grave, como aman los hombres que sienten hondo, y nos duele que se la juzgue muerta para las grandes

Library of Congress

reivindicaciones de su derecho, cuando sólo está adormecida en las torpes languideces de su cómoda laxitud.

Desde que vinimos a luchar en la Prensa, nuestro anhelo profundo, las supremas ansias de nuestro espíritu, 183 consisten en hacer patria; en destruir una colonia y en crear un país. A eso iba la disolución. Acto de supremo civismo, nos enorgullece nuestra ruda iniciativa.

Para soportar insultos y bajar la frente con ademán humilde no se constituye un partido. Y al adquirir la certeza de que la vida es mengua, los caracteres que no se doblan, saben de qué modo les toca morir.

No se nos ha comprendido.

Creyeron algunos, o fingieron creer, que la disolución es flaqueza y debilidad, cuando es fuerza y energía.

¡Miopes!

No tienen la culpa de su ceguera, que les impide abarcar horizontes más amplios que los de la insidia, la calumnia y el encono.

“ *La Democracia* —escribíamos el viernes último— será lo que ha sido: liberal, autonomista; fustigadora del poder que se tuerce, mantenedora del derecho, franca, altiva, llena de piedad hacia las pequeñeces y las miserias; llena de vigor ante el despotismo y la tiranía. No precisa inquirir cuál es nuestro puesto: donde esté Puerto Rico allí estará *La Democracia*. En la catástrofe o en la victoria nuestra pluma es de nuestro país.”

Esas frases tienen el valor de una declaración *a priori*. Las mantenemos íntegras, en todo su alcance.

La Democracia recobra su independencia y afirma su ideal. No continúa en el partido autonomista; pero tremola el estandarte autonomista: no forma parte en la vanguardia; pero forma *ANTES QUE LA VANGUARDIA*: no pertenece a una colectividad en que *no cabe su indómita altivez*; pero pertenece a un pueblo que se revuelve, infeliz, en la roca de su martirio y en la amargura de su vilipendio.

Sin la traba de un credo político convencional e insuficiente, sin el obstáculo de una disciplina, que a veces pesa como bloque de piedra sobre el pensamiento, este periódico, respondiendo a su tradición y a su historia, continuará su *vía crucis* hasta llegar a su calvario, convencido de que le acompañan y le siguen los votos y las simpatías de Puerto Rico.

Eso nos basta.

184

***LA DEMOCRACIA* 23 de abril de 1896. LINEAS PARALELAS**

Nada tan propio de nuestra indiosincrasia como aceptar el riesgo en defensa de una causa noble y grande.

La disolución, acto de civismo y de virilidad que sólo pondría en duda la envidia, que todo lo mancha y el odio que todo lo enloda, es una bandera digna del holocausto que le rindiéramos.

Jamás temimos que nuestros compatriotas dejaran de comprender su alcance y de ofrecerles sus unánimes sufragios. Porque nunca, desde que Puerto Rico existe, se invitó a este pueblo a mayor prueba de desinterés y de energía.

Disolver la hueste no equivale a rasgar la bandera augusta de las libertades patrias: equivale a escribir en sus pliegues venerados este lema:

“Puerto Rico sabe morir.”

Nosotros agitamos el generoso oriflama sin miedo a las consecuencias, y lejos de arrepentirnos ahora, tenemos la íntima satisfacción de haber demostrado que no fuimos colonos, ebrios en la triste ufanía de su propia servidumbre.

¿Nuestros amigos no secundan esa actitud franca y libre?

Tendrán, de seguro, otro criterio; apreciarán de manera distinta sus deberes, creerán que su conducta es, a la par, prudente y firme, discreta y útil.

Ni les impone este periódico su convicción plenísima, ni admite la suya, honrada y respetable porque la profesan hidalga y sinceramente.

185

Pero ¿no hemos de sentirnos más altos después de una derrota en que mantiene nuestra pluma tan bizarro empeño?

Si hubo peligros y los desafiamos; si hubo desastres y los afrontamos, ¿quién osará zaherirnos con el reproche de débiles y asustadizos?

Cae el soldado en el reducto a que le arroja su irresistible impulso, y sólo la calumnia puede llamarle muelle y flojo: la justicia, a lo más, le llama ciego y temerario.

No valía la disolución para dar origen a nuevas colectividades; valía para que en Europa y en América supieran que en la menor de las grandes Antillas aún perdura el espíritu de la raza caballeresca que venció en Ceriñola, en Roncesvalles y en Otumba.

Desde el punto en que se dividían las opiniones y los votos, ya la disolución no era eficaz ni oportuna. Su carácter, su prestigio, dependían de que el pueblo la acordara, uniéndose en el sentimiento que la engendró y la mantuvo.

Library of Congress

Los representantes autonomistas, los que asistieron a la asamblea, recordarán que no la defendimos; nosotros profesamos este dogma: los asuntos de honor no se discuten, se resuelven.

Ochenta y seis veces repetida la palabra *NO*, vino a patentizar que, si junto a *La Democracia* formaba esta vez una falange de patricios integérrimos, frente a *La Democracia* se alzaba la mayoría con su influjo y con su autoridad, que los demócratas no sometemos a debate.

La mayoría no está con nosotros; pero nosotros, saludando a la mayoría, compuesta por hermanos en el sentimiento y en la idea, conservamos, no obstante, nuestros amores hacia la solución radical que iniciáramos en una noche de eterna remembranza.

Ahí sigue en pie un partido de que nuestra hoja se despide con angustia, y aquí seguimos nosotros firmes en la ruta que nuestra altivez nos traza.

No somos líneas divergentes que se alejan en la distancia y en el tiempo; somos líneas paralelas, que de un 186 mismo punto arrancan y que a un mismo punto se dirigen.

Difícil que se encuentren algún día. Y más difícil que se aparten. El ideal no se bifurca: permanece uno, eterno, inmutable en la conciencia, como el sol en el sistema planetario.

Seguid, amigos, con la confianza por escudo; *La Democracia* sigue con la protesta por guía y por sustentáculo. Vosotros arais el terreno estéril, que no da flores ni frutos; nosotros apostrofamos al destino, que en medio de la civilización nos hace parias, y que, encendiendo en todas partes la luz nos hunde en la tiniebla; vosotros sois el labrador que abre surcos en infecunda roca; nosotros somos el heraldo que publica los duelos de la patria.

Y aunque no nos confundamos, la corriente de recíprocos afectos y de mutuas simpatías circula entre todos, cada vez más viva, más poderosa, más abundante, más honda.

Nuestro orgullo en la derrota es igual al vuestro en el triunfo: mayor, sin duda, porque no nos entristece la sospecha de que pudimos causar heridas a vuestra epidermis susceptible.

Desde la atalaya en que hace seis años permanecemos sin cansancio, os daremos el *alerta*. Y lo escucharéis, porque la voz que retumba en la quietud y en el silencio es voz que conocistéis en los fragores de la lucha; voz que a sabiendas ni os sorprende ni os engaña.

Dejadnos con el estandarte incólume. Sabremos clavarlo solos en la cúspide o envolvernos con él en la catástrofe.

Aquella disolución, que rodó a vuestros golpes, constituye nuestro título de gloria. Nos queda ese salvoconducto para la posteridad. Y lo guardamos, para que lo analice y lo juzgue la historia.

¿Que crecen muchos abrojos en el camino que recorre nuestra planta?

Y bien; llegaremos sangrando a la cumbre.

Pero llegaremos.

187

LA DEMOCRACIA 24 de abril de 1896. AL PAIS, LA VERDAD (1) I

(1) En esta serie de artículos, en los que se expone el decaimiento político de los autonomistas y *se esboza la idea de un nuevo partido*, puede esconderse el secreto del rápido y total triunfo de Muñoz Rivera, tres meses después, en el acto de Caguas: aquel en que el Directorio autonomista aceptó la conveniencia de un pacto con un partido de la metrópoli, aunque fuera monárquico.

Library of Congress

Los pueblos que tienen la aspiración de ser robustos y formales en todas las manifestaciones de su vida, deben exigir la verdad a los que les dirigen.

Es infantil contentarse con la eterna ficción, engañarse a sí mismo con simulacros estériles y basar el progreso de un país en fuerzas intangibles.

Puerto Rico es liberal, es autonomista: siente muy hondo el amor al terruño; pero Puerto Rico ni se entusiasma ni se mueve hoy por cosas de la política.

* * *

Hay, entre las clases directoras, mil y mil individualidades que se inhiben de la acción colectiva, que no prestan su concurso al desarrollo de las ideas, que no se suman con los patriotas militantes.

Pedid a esas individualidades que pertenezcan al Directorio, que figuren en la Delegación, que vengan a los Comités, que asistan a las asambleas. Os presentarán la excusa, apelarán al subterfugio, llegarán a la descortesía.

188

Y no tendréis su auxilio personal.

Si esto es o no es exacto, respondan los propagandistas de la capital, de Mayagüez, de Humacao, de Arecibo, de Aguadilla, de Ponce: de la isla entera.

Nosotros, en la lucha que sostuvimos para concentrar y organizar elementos, contrastamos cien veces la certeza de la observación.

Capitalistas, médicos, abogados, banqueros, los que un día formaban a la cabeza de la hueste, hoy se recluyen allá, en el fondo de sus hogares, y sólo están dispuestos a contribuir con su voto al triunfo de las doctrinas democráticas.

Library of Congress

No queremos citar nombres propios: podríamos citar mil.

Más aún: si el Directorio, en vez de ser, como es, prestigiosísimo, fuera inconveniente, ¿con quiénes se le sustituiría?

* * *

Hay, entre las masas del pueblo, algunos hombres que, por excepción noble y generosa, se preocupan de los negocios públicos, y sostienen los periódicos, y pugnan por elevar su inteligencia a grandes concepciones, y se identifican con la causa de las libertades públicas.

Son pequeños contribuyentes, obreros de honrada conducta, especuladores en poco productivas industrias, campesinos a quienes abrumba el impuesto, traficantes de escaso caudal...

Pero la muchedumbre productora, la que trabaja de *sol a sol* con el machete en las sábanas o en los montes, no sintió aún la sacudida del entusiasmo, ni se agitó en los paroxismos de la indignación patriótica, ni oyó vibrar en el fondo de su conciencia los impulsos espontáneos que conducen al sacrificio.

Es multitud pasiva que ignora de qué modo con el arancel aduanero se la explota, obligándola a morir casi a la intemperie, mal cubierta de harapos, mal nutrida de legumbres, anémica por el clima y por la penuria, ignorante porque no existe la escuela primaria en los barrios rurales, sin noción de que podría vivir con desahogo, adquirir la cultura moderna y constituir un gran organismo, capaz de todas las empresas.

* * *

Library of Congress

Hay, entre las clases medias, un núcleo de ciudadanos que leen, que estudian, que se dedican al comercio al detalle, a la labranza, a las profesiones, y que mantienen el fuego de los principios, sin permitir que se debilite ni se consuma.

Esos son los que forman el partido autonomista.

Y aún esos no se arrojan a la lucha con el vigor de los antiguos tiempos. Veinticinco años de labor inútil les enfrían y les desalientan. Consecuentes hasta el último límite, ni se retraen, ni se esconden, ni niegan su devoción a los ideales que en otros días recibieron su tributo.

Y, sin embargo, empiezan a dudar de que sus esfuerzos resulten eficaces; de que, tras una brega tan larga, encuentren compensación alguna; de que luzcan auroras de bienestar para el suelo nativo; para la tierra madre, más querida cuanto más la oprimen y la hieren y la insultan.

Siguen adelante, realizan el impulso. Y, no obstante, desconfían de la fortuna, tan ingrata siempre y tan olvidadiza para los que, desde nuestro rincón tropical, la invocamos con ansias infinitas.

* * *

Ahí están los elementos que en parte nutren mal y que en conjunto podrían nutrir bien al partido autonomista.

Desalentados, dispersos, sin lazo que los una, sin confianza que les sostenga, sin garantías para agitarse en la persecución de una victoria segura, se inhiben y se aíslan, restando su influjo a la obra de nuestra redención social.

190

LA DEMOCRACIA 25 de abril de 1896. AL PAIS, LA VERDAD II

Library of Congress

Examinemos serenamente la situación actual del partido autonomista.

Hay un *leader* en Madrid.

¿Qué significa para sus correligionarios?

Prescindiendo de que desautorizó su conducta electoral yendo a las Cortes mientras se retraían; olvidando que no realizó esfuerzo alguno para que se igualaran las cuotas ni para que se implantase la ley Abarzuza, conviene decir lo que es el *leader*.

Un orador de fácil y hermosa palabra, de extensa y profunda erudición; no un diputado pronto a las lides rudas de la política. Entre él y el Gobierno existe, sin duda, el acuerdo de no molestarse: de mantener una benevolencia plácida que no engendre enojos ni disgustos.

Se ha dicho que el señor Labra tenía parientes y amigos en la administración de Cuba; que el Gobierno—Cánovas o Sagasta, lo mismo da—los respetaba; que esto impuso al representante del país medidas sin límites, y que sólo para los puertorriqueños no le fué dable lograr jugosos destinos. La verdad es que los *hechos* ofrecen margen a las suposiciones.

Y la verdad, mucho más triste, es otra: que el señor Labra, en estos últimos ocho años, no ha querido, no ha podido hacer nada por este pueblo que llevó su nombre a las urnas; que le convirtió en ídolo sacro; que elevó a sus altares ondas de incienso; que contribuyó a crear 191 sus prestigios; que sólo le pedía una defensa franca y leal y que recoge el más duro y acerbo desengaño.

Cierto también que el ilustre político interviene en nuestros asuntos interiores en formas indirectas, oblicuamente, de soslayo, en la sombra, y que así no más hace sentir su influjo moderado y suave, aunque a veces pernicioso y decisivo.

Library of Congress

No *ordena y manda nunca*: se limita a contar aquí, en la colonia, con unos pocos adictos, fieles de toda fidelidad, porque les sujeta el interés, y a los adictos escribe cartas de que conservamos copia nosotros merced a nuestra policía voluntaria, en los confines de Puerto Rico extendida. Cartas hábiles, en que no se compromete jamás el hábil cartista y en que, a la vuelta de una frase lisonjera, se insunúa el consejo que ha de anular a un compatriota, o se deja rodar el mandato, con las formas dulces y tersas de una magistral cortesía.

El señor Labra valía mucho, en cuanto a luchador, en cuanto a propagandista, allá, por los comienzos de la restauración borbónica; con sólo quererlo valdrá hoy, ya que le sobran facultades; pero será preciso que entre en la empresa su voluntad. No le place auxiliarnos, no nos auxilia. Le es muy grato dictar o escribir las epístolas de San Rafael a los colonicenses y andarse mano a mano con los jefes de los partidos gobernantes, a quienes *no le gusta* estorbar.

El partido autonomista deberá prometerse grandes empeños de su *leader* en el caso de que a Madrid vaya algún día, y al Parlamento lleve las ansias del país, gente resuelta a todas las compañías y ganosa de todos los triunfos; entonces el trabajo de los otros estimulará el trabajo del señor Labra, y como posee medios de acción, y como, *si se le antoja*, le es muy llano hacer sentir la pesadumbre de su competencia en los asuntos coloniales y de su oratoria en los torneos parlamentarios, resultará un verdadero *leader*, ni más ni menos que para nuestra tierra y para nuestros amigos lo deseamos.

Ahora, en estos instantes mismos, es un *leader* nominal, que no se preocupa de las pobres víctimas de América, que no realiza por ellas el menor sacrificio, y que 192 permanece en el amplio butacón de su despacho, esperando el tributo que le rinden los que con él tienen asuntos, los que de él aguardan favores, los que de él logran mercedes: los que aquí aparecen sosteniendo su prestigio con la modesta intención de que él les ayude a ser diputados, magistrados o prebendados.

Lo que decimos es cierto. Diríamos más, si no nos faltasen datos para comprobar, ante nuestra conciencia, afirmaciones de distinto carácter. Y tratamos del señor Labra y de su figura en frente del partido autonomista, por la sencilla razón de que lo exige el estudio que inicia este periódico.

Nos informan, nos aseguran, que el *leader* es partidario de la disolución. Nos resistimos a creerlo, aunque la referencia viene de persona en extremo veraz y fidedigna. El señor Labra es de aquellos que miran el *interés*, la *conveniencia*; que miden por milímetros y calculan por átomos y moléculas; que ni se irritan ni se exaltan. Y hombres de temperamento tan tranquilo no levantan la protesta a la altura de la indignación. Disolucionista él, pereceríamos una viviente paradoja.

Nos quedan los organismos interiores de la colectividad.

193

LA DEMOCRACIA 27 de abril de 1896. AL PAIS, LA VERDAD III

Hay también un Directorio, poder ejecutivo dentro de la colectividad. Debiera residir en San Juan. Por imposición ineludible de las circunstancias, su presidente reside en Comerío. Intramuros no se encontró para ese puesto ningún autonomista con condiciones de jefe.

Forman el Directorio cuatro jóvenes de inteligencia bien cultivada, de talento claro, de madurez en el juicio. Aún desconocemos su ardor en el combate. El retraimiento les alejó de esa prueba decisiva. Se habla mucho de su astucia; pero nosotros no queremos creer que la apliquen. La astucia es buena en los agentes de una lid electoral; en los directores de un partido es mejor la diplomacia. Por nuestra parte somos siempre amigos de la lealtad y la franqueza.

El Directorio actual, por más que ni el país ni el Gobierno le juzguen con suficiente altura política, constituye una fuerza y merece que se le estime y se le aplauda. Su

Library of Congress

obra es tan difícil, los recursos de que dispone son tan cortos, que nadie puede exigirle maravillas. El las hace, sin embargo, porque sólo sostenerse y vivir representa un avance extraordinario, dadas las corrientes de indiferencia que le cohiben.

Una de las dificultades con que ha de luchar el Directorio es la escasa popularidad de sus hombres en la metrópoli. En Madrid todos saben quiénes son Gálvez, Govín y Giberga; todos ignoran quiénes son Brioso, Rossy y 194 Barbosa. El mismo *leader* no se cuidó nunca de nombrarles en los círculos políticos. Y cuenta que en la corte meten algún ruido los que en Huelva o en Gerona, en Cáceres o en Bilbao figuran en primera fila.

Conferenciando nosotros un día con don Gaspar Núñez de Arce quiso, galantemente, citarnos un puertorriqueño distinguido. Y nos decía:

—De allí recuerdo un señor, que me visitó hace años; el señor de... de...

—¿Acosta, Baldorioty, Celis...?

—No, no; ninguno de esos nombres. El señor de...

—¿Corchano, Goico, Albizu...?

—Tampoco. El señor de Ubi, Ubi... ¡Ubarri!

—¡Ah! ¡Ubarri!—murmuramos nosotros con desaliento.

Así se conocen en Madrid a nuestros conciudadanos eximios, como conocemos nosotros a los ciudadanos de Calcuta y de Madras.

Y acaso menos.

El Directorio entra en el nivel común. Y esto será una desventaja el día en que necesite reclamar el nombre de la agrupación que le rodea.

Más grave dificultad todavía es el desenfado con que los poderes locales le tratan. Ya nos consta lo que oyó en la Fortaleza. Fueron cosas *sin precedente y sin ejemplo*. Y a ellas respondió resistiendo a la disolución que, en nuestro concepto, debió iniciar antes que nosotros, porque recibía el golpe de un modo directo e inmediato. El gobernador no da importancia al Directorio. “Retráiganse ustedes o voten—le contestaba el 15 de marzo— el problema es suyo; el Gobierno ni se ocupa ni se preocupa de sus actitudes.” ¿Tiene el castellano palabras más terminantes?

Tan dura nos pareció la situación del Directorio, que quisimos llegar a la protesta radical, valiente, enérgica, casi heroica, para dejar en el sitio que les corresponde a los dignísimos compañeros que en aquel minuto solemne llevaban la voz de un pueblo. A lo que parece, resultamos más papistas que el Papa.

No nos pesa.

El Directorio inspira un diario discreto, grave, moderado. Y aunque, según la constitución orgánica, según el 195 acuerdo de la asamblea de Aguadilla, no es lícito que se tengan *órganos* en la Prensa, sino que todos los periódicos presten por igual sus servicios, casi estamos por celebrar que, *de hecho*, no se cumplan ni la constitución ni el acuerdo.

Porque al fin el Directorio ha menester una hoja que interprete su pensamiento, y no es de temer que surjan rivalidades entre los periodistas por las preferencias del Directorio, estando, como está, el periodismo liberal del país exento de envidias y de envidiosos.

El Directorio, en resumen, por el valer de sus miembros, por la idea que encarna, por la bandera que sostiene, disfruta simpatías extensas y justas. Sólo que su acción política es nula, ya que le cercan mil escollos, difíciles de superar. Podría comparársele con aquellos cuatro sublimes trabajadores asiáticos, que se propusieron, a golpe de piqueta, socavar el Himalaya y rendir vencida la gigantesca cordillera. Tenían trabajo para novecientos mil millones de años.

No es culpa suya; pero el Directorio, sin la robustez que le prestaría un partido compacto y fuerte, sin el apoyo moral y material del país entero—Goico y Baldorioty lo tenían—apurará infinitas amarguras y no realizará grandes empresas. Compatriotas y amigos fieles de esos cuatro jóvenes tenaces, lamentamos que su labor se estrelle en el obstáculo y su propaganda se pierda en el vacío.

Se perderá.

196

LA DEMOCRACIA 28 de abril de 1896. AL PAIS, LA VERDAD IV

Hay, en setenta poblaciones, cuarenta Comités que dan al partido autonomista una apariencia de organización. Y no una organización real, porque la mayor parte de esos Comités ni se reúnen, ni llevan los registros constitucionales, ni acometen ningún trabajo serio y fecundo.

Más que de hecho existen de nombre. Nosotros conocemos al país pueblo por pueblo; recibimos noticias de todas partes; hablamos con nuestros amigos del interior muy a menudo y no podemos ignorar lo que ocurre en la isla, desde Ponce a San Juan y desde Humacao a Mayagüez.

En la manera de ser del partido autonomista encontramos algo de artificial y ficticio. Se presentan muchos Comités y en realidad son pocos los que funcionan de una manera efectiva. Sabe esto el Directorio y, aunque se esfuerza, no logra corregirlo ni remediarlo.

Cierto que ocurre lo mismo entre los incondicionales; pero ellos constituyen batallones y compañías disciplinadas, que obedecen sin réplica, que suprimen los arranques de la voluntad y los impulsos de la convicción, y que sólo han menester un cacique capaz de dominarles y constreñirles.

Library of Congress

El partido autonomista es una masa que piensa, y, por tanto, una masa que siente latir en su seno el germen del ideal, cuando no el ideal mismo perfectamente modelado. 197 Y requiere otras formas de gobierno interior, que puedan responder a su educación democrática.

Los Comités, en su casi totalidad, no hacen nada. Ahí están los Municipios, víctimas de la audacia conservadora. Ahí los presupuestos, que crecen de día en día, abrumando con su pesadumbre a los contribuyentes; ahí los abusos, que, por falta de crítica en los asuntos administrativos, se repiten con extraordinaria frecuencia. El puesto de los que deben fiscalizar se halla de cierto en Ponce, en la capital, en Humacao, en Aguadilla, en Guayama: en la colonia entera.

¿Envían fondos los Comités al Directorio? Creemos que no. Se recaudaron hasta mil quinientos duros, allá en abril o en junio de 1894, para un viaje a Madrid que habría sido útil en extremo y que no se realizó jamás; y luego los Comités cerraron sus bolsas y no recordaron que se les impone un tributo indispensable a la marcha de la colectividad.

De suerte que, desde el punto de vista económico, importante porque en él se basan los trabajos políticos, los Comités no dan señales de vida.

Y es que el desaliento mata en sus hombres el entusiasmo y la iniciativa; es que en cinco lustros de labor incansable no obtuvimos nada; es que todavía hoy, con tantas promesas halagadoras, aún tememos la burla y el engaño; es, por último, que LOS PROCEDIMIENTOS, NO LA DOCTRINA, que el partido sustenta, no le conducirán—y eso lo saben todos los autonomistas—a la victoria.

En las ciudades y en las aldeas la gente de más influjo se inhibe, se retrae, se aleja de los asuntos generales, y los Comités se agitan en el vacío, como el de Ponce, como el de la capital, como el de Arecibo, como casi todos, con la honrosa excepción de Caguas, Añasco, Juana Díaz, Barros y algún otro y quizá ningún otro.

Library of Congress

“No hacemos política; la política es una farsa. No nos place perder el tiempo. ¿Qué sacan ustedes de su lucha continua, de sus caídas en la cárcel, de sus malgastadas energías? Muéstrénnos los frutos de una labor tan hermosa y de un sacrificio tan grande.”

Esas palabras sonaron mil veces en nuestros oídos. Y 198 era difícil rebatirlas. Porque la verdad es superior a la dialéctica, y el hecho vale más que el silogismo.

DE HECHO, es escasísimo el número de los que a la hora de ahora combaten y se esfuerzan. *DE HECHO*, nadie se mueve para la defensa de los principios.

¡Cuarenta Comités! De los cuarenta, veinte no han vuelto a reunirse después del día en que se les eligió. No confían en nada, no esperan nada, y rehusan decidirse a una actividad estéril en la práctica.

Los que en el país, en los pueblos y en los campos, leen estos artículos, saben que escribimos la verdad, libre de máscaras hipócritas y falaces. Y la escribimos porque, a la altura en que estamos, con la hipocresía que se erige en sistema, con los caracteres que se achican y decaen, la verdad, ella sola, puede salvar al país del bizantinismo y del oprobio.

Léasenos sin prejuicios, y aguárdese que lleguemos al fin de este estudio, que está próximo. Idolatramos a nuestro terruño, y queremos verle digno, varonil, fuerte, dueño de sus propios destinos.

Si la anemia perdura, llegaremos, sin sangre y sin músculos, al anonadamiento moral.

Y sería triste que muriese, hoy que comienza a contemplar los albores de la vida, este pueblo que todavía conserva indelebles las marcas de su injusta servidumbre.

199

LA DEMOCRACIA 29 de abril de 1896. AL PAIS, LA VERDAD

V

Hemos demostrado que en realidad no existen Comités autonomistas capaces de un funcionamiento positivo; que la gestión del Directorio resulta estéril; que el *leader* no responde nunca a las esperanzas de sus correligionarios y que el país, liberal en su inmensa mayoría, se inhibe y se retrae porque no espera nada de una política que costándole sacrificios, no le ofrece compensaciones ningunas.

Hemos probado que, tras cinco lustros de brega dolorosa, la representación en el Estado, en la provincia, en el Municipio, fué poco a poco cayendo en poder de un grupo olígarca y tiránico, antes exiguo, ahora robusto y fuerte merced a las ventajas de un monopolio irritante, que entrega al país en manos de sus famélicos explotadores, avaros de acaparar lucros y copar cuanto en la colonia significa influjo y ganancia.

Hemos puesto de relieve que los hombres del alto comercio y de la Banca; los jurisconsultos, casi en su totalidad; los que figuran a la cabeza de nuestras falanges batalladoras, no entran en la vida pública, huyen de los cargos populares, y parecen tener miedo de que les confundan con nosotros, los que en cualquier sitio nos agitamos en la perseverante labor, en el continuo trabajo, en la activa propaganda del ideal que creemos redentor y sublime.

200

En semejantes condiciones ¿qué partido puede subsistir ni perdurar?

Bien está viendo el país que la juventud universitaria, apenas sale con sus títulos del paraninfo, apenas huella con sus plantas las arenas del terruño, se apresura a ingresar en las huestes integristas, o se decide a no tomar parte en las campañas patrióticas, o se contenta con ahogar sus convicciones en el fondo del cerebro para no dar en tierra con su porvenir.

Library of Congress

¿Cuántos médicos, cuántos letrados jóvenes quedan en torno de la bandera que tremoló el 87 el ilustre Baldorioty? ¿Dónde están los tribunos elocuentes que enloquecían a la multitud con su palabra de fuego en la asamblea de Ponce?

¡Ah! La respuesta es tan clara, que nosotros por sabida la callamos. Pero al volver los ojos a los días que caen, uno tras otro, en el abismo de la eternidad, al releer las páginas del libro en que se escribió nuestra primer acta constituyente, ¡qué tristeza!, vemos que muchos entre los hombres que allí brillan se oscurecieron bajo la penumbra de la indiferencia o bajo la mancha de la apostasía.

Héroes son los que quedan, dignos de que su abnegación se cante en las estrofas de una epopeya o se grave en planchas de mármol y de bronce.

Pero, aun siendo magníficos en su actitud, no son bastantes para constituir un partido robusto, que se imponga a los Gobiernos, obligándoles a consultarlos y, por lo menos, a respetarlos; un partido con recursos amplios, con jefes de talla, con disciplina invulnerable, con entusiasmo reflexivo, con capacidad, en fin, para hacer que se busque su apoyo y que se tema y se evite su protesta.

Los que en un partido así figuran, si con su credo se identifican, si con su programa comulgan, siéntense satisfechos de su filiación, y mantienen *a outrance* sus principios, porque la fe les conforta, y el éxito les anima, y el deseo de vencer les arrebató y les impulsa.

No es un partido tal el partido autonomista puertorriqueño. Los mismos que a él pertenecen no trabajan por él. Creen sin duda que les bastan las frases, y que no necesitan 201 llegar a los actos. Y de esa suerte, pedídes el menor tributo y encontraréis la excusa, la irresolución, la negativa, si es que no tropezáis con las excepciones, que son raras como el mirlo blanco en la ornitología.

Library of Congress

Nosotros pedimos la disolución porque el partido estaba disuelto y nos parecía más grande, más noble, cayendo con la protesta en el alma y con la amenaza en los labios, que viviendo en la inacción para morir en el escarnio.

Dijámoslo en esta serie de editoriales: elementos no faltan; más aún, elementos sobran, y es fácil, si vienen circunstancias que nos favorezcan, levantar, dentro ya de la autonomía, un gran partido en que formen los patriotas que hoy se aislan y se recatan en el retiro de su cómodo indiferentismo.

Hay *leader* de nombre, Directorio de nombre, Comités de nombre; no hay fuerzas, no hay energías, no hay lucha: *no hay partido*.

Los incondicionales dominan y dominarán, ellos solos, sin que nadie les estorbe, sin encontrar una verdadera oposición, eficaz, temible, encaminada con acierto y dirigida con firmeza.

¿Es necesario *QUE HAYA PARTIDO*?

Lo es; tan necesario, tan urgente, que, si llega cualquier reforma, se tocarán en la práctica las deficiencias que lamentamos, y se comprenderá la razón de nuestros tristes augurios.

¿De qué modo es posible realizar ese *desideratum*?

Procuraremos explanarlo en el próximo artículo.

Será el último.

202

LA DEMOCRACIA 30 de abril de 1896. AL PAIS, LA VERDAD

VI

Library of Congress

Para hacer frente a las eventualidades de la política colonial, en su aplicación a Puerto Rico, debiera existir un partido compacto, vigoroso, en que formaran, sin excepción, los elementos liberales de la colonia.

No basta tener patriotismo: es necesario tener fuerza. Y en las luchas de la política, como en todas las luchas humanas, se imponen siempre los que con más recursos acuden a la lidia.

¿Por qué no nació antes ese partido, o por qué no se robusteció el autonomista atrayéndose a los hombres de valer y de prestigio que hoy viven fuera de la colectividad a que les unen su historia y su simpatía?

Porque dentro del sistema actual eran inútiles, hasta hoy, todas las tentativas: en un grupo, los victimarios; en un montón, las víctimas; tal es la síntesis de nuestra desventura.

¿Se prolonga el sacrificio en lo porvenir?? Pues huelga pensar en una concentración que al cabo quedará nula y se disolverá por infecunda y por estéril.

Pero hay signos evidentes de que no puede subsistir el *statu quo*. Y al iniciarse un régimen nuevo, si se inicia de un modo formal, es indispensable que el país se disponga a intervenirlo y a aprovecharlo.

No es cosa de permitir que los incondicionales se apoderen de la máquina administrativa, ni de tolerar que 203 la muevan a su antojo, asignándonos el papel de espectadores sumisos y pacientes.

Con la cuota de diez duros, que entrega el censo a la burocracia, no es dable que tomemos parte en la función de títeres, que dependen de los alambres manejados por el ministro de Ultramar.

Y aún con una cuota menos dura, si las leyes no cambian, si los alcaldes quedan al arbitrio del Gobierno, si los Municipios carecen de autonomía, si nuestros asuntos se resuelven en Madrid, si nos aguarda la eterna burla, ¿a qué continuar en la brecha?

Es más digno, más honroso, más altivo renunciar a la esperanza de días risueños y echarnos en brazos del pesimismo y abandonarnos de una vez a la fatalidad.

Perder tiempo en infantiles escaramuzas no es propio de un pueblo que quiere ir adelante y que, entre el suicidio y la abyección, prefiere el suicidio.

Ahora bien; estamos en un minuto de crisis, del cual es posible que salga la muerte con todas sus negruras, y es posible también que salga la vida con todas sus esplendideces.

Y si conviene aquí *hacer política*; si es bueno intervenir de una manera eficaz en la contienda, ¿persistirán en su conducta egoísta nuestros compatriotas, los que en virtud de su posición o de su inteligencia están en aptitud de prestar a la patria su concurso personal?

No lo creemos: no lo creeríamos aunque ellos nos lo asegurasen. Porque entonces llegaría el instante de declarar *urbi et orbi* que en este rincón del mundo se agotan totalmente las virtudes cívicas, y que en vez de agitarnos en una sociedad de hombres dignos, nos agitamos en un antro donde sólo caben la vil codicia del lucro y la mísera fiebre del metal.

Si tal caso llegara, no quedaría más camino que el de la emigración, para librarse de la vergüenza y del oprobio que caen sobre los que, por evitarse disgustos y molestias, olvidan sus deberes más sagrados y dejan que la tierra en que nacieron se convierta en sierva voluntaria de cuantos pugnan por oprimirla, escarnecerla y agraviarla.

Cuéntese con el auxilio de todos: desde el poderoso banquero hasta el ínfimo negociante; desde el hábil jurisconsulto hasta el modesto menestral. Y con todos fórmese, cuando llegue el día, el partido que reclaman las circunstancias.

Autonomista su programa, por la razón sencilla de que no caben retrocesos; robusto su organismo, porque la debilidad no resiste el trabajo de las grandes empresas; inviolable su disciplina, porque si no hay autoridad no hay unidad, y si no hay unidad no hay fuerza.

Sobre esa base, el edificio se alzaré gigantesco, a prueba de adversidades y reveses. El país, dividiéndose en fracciones, no realiza nada; el país, uniéndose en haz apretadísimo, llegará adonde se proponga llegar.

Nosotros no fiamos en la eficacia de un organismo desmedrado y raquítico, que se desmembra porque no encaja en la realidad; en un organismo sólido, lleno de robustez y de firmeza, nutrido por la savia del entusiasmo, es justo y discreto fiar sin reservas. Y como ese organismo no existe ni funciona, es preciso crearlo para que Puerto Rico se apoye en sus propios elementos, y para que no sufran sus hijos lo que sufren, sintiéndose *extranjeros en el territorio de la patria*.

No es hora todavía de comenzar la propaganda ni de lanzarse a la acción; tal vez no lo será nunca; pero, si soplan aires de libertad y de justicia, recuerden los puertorriqueños que un deber muy estricto les reclama; que no tienen derecho a ocultarse ni a inhibirse y que para los más ilustres como para los más humildes, hay sitio en las falanges llamadas a combatir por el ideal.

205

***LA DEMOCRACIA* 11 de mayo de 1896. LAS REFORMAS**

Aunque es conocido el criterio de este periódico, conviene fijarlo más aún.

Las reformas vendrán: esto es evidentísimo. ¿Cómo? Esto lo sabe el Gabinete de Madrid.

Library of Congress

Acaso no lo ignora el Gabinete de Wáshington.

Si vienen tan amplias que se confunden con la autonomía canadiense, si se basan en el sufragio del pueblo y no en el voto de la burocracia, si son una realidad y no una burla, nosotros las aplaudiremos mucho y cooperaremos a su aplicación.

Pero entiéndase bien que necesitamos y pedimos libertades completas para el Municipio, que formará sus presupuestos, nombrará sus empleados, dictará sus ordenanzas y “resolverá todos sus asuntos y administrará todos sus intereses” sin la tutela de ningún otro poder de la colonia ni del Estado.

Entiéndase que necesitamos y pedimos una Cámara puertorriqueña legislativa, un Consejo insular ejecutivo, con atribuciones bastantes para cuanto tenga carácter local, no excluyéndose las leyes de índole política y civil, ni los aranceles, ni los tratados de comercio, ni la reglamentación aduanera. El *self government*, en fin.

Así la obtendrá Cuba, y, aunque no fuimos a la manigua, aunque no impusimos a la patria dolores y sacrificios, merecemos que se nos trate como a Cuba, y que se reconozca nuestro derecho a las grandes reivindicaciones.

Si las reformas se nos adelantan con el fin de darlas con mayor amplitud a los cubanos, si a ellos se concede 206 la autonomía y a nosotros el *arreglo* de Abarzuza, ni la conveniencia ni el decoro nos permiten aceptar ese nuevo vejamen. Y, *La Democracia* protestará, como protestó siempre, contra los opresores de un pueblo que purga el enorme crimen de su legendaria mansedumbre.

Lo de Abarzuza será para los integristas de Puerto Rico. Ya se dice que la Diputación ha de informar si es bueno o malo que se achique la cuota. Informará que debe pronunciarse el *noli me tangere*: que la cuota es sagrada e intangible.

Library of Congress

Y con la cuota, con el favor oficial, los integristas prolongarán su predominio, y caerán en sus manos las reformas, y estaremos peor que antes, ya que nuestros adversarios dispondrán de superiores medios en sus ansias de medro y de influjo.

Reducidas a tales términos las reformas, las combatiremos sin tregua. Y no nos importará que al implantarlas finja el gobernador que oye y complace a los jefes autonomistas, pagándoles así el *obsequio* de la *no disolución*, porque la táctica es vieja y los agasajos se limitarán a cosas sin importancia y representarán un escarnio más en la historia de nuestros infinitos desastres de la Fortaleza.

Ahora bien; si se nos iguala con Cuba, si a Cuba envían, y si Cuba admite, reformas con enmiendas y recortes, reformas en que previamente se abren portillos a la arbitrariedad y al cesarismo, nosotros pasaremos, a semejanza de Cuba, por las horcas caudinas y buscaremos *EL MODO DE LLEGAR AL PODER*, a fin de que no sean solos los integristas los amos de la tierra en que vivimos.

En este caso se impone un cambio de rumbo en los partidos coloniales, porque sería quijotesco y tonto dejar que sigan los conservadores funcionando de martillos, y nosotros, como yunque, recibiendo el golpe despiadado de una reacción capaz de tragarse la isla entera: ¡tan insaciable y tan devorador es su apetito!

En resumen:

Si viene la autonomía verdad, la recibiremos con palmas y vítores; es nuestro triunfo, o más bien nuestra salvación tras el triunfo de los cubanos que la conquistan.

207

Si vienen las reformas de Abarzuza con vistas a Cangrejos (1) , para que, al traer a Cuba un nuevo régimen, esté todo hecho en Puerto Rico, rechazaremos indignados esa mengua.

(1) Alude al cacique integrista, D. Pablo Abarri, conde de Santurce (antes Cangrejos).

Si a Cuba y a Puerto Rico vienen reformas iguales, sean las que sean, con tal de que supongan un progreso, trabajaremos porque las apliquen los elementos liberales del país, *DESDE EL PODER.*

Hablamos sin ambages.

Y esperamos sin impaciencia.

208

LA DEMOCRACIA 16 de junio de 1896. ¿Y AHORA...?

Cuando en distintas épocas, persiguiendo fines eminentemente prácticos, aconsejó *La Democracia* una inteligencia del partido autonomista puertorriqueño con el partido fusionista español, combatiósenos de un modo implacable.

Y uno de los más duros argumentos que contra nuestra propaganda inventó el romanticismo platónico, consistió en suponer, en predecir, en afirmar que el señor Sagasta no se dignaría admitirnos entre los suyos jamás.

“Para apoyarse en la colonia ya tiene a los incondicionales, y no romperá sus compromisos de veinte años, no borraré sus antecedentes, por correr aventuras con nosotros y por tendernos la diestra con generosidad soberana.”

A tan burdas razones respondíamos siempre que un régimen expansivo se impondrá en un porvenir muy próximo, y que los liberales de allende el Atlántico *no son compatibles*, dentro de tal régimen, con sus amigos de ahora.

Library of Congress

Y añadíamos que, siendo nosotros, más que los reaccionarios, afines al señor Sagasta, se sentirían él y sus partidarios mejor en nuestra compañía que en compañía de los que con sus intransigencias comprometen a España.

Aquellos vaticinios se cumplen. Los señores Sagasta, Moret, Maura, López Domínguez, Núñez de Arce, Castelar, oyeron con simpatía y acogieron con amor nuestros propósitos, de que no nos arrepentimos, porque proceden de honda convicción.

Y en estos instantes se exterioriza la tendencia que impulsa hacia nosotros, hacia nuestra grande y noble causa, a los directores y a las masas del partido sagastino.

209

“Somos incompatibles con los incondicionales de Cuba y con los de la Unión Constitucional de Cuba.”

Ahí están las palabras textuales de *El Correo* que pueden y deben considerarse escritas, después de meditadas por el jefe liberal, por el mismo señor Sagasta.

Y si no bastase una actitud precisa y tan resuelta, tendríamos otro artículo, de *El Correo* también, que conocerán muy pronto nuestros amigos, ya que sólo por falta de espacio no lo reprodujo antes este periódico.

Además, un autonomista cubano de los verdaderamente distinguidos, el señor Perojo, director de *El Nuevo Mundo*, ex diputado por la Habana, nos escribe en carta particular un párrafo que *ad pedem literae* es así:

“Las cosas políticas parece que han de cambiar muy pronto. Ya usted ve que el partido liberal casi se reconoce incompatible con los incondicionales de Cuba y Puerto Rico. No es esto aún acuerdo general; pero son corrientes de la mayoría del partido, que no tardarán en prevalecer.”

¿Mantienen aún su tesis los fanáticos de la república como si a la república no pudiésemos ir en el acto mismo en que se proclamara?

La mantienen, de seguro, porque aquí, antes que al bienestar de la tierra nativa se atiende a las personalidades, a los recelos, al afán de no seguir banderas levantadas por extraña mano, y a la necesidad de ofrecer pleito homenaje a un *leader* que no se preocupa de conquistarlo ni de merecerlo.

Medite, no obstante, el país que quiere a toda costa *dejar de ser yunque para trocarse en martillo*; piensen los hombres que no se prestan a *seguir haciendo lo que conviene a sus adversarios*; reflexionen los patriotas de corazón que ven el terruño empobrecerse y deprimirse sin que logren sus hijos administrarle y salvarle.

No es tiempo ahora de realizar evoluciones de ningún género: el problema de Cuba no deja espacio a otros problemas, y en tanto que no reciba solución ese conflicto, parécenos inútil y arriesgado intentar nuevos rumbos.

¿Acaso sabemos hacia dónde nos empujará con su brazo de hierro la fatalidad? ¿Acaso conocemos nuestro próximo porvenir? 14 CAMPAÑAS I

210

Pero si no se rompe—y que se rompa es muy difícil—la unidad de la patria, si Cuba continúa llamándose española, o si a Cuba y a Puerto Rico no se concede una autonomía radical y absoluta; en una palabra, si, después de las presentes luchas, la metrópoli, y sus estadistas, y sus partidos, quedan en actitud de ejercer en ultramar su influjo poderoso, no habrá más que un camino, y es el que nosotros, desde 1890, estamos indicando.

Para ese día deben reservar su concurso los numerosísimos compatriotas que nos piden con empeño un acto formal y decisivo.

La Democracia va mucho más lejos que el programa autonomista actual; *La Democracia* no se detiene ante la autonomía política completa; pero *La Democracia* pugna porque sea un partido liberal, democrático, puertorriqueño quien implante y mantenga el nuevo régimen.

Es el único medio de que no resulte de las reformas una burla inicua y un sangriento ultraje.

211

LA DEMOCRACIA 29 de junio de 1896. LOS PRINCIPIOS

Desde que se inició, en 1890, la propaganda de una inteligencia con el partido liberal español, vienen combatiéndola sus adversarios, cada día menos numerosos y menos importantes, en nombre de los principios autonomistas.

Consciente o inconsciente, hay aquí un error que es útil desvanecer, para que no determine otros errores más graves.

Ninguno de los que desean que, uniéndose al señor Sagasta, ocupen su turno en el gobierno de la colonia los hijos del país, se propone restar un ápice al programa que sancionó la asamblea de Ponce; antes bien es indispensable ampliarlo, extenderlo, dándole mayor alcance hasta tocar en los límites de una verdadera autonomía.

Sólo pueden y deben alterarse los procedimientos. Hoy aplican las leyes los conservadores, y, al aplicarlas, como son sus enemigos, las desvirtúan, a fin de que se adapten a sus gustos, a sus necesidades o a sus intereses; mañana la aplicarán los liberales con espíritu democrático que satisfaga plenamente nuestras ansias de libertad y de justicia.

Library of Congress

¿Qué representan las reformas, por amplias que se decreten, si caen en manos de la camarilla incondicional? Pues representan una burla y un escarnio para nosotros y un medio de acción para nuestros contrincantes.

¿Qué representan las reformas, por estrechas que se voten, si se coloca a los liberales en aptitud de utilizarlas? Pues representan una radical transformación en nuestro 212 régimen colonial: la muerte del caciquismo y la vida del derecho.

Los principios subsistirán, enteros, en su absoluta pureza; pero variarán las condiciones en que han de venir a la práctica.

Cuando sean correligionarios nuestros desde el presidente del Consejo de ministros hasta el más humilde escribiente de las Alcaldías; cuando se desarrolle nuestro influjo, sin recortes y sin trabas, en el gobierno de la isla, entonces la autonomía existirá en los hechos, aun en el caso de que no exista en los códigos.

Esa es una solución clara, y, si Puerto Rico no lo impide, será una solución próxima. Ya hemos visto de qué modo el señor Sagasta y sus falanges poderosas se declaran, en las columnas de *El Correo*, casi incompatibles con los incondicionales de ambas Antillas; ya hemos leído en *El Correo* mismo estas frases concluyentes:

“Si sólo se tratara de afecciones personales, seguramente estas afecciones nos llevarían del lado de la Unión Constitucional, porque en estas filas militan antiguos amigos nuestros, personas por nosotros muy estimadas.

Con autonomistas y reformistas, nuestras relaciones son más superficiales.

Pero no se trata de *PERSONAS*, sino de *TENDENCIAS*. ”

Esas palabras lo dicen todo.

Library of Congress

En cambio, ¿qué solución ofrecen los que ansían mantener un *statu quo* que aprovecha a los explotadores de la ínsula, asegurando su despótico imperio en las Cortes, en la Diputación, en los Municipios, en los centros económicos, y aun en los negocios y en las especulaciones particulares, por el favor que encuentran y la protección que disfrutan?

Para rechazar, de un modo serio, una fórmula cualquiera, es preciso presentar algo que la remplace. ¿Donde está la fórmula de los que se obstinan en trabajar para el gran Comité conservador?

Nosotros queremos que los puertorriqueños gobiernen en Puerto Rico; y no nos limitamos a quererlo de un modo platónico, sino que señalamos una vía fácil y segura, capaz de conducirnos a la meta.

213

Imítennos los que con nuestras ideas no comulgan—que resultan a esta hora muy pocos—y, si aducen razones, tal vez lograrán convencernos de que son falsas las teorías aquí sustentadas y de que conviene sacrificar a la rutina el bienestar de todo un pueblo, anhelante ya de influir en sus propios destinos.

214

LA DEMOCRACIA 18 de julio de 1896. NI REPUBLICANOS NI MONARQUICOS. ¡PUERTORRIQUEÑOS!

En uno de sus castizos editoriales, que leemos siempre con amor, porque siempre nos enseñan algo, afirma *El Criterio* que no es dable, a causa de su filiación republicana, ingresar en el partido fusionista, esencialmente monárquico.

Nosotros, saludando en el colega una honradez sin tacha y un entendimiento de primer orden, aplaudimos la pureza de su ideal, reconocemos la hidalguía de su conducta, y, no obstante, planteamos ante su conciencia esta cuestión:

Library of Congress

“¿Deben preocuparse los colonos de la forma de gobierno que se dé a su metrópoli, luchar por modificarla o destruirla, ejercer en ese terreno sus actividades, o deben, por el contrario, limitarse a la tarea de su propio bienestar y de su propia vida?

¿Tienen medios seguros de influir en los destinos de la patria, derrocando a un rey y levantado a una república, o les cuadra mejor admitir, como cosa secundaria y accidental, ajena a su órbita circunscrita, lo que en ese punto logran los partidos nacionales?

En una palabra, ¿puede, dentro de los dictados del patriotismo, aislarse por completo un hombre político de la colonia, inhibiéndose de la acción y del combate, si es republicano, mientras dure en la nación la monarquía sin ninguna probabilidad de muerte?”

Plácenos mucho debatir con *El Criterio*, porque sus formas, 215 cortesés y suaves, no dan acceso nunca al personalismo, ni a la diatriba, ni a la reticencia, que jamás conviene emplear cuando se discute con hermanos y no con enemigos.

Nosotros fuimos y somos tan entusiastas de la república como el colega; pero entre la república y el interés de Puerto Rico, la elección no nos parece muy dudosa; y sacrificamos la bella abstracción imposible a la fecunda realidad inmediata y positiva.

Nuestro cariño más hondo y más intenso no es para aquella diosa del Olimpo democrático, sino para este pobre país indefenso, que necesita, por parte de sus hijos, una consagración absoluta a la tarea de robustecerle y una abnegación sin límites para el sacrificio.

Ningún dolor tan grande como el que se desborda en nuestra alma al rendir a esta tierra el holocausto supremo, el de las ilusiones que arrullaron nuestra juventud batalladora; el de los ensueños en que se sumergió mil veces nuestra fantasía revolucionaria.

Pero, ¿qué sería de Puerto Rico si todos los que en su suelo llegaron al mundo, declarándose republicanos se pusiesen en actitud de no imperar sino con la república?

Library of Congress

¿Con la república, que se aleja cada vez a mayor distancia en el horizonte, que hoy es sólo una sombra triste y que mañana no será más que un vago espejismo?

Seguirá el pueblo en la roca de su martirio, sin esperanza, sin refugio; redoblarán sus depreciaciones los que le explotan a mansalva; no tendrán oposición seria y formal nuestros adversarios y se burlarán a su gusto de nuestra sacrosanta hidalguía y de nuestra candidez archisublime, mientras se afirman ellos en su absoluta omnipotencia, que nosotros nos encargamos de robustecer y de consolidar *in eternum*.

Más que Pérez Moris, más que Ubarri, más que Villar, merecemos nosotros que, al reunirse en junta magna los señores inviolables e infalibles, nos concedan un voto de gracias, ardiente y unánime, por el concurso que prestamos a su productivo monopolio.

Aquí no se trata—y *El Criterio*, que dispone de una sagacidad profunda, lo sabe mejor que nosotros—, aquí no se trata de fundar monarquías ni repúblicas; se trata de que, al implantarse la autonomía que llega en alas del tiempo, se implante con nuestros amigos y no con nuestros adversarios; que venga para nosotros y no contra nosotros; que no se vean los mismos que la defendieron como una égida gloriosa obligados a maldecirla y abominarla como un estigma sangriento.

Nosotros, en política, y refiriéndonos al pueblo en que nacimos, no somos, no debemos ser monárquicos ni republicanos; nos basta ser puertorriqueños; y de la monarquía, de la república, de cualquier situación y de cualquier Gobierno, aceptaríamos la libertad y el progreso del terruño.

Los autonomistas de Australia y del Canadá viven bajo la monarquía, no esperan la república, y bien podríamos cambiar por el suyo nuestro problema.

Los autonomistas de Irlanda están, *a outrance*, con el partido liberal inglés, y de Gladstone, que es monárquico, y que sirve a la reina Victoria, aguardan su próxima reivindicación.

Library of Congress

Si se convocase un plebiscito y en él votaran nuestros correligionarios, resultarían de cien mil votos, noventa y nueve mil novecientos por la república. Entre nosotros no hay monárquicos.

Pero, ¿quién es más patriota—responda *El Criterio* con la sinceridad que es una de sus más notorias virtudes—, quién es más patriota, aquel que reprime en el alma su ideal y lo ofrece como tributo a la región nativa, o aquel que lo mantiene enhiesto, aunque choque con la evidentísima conveniencia del país?

Sagasta se declara *incompatible* con los incondicionales; León y Castillo les niega *idoneidad* para la cosa *pública*; Maura asegura que debe establecerse en las colonias el turno pacífico de todos los partidos en el Gobierno. El árbol inclina hacia nosotros sus ramas repletas de frutos. ¿Todavía volveremos la espalda? ¿Probaremos todavía menor *idoneidad* que los integristas?

Si quisiéramos, por lucros nuestros o de nuestros amigos, ir al señor Sagasta, iríamos bien acompañados; pero así no iremos jamás; porque lo útil para el pueblo, lo que decide de una vez nuestra fortuna y nuestro porvenir, es que nos unamos todos o casi todos, y juntos, sin pararnos en sutilezas, lleguemos adonde sea preciso para salvar nuestra isla de las vergüenzas que la agobian y de las desdichas que la poseen.

Porque, al fin, no somos ni republicanos ni monárquicos.

¡Somos puertorriqueños!

218

LA DEMOCRACIA 30 de julio de 1896. EL ACTO DE CAGUAS (1)

LA COMISIÓN

Library of Congress

(1) Para darse cuenta más clara de los factores que directamente determinaron esta actuación del Partido Autonomista, véanse los artículos “Apuntes para un libro”, reproducidos en esta obra.

Empieza este trabajo por el fin. Antes de examinar en su contextura, en sus propósitos y en sus facultades a la Comisión autonomista, deberíamos estudiar la asamblea—no merece otro nombre—de que procede. Pero preferimos desobedecer a los mandatos de la lógica para que el país no soporte ni un día la impaciencia natural con que aguarda informes y noticias.

En el seno de la Comisión están perfectamente ponderados los elementos políticos que actúan entre nosotros. Presidirá el señor Labra, cuyo influjo en el centralismo es innegable. Y junto a los señores Brioso y Degetau, que representan el sentido republicano entusiasta y activo, figurarán los señores Matienzo y Muñoz, que sacrifican sus ideales, posponiéndolo todo a los intereses del terruño y aceptando de cualquier Gobierno la autonomía verdadera, la autonomía práctica que persigue.

De tal suerte existe un equilibrio capaz de producir muchos bienes, ya que los comisionados se someterán, sin excepciones, a las exigencias de la realidad, en relación inmediata con las necesidades y los anhelos de la agrupación que les envía.

Por otra parte, las instrucciones acordadas resultan terminantes. 219 La Comisión, según ella, sólo tiene carácter informativo. Estudiará sobre el terreno a los partidos peninsulares, verá cual le brinda más ventajas, tratará de conocer a fondo lo que puede esperar de cada uno, desde Sagasta a Pí y Margall, y volverá a la isla, y dará cuenta de sus trabajos y de sus luchas; de sus triunfos o de sus desastres.

Al admitir un encargo tan honroso y tan difícil, los patriotas de la Comisión se despojan de sus particulares tendencias y van a la península dispuestos a responder, con su conducta

Library of Congress

noble y fiel, a la confianza de sus conciudadanos, que esperan oír acentos de verdad y de honradez y que los oirán de seguro.

Sólo en un caso la Comisión pactará en definitiva: ese caso es el de que el señor Sagasta acepte íntegro el credo autonomista, lo haga suyo, lo proclame en las Cortes y prometa desarrollarlo en el poder, apoyándose, el día que trate de inspirarse en sus doctrinas, en nuestros correligionarios, únicos que tienen derecho a instaurar el sistema que iniciaron en Ponce y que aún sostienen a costa de amarguras inmensas y de tremendos sacrificios.

Quizá los partidos de la monarquía no se decidirán—nosotros creemos que sí y para creerlo nos sobran motivos—a prohijar nuestro programa. Entonces iremos a los partidos de la república. Y si la república no llega, fiaremos al porvenir la causa de nuestra redención y de nuestra dignidad, y llegaremos, si es preciso, a las supremas abnegaciones del civismo.

Hoy como nunca se impone la concordia más completa en el campo liberal; de otro modo, los hombres que van a Madrid no tendrán detrás una fuerza que les sostenga en la campaña y que dé autoridad y peso a sus actitudes.

En Caguas ofrecíamos un alentador espectáculo: se nos creyó divididos y aparecemos con una sola bandera, con una sola aspiración; se nos juzgó intolerantes, y no escaseamos los muestras de una benevolencia exquisita; se nos creyó inhábiles y torpes, y probamos que ni la inhabilidad ni la torpeza son vicios que arraigan y fructifican en nuestro pueblo.

220

El primer paso está dado. Ahora todo estriba en la sensatez de los estadistas nacionales, a quienes no ciegue la ambición de medro y a quienes no perturbe la pasión, que no fué nunca buen acicate para determinar acciones útiles y dignas.

221

LA DEMOCRACIA 3 de agosto de 1896. NI VENCIDOS NI VENCEDORES

La Prensa incondicional, hábil y maquiavélica, pretende, con motivo del acto de Caguas, introducir la discordia entre los elementos liberales, y presentar al Directorio y a “El País” en contradicción con sus anteriores actitudes.

Para responder a ese propósito afirma:

“Que el partido autonomista de ahora no es el partido autonomista de antes.

Que los recientes acuerdos destruyen la doctrina creada por la asamblea de Ponce.

Que nuestros directores rectifican su conducta orientándose hacia la monarquía.

Que *La Democracia* y sus hombres obtienen un triunfo rápido y estrepitoso.”

Aludidos, llevados de artículo en artículo al iniciarse la polémica, necesitamos aclarar conceptos, a fin de que el Directorio y *El País* ocupen el sitio de honor que les corresponde.

La Delegación, al reunirse en Caguas, discutió, durante cinco horas consecutivas, la oportunidad, la conveniencia de cumplir un acuerdo de la asamblea de Mayagüez, *estableciendo inteligencias o alianzas con los demócratas peninsulares que acepten el programa autonomista.*

Y convencida de que es oportuno y conveniente el cumplimiento de aquel acuerdo, nombró una Comisión que presidirá el *leader* y que se compondrá de dos correligionarios que no renuncian al ideal republicano, Brioso y Degetau y de otros dos que sacrifican ese ideal, porque juzgan el sacrificio necesario a la vitalidad colectiva y al progreso regional, Matienzo y Muñoz.

Library of Congress

Pero no existen ni pueden existir cambios de ninguna 222 especie en los principios que todos sustentamos. Quizá varían los procedimientos: las ideas permanecen inalterables e inalteradas.

La Comisión es un punto de partida. Su viaje a Madrid un viaje de estudio. Y la asamblea, en último término, resolverá definitivamente, teniendo en cuenta los datos, los informes que traigan a su seno sus mandatarios. Ya lo decíamos en recientísimo editorial: “ Sólo en el caso en que el señor Sagasta acepte íntegro nuestro credo, lo haga suyo, lo proclame en las Cortes y prometa desarrollarlo en el Poder”, la Comisión se sentirá con facultades para suscribir el pacto. Si se borra una línea, si se niega un punto, si se restringe un derecho, el partido pronunciará su última palabra, y, entre republicanos y monárquicos, se inclinará a los que ofrezcan mejores y más inmediatas garantías.

La Democracia cree que el señor Sagasta, estadista experto, cuya capacidad política nadie se atreve a poner en duda, *hará* suyo el programa nuestro, porque ese programa coincide con la ley Abarzuza, y porque ya declaró que *si la autonomía es necesaria a la pacificación de Cuba, se considere firmada por él.*

Y si el señor Sagasta y sus amigos admiten las soluciones que hemos de llevarles y las plantean en el poder y en nosotros se apoyan al aplicarlas, ¿es sensato, es patriótico restarles nuestro concurso activo y leal?

En el acto da Caguas no triunfó ninguna tendencia; no hubo allí vencedores ni vencidos; hubo hermanos que pe?segúan y que seguirán persiguiendo, el bienestar de su tierra, que sólo podrá vivir feliz y tranquila, bajo el estandarte de la patria, cuando sus hijos sean españoles en la realidad y no siervos proscritos de toda influencia en la administración y en el gobierno de la colonia que nutren y fecundan con su trabajo.

Los gobernantes españoles no procederían bien si nos rechazaran. Vamos a una identificación completa con la nacionalidad, no pedimos nada imposible, y arrostrarán

tremendas responsabilidades los que, en vez de tendernos la diestra y atraernos con cariño, nos acojan con desconfianza y nos arrojen a la desesperación.

223

LA DEMOCRACIA 5 de agosto de 1896. LOS QUE LUCHAN. LOS QUE ESPERAN

Se presentaron a las Cortes las reformas de Maura en 1893. Aplicadas en aquella sazón, abrían podido evitar las rebeldías del Baire, que muy pronto sublevaron a toda Cuba. Opusieron los integristas, corrió entre sus representantes la orden de *statu quo o muerte*, y el Gobierno, tímido, débil, sin fuerzas que le apoyaran en la colonia, se detuvo.

Reprodújose el propósito en 1894. Llegaba ya con la bandera del partido reformista cubano. Castelar dió un ministro que defendiese la nueva ley; renació el obstruccionismo incondicional; libró batallas, extremó recursos; pero en vano: la opinión estaba hecha y Abarzuza logró ver el espectáculo de las reformas convertidas en derecho constituyente por las dos Cámaras.

Era tarde: Martí había previsto el golpe y un complot formidable extendía su influjo desde Bayamo a Pinar del Río. La guerra, fácil de impedir dos años antes, estalló en 1895, aún no aplicado a las Antillas el código que les diera el Parlamento español. ¿Hay responsabilidades? Las hay, y pertenecen por entero a los monopolizadores de la patria, a los que, para sus negocios y concupiscencias, quieren que los hijos de estos países sean los perpetuos esclavos sin dignidad, los miserables ilotas sin esperanza.

Todavía resisten a la tremenda sacudida que les desconcierta; todavía pretenden que, en su exclusivo obsequio, muera del vómito la juventud española en las sábanas de América, y se arruine, millones tras millones, el tesoro 224 nacional. Padecen la hidrópica sed del predominio y del lucro. Maldicen la libertad y sólo se creen seguros en el baluarte de un despotismo sustentado por doscientas mil bayonetas.

Library of Congress

Ciegos están: más no está ciega España, y empieza a comprender el peligro de esa adhesión que tanto le cuesta. España, por los órganos de sus partidos liberales, habla al fin y dice a los colonos: “Me equivoqué y rectifico. Es necesario que viváis libres y felices bajo mi bandera gloriosa. ¿Buscáis la autonomía? Pues la tendréis conmigo. ¿Es ese el precio de la paz? Pues dadlo por recibido.”

Ahora bien: Cuba tiene una historia de sangre y de lágrimas; Cuba machetea en sus campañas a los soldados españoles. Para que depongan las armas se le ofrecen las amplitudes de un régimen a cuya sombra la Australia y el Canadá viven satisfechos de su metrópoli europea. Puerto Rico no se sublevó nunca; no costó sacrificios a sus descubridores. ¿Puede y debe dársele inmediatamente, sin demora, lo que se brinda a su hermana, la soberbia, la indomable, la rebelde?

A esa pregunta se responde con una afirmación rotunda, o no hay lógica en el mundo ni conciencia en la política. Si es justo dar a los cubanos lo que piden, porque pelean, y si es lícito negar lo que piden los puertorriqueños, porque no pelean, entonces, en este caso triste, ¿no trazan los poderes metropolitanos la senda única de la rebelión? Y como tal cosa es un absurdo, como tal conducta es una iniquidad, nosotros parafraseamos las declaraciones del señor Sagasta en esta forma:

““ Si la autonomía se considera necesaria para restablecer la paz en Cuba, téngase como firmada por mí. Y pues en Puerto Rico la paz resulta un hecho positivo, secular, legendario, a Puerto Rico llevaré la autonomía.”

Así lo esperamos; y esperándolo iremos a Madrid. Y para que el Gladstone español cuente con fuerzas en qué basar sus iniciativas, se las llevará este pueblo, honradamente, lealmente, a fin de que el sentimiento patrio no sea aquí una imposición de los fusiles y de las ametralladoras, sino un producto del cariño, de la gratitud, y aún, si 225 se buscan causas menos ideales y románticas, una resultancia del interés y del cálculo.

Porque a ningún pueblo conviene mirar sus ciudades abrasadas por el incendio y sus campos yermos par la tala, y su riqueza perdida por la forzosa inactividad, y sus hombres ilustres en la emigración y en la miseria, y sus familias vagando sin pan y sin abrigo, y la matanza y el odio, funestas emperatrices, irguiéndose sombrías en todos los que fueron luminosos y claros horizontes.

Cuba lucha. Puerto Rico espera. España dirá quién tiene razón.

226

LA DEMOCRACIA Febrero 22 de 1897. ¿TU QUOQUE? (1)

(1) Con motivo de los primeros pasos que dieron los ortodoxos puros o autonomistas (hoy republicamos) para formar colectividad aparte. Al llegar la Comisión autonomista de Madrid, con promesas públicas de Sagasta de implantar las reformas autonómicas por medio del partido liberal (autonomista), no bien llegase al poder, se celebró una asamblea en San Juan, en el Teatro Municipal, para ratificar o anular el pacto con el partido de Sagasta. La votación, después de un acalorado debate, fué: por el pacto, 79; contra el pacto, 17. El Dr. José Celso Barbosa, jefe de los 17, se retiró de la asamblea “llevándose”, según dijo, “la bandera del autonomismo puro”. Véanse los artículos “Apuntes para un libro”.

La isla toda se hará, de seguro, en estos días, preguntas rebeladoras de gran sorpresa.

¿Va a nacer un cisma que perturbe la evolución patriótica realizada en el teatro de San Juan?

¿Encuentra ese cisma mantenedores que le den impulso, fuerza y robustez?

Si el cisma brota, ¿quiénes son los culpables de un mal tan profundo y tan innecesario?

A las dos primeras interrogantes responderá el tiempo.

Library of Congress

Al tercero contestamos nosotros, con mesura inalterable; pero así mismo, con absoluta sinceridad.

Los señores Rossy y Sánchez Barbosa, para los que tuvo siempre *La Democracia* frases de cariñoso estímulo, no están conformes con nuestra incorporación al partido liberal.

Podían manifestar su disgusto, retirarse a sus hogares, desconfiar de las soluciones que aconsejaran y aguardar 227 a que un desastre nuestro les diera ocasión de imponer sus juicios.

¿Quieren que sólo la república salve a Puerto Rico? Pues nadie les impide constituir su grupo republicano y restar su concurso a nuestra obra política.

Pero proceder como proceden; lanzar un manifiesto con el propósito de traer la división, apropiarse la única representación de nuestros ideales comunes; dejarse llamar Directorio después que les sustituya una asamblea soberana, no es justo ni es correcto.

¿Dicen al gobernador que apoyarán a cualquier hombre de Estado que implante la autonomía?

Y bien, puesto que la implantará el señor Sagasta, tenemos el apoyo de Rossy y de Sánchez Barbosa.

¿Dicen al país que defienden y conservan el credo autonomista de Ponce?

Y bien, puesto que nosotros también lo conservamos, sin causa ninguna, sin razón y sin pretexto.

Comprendería cualquiera que no se resolviesen a seguir nuestro camino por escrúpulos nobles, por amor al régimen republicano, por devoción a viejos y venerandos ideales.

Library of Congress

Lo que ni el más humilde patriota comprende es que, coincidiendo con la mayoría en el fondo, con las afirmaciones autonomistas, que constituyen la base de nuestra existencia, se alejen de la mayoría pretextando que estos se unen al señor Sagasta mientras ellos ofrecen su devoción al señor Sagasta y al señor Cánovas.

¿Qué es esto?

¿Qué significa esto?

¿Acaso, por leves detalles, por nimias diferencias, se rompe la unidad, se mata la concordia, se levanta banderín de enganche, se busca adeptos para la rebelión, se acepta la responsabilidad, tal vez el remordimiento, de impedir que se nos otorgue el influjo oficial y favorecer el exclusivismo conservador?

En la asamblea, antes y después de la asamblea, los señores Rossy y Sánchez Barbosa —amigos nuestros muy queridos— declaraban que no combatirían la incorporación, limitándose a hacer constar su actitud independiente.

228

En la asamblea, antes y después de la asamblea, los señores Rossy y Sánchez Barbosa trabajan y se esfuerzan porque nuestra labor no prospere, en sus propagandas *téte a téte*, en sus discursos y es en sus manifiestos.

Perdonen esos paisanos; no nos es dable aprobar, ni excusar esa conducta, que nos hiere a nosotros y que hiere más a nuestra tierra, en sus intereses, en su nombre, en su prestigio ante los estadistas españoles, que juzgaron seria, formal, digna y pura la misión que llevaban a Madrid nuestros representantes.

Y ¿es hora acaso de rechazar los acuerdos de la colectividad, reunida en junta suprema?

No lo es.

Si los señores Rossy y Sanchez Barbosa creían que la asamblea carece de facultades para votar sobre una transformación radical, debieron afirmarlo y discutirlo antes de la votación. Pasada ésta, no queda otro recurso que acatar la ley democrática de las mayorías, como la acatamos nosotros, que vencidos al proponer la disolución hace diez meses, impulsamos a nuestros afines del lado del Directorio, e impedimos la indisciplina, que asomaba su cabeza de furia.

Recaído el acuerdo no cabe retroceder ni vacilar.

Si se vacila y se retrocede, alguien supondrá que se nos llamaba con móviles capciosos.

Rechazando la asamblea nuestra fórmula, quedábamos vencidos y convencidos.

Aprobando la asamblea nuestra fórmula, se ponían frente a nosotros los mismos que nos mandaron a la península; los mismos que nos impusieron condiciones y mandatos casi imposibles de cumplir, y que, no obstante, la Comisión cumplió en todas sus partes.

Los señores Rossy y Sánchez Barbosa recapacitarán sin duda, y evitarán que repitiendo la frase de César al ser muerto por la diestra de su propio hijo, les gritemos a la faz del país liberal:

¿Tu quoque, Brutus?

229

DISCURSO PRONUNCIADO EN PONCE AL DECRETAR SAGASTA LA AUTONOMIA PARA PUERTO RICO EL 28 DE NOVIEMBRE DE 1897

Entre los trabajadores por la causa del pueblo aquí reunidos en 1887, y los que estamos en 1897, hay una igualdad esencial y una diferencia, que sintetizan ambas nuestro ideal, nuestra labor, nuestros derroteros, y dan idea de lo que fuimos y de lo que somos. Hay una igualdad esencial: que la autonomía es el ideal que conservamos incólume. Hay una

Library of Congress

diferencia: que éramos ayer autonomistas de idealidad, y que somos hoy autonomistas prácticos. Ya el credo de la autonomía no es una ilusión; ya nuestro partido no es partido de propaganda; ya es partido de gobierno, y la autonomía implantada por nosotros, nos conducirá en breve a ocupar un sitio de honor entre los pueblos cultos, que prosperan y avanzan porque en ellos se cumple sin egoísmos el deber y se ejercita sin trabas el derecho. (Aplausos entusiastas.)

Y es preciso para satisfacción vuestra, para vuestro legítimo orgullo, para rendir tributo a la justicia, hacer una declaración: No somos nosotros, directores del partido liberal, los que ocupamos el Gobierno: es el pueblo, sois todos vosotros, a quienes el sufragio concede la facultad de elegir libremente su representación. Aquí donde estamos, mañana donde podemos estar, no estamos ni estaremos por imposición de nuestra voluntad, sino por imposición de la ley de las mayorías, libres y soberanas. (Aplausos.) Debéis bendecir, con toda la efusión de vuestra 230 alma, la autonomía. ¿Sabéis por que? Porque es la autonomía, diréis vosotros. Desde luego que sí, pero también porque es autonomía que se nos concede, no por imposición de nadie, no por amenaza, no por la fuerza, sino por la generosidad del pueblo español.

Quien os diga que la intervención de la gran república del Norte de América, su fuerza portentosa, su poderío innegable, los cañones de sus buques, sus millones de hombres prestos a ser soldados, han podido intervenir por lo más mínimo en la concesión que os hace España, miente. Esos pueblos que supieron destrozar las legiones de Augusto en los desfiladeros de Cantabria y las turbas del Mogreb ante las peñas de Covadonga, que humillaron las medias lunas otomanas en Lepanto, y en Arapiles y Bailén las banderas del más grande capitán de nuestro siglo; esos pueblos que supieron luchar contra los capitanes de todos los tiempos, lucharían hasta que no quedara con vida un solo hombre, antes que consentir que el coloso de América les impusiera leyes que no han aceptado ni aceptarán jamás de nadie. (Aplausos y aclamaciones estruendosas.) Aplaudid, sí, sentíos orgullosos, porque la gloria alcanzada por ellos no es gloria sólo para ellos, es gloria también para nosotros, por ser sus hijos. (Grandes aplausos.) Y, ya que he dicho glorias:

Library of Congress

la autonomía es obra de vosotros, es obra nuestra; es la obra del partido liberal a que pertenecéis todos, lo mismo que Moret, lo mismo que Sagasta, lo mismo que los liberales de todas y de cada una de las provincias de la España peninsular, heroica toda; y esa autonomía, porque es obra vuestra; y esa gloria os pertenece: la reivindicó. (Estrepitosas aclamaciones, vivas al Rey, grandes, atronadores aplausos.)

EL SUFRAGIO UNIVERSAL

Mis compañeros que me han precedido en el uso de la palabra, os han hablado ya de la acusación contra nosotros dirigida, de que pretendíamos mixtificar la autonomía y el sufragio. Lo que vale esa acusación, ya os lo han dicho ellos; y es demasiado pequeña para que yo persista en refutarla. Mas vosotros merecéis una explicación, y 231 quiero dárosela. Sabéis por qué no hemos proclamado la autonomía del Canadá? Pues por no dar armas a los incondicionales, que aprovecharían la ocasión para presentarnos ante la soberanía nacional como atentando contra esa nacional soberanía. Ya que de incondicionales, digo, dejadme dar respuesta a la objeción que se nos dirige, de que la autonomía habría venido a nosotros sin necesidad de la incorporación al partido liberal de la península.

LA INCORPORACIÓN NACIONAL

Y bien, señores, amigos míos: ¿Sabéis cuál es el servicio que os presta la incorporación? Impedir que la autonomía caiga en manos de los incondicionales, y que los incondicionales se aprovechen exclusivamente de la autonomía. En manos de ellos el sufragio quedaría desnaturalizado, mixtificado, corrompido; y dueños del Gobierno y dueños del sufragio, os aherrojarían como en un círculo de hierro, dentro de esa misma autonomía que os hace hoy hombres libres. (Aplausos y aclamaciones en el público. Restablecido el silencio, continúa el orador.) ¿Qué os darían de ella? Un mendrugo. Y altivos como vuestros padres no aceptaríais, teniendo derecho a todos, la décima parte de los puestos públicos. Ya el señor Matienzo Cintrón os demostró de modo incontrovertible,

que no podemos matar el sufragio porque no podemos ser parricidas. Y yo os diré, para que lo sepáis y para que podáis decirlo en todas partes, que la ley no nos autoriza para hacer en el sufragio modificaciones esenciales, sino modificaciones accesorias, de aplicación, de procedimientos, y que aunque las autorizara, no las aplicaríamos, y tendríais siempre, como tenéis, sufragio sin trabas, sufragio sin restricciones, sufragio universal. (Una tempestad de aplausos acoge las manifestaciones del orador. Este interrumpe su discurso y sonrío, agitando un pañuelo blanco con la mano derecha.)

232

LA DISIDENCIA

Los oradores que han usado de la palabra antes que el que ahora tiene el honor de comunicarse fraternalmente con vosotros, han hablado también de la disidencia. Yo les imitaré; y deseo que en mi discurso no haya una palabra, una sílaba que pueda mortificar a mis hermanos. La disidencia nació de la desconfianza. Afirmábase que Sagasta y Moret no cumplirían sus promesas. Y ya se está viendo como la cumplen. ¿Qué pretexto queda, pues, a los disidentes, que rechazaban el “pacto” porque dudaban del cumplimiento de las promesas de Sagasta y de Moret? Decidme si hay motivo para que esos hermanos nuestros persistan en dividir en dos mitades nuestro partido. (Voces del público: No, no.) No, no es verdad. He dicho mal: dos partes desiguales. Del gran partido autonomista que nació en la asamblea del 87, dividido hoy por voluntad de los disidentes, nosotros representamos nueve partes; ellos, la décima. Vuestra presencia lo prueba: imposible una demostración de fuerza más elocuente. Lllaman ellos a la ciudad del Sur su baluarte, su fortaleza, su gran centro: cifran en ello su mayor orgullo; lo repiten en todas partes... Id también vosotros a decir por todas partes cómo recibe a los representantes del partido liberal la espléndida ciudadela del Sur. (Frenéticos aplausos que interrumpen al orador. Algunas palabras no se oyen porque persiste la ovación, agrandándose.) Y sea como fuere, a pesar de todo lo ocurrido, a pesar de cuanto ocurrir pueda, colocándome muy por encima de las mezquindades y pequeñeces, que ni soy capaz de emplear, ni empleadas por nuestros adversarios me pueden herir; yo digo a

Library of Congress

esos hermanos nuestros, como Hernández López, ha poco les decía: “nuestra casa está abierta para ellos; que suban las escaleras; que vengan al seno del hogar con nosotros: sólo queremos de ellos confraternidad.” Sí, sólo queremos que les conmueva este grito que conmueve al proferirlo nuestros corazones y brota vibrante de nuestros labios: ¡Hermanos, estáis dando al alma de Baldorioty la amargura de nuestra división! (Los aplausos ahogan la voz 233 del orador. Para hacerse oír en medio del vocerío, esfuerza la voz y dice:) Quiero que cada uno de los que os encontráis aquí digáis a los disidentes cómo se habla de ellos, en el seno de esta asamblea liberal. ¿Comprendéis cómo pueden separarse de tal modo de nosotros, ellos, que nos deben afecto, consideración, cariño? Si os pregunto quién tiene la culpa, seguramente me contestaréis, sin vacilar: ellos. Pues bien; yo, que lo sé, no les culpo. Yo conozco las flaquezas del humano carácter, y quiero corregirlas del único modo que me es posible: por el amor. Que nos presten su confraternidad los disidentes. Disidencia es diversidad y diversidad no significa discordia. La disidencia puede permanecer apartada de nosotros, y puede, sin embargo, ofrecernos la consideración que le ofrecemos. Cuando todos los partidos se orientan hacia nosotros y nos tratan con afecto, ¿querrán ser más crueles que nuestros adversarios políticos, los autonomistas disidentes, negándonos el agua y la sal, ensayando contra nosotros sus dardos más terribles? No diré más; vosotros sois testigos: que la historia nos juzgue. Soy víctima de la calumnia, como lo sabéis. Pues bien; yo bendigo la calumnia que ha traído hasta mí esta manifestación, y que esta mañana en vuestros brazos, ¡en tus brazos, pueblo! me hizo derramar lágrimas. (Aplausos frenéticos, que se prolongan largo rato.)

PROGRAMA DE GOBIERNO

Vamos al poder, no con exclusivo propósito de mando, sino para bien del pueblo, para que las leyes no se desvirtúen; para que tengáis verdadera libertad de imprenta; verdadera libertad de reunión; verdadero sufragio universal.

Antes que desfallecer, subiremos a todos los calvarios. Y como la buena voluntad de los jefes no basta; como necesarios son buenos soldados, yo, a vosotros, soldados del

pueblo en quienes tengo plena confianza, os recordaré una frase del primer estadista de Inglaterra, Gladstone.

Cuando la guerra de Crimea, después de la batalla de Kikermann, Gladstone dijo, que aquella batalla había sido 234 la batalla de los soldados porque no fué la estrategia de los generales, sino el valor de los soldados, quien venció. Y bien; yo os digo que las próximas elecciones no serán las elecciones de los políticos, sino las elecciones del pueblo. (Aplausos delirantes. Grandes aclamaciones. El orador se inclina repetidas veces dando las gracias. Sus compañeros le rodean; y en medio de abrazos y apretones de manos y de entusiastas felicitaciones, termina el mitin.)

235

LA DEMOCRACIA 7 de septiembre de 1899. DISCURSO DE MUÑOZ RIVERA AL REGRESAR DE LOS ESTADOS UNIDOS

Vengo de un país cuya pujanza es el asombro del mundo.

He podido estudiarle en sus actividades para el trabajo y en sus instituciones para el gobierno. Y le admiro profundamente, lo mismo en sus campañas fecundas y en sus ciudades industriosas, que en sus leyes, redactadas y cumplidas con el espíritu de una verdadera democracia. En la América del Norte el único poder, la única fuerza, residen en el sufragio. Y esta soberanía popular no es una palabra inútil y vacía: es un hecho real, positivo, incontestable, que informa todos los actos de la administración y se refleja en todas las manifestaciones de la vida. El hombre allí se siente ciudadano: su voto absuelve o condena en los Tribunales; su voto influye en la marcha de la federación, de los Estados, de los Municipios. Y cuando las urnas hablan, las mayorías gobiernan y las minorías se someten y coadyuvan a la obra común; porque no hay motivo para la protesta y el tumulto, allí donde están seguras, donde permanecen invioladas la libertad del hombre y la dignidad del pueblo.

Library of Congress

Pero no olvidéis, amigos míos: la grandeza de las naciones estriba en las virtudes de sus hijos; el norteamericano se sacrifica por construir un hogar confortable, una posición sólida, una existencia individual independiente. Y del conjunto de las familias que así se forman y así se reproducen, arrancan los caracteres típicos de la colectividad: la firmeza en el propósito, la energía en la voluntad, la perseverancia en el esfuerzo. Y no creáis que ese modo de ser se limita a las esferas superiores; al negociante de Croadwoy y al banquero de Wall Street, al propietario de las fábricas, al empresario de las vías férreas, al abogado de fructífero bufete o al médico de clientela abrumadora. No; este modo de ser se extiende al operario de los talleres, al obrero de las minas, al cultivador de los campos; y se extiende más aún: se extiende a la mujer, que estudia, que labora, que produce, que recibe una enseñanza amplísima y que, en todas las clases sociales, posee aptitudes para transformarse en la madre vigorosa, inteligente y discreta de una raza de espartanos.

Contemplando el poder moral y el poder físico de aquella raza, yo, señores, no sentí nunca la envidia: yo sentí el estímulo de llegar a esa altura, de que mi pueblo llegase a esa altura por los artes del trabajo y por los empeños del civismo. Es preciso ir con rapidez a la identidad. El partido liberal desea y pide que Puerto Rico se transforme en un *spécimen* de California o de Nebraska, con las propias iniciativas, con las propias leyes, con las propias prácticas: iguales en el deber y en el derecho; iguales en las ventajas; iguales, si hay sacrificios, en los sacrificios. La desigualdad es para nosotros la inferioridad. Y la rechazamos con altivez tan franca y tan resuelta como la altivez que podrían Nueva York y Pensylvania al rechazar las durezas y los abusos del cesarismo. Que en esto también, y en esto sobre todo, amigos míos, en el noble y legítimo orgullo de los hombres libres, hemos de ser, los de las islas diminutas, iguales a los de los inmensos continentes.

¡Ah, señores! El hijo de esta tierra debe reclamar la identidad, y no conformarse con menos que con la identidad. Pero no sólo es necesario que tenga entusiasmo para

Library of Congress

desearla; prudencia y brío para conquistarla; calma y paciencia para aguardarla: es necesario que realice el esfuerzo día por día, hora por hora; que cada puertorriqueño prospere en su hogar y que de la suma de estas prosperidades resulte el prestigio y la grandeza del país. Desde el primer instante en que flotó sobre nuestros castillos la bandera tricolor, el partido liberal ayudó en sus 237 tareas al Gobierno americano. Seguirá ayudándole. Y nunca por sistema pondrá obstáculos en su camino. Como en lo pasado no le creó ninguna traba, tampoco se las creará en lo futuro. Que tenga todas las facilidades; y que tenga también, porque es justo, todas las responsabilidades. Tal es nuestra misión. Y la cumpliremos sin bajezas y sin servilismos. Porque ni las admite la patria de Wáshington ni somos nosotros capaces de suscribir nuestra ignominia y nuestra mengua. Sirviendo a la causa nacional servimos a la causa insular; pues así como el interés de la isla exige el progreso de la nación, así el interés de la nación exige el progreso de la isla. Y, para ser nosotros buenos y leales puertorriqueños, no podemos ser, no debemos ser, **NO QUEREMOS SER, EN ABSOLUTO, Y SIN RESERVAS**, otra cosa que buenos y leales americanos.

El general Davis, a quien creo un *gentlemen* cumplido y un gobernante hábil y recto, sabe que cuenta con nuestro concurso y que puede ponerlo a prueba cuando le plazca. Ahora bien; nosotros aspiramos a que, antes de que nuestra situación cambie por un acto legislativo, se conceda al pueblo una representación directa, emanada del sufragio, en los Municipios y en los Concejos del gobernador. Nosotros aspiramos a que, cuando el gobernador solicite un dictamen, no lo solicite de individuos designados al azar, sino de corporaciones que encarnen y sinteticen la voluntad y la conciencia de la isla. Y yo os lo declaro: eso a que nosotros aspiramos lo decretarán muy en breve las autoridades de la república. Tendremos Ayuntamientos electivos con facultades autonómicas y se dará satisfacción a nuestros anhelos ardientes de afirmar la personalidad puertorriqueña en el seno de la nacionalidad americana y al amparo de la constitución federal. Traigo de mi viaje alentadoras impresiones. Mis últimas conferencias en Wáshington abren a

Library of Congress

mi espíritu los horizontes de la esperanza. Antes de que el Congreso se reuna vendrán reformas justicieras: después que el Congreso se reuna vendrá la plena luz de la justicia.

Y ya que, ante vosotros y a la faz del país están hechas las declaraciones y fijadas las actitudes que demanda el 238 patriotismo, dejadme que exprese una queja amarga y dolorida que brota del corazón y sube a los labios de los puertorriqueños que me escuchan y de los que, lejos de aquí, oirán más tarde los ecos de estas palabras. Cuando cesó en Puerto Rico el 18 de octubre el imperio de la vieja metrópoli, casi todos creímos —y digo casi todos porque yo di entonces la nota del pesimismo y la reserva—, casi todos creímos que la nueva metrópoli nos traía el inmediato remedio de nuestros males. El ensueño optimista se desvaneció al contacto de la dura realidad. Hace once meses que flota en nuestras playas el pabellón de las estrellas. Y del pueblo americano sólo conocemos el poderío militar; la gloriosa bandera cubre una multitud sin ley y sin patria. Las garantías del derecho, los beneficios de la democracia, las prosperidades y las grandezas, permanecen aún en las misteriosas penumbras del tiempo. ¿Queréis que vengan pronto y para siempre? Pues yo os invito a apoyar a los poderes metropolitanos. En los Estados Unidos hay un pueblo educado en las prácticas republicanas, que no consiente en su territorio ni el dolor de los esclavos negros, ni la inferioridad injusta de los siervos blancos. Ese pueblo nos brinda una base firme y segura.

¿Cuál debe ser nuestra norma? ¿Cuáles nuestros procedimientos? En los asuntos nacionales, esperar y confiar en el pueblo y en el Congreso de los Estados Unidos. Sólo tendremos derecho a la protesta. El pueblo nos abandona y el Congreso nos olvida. No ocurrirá tan enorme desdicha, porque el Congreso se inspira siempre en la opinión pública y la opinión pública está con nosotros unánime y poderosa. En cuanto a los asuntos de índole local, yo confío en que nuestro partido, con el nombre que hoy lleva o con otro nombre, se sobrepondrá a los ímpetus del combate y guardará una actitud de perfecta calma y de noble moderación en el lenguaje y en los actos. De tal modo procedimos antes. De tal modo procederemos después. Os doy el ejemplo olvidando y perdonando. Nadie más que yo; nadie como yo fué víctima del ataque virulento, de la

Library of Congress

calumnia grosera, de la injuria gratuita. Hirieron y pasaron. Si vuelven a herir volverán a pasar. Sea cuantos quieran mis enemigos; aunque se 239 multiplicasen como las arenas del mar y las estrellas del cielo, yo no soy enemigo de nadie. Si aprobáis mi conducta, si la juzgáis honrada y buena, yo os suplico que la imitéis; que no devolváis golpe por golpe, que penséis, no en lo que pide vuestro amor propio, sino en lo que exigen el crédito y la tranquilidad de la patria; que depongáis, en honor de Puerto Rico, nuestra madre desventurada, vuestros resentimientos y vuestros enconos. Yo ruego a la Prensa liberal que no conteste al ultraje; a la juventud liberal que reprima el ardor de sus años; al partido liberal que, en los días amargos y difíciles se muestre a la altura de su misión, que es misión de paz y de concordia, y que rinda culto a dos supremos ideales: a la reconstitución de nuestra vida económica y a la restauración de nuestras santas libertades.

Seamos nosotros un grupo inmenso de patriotas que, desdeñando pequeñeces y miserias, se disponen a contribuir a la salvación del terruño, de buena fe, sin móviles de lucro, sin perjuicios bastardos y sin pasiones avasalladoras. Y digamos al general Davis y al presidente Mac Kinley: “No estamos aquí para correr tras los empleos públicos, ni para agitarnos en riñas estériles de bandería, ni para arrastrarnos en busca de las privanzas oficiales. Si otros hacen cuestión de vida o muerte esos empleos y esas privanzas; si para lograrlos provocan la contienda intestina, que tomen ellos las privanzas y los empleos; que los gocen en paz, que los disfruten tranquilos, que se cubran de gloria si aciertan; pero que nos dejen la satisfacción de mantener con desinterés absoluto la causa de la justicia en este pobre rincón del imperio nacional, en este rincón castigado por los huracanes del trópico, menos crueles que nuestras inconcebibles discordias fractricidas.

Yo me complazco en devolver desde este sitio al ilustre jefe del partido republicano el saludo que él dirigía, desde el teatro, en recientísima asamblea, al partido liberal. Y se lo devuelvo cordialmente, afectuosamente, abriendo el espíritu a las ideas altas y generosas. Yo no dudo, yo no puedo dudar del patriotismo de nuestros adversarios: ellos, como nosotros, nacieron en Puerto Rico; ellos, como 240 nosotros sufrieron la

persecución y afrontaron el peligro de luchar cara a cara contra las violencias de un régimen caído ya en la muerte; ellos, como nosotros, aman al país. Contribuyen ellos, según contribuimos nosotros, a que nos preocupemos todos de las desgracias que nos agobian, de los recursos que nos faltan, de los medios a que urge acudir para que nuestra agricultura se levante, para que nuestro comercio se desarrolle, para que nuestras clases proletarias encuentren pan y trabajo, para que nuestra patria, en fin, recobre los alientos y sea feliz y respetable.

Y vosotros, amigos míos, si concedéis, alguna autoridad a mi consejo, recordad que no *hacemos política* por el gusto pueril de *hacer política*; que nuestro *desideratum* es el bienestar de Puerto Rico, y que a ese bienestar sólo se llega por la sensatez, por la cordura, por *la firmeza en el propósito, la energía en la voluntad y la perseverancia en el esfuerzo*; por las virtudes privadas y por las virtudes cívicas que convierten a los Estados Unidos en la Roma de nuestros tiempos y le franquean las puertas de un majestuoso porvenir. Orientemos en esa dirección nuestra nave; no descendamos a la oscura reyerta; no demos pábulo a la diatriba personal, baja y miserable; pongamos nuestro pensamiento en las angustias de la patria y marchemos adelante, seguros de que nos aguardan la aprobación de nuestra conciencia y las bendiciones de nuestro pueblo.

241

LA DEMOCRACIA 5 de octubre de 1899. AL PUEBLO DE PUERTO RICO

(MANIFIESTO DEL PARTIDO FEDERAL.)

Venimos nosotros, como fuerza política organizada, de la asamblea de Ponce. Allí los patriotas puertorriqueños afirmamos nuestra aspiración enérgica al gobierno propio. Y a partir de aquel instante el partido autonomista luchó, con más perseverancia que fortuna, por el triunfo de sus ideas. Labor inútil: los españoles europeos, apoyándose en sus coterráneos de Madrid, dominaban en todas las situaciones. Y resultábamos nosotros extranjeros en nuestra patria. Sólo quedó un camino: el de buscar en la vieja metrópoli

Library of Congress

alianzas eficaces para que vencieran al fin los principios, para que se estableciese el *self government*, para que los hijos de hijos de Puerto Rico administrasen a Puerto Rico.

Fuimos a España como hombres libres y dignos, llevando en los labios más bien que la lisonja la protesta, no a pedir favores, sino a conquistar derechos. Se combatía en Cuba por la libertad de Cuba y los Estados Unidos alentaban a los heroicos combatientes. Al influjo de situación tan grave, y a nuestra vigorosa campaña, debióse la victoria. Nuestros mandatarios volvieron a la isla no con las promesas, con las realidades de éxito positivo. Se cumplió el ensueño de autonomía; nació el *PARTIDO LIBERAL* y el país fué dueño del país.

En todo ese movimiento que duró once años, desde 1887 hasta 1898, la síntesis suprema de nuestra propaganda en la tribuna y de nuestros actos en el poder, se redujo a **16 CAMPAÑAS** I 242 fórmulas de noble y justo regionalismo. Por la tierra insular, por su honra y su progreso, sufríamos y peleábamos o a vencíamos amos y gobernábamos. Nuestro ideal no cambió nunca. Siendo liberales, seguíamos siendo autonomistas, porque sabíamos y sabemos odiar a la tiranía que consiste en imponer a los pueblos débiles una autoridad que no tiene como origen el consentimiento de los ciudadanos. Y, porque sentimos así, nos torturaba el temor de un peligro no remoto: el de que España destruyera las libertades que otorgó bajo el imperio de las circunstancias, desencadenando, como otras veces, la furia de la reacción sobre la colonia inofensiva e indefensa.

No de otra suerte se explica que al llegar a nuestras costas el ejército invasor se le considerase y se le recibiese como a ejército libertador. Flotaba en el mástil de los barcos y en las filas de los batallones la bandera americana, que simboliza la democracia más grande y más perfecta del mundo, y nosotros, los desposeídos de siempre, vislumbramos la certidumbre de una autonomía sincera, de un derecho garantido, de una prosperidad desbordante en el seno de la nueva nacionalidad. De tal modo, sin resistencia ninguna, antes bien con estruendoso regocijo que la solemne majestad del momento histórico no bastaba a reprimir, el pueblo acogió entre vítores y palmas, no a sus conquistadores,

Library of Congress

sino a sus redentores. Las mismas Cámaras se disolvieron en el acto; los representantes compartían el júbilo de las multitudes y saludaban el amanecer de un día espléndido en los horizontes del terruño nativo.

Y de tal modo también el *PARTIDO LIBERAL* entero—sin más excepción que la del grupo de hombres a quienes un deber de lealtad reunió, hasta el último minuto, en torno de la muerta soberanía—pudo convertirse en heraldo y en paladín de la república vencedora.

Realizada la evolución de los espíritus se realizó pronto en los hechos. Y, al reunirse hoy en asamblea los antiguos liberales, confirman sus esperanzas y buscan un nombre que responda a las prácticas y a las tradiciones de la federación en que anhelan ocupar el puesto que pertenece a la importancia de Puerto Rico. Y quieren llamarse *243 PARTIDO FEDERAL*, porque continúan pensando en su ideal autonomista y porque no existe sobre el planeta autonomía tan amplia y tan indestructible como la que supieron crear, cuando escribieron sus códigos, los patriarcas de la América del Norte para sus Estados y para sus territorios. Y no necesitan cambiar su programa, sino ratificarlo, ampliándolo y extendiéndolo hasta el límite de las franquicias, políticas y económicas, que disfrutaban nuestros hermanos del continente. De ahí que proclamen el dogma de la identidad y que se apresten a defenderlo con entusiasmos varoniles. La identidad ha de ser nuestra divisa. En la identidad encarna nuestro patriotismo, que no es el sentimiento de la nación como un todo centralizador bajo el imperio de un solo poder gubernativo y legislativo, sino el sentimiento de la región, intenso, profundo; de la región construída y organizada con sabia independencia, en la forma de Estado federal, con gobierno propio, ligándose, uniéndose, dentro de una admirable variedad, a las otras regiones, hasta obtener, como soberana resultante, un poder central que garantice la autonomía de los poderes locales y protege y levanta los intereses comunes por la acción de un organismo superior, fuerte y poderoso. Los Estados Unidos carecen de nombre como nación; ni siquiera se llaman nación: se llaman ¡Estados Unidos! Por eso el pueblo, si pide amparo a su Dios, no le dice: *Oh Lord Bless our Nation*, sino que le dice: *Oh Lord Bless these United States*. La América del Norte es un Estado de Estados y una República de Repúblicas. Uno de esos

Library of Congress

Estados, una de esas *Repúblicas* debe ser Puerto Rico en el porvenir. Y a que lo sea cuanto antes dirigirá sus empeños el partido federal.

Pero existe una situación intermedia; una situación de tránsito para arribar a la plenitud del derecho: es la situación de los territorios que no eligen sus gobernadores y que están sometidos, en los acuerdos de sus Legislaturas, a la sanción del Congreso, en el cual tienen un delegado con voz y sin voto. Aceptando esa situación en lo que a este postrer extremo se refiere—pues no se nos oculta que el pueblo americano pueda estimar prematuro que 244 los puertorriqueños intervengan en las funciones legislativas de las Cámaras de los Estados Unidos—reclamamos para los habitantes del territorio la facultad de designar por sufragio a su gobernador civil, y para la Legislatura del territorio la facultad de hacer, dentro de la Constitución, leyes que no necesiten más aprobación que la de la mayoría en el seno de la propia Legislatura. Es el punto capital de la doctrina y ya lo define nuestro programa al afirmar que pedimos “un territorio con todos los derechos de un Estado, *excepto el de enviar senadores y representantes al Congreso.*”

Parece ocioso hablar aquí de los propósitos del partido federal en lo que toca a los derechos individuales: a la libertad de imprenta, de reunión, de asociación y de pensamiento; a la inviolabilidad de la correspondencia y del domicilio. La Constitución los reconoce; los Tribunales son su salvaguardia y el partido federal les rinde culto ferviente y los coloca por encima de las ideas que pueden examinarse y descubrirse.

Los problemas económicos atraerán la atención del partido federal. El libre cambio con el resto de la Unión americana y el canje inmediato de nuestro signo circulante por el *dollar*, son dos soluciones tan urgentes, de tal trascendencia y de tan decisivo influjo en la suerte de Puerto Rico, que no habrá un puertorriqueño capaz de regatearles sus aplausos. Nosotros las demandaremos un día y otro día. El cabotaje y el canje traerán inmensos beneficios, no sólo a las clases agrícolas y mercantiles, sino también a las clases proletarias que obtendrán más alta compensación pecuniaria a sus actividades y más cómodo precio a los artículos de consumo cotidiane. El partido federal no olvida,

Library of Congress

no puede olvidar sin que merezca la tacha de ingrato, a esas clases dignísimas que, en el taller o en el campo, labran golpe a golpe la riqueza general y contribuyen en los comicios y en los *meetings* a nuestras victorias políticas. Por eso les abrió las puertas de sus Comités y de sus Municipios, en que figuran cien y cien obreros y campesinos; por eso *contempla con interés sus avances en la vida pública* y por eso declara que, entre los elementos directores de la colectividad, *cabrán 245 siempre los hombres inteligentes y virtuosos, no importan cuales sean ni lo que signifiquen por razón de su oficio y de su raza.*

A la agricultura y el comercio, fuente inagotable la una y agente principal el otro de nuestra prosperidad, consagra el partido federal especialísima predilección, así para libertarles, hasta donde sea posible, de cargas y tributos onerosos, como para proporcionar a sus productos salida franca y a sus negocios protección resuelta por medio de instituciones bancarias que presten a largos y a cortos plazos, ya sobre fincas y cosechas, ya sobre firmas solventes y mercancías seguras. Perseguimos la transformación del suelo por el cultivo y la vigorización del capital, por el crédito. Y necesitando elevar el nivel de nuestras masas, desenvolveremos, ante todo, una gran prosperidad que ofrezca base firme y sólida a nuestros proyectos reformistas, de igual suerte que una extraordinaria cultura que brinde cauce a las corrientes modernas que nos invaden.

La enseñanza, fundada en el método profundamente armónico de las fuerzas físicas y morales, disciplinado, casi militar, educativo a un tiempo de la inteligencia y del carácter; método por el cual llegaron a su enorme desarrollo los pueblos anglo-sajones, será uno de los fines con más empeño perseguidos por nosotros. Porque si la fortaleza de la razón, y de la madurez de los principios, de la abundancia de los conocimientos depende en todas partes la mayor aptitud para el gobierno democrático, más aún depende en la república norteamericana, que sólo por estas aptitudes nos admitirá como Estado en el seno de la federación.

Library of Congress

Tendencia política a la vez que científica la enseñanza, iremos a ella por todos los recursos técnicos y por todos los radios de la descentralización gubernativa. Arbitros serán los Municipios de los estatutos fundamentales de la instrucción pública, en cuanto se refiere a la primaria, en sus diversos grados, y autonómicos en la creación, sostenimiento y provisión de las escuelas; y en cuanto a la enseñanza superior, profesional y universitaria, será propuesta en términos que guarden perfecta relación con las 246 condiciones del pueblo puertorriqueño y de consonancia y penetración íntima con las instituciones pedagógicas del pueblo americano. Así, en la Universidad y en las escuelas especiales que han de vivir a su lado, cuidaremos, no sólo de las ciencias morales y política; pero también de las mecánicas y experimentales: que en el estado actual de Puerto Rico conviene, tanto como unir las inteligencias por la filosofía y el derecho, preparar los medios de acción que den impulso a la agricultura y al comercio, dotando a nuestra isla de los grandes organismos económicos que proceden a las grandes especulaciones científicas. De los planes que el partido federal elabora, no estará, según estuvo de otros planes, casi eliminada la mujer puertorriqueña, que, sin perder sus naturales inclinaciones a la santidad del retiro doméstico, puede ejercitar la viveza de su entendimiento en las ciencias y en las artes accesibles a su sexo, que con ellas completa su augusta misión, dando al hombre compañera en el hogar y fuera del hogar, donde se realizan por el trabajo la redención y la felicidad de los pueblos.

No menos alcance, en el desarrollo de nuestras ideas, que la instrucción pública, ni menos suma de interés práctico, alcanzará la administración de justicia, que si en todos los países constituye la garantía del Estado y del ciudadano en sus relaciones jurídicas, es en el país a que hoy pertenecemos una institución que sube desde los modestos límites municipales a las supremas alturas del poder federal, siendo, no ya la salvaguardia del individuo, de la familia, de la propiedad pública y privada, en sus diversas esferas, sino también el tabernáculo donde se custodian los sagrados principios de la Constitución americana. Desde el círculo más humilde en que necesariamente ha de girar la justicia puertorriqueña, intentamos que se remonte, sin dejar vacío, a las fronteras donde debe

Library of Congress

enlazarse con la justicia federal, llegando a una adaptación completa de los principios fundamentales que se aplican en los Estados Unidos.

Inscribimos en nuestro programa la justicia gratuita; y para administrarla recta y cumplidamente en pro de 247 los intereses públicos y privados, no admitimos que pueda ser por éstos reducida ni por aquéllos dominada. Queremos un poder judicial en absoluto independiente y por modo eficaz responsable. Anhelamos que la honradez resplandezca en los Tribunales; deseamos que la inteligencia de los jueces esté fortalecida por la voluntad del pueblo, y, fundiendo en un solo método nuestras aspiraciones, propondremos el sufragio directo, la designación de las Cámaras y la oposición en público torneo, según la naturaleza de los cargos, como únicas vías para el nombramiento de los funcionarios judiciales. La oposición como triunfo del esfuerzo personal; la elección por las Cámaras como triunfo del sistema representativo; el sufragio como triunfo de la voluntad del pueblo.

El juicio por jurados constituye para nosotros la genuina forma de la justicia aplicada por la conciencia popular, y al establecimiento y al arraigo de esa institución democrática enderezará el partido federal sus esfuerzos entusiastas en este orden de la vida pública, hasta obtener el logro de aspiración tan noble y tan legítima.

Acudiremos, asimismo, a la necesidad de reformas en las leyes administrativas, civiles y penales; reformas amplias, y en muchos puntos radicales, inspiradas en un gran espíritu de libertad y un profundo respeto a la propiedad y a la familia; en la rápida acción de las contrataciones mercantiles; en el crecimiento de las nacientes industrias; en la simplicación y brevedad de los procedimientos judiciales y en las más firmes garantías para el derecho adquirido.

Pugnaré desde luego el partido federal para que prevalezca en las leyes penales, el fin humano y justo de que la pena sirva a la corrección y moralización del delincuente, de lo cual se deriva la urgencia de modificar nuestro desastroso sistema penitenciario,

Library of Congress

más propio para envilecer que para corregir y moralizar a los que lo soportan. La construcción de verdaderas cárceles, como las exigen la ciencia penal y los sentimientos de humanidad, ha de ser una de nuestras preocupaciones, de tal manera que, después de las vías de comunicación, sean las cár- 248 celes objeto preferente de nuestro estudio, en lo que a obras públicas concierne.

Mas tales reformas no deben salir, en sus líneas fundamentales, sino de una selección tranquila y ordenada entre lo que está llamado a perecer en el derecho ahora constituido y lo que está llamado a prosperar en el derecho constituyente; realizándose esa selección en el recinto de la Legislatura del territorio, hija del pueblo puertorriqueño, y adaptándola al ambiente jurídico en que se mueve el pueblo americano.

En suma: el partido federal, con soluciones prácticas y con ideales científicos, va resueltamente a fundirse en la federación, bien persuadido de que en la absoluta identidad americana reside la absoluta autonomía puertorriqueña. Puerto Rico será feliz para siempre y nosotros cumpliremos nuestros altos deberes, como patriotas y como ciudadanos, imponiéndonos los más duros sacrificios por la libertad y por la patria.

249

DIARIO DE PUERTO RICO.

El día en que el ejército de los Estados Unidos desembarcó sin resistencia en Ponce y ocupó sin lucha a Puerto Rico, los puertorriqueños—la casi totalidad—celebraron el desembarco y la ocupación, como si se tratara de un suceso admirable, nuncio y precursor de cercanas reivindicaciones para la isla triste de los trópicos. Se explicaba la alegría estruendosa. Un pueblo que cree libertarse de la tiranía y nacer a la vida del derecho, acoge siempre con júbilo a sus libertadores. Y les acoge con más júbilo aún si viene tras ellos la tradición de cien combates por la libertad y por la independencia; si en el país que les manda, no asomó nunca su faz repugnante el despotismo y si en los morrales y en los furgones parece asomar su cuenca sugestiva el cuerno mitológico que

Library of Congress

ha de esparcir en todas partes la abundancia y la prosperidad. No condenamos, pues, ni censuramos a nuestras multitudes ni a nuestras clases medias, ni aun a nuestras clases directivas por sus manifestaciones entusiastas. Esas manifestaciones eran perfectamente lógicas. Pero ¿se han cumplido los anhelos populares? ¿Se han realizado las dulces esperanzas?

Responda por nosotros el disgusto, el hondo disgusto del país, que reflejamos con varonil franqueza. La realidad no corresponde al ensueño; los bienes fabulosos no resultan; los progresos rapidísimos no se palpan; las amplitudes democráticas no aparecen; el alto espíritu de una raza que se cree superior no fulgura; la misma libertad, por Wáshington y por Laffayette conquistada, se recluye 250 en el continente sin llegar a la colonia. Aguardábamos un amplio régimen civil y nos imponen un estricto régimen militar; queríamos el *self government* y soportamos el gobierno absoluto, que desapareció en Europa con Luis XVI y con Fernando VII; soñábamos con la ley y surge la espada...

¿Qué es esto? ¿Es que la Unión americana quiere perder las simpatías de la población insular? ¿Es que nada le importa nuestra dicha o nuestra desventura?

Poseemos el valor cívico y la rectitud de carácter necesarios para poner aquí ese interrogante, al cual nadie responderá, de seguro. Más, aunque nadie responda, quedará tranquila nuestra conciencia como hombres y cumplido nuestro deber como patriotas.

¿Qué ha hecho aquí la administración sabia, experta, salvadora, la administración modelo de los Estados Unidos? Pues ha hecho lo que todo el mundo sabe.

En el sistema legislativo un *imbroglio* inmenso, dentro del cual se pierden nuestros juriconsultos, ignorando a las veces qué criterio es el que rige, qué norma es la que se aplica. Se han visto criminales indultados por una sola palabra; se han visto códigos reformados en un minuto; se han visto reformas, como la del divorcio, decretadas cual

Library of Congress

si se tratase de las cosas más fáciles y sencillas; de las cosas que no valen la pena de aplazarlas hasta que las resuelvan unas Cámaras elegidas por el voto popular.

En el fomento del país tenemos las carreteras perdiéndose; los ferrocarriles intactos; quinientos mil dólares arrojados inútilmente a unos caminos que ya no son caminos; ningún edificio en planta; ningún proyecto grande en vías de ejecución inmediata; ningún progreso efectivo, en fin.

En el servicio telegráfico retrogradamos. Van desapareciendo las antiguas estaciones. Y nosotros, que teníamos el telégrafo en sesenta puntos diferentes, lo tenemos ahora en veintiséis y no más. Los despachos se transmiten confusos, a veces ininteligibles, porque traducen el texto castellano, telegrafistas que sólo hablan el inglés. El precio sube en un 66 por 100 y se coloca fuera del alcance de las gentes pobres, que constituyen la mayoría y que no pueden aprovechar ese medio de comunicación tan barato y tan cómodo en otros países.

En el servicio postal hemos perdido también. El franqueo alza sus tipos; los días de fiesta no se despacha; en muchas localidades no existe el correo diario que existía; los periódicos se quejan de una irregularidad que no se corrige. Ni aun en los peores tiempos de Ayuso y de Quiroga tuvo el público tan escasísimas ventajas, ni tan gravísimos obstáculos. La carta que antes hizo en veinte horas su ruta, invierte hoy cincuenta y ocho y así vegetamos en el aislamiento y en la inercia.

En las aduanas se cobra oro en vez de plata. Y los artículos de mayor consumo se compran más caros; y las mercancías suben también, a pesar de que, sin concederse rebaja a nuestro tabaco y nuestro azúcar en los puertos americanos, se concede rebaja a las harinas y a otros productos americanos en nuestros puertos. De la moralidad en la recaudación no podemos hablar, porque de eso no sabemos nada. Pero las tarifas siguen en pie, como un escollo para el comercio y como una ruina para el pueblo.

Library of Congress

Los empleos más lucrativos se otorgan a ciudadanos que no nacieron en Puerto Rico. Y si un americano y un puertorriqueño sirven cargos iguales, el americano gana mayor suma que el puertorriqueño, sin que ningún motivo racional y justo explique ese desnivel que no sólo perjudica a nuestros funcionarios, sino los deprime ante sí propios y ante la ajena consideración, quitándoles, no ya sólo el provecho, sino también el prestigio.

Y entretanto en la metrópoli para cambiar un artículo de la ley se reúne el Congreso, interviene el Attorney, sanciona el Presidente y el cambio es objeto de largas y concienzudas labores.

Y entretanto en la metrópoli hay una red de vías férreas que enlazan entre sí hasta los *towns* más raquíticos y que desarrollan la vida y el movimiento de la república.

Y entretanto en la metrópoli el servicio de telégrafos es libre y es barato y pone en relación a los sitios más lejanos con una seguridad y una rapidez que es el pasmo y la envidia del mundo.

Y entretanto en la metrópoli el servicio de Correos está 252 a más grande altura que en Francia, en Alemania y en Inglaterra, llegando, por un esfuerzo mágico, a la suprema perfección postal.

Y entretanto la constitución de la metrópoli dice que entre unos y otros cuerpos de los Estados Unidos no habrá nunca impuestos ni tarifas de ninguna especie que coarten el tráfico recíproco.

Y entretanto en la metrópoli los empleos son servidos en cada Estado por los hombres del Estado, y las preferencias y las ventajas y los lucros se dan a la aptitud y no al origen.

Tal nuestra situación, tal nuestro desencanto, tales las impresiones amargas que sentimos y que expresamos sin ambages. Si duelen, que duelan. Si mortifican, que mortifiquen. Más nos mortifica y más nos duele a nosotros que así se nos considere

y así se nos trate. El Congreso se halla reunido; a Wáshington se dirigen nuestros representantes. No desesperamos, no maldecimos. Aún, por un milagro de optimista credulidad, confía nuestro pueblo en que vendrán el régimen civil democrático, y el cabotaje, y la moneda de oro, y la administración y el gobierno a quienes deben venir. Nosotros compartimos esa confianza noble y seria. Pero empezamos a llamar a las cosas por sus nombres, porque no sabemos vivir de hinojos ante los fuertes y porque, si al fin perecen nuestro interés y nuestra libertad, serán salvos nuestro honor y nuestra dignidad.

253

DIARIO DE PUERTO RICO 20 de enero de 1900. EL "BILL" FORAKER

Se ha publicado el proyecto de ley de Mr. Foraker. Se asegura que refleja los propósitos de Mr. Mac Kinley y de Mr. Root. Y aunque el Congreso de los Estados Unidos tiene y USA la mayor independencia, no parece difícil que el bill obtenga su aprobación. No será esto muy pronto; ha de discutirlo la Casa de los Representantes; ha de aceptarlo la Casa de Senadores y ha de sancionarlo el Presidente de la República.

Modifíquese o no, el proyecto no pasará antes de la primavera. Tendremos régimen militar días y meses. Y el país seguirá disfrutando las inefables delicias de una centralización que mata sus libertades, anula sus esfuerzos, detiene sus iniciativas y le convierte en una momia inmensa, que sólo se mueve a impulsos del poder, omnímodo y absoluto, más que el de los Czares en la estepa rusa; más que el de los Sultanes en el recinto de Stambul o de Scútari.

El *bill* Foraker, completo en lo económico porque nos trae el libre cambio y el canje de la plata, es deficiente en lo político, porque crea, eso sí, una legislatura insular electiva; pero pone sobre la legislatura insular, un cuerpo burocrático, en que los puertorriqueños estarán en triste minoría, y un veto del gobernador, que él empleará según le plazca. En el porvenir se entablará la lucha. Y no puede dudarse que los burócratas electos por

Library of Congress

el Presidente, tomarán la parte del león y reservarán a los insulares la otra parte: la del cordero.

No es difícil presumir, además, que los altos empleos 254 se cubrirán desde Wáshington y se confiarán a americanos del continente y no a colonos de la ínsula. No es difícil prever tampoco que la voluntad y la conciencia del país quedarán siempre cohibidas, sin que el empuje más enérgico baste a imponer soluciones propias ni a crear en Puerto Rico una situación puertorriqueña. Al estrecharse el férreo círculo, algún día no nos dejará amplitud ninguna, demostrándose así que la autonomía a que aspiramos es un sueño de nuestro noble patriotismo.

Autonomía a la inversa, en que habrá cosas raras y peregrinas y en que no habrá ní un vislumbre del *self government*. Autonomía *sui generis*, en que el pueblo gozará un derecho: el de contemplar de qué modo le gobiernan o le desgobiernan; le administran o le abruman y le desangran. Si el Congreso no se inspira en la tradición americana, tan *justa para los territorios continentales*, Puerto Rico seguirá en el poste de sus angustias perpetuas. Y no hay probabilidades de que el Congreso amplíe el *bill* Foraker, porque ya se manifiesta la opinión metropolitana en el sentido de considerar el *bill* exagerado en las concesiones y en las franquicias.

Vendrá, pues, si algo viene, la legislatura insular anodina. Y vendrá la Cámara alta, la *Cámara de plomo*, en que se estrellen los anhelos infinitos y las legítimas ansias de los que aquí viven y aquí trabajan, y aquí vinculan su porvenir.

Hay en el *bill* Foraker, y lo consigna este periódico con júbilo grande, algo que representa una esperanza: la instauración del régimen civil y la extensión de las leyes constitucionales; en una palabra, *la ciudadanía*, que es la dignidad y el honor. Hasta hoy no somos ciudadanos: somos habitantes de una isla conquistada. Y para nosotros no existen garantías. Si se quiere se nos permite escribir, forcejear, protestar; si se quiere se nos reduce al silencio. La realidad no puede ser más dura y no puede ser más cierta.

La Constitución americana nos dará la libertad del pensamiento escrito; y esa libertad, empleada con inteligente firmeza, pondrá a salvo lo que más deben estimar los hombres y los pueblos: su nombre y su decoro. Morirá, 255 ¡quién sabe!, la personalidad puertorriqueña; carecerá de medios el regionalismo; chocarán nuestras ideas con el eterno obstáculo de una resistencia tiránica; pero frente al sistema despótico pondremos el estigma varonil, y nuestra Prensa brillará con el fulgor poderoso de un ideal que late en el alma de un pueblo que necesita ser libre.

Y los ecos del Atlántico llevarán a Nueva York, a Filadelfia, a Chicago, a California, a Baltimore la queja profunda de la infeliz Puerto Rico. Y allá, en las ciudades del Norte, que no conciben el rebajamiento ni la servidumbre, hará camino la diaria solicitud federal, y habrá quien se identifique con nuestros dolores, quien comparta nuestros duelos, quien haga suya nuestra causa, que es la causa de los débiles, simpática siempre a los corazones generosos.

Sursum corda. El trabajo es recío; la perseverancia debe ser firme; los que defienden su derecho con tenacidad triunfan al cabo. Vencimos con España, que era la mole de una tradición vetusta, ¿cómo no vencer con los Estados Unidos, que son el faro de una tradición radiante, de una tradición democrática? Llega la hora de las grandes luchas. No nos rinde la fatiga, no nos desalienta el valladar, no nos infunde miedo el sacrificio.

256

DIARIO DE PUERTO RICO 7 de febrero de 1900. LAS ELECCIONES

Han terminado las elecciones. El país puede alegrarse. Cien días de excitación terrible, de ansiedad inmensa, en que la propaganda pudo avivar odios y enardecer rencores y crear conflictos, no bastaron para destruir la paz. Se registran tumultos salvajes y choques cruentos, no por nuestra culpa. Choques y tumultos provocados por nuestros enemigos, que dan pretexto a los hombres de Wáshington para obtener, con el auxilio de los hombres de San Juan, que perdure el sistema presente y que no se instaure el

Library of Congress

régimen civil. Jamás se vió en el mundo período electoral tan largo ni tan difícil. Fué más bien un período *de prueba*. Puerto Rico no asistió a cien batallas campales, no por falta de oportunidad ampliamente ofrecida, sino por el fondo de sensatez y de cordura, que, pese a las máximas inicuas y a los discursos disolventes, existe en el carácter de las masas insulares.

Esta lucha presenta dos aspectos: el de la inutilidad de las elecciones para el bien público y el de la parcialidad manifiesta en provecho de los republicanos; no, de seguro, por simpatías ni preferencias hacia ellos, sino por el afán de nivelar influjos y de igualar fuerzas entre los dos bandos que se disputaban la victoria. Ese afán se destacó siempre en la política del gobierno. Entre un coloso y un pigmeo no hay combate. Necesitábase achicar la estatura del coloso y aumentar la del pigmeo. Porque lo importante, lo *útil*, desde ciertos puntos de vista, es que los puertorriqueños se encarguen de destruirse y anularse los unos a los otros, facilitando y apresurando así el trabajo de la absorcion, que está escrita, que vendrá de todas maneras 257 y que vendrá pronto, muy pronto, gracias al encarnizamiento con que nos herimos; gracias a la suicida tolerancia que nos convierten en auxiliares de nuestra ruina. De eso se ocupará mañana este periódico: nuestra tarea de hoy se limita a demostrar la inutilidad de la campaña a que se comprometió a nuestros partidos.

Ya están ahí los nuevos Ayuntamientos. ¿Para qué sirven? No se les confía la administración de los intereses municipales. En todo y para todo dependen del Poder central. Mientras en la metrópoli cada Municipio dispone COMO QUIERE de sus recursos, y dicta sus ordenanzas de gobierno interior, y abre o cierra caminos, y construye edificios, y alza puentes, y abre escuelas, sin que intervenga nadie en sus actos, en la colonia cada Municipio vive pendiente del gobernador, sin iniciativas, sin amplitudes, ahogándose en el férreo círculo de las prácticas anti-autonómicas, que le cohiben y le arrebatan su personalidad y su independencia. Para dejarles en una situación tan anómala, no era preciso crear organismos o renovarlos. La tutela persiste, con su séquito de inconvenientes y de obstáculos para el progreso. Las franquicias municipales no

Library of Congress

aparecen. Y los Ayuntamientos, con sus pasiones, con sus debates, servirán para que se exalten los espíritus, para que se aviven los enconos y para que sea más y más tirante la situación de los pueblos sometidos a la horrorosa gimnasia de una contienda sin fruto y sin término.

Bien comprendemos que el Gobierno no es responsable del rencor ni de la inquina; pero el Gobierno brinda la *oportunidad*; el Gobierno, con este período electoral de los CIEN DIAS, esparce en la atmósfera los elementos de que el odio se nutre. Antes la lucha fué violenta, hoy es mortífera; antes hubo oposición tenaz y enérgica, hoy nabra oposición implacable y despiadada. Nosotros preveíamos, nosotros temíamos esto por nuestra patria. Y si acudimos al campo y disputamos el triunfo, es porque no debíamos retraernos ante la injusta acusación de que en marzo de 1897 falsificamos el sufragio. Vencimos entonces y vencer ahora era cuestión de honra para nosotros. Sin tal circunstancia, y con una orden general tan propicia **17 CAMPAÑAS I 258** al fraude y al engaño, nuestros amigos no habrían tomado parte en el pugilato de las urnas, sobre todo, advirtiéndose, según se advertía, que los Ayuntamientos se renovarán en noviembre, de lo que resulta que los electos en febrero durarán NUEVE MESES. Y que, en este plazo, volverá a abrirse otro período electoral, y a renovarse las discordias, y a acentuarse, si cabe que se acentúen, las profundas divergencias.

Ese es el primer aspecto del problema. Una lid propia de los circos romanos, en que se dejó a los gladiadores destrozarse para nada: para formar cuerpos estériles, sometidos a centralización perpetua; o para mucho, para que los combatientes esgrimieran sus armas, renovasen sus heridas y convirtiesen la paz moral en un anhelo imposible. Al cerrarse el ciclo de dolores y angustias, al terminarse el lento y amargo *via crucis*, nosotros, que debemos al pueblo nuestra opinión, se la damos con franqueza, deplorando que, en vez de elogios sinceros se nos imponga la necesidad de escribir censuras razonadas. El general Davis, al pisar nuestras costas, autorizó a la Prensa para el examen y la crítica de los actos del Gobierno. El carácter americano no admite la lisonja. Y si lo admitiese no seríamos nosotros los botafumeiros del Poder; seríamos y seremos siempre los porta

estandartes de la verdad, más o menos grata a los que nos escuchan; pero siempre digna de nuestra conciencia y de nuestro pueblo.

259

LA DEMOCRACIA 21 de febrero de 1900. LA FIESTA DE MAÑANA

Mañana por la tarde se celebrará en el teatro el 168 aniversario del inmortal héroe que libertó a los Estados Unidos. Se nos envía cortés invitación, que agradecemos hondamente. Y no asistiremos.

Nos inspira alto respeto y grande admiración la noble figura de Wáshington, que luchó por la redención de su patria, que fundó un pueblo vigoroso y que, teniendo a su arbitrio la dictadura vitalicia, prefirió enseñar a sus conciudadanos el camino de la democracia y prefirió las satisfacciones de su conciencia justa a las pompas del poder supremo.

Jorge Wáshington será siempre una de las glorias más puras de América y de la humanidad. La obra, que resulta inmensa, no empequeñece al obrero. La voluntad redentora es digna la la nación redimida. Cuando se buscan sublimes ejemplos de desinterés y civismo, se encuentra siempre a este hombre UNICO, *el primero en la paz, el primero en la guerra, el primero en el corazón de sus compatriotas.*

Ningún homenaje superará nunca a las excelsas virtudes de Wáshington. En este día nosotros concentramos el pensamiento en la epopeya que él escribió con su espada, en la ley que él trazó con su pluma, en la senda que él señaló con sus actos, y rendimos al combatiente, al legislador y al ciudadano el tributo de nuestra ferviente simpatía.

Pero no vamos, no iremos a la fiesta anual en tanto 260 que este país no sea un país americano. Hasta hoy la bandera que flota en el Morro sólo simboliza la fuerza de un ejército vencedor, que impone su dominio. Nosotros queremos que represente los principios liberales que Wáshington mantuvo; las ideas de justicia que Wáshington defendió; las soluciones igualitarias que Wáshington aplicó. Nosotros queremos que

Library of Congress

Puerto Rico no sea materia explotable para los *trusts* de Nueva York y Chicago, debiendo ser país próspero y libre como Chicago y Nueva York. La ruta emprendida no es esa; y los puertorriqueños dignos, antes que la alegría y el orgullo, sienten el rubor y la angustia que pesa sobre su isla como una maldición inevitable.

Los hijos del continente que el Potomac y el Hudson fecundan, estarán satisfechos de este aniversario. ¿Cómo no, si su patria llega al apogeo de su preponderancia y su grandeza, y tienen paz y derecho en el interior, prestigio e influjos en el exterior, amplitudes para su industria, mercados para sus frutos, horizontes sin límites para su colosal iniciativa?

Los hijos de la isla que los huracanes devastan están tristes. ¿Cómo no, si su patria desciende al abismo de la desesperación, si su agricultura se muere, si su suelo fértil no produce, si se le somete a una inferioridad degradante, si se les niega la ciudadanía, si no viven al amparo de una constitución, si no son nada en el mundo?

Nadie nos vió, ni una vez siquiera, en los regocijos oficiales de España. Guardábamos la reserva propia de un pueblo que agoniza en la servidumbre. El dos de mayo no nos alegraba. ¿Que España combatió con heroicos ímpetus por su independencia? Y bien; la misma España nos oprimía y nos espoliaba, olvidándose de extender hasta nosotros la doctrina que le sirvió para vencer a Bonaparte.

Nadie nos verá tampoco en los regocijos oficiales de la nueva metrópoli. Guardamos la reserva propia de un pueblo en que, en el último año del siglo XIX, impera el gobierno absoluto. El 22 de febrero no nos alegra. ¿Que la nueva metrópoli combatió con heroicos ímpetus por su independencia? Y bien; la metrópoli misma nos niega y 261 nos cohibe olvidándose de extender hasta nosotros la doctrina que le sirvió para vencer a los ejércitos británicos.

La alegría en nosotros, o es sincera y franca, o no se manifiesta. Y se manifestará el día en que Puerto Rico realice sus esperanzas, sus ensueños a la sombra de la bandera americana.

Si no, no.

262

DIARIO DE PUERTO RICO 22 de marzo de 1900. LA HORA DE LOS DEBILES

El partido federal, por primera vez desde que existe, se coloca en actitud de franca oposición; se dispone a hostilizar a los que le hostilizan; se presta a defender el derecho del país contra los egoísmos del Gobierno; renuncia a todas las ventajas de una cobarde benevolencia y resuelve que su conducta no cambiará, que sus propósitos no dejarán de realizarse en tanto que los Poderes públicos no rectifiquen su conducta haciendo justicia al pueblo más pacífico y manso; pero no el menos altivo y abnegado del mundo.

Es, para nosotros, la hora de las grandes actividades y de las tenaces energías.

Y en esta hora renace nuestra confianza; porque si pudimos dudar mientras Puerto Rico parecía resignarse al despojo de que es víctima inocente, no podemos dudar desde que la mayor y la mejor parte de Puerto Rico se yergue animosa y responde al reto de los que mandan y dominan, con las cláusulas del acuerdo del 18 de marzo, por virtud de las cuales ya no es un periódico quien protesta, sino que es un partido fuerte y sólido en que forma la inmensa mayoría de la población insular.

Desde que aquí se hace política, jamás los representantes de una colectividad, congregándose en asamblea, tras madura y reflexiva deliberación adoptaron temperamentos de tan intrépida franqueza. Esos son los únicos temperamentos salvadores; esos los que nos traerán el cabotaje, el territorio y la declaración de Estado; esos los que, al poner a flote nuestras libertades cívicas y nuestros 263 intereses económicos, a flote pondrán también algo que vale más mil veces: nuestro nombre como

Library of Congress

pueblo culto y nuestra dignidad como hombres que merecen ser libres por sus virtudes, por sus talentos y por sus energías.

Sabíamos nosotros que de la pasividad muda y triste del aplauso hipócrita y mísero, no debíamos esperar ninguna clase de reivindicaciones. Y sabemos que de la censura grave y legítima; de la oposición firme y perseverante, podemos esperarlas todas. En la metrópoli se nos apoya con extraordinario empuje; pero a la vez se nos contempla y se nos estudia. Y si resultase que, en el momento mismo en que se nos humilla y se nos niega, nos mostráramos nosotros conformes con el título de siervos para los puertorriqueños y de TIERRA POSEIDA para la tierra de Puerto Rico; si en vez de la protesta robustísima y valiente entonásemos el himno de los esclavos ante sus señores; si callásemos ante el cúmulo de injusticias a que se nos condena y ante la convicción deprimente a que se nos rebaja, los que desde la metrópoli nos observan, al ver cómo vivimos satisfechos en la ruina y en la deshonra, dejarían de defendernos y dirían, y dirían bien, que un pueblo así sólo es digno de que se le explote como a una factoría y de que se le trate como a una tribu de ilotas bien hallados con la servidumbre.

Antes no teníamos plan alguno, porque no lo constituyen la sumisión y el silencio; hoy tenemos un plan seguro, una orientación clara, un rumbo fijo, y marchamos adelante con fe en el porvenir. Confíe el partido federal en sus jefes y sepa que no se procede aquí a ciegas y por impulsos nerviosos, sino que se avanza de un modo inteligente, ocupando posiciones y dirigiendo la puntería con absoluta serenidad. El blanco es un régimen absurdo, que debe desaparecer; la trinchera que atacamos es el poder militar, y la cumbre que ocuparemos es aquella en que fulguran nuestros derechos y nuestras libertades.

Pero, de igual manera que es este el día de la lucha para nosotros, es el día de la deserción para los débiles, para los tráfugas, para los Iscariotes que aún queden—si quedan—en nuestras filas. Márchense si no les complace 264 place secundar al partido en sus campañas generosas; márchense si prefieren vivir con el Gobierno y volverse de espaldas a la patria. La pugna viril no se hizo para los caracteres sin consistencia, que no

Library of Congress

saben resistir si creen que el viento sopla, que se encrespa el oleaje y que se avecina el huracán. Los empeños tenaces no son propios de las almas raquíticas, que se apegan al inmediato beneficio.

Es la hora de los débiles. Y les abrimos campo, y les tendemos puente de plata, porque hartos nos consta que no abundan los débiles entre nosotros; porque, en nuestra labor de dos lustros contra el sistema colonial español, aprendimos a conocer a nuestros amigos y a medir su valor y su entereza. No queremos Judas que nos vendan ni Pedros que nos nieguen; queremos apóstoles que vayan con nosotros a la Roma ideal de nuestro espíritu y que con nosotros miren sin temblores indignos el calvario en que se alzan las simbólicas cruces.

Las deserciones no nos preocupan ni nos detienen. ¿Hay quiénes llegaron al partido federal con el único fin de buscar medros, o influjos, o prestigios? Pues esos no caben en las filas que se extienden de un extremo a otro de la isla idolatrada; en esas filas sólo caben los buenos patriotas, los que, manteniéndose puros en las durezas del combate, subirán triunfadores al éxito que nos aguarda. De ayer a hoy han cambiado las cosas: nuestros enemigos tienen detrás al efímero Gobierno que se renovará en noviembre; nosotros tenemos detrás al pueblo americano.

265

DIARIO DE PUERTO RICO 15 de abril de 1900. EL "BILL" FORAKER

Se ha aprobado por 40 votos contra 30, el *bill* Foraker en el Senado americano. No llena las aspiraciones ni satisface los anhelos del país, cumplidamente.

Tenemos el perfecto, el legítimo, el incuestionable derecho, de volver a poseer lo que teníamos, y cuya posesión se interrumpió con el Gobierno americano. Podemos y debemos aspirar a la representación propia, en Cámaras elegidas por el pueblo, y al cabotaje con la metrópoli.

Library of Congress

Algo de esto nos concede el *bill* aprobado, aunque con determinadas limitaciones, que no satisfacen plenamente al país.

Mas con todo, y como decíamos ayer, es un paso adelante en las reivindicaciones que éste tiene derecho a esperar.

Si, como se asegura, se reconoce el Gobierno civil para Puerto Rico, siempre valdrá más, por de contado, que el Gobierno militar absoluto y supremo.

Limita, sin embargo, su eficacia y aminora sus beneficios, la Cámara de nombramiento del Presidente, pesando sobre la electiva como una losa de plomo; pesadumbre que coartará todas las iniciativas, que ciñe sus funciones, que merma el alcance de sus determinaciones.

Eso, y la no concesión del libre tráfico, que nos coloca en una situación de irritante inferioridad, revisten los caracteres de verdaderos atentados contra nuestro derecho.

El país quiere, y este querer lo ha exteriorizado en repetidas ocasiones, entrar de lleno en la ciudadanía americana; 266 que nos protejan sus leyes, que nos garantice igual suma de derecho que a los nacidos en el continente, la Constitución; que entremos en la posesión, absoluta, no interrumpida ni limitada, de todos los derechos y de todas las libertades, con todos los deberes y todas las obligaciones.

Si la bandera que ondea en los edificios públicos de la isla, es la misma que tremola en los territorios y Estados de la Unión, es justo, es natural que encarne y simbolice para nosotros lo mismo, absolutamente lo mismo, que para los habitantes de aquellos.

Ambicionamos la promulgación de los preceptos constitucionales, porque disfrutando de ellos, no podría gravarse a nuestros productos en su entrada a los puertos continentales, ni a los productos americanos al llegar a los nuestros, con derechos ni tarifas, que ni perciben entre sí los Estados, ni se imponen unos a otros.

Library of Congress

Con esa promulgación, quedaría, además, confiado el gobierno del país a sus propios hijos, tal y como acontece en las regiones continentales: nuestro voto vendría a ser el regulador de nuestro derecho a administrarnos, llevando a los puestos electivos a los hombres que merecieran, por sus condiciones, por su honorabilidad, por su patriotismo y virtud, esa distinción de sus conciudadanos.

Y no se daría el caso—motivo de nuestra constante protesta en otros tiempos—de que el nativo de la isla adscrita a la Unión, halle, al pisar sus ciudades, mayor suma de libertad, más amplio derecho que el que disfruta en su país.

No tienen los Estados Unidos, no tienen los hombres públicos de aquéllos, queja que atender, rencor que satisfacer, agravios que vengar. Les recibió el país, en su mayor parte, con transportes de alegría y aclamaciones de júbilo. Ni un acto ni una palabra nuestra reveló jamás el propósito de quebrantar su soberanía.

Por una y por otra razón, bien merece este pueblo, harto acreedor es a que se le restituya su personalidad, se proclame su derecho, se le haga entrar en el goce pleno de la libertad.

No esperamos otra cosa, porque otra cosa sería la violación 267 de su palabra y de sus votos, solemnemente empeñados ante el mundo por los Estados Unidos, y la tiranía impuesta a un pueblo débil por una nación fuerte; y donde reina tan noble y generosa democracia, no cabe esperar imposiciones tiránicas, generadas y practicadas sólo en aquellas donde impera, soberbio e irresponsable, el cesarismo.

Aguardamos, pues, el texto del *bill* aprobado, para conocer qué limitaciones tiene en él nuestra condición futura, o cuál es el alcance de lo que se nos concede; en cuyos casos, o batiremos palmas en su prez o levantaremos nuestra protesta, tan altiva como siempre, nuestras quejas, como siempre tan amargas.

Aguardamos, asimismo, ver con qué espíritu generoso o estrecho, amplio o mezquino, se implanta; porque ya sabemos que leyes regulares, bien interpretadas y bien planteadas, proporcionan visibles e inmediatos resultados a los pueblos; en tanto que leyes sabias y buenas, puestas en vigor con mente suspicaz, llegan a dar resultados funestos y perjudiciales.

268

DIARIO DE PUERTO RICO 17 de abril de 1900. EL "BILL" FORAKER

El sábado, sin conocer aún el texto del *bill* Foraker, anticipó este periódico algunas apreciaciones en que se ratifica, ampliándolas hoy, después de calmosa y detenida lectura.

En lo económico, EL "BILL" es bastante liberal, aunque nosotros teníamos derecho a exigir que lo fuese por completo. El Poder legislativo de la metrópoli, preocupadísimo de no sentar precedentes para Cuba y Filipinas, o de sentarlos favorables a los intereses norteamericanos, pasa por cima de los principios y atropella la Constitución. Este país debió ser considerado como *parte integrante* de los Estados Unidos, según lo fueron Louisiana, Texas, California y Nuevo Méjico al anexarse a la Unión por compra o por conquista. Si lo fuera, el libre cambio se impondría, *ipso facto*, como una cuestión de hecho, puramente constitucional. De modo que, al poner la vista en ciertas conveniencias interiores, el Congreso desvirtúa las propias instituciones metropolitanas y nos reduce a una inferioridad con la que nunca estaremos conformes.

Por otra parte, el 15 por 100 de la tarifa Dingley, que favorece a nuestros productores, no favorece tanto a nuestros consumidores. La tarifa Dingley resulta tan alta, que aún lo que de ella pagarán aquí las mercancías representa sumas muy fuertes e impedirá que los puertorriqueños adquieran a buen precio los productos de la agricultura y de la industria continentales.

Library of Congress

Cuanto a lo demás, el BILL resuelve nuestro problema económico en un plazo muy breve. El cabotaje se implantará, 269 de todas maneras, en marzo de 1902, o antes, ya que no puede ser más decisivo el párrafo que sigue:

“Desde el punto en que la Asamblea Legislativa de Puerto Rico decrete y ponga en práctica un sistema de contribuciones locales que llene las necesidades del gobierno de Puerto Rico, establecido por esta ley, y por medio de un acuerdo votado al afecto dé aviso de ello al Presidente, éste publicará un decreto al efecto; y desde entonces cesarán de cobrarse los derechos de Aduana sobre mercancías y de artículos que entren en Puerto Rico procedentes de los Estados Unidos, o que entren en los Estados Unidos procedentes de Puerto Rico; y desde esa fecha todas las dichas mercancías y artículos entrarán libres de derechos en los diferentes puertos de entrada.”

Queda, pues, al arbitrio de la autoridad legislativa que se crea en San Juan que cese cuanto antes o que perdure dos años el 15 por 100. Se pone en manos del país esa medida. Nosotros estimamos que el país la adoptará sin más demora que la indispensable para resolver con acierto, evitando los escollos de una bancarrota administrativa que sobrevendría después de un DEFICIT en los presupuestos insulares.

El canje de nuestra plata se resuelve de plano también por virtud de la cláusula 11, que dice así:

“Para el propósito de retirar la moneda puertorriqueña al presente en circulación en Puerto Rico y sustituir la misma por moneda de los Estados Unidos, el secretario del Tesoro queda por la presente autorizado a canjear, a su presentación en Puerto Rico, todas las monedas en Puerto Rico conocidas con el nombre de pesos, y todas otras monedas de plata y cobre en circulación actualmente en Puerto Rico, sin incluir ninguna moneda que pueda importarse en Puerto Rico después del día 1^o. de febrero de mil novecientos, al presente tipo de sesenta centavos de la moneda de los Estados Unidos, bajo la dirección del secretario del Tesoro en tales monedas de los Estados Unidos que estén al presente

Library of Congress

autorizadas por la ley como él ordene y después de tres meses. Desde el día de la implantación de esta ley, ninguna otra moneda que la de los Estados Unidos será moneda legal para el pago de 270 deudas de cualquier montante en Puerto Rico; y cualquier suma que sea requerida para llevar al efecto esta disposición y para pagar todos los gastos en que se incurra en conexión con la misma, se autoriza por la presente a apropiarse; y queda autorizado el secretario del Tesoro a establecer tales reglas y a emplear tales agencias como sean necesarias para llevar a efecto dicho propósito. Entendido que toda deuda en la fecha en que esta ley entre en vigor será pagadera en la moneda de Puerto Rico actualmente en circulación, o en la moneda de los Estados Unidos, al tipo de cambio dicho arriba.”

El canje está realizado. Dentro de poco, nuestra unidad monetaria ha de ser el DOLAR; y no hay que decir cuanto gana en ello la normalidad de los negocios y qué sólida garantía se ofrece a los capitales que en Puerto Rico busquen bueno y seguro empleo. El DOLAR es, al igual de la libra esterlina, la mejor moneda del mundo; no sufre depreciación en ningún mercado y tiene premios grandes sobre España, y sobre casi todas las repúblicas latinas, y premios leves sobre Francia, Italia, Alemania, Austria, Venezuela, es decir, sobre las naciones en que existe el patrón oro. Ahora empezaremos a descubrir las ventajas de ser POSEIDOS por la gran República: tarde es, debió ser antes; pero no vamos a regatear nuestra gratitud ni nuestro aplauso.

Cerramos este examen del BILL en su aspecto económico, aplaudiendo también la cláusula que restituye al Tesoro insular las sumas que se recauden en los puertos americanos sobre mercancías puertorriqueñas importadas en los Estados Unidos y sobre mercancías americanas importadas en Puerto Rico. La cláusula reviste esta forma:

“Que los derechos y las contribuciones cobradas a Puerto Rico de acuerdo con esta ley, menos el costo de cobrar los mismos, y el montante bruto de todo cobro de derechos y contribuciones en los Estados Unidos sobre mercancías procedentes de Puerto Rico, no ingresarán en el fondo general de la Tesorería, sino que se retendrán como un fondo

Library of Congress

aparte y se pondrán a la disposición del Presidente para ser usados para el Gobierno y beneficio de Puerto Rico, cuando el gobierno que se crea por esta ley, haya 271 sido organizado; y entonces todo dinero hasta entonces cobrado bajo estas disposiciones y que no se haya gastado, será transferido a la Tesorería local de Puerto Rico y el secretario de la Tesorería designara los distintos puertos y sub-puertos de entrada en Puerto Rico y hará tales reglas de ordenanzas, y nombrará tales agentes como sean necesarios para cobrar los derechos y contribuciones autorizadas a imponerse, cobrarse y pagarse en Puerto Rico por las disposiciones de esta ley; y fijará la compensación y proveerá para el pago de todos los empleados, agentes y ayudantes como él crea necesario emplear para llevar a efecto estas disposiciones. Se establece, sin embargo: que tan pronto como se haya organizado un gobierno para Puerto Rico, de acuerdo con lo que dispone esta ley y de ello se le haya dado cuenta al Presidente, éste publicará un edicto al efecto, y desde entonces todo cobro de derecho y contribuciones en Puerto Rico bajo lo dispuesto por esta ley, entrará en el Tesoro de Puerto Rico, para ser gastado como lo requiera la ley para el gobierno y beneficio del mismo, en vez de ingresar en el Tesoro de los Estados Unidos.”

El BILL, si vulnera a nuestro juicio el derecho constitucional, es admisible para Puerto Rico. El *Diario* lo reconoce con satisfacción. Pese a sus recortes y a sus vacilaciones, predomina en el BILL un espíritu generoso, que impresionará bien a los hijos de esta tierra, predisponiéndoles a la confianza y al afecto.

Mañana continuaremos el análisis de lo que toca al gobierno y a la administración de nuestra isla. Y desde hoy anticipamos que, en ese punto, no nos sentimos, no podemos sentirnos satisfechos.

272

DIARIO DE PUERTO RICO 19 de abril de 1900. EL “BILL” FORAKER

Library of Congress

Ayer hablábamos de los inconvenientes políticos del BILL, que está hecho para que TODO ESTE EN MANOS DEL PAIS Y EL PAIS EN MANOS DE LOS CONTINENTALES, y que, aún así, no sería ley sin la propaganda de la Prensa y sin el esfuerzo de la opinión pública. Hoy hablaremos, para cerrar este ligerísimo estudio, de las ventajas que nos brinda la obra del Congreso americano: VENTAJAS que aprovechará el patriotismo puertorriqueño para manifestarse robusto y para erguirse sobre la amplia base de la autoridad que ha de darle la Cámara electiva.

Esta Cámara, a la cual se concede—y no podía ser de otro modo—una gran independencia interior, nombrará sus empleados, acordará un reglamento, fallará sobre la validez de las actas de sus delegados y constituirá un cuerpo genuina y absolutamente insular. Es lo único bueno que hay en el BILL; y, por desdicha nuestra, no es eficaz en lo que se refiere a los negocios públicos, a los problemas de la administración y del gobierno.

Más, siendo puertorriqueña la Cámara, y siendo exótico el Consejo, el pueblo de Puerto Rico tendrá siempre en la primera su representación caracterizada. Y cuando la lucha se entable, la metrópoli y el mundo verán cómo sufre esta tierra angustias no merecidas y cómo se alza a protestar de una inferioridad que no admite, y que es sólo un pretexto para que los de fuera dominen a los de dentro; para que los extraños manden a los propios y para que los conquistadores prevalezcan sobre los conquistados.

273

El trabajo de la Cámara nulo ha de ser en cuanto a las reformas, que NO PASARAN en el Consejo; pero no será nulo en cuanto a la intensa nota del regionalismo, que vibrará en las sesiones y que llegará a Wáshington, si es indispensable, y a todos los confines de la América del Norte, para decir a los americanos, A LOS VERDADEROS AMERICANOS, cómo se trata a un país indefenso y cómo se prescinde de su voluntad en la dirección de sus propios asuntos. Y quien diga esto no será un grupo de patriotas; será la mayoría del

Library of Congress

pueblo, probada en las urnas y ansiosa de que no se la obligue a una servidumbre indigna de los Estados Unidos que la impone, e indigna de Puerto Rico que la rechaza.

Estamos seguros de que se nos oirá. Ya se nos oye y se nos defiende. La Prensa americana ganará nuestro pleito: el pueblo americano nos hará justicia. Lejos de desesperar, el espíritu se levanta al convencerse de que nuestros amigos en el continente valen más y son más numerosos que nuestros adversarios y de que anda muy próximo el fin de los males que nos abruman.

No importa que en este mezquino simulacro de régimen civil todo aparezca exótico, menos la Cámara, y todo tenga autoridad menos la Cámara, ¡la Cámara, que es la única voz de Puerto Rico en el sistema que debe implantarse! Esa Cámara no legislará, no actuará, no influirá. Pero hablará tan alto que el eco de sus acuerdos ha de oirse más allá del Hudson y el Potomac y ha de repercutir en el corazón de los Estados Unidos, advirtiéndoles que su bandera NO FLOTA AQUI SOBRE HOMBRES LIBRES y no simboliza la libertad y el derecho, sino la tiranía y el despojo.

Un punto claro se divisa en la tiniebla que nos envuelve: la inteligencia y el carácter del gobernador Mr. Allen. En un gobierno personal, el criterio de la persona que manda es decisivo. Y si Mr. Allen QUIERE respetar la personalidad de Puerto Rico, si es hombre de principios realmente democráticos, no desatenderá los votos populares, ni se convertirá en instrumento de malas pasiones, ni será juguete de la intriga y del engaño, ni chocará con el país en la Cámara representado. **18 CAMPAÑAS I**

274

El BILL FORAKER no es más que un *MODUS VIVENDI* para algún tiempo; no satisface a nadie. Y vivirá un año para que le reemplace una ley expansiva y justa. En ese año, Mr. Allen se convertirá en árbitro de nuestros destinos. Si a él le place, ni el Consejo se opondrá a la Cámara, ni la Cámara al Consejo; sino que los dos organismos se apoyarán recíprocamente, predominando, como es natural, las iniciativas puertorriqueñas. Porque

Library of Congress

resultaría absurdo que los extraños sepan aquí más que los propios de lo que conviene a la vida interna de la isla.

Esto nos parece absurdo. Y tenemos confianza de que no sucederá. Si sucediese, el partido federal ocuparía el sitio que le señala su historia y continuaría marchando hacia adelante con la bandera de las libertades públicas: con la bandera de la altivez y del honor.

275

DIARIO DE PUERTO RICO 6 de julio de 1900. EL CASTIGO

“ Nueva York, julio 4, a las cuatro. P. M. La Convención de los republicanos platistas, que está reunida en Kansas City, simultáneamente con la Convención democrática, ha resuelto adoptar la plataforma y los candidatos de los demócratas.

El senador de Colorado, Teller, el leader de los republicanos platistas independientes, en un discurso, esta mañana, dijo:

“ No me gusta el pueblo puertorriqueño: no son peleadores, como los cubanos; estuvieron sometidos a la tiranía española durante centenares de años sin mostrarse hombres para hacerles la oposición. Tal raza es indigna de la ciudadanía. ”

(Cablegrama especial al *San Juan News*, transmitido por el *New York Sun*.)

Acaba de aparecer en *San Juan News* ese cablegrama terrible. Jamás se lanzó un insulto tan grave al rostro de un pueblo. León y Castillo, afirmando que EN PUERTO RICO TODO PUEDE HACERSE IMPUNEMENTE Navarro Rodrigo, declarando que LOS ANTILLANOS SON MAESTROS EN EL ARTE DEL DISIMULO Y DE LA PERFIDIA, no pisotearon, según pisotea Mr. Teller, el alma de este país sin ventura y sin esperanza.

Y Mr. Teller, senador de los Estados Unidos, jefe de un grupo que mañana entrará en el Poder, tiene una autoridad indiscutible.

276

Y, en ese punto, está con Mr. Teller el Gobierno de hoy, el Gobierno de Mac Kinley, que lanza sobre nosotros el BILL FORAKER, en que se nos niega la ciudadanía, y se nos da la tutela de un Consejo ejecutivo exótico, y se nos concede una Cámara puertorriqueña sin facultades, sin iniciativas, que resulta un escarnio sangriento en su inutilidad vergonzosa.

Se nos echa en cara que no pertenecemos a la raza combatiente que puebla los campos de Cuba. ¿Y cómo no, si recibimos en Guayama y en Ponce con los brazos abiertos a los invasores; si soportamos sin protesta el régimen militar; si una multitud de ilotas, que se dicen incondicionales, guarda silencio ante las torpezas de que se hace víctimas a los NATIVOS, a los parias del siglo XIX, a los siervos adscritos al terruño vendido o conquistado?

¿Y cómo no, si regateándonos por el Congreso del título de ciudadanos, hay aquí quien toma parte en las fiestas de índole nacional, el 22 de febrero, el 4 de julio, y no falta quien alardea un AMERICANISMO más entusiasta que el de los propios hijos de la América del Norte, y enciende luminarias, y pronuncia discursos y acepta, para él y para su patria, la inferioridad que nos deshonra y la injusticia que nos oprime?

¿Y cómo no, si débil en presencia de los españoles armados, sólo se mostró FUERTE una turba de cobardes con los españoles inermes, quemando sus viviendas y ejerciendo la venganza en el momento mismo en que debían imponerse la nobleza y la hidalguía, para el olvido y el perdón?

¡Ah! El partido federal puede erguirse con suprema altivez ante el ultraje; porque él sólo condenó a los incendiarios; porque él sólo se abstuvo de las fiestas; porque él sólo

Library of Congress

rechazó el régimen de las bayonetas porque él sólo, protestando siempre, resistiendo siempre, quiso reivindicar el derecho de Puerto Rico a vivir en la dignidad, ya que no podía, ya que tal vez no podrá nunca, vivir en la libertad y en el derecho.

El partido federal ni se dobló, ni se doblará en las genuflexiones serviles ni acudió ni acudirá a las intrigas palaciegas; ni aceptó ni aceptará la servidumbre voluntaria; 277 ni transigió ni transigirá con que en la isla, donde todo pertenece a los forasteros, no pertenezca nada a los insulares; y, por último, ni aplaude ni aplaudirá que se nos administre y se nos explote sin consultar a la conciencia pública, y antes bien contrariando y cohibiendo a la opinión de las mayorías.

Es triste confesarlo; pero los que, como el senador Teller, nos observan desde lejos, al ver que aquí la apostasía es una costumbre que al apóstata no se le relega al desprecio; que un Guzmán, y un Matienzo, y un Viñas, y un Fajardo, y un Coll, y otros y otros, sirven a una idea en busca de un medro, y si ese medro se asegura sirviendo a idea distinta, allá van, cortesanos del interés, donde les llaman sus apetitos y sus vanidades; que los tráfugas encuentran manos que estrechen la suya, sectarios que les acojan, masas que les secunden; al convencerse de que tan menguados procedimientos no sublevan al país, nos juzgan indignos de ser lo que son ellos en su territorio: ciudadanos bajo una bandera que FLOTA EN LA TIERRA DE LOS LIBRES Y PROTEGE EL HOGAR DE LOS VALIENTES.

En la Unión americana no se conocen los Judas, que tampoco se conocen en Francia, en Inglaterra, en Alemania, en ningún pueblo donde la honradez política es complemento de la honradez personal. La lección de Mr. Teller, es casi espantosa. El partido federal no la necesita y la rechaza. Caiga entera sobre los que se ponen de rodillas para que el Gobierno les arroje unos destinos, y les prodigue sus sonrisas, y les convierta en *personas*, y les brinde su concurso, aunque con esas actitudes maten el sentimiento del honor y del patriotismo, atrayéndose sobre Puerto Rico el desdén insultante del extranjero.

El partido federal no tolera tampoco que se le diga: “no os mostrasteis hombres para hacer oposición a la tiranía española”, porque mientras Rossy, Barbosa y Guillermet y guardaban silencio; mientras Degetau era en Madrid más español que Pelayo y Chindasvinto; mientras Guzmán, Fajardo, Fransceschi, se ponía *bajo el ala* de los conservadores; mientras Egozcue, Monserrat y Arturo Más vestían uniforme y ceñían espada, en estrecho compañerismo 278 con los déspotas; mientras esos, que hoy funjen de muy republicanos, se escondían o pactaban, Marín, Muñoz Rivera, Abril, Astol, Rodríguez Cabrero, levantaban en *La Democracia* un bastión en frente de la tiranía; desafiaban la cólera de los tiranos, se batían a campo raso por el nombre del terruño, ocupaban el banquillo de los reos, pisaban el suelo inmundo de las cárceles, ofrecían su reposo y su vida en aras del decoro colectivo, y salvaban para los hijos de Puerto Rico un jirón de la honra puertorriqueña.

Aquí hay hombres, aquí hay caracteres. Si llega el día de los grandes sacrificios, la patria encontrará en su puesto a los patriotas.

279

DIARIO DE PUERTO RICO 27 de julio de 1900. EL 25 DE JULIO POR QUE NO LO CELEBRAMOS

La Comisión organizadora de la fiesta celebrada en Ponce anteayer, para conmemorar la invasión del año 98, publica una hoja suelta en que se propone hacer reseña de los motivos en virtud de los cuales quiere que la ciudad se regocije. Y arremete contra España en los tonos más *valientes* del idioma español. Proeza es que no envidiará ningún hombre de carácter. Nosotros combatimos a España cuando sus gobernadores podían proscribir y encarcelar; cuando sus ejércitos mantenían a las autoridades; cuando en la lucha había peligros inmediatos; cuando nuestro pueblo sentía la coacción de la Guardia civil; cuando un Guzmán Benítez andaba *de occultis* por Fajardo mientras Baldorioty, Marín, Vázquez y Carbonell eran huéspedes de las bóvedas del Morro. Insultar hoy a la

Library of Congress

vieja madre patria, labor nos parece propia de espíritus flacos y cobardes más que de espíritus nobles y generosos.

Pero no nos toca defender a España. Nos toca, sí, poner frente a la enumeración de hechos falsos que hace desde la ciudad del sur, no sabemos quién la enumeración de hechos exactos, que hacemos desde aquí para que todo el mundo sepa POR QUE NO CELEBRAMOS EL 25 DE JULIO y por qué nos avergonzaríamos de celebrarlo.

El Gobierno americano encontró en Puerto Rico una autonomía más amplia que la del Canadá. Debió respetarla o ensancharla y sólo quiso y pudo destruirla.

Teníamos tres representantes en el Senado y diez y seis 280 en el Congreso, y, gobernando y administrando nuestro país, contribuíamos también a administrar y gobernar a la metrópoli. Ahora tendremos un delegado SIN VOTO en Wáshington.

Teníamos un Consejo de secretarios, cuyos decretos sancionó SIEMPRE el gobernador. Hoy tenemos un Consejo ejecutivo, en su mayoría compuesto de personas que no nacieron aquí, ni aquí poseen arraigo alguno y que se interesarán por la nación que les nombra y no por la región que les paga.

Teníamos unas Cámaras insulares electas por el voto del pueblo, con facultades para legislar en materia de presupuestos, obras públicas, instrucción pública, beneficencia, Sanidad, Correos y Telégrafos, etc. Ahora tendremos una *Cámara* cuyas facultades anula el Consejo ejecutivo, dueño absoluto de aprobar o rechazar las leyes.

Teníamos un sistema de enseñanza regularmente organizado, en el cual podían introducirse reformas que lo perfeccionasen. Hoy tenemos un sistema de enseñanza en virtud de cuyos errores los alumnos acaban de perder un año entero, y perderán los años sucesivos si Dios no lo remedia.

Library of Congress

Teníamos correo diario en todos los pueblos. Hoy tenemos expediciones trisemanales en muchos puntos, y el franqueo de las cartas y de los telegramas aumentó sus precios, y las estaciones se cierran en las ciudades de noche y en los días festivos, donde antes permanecían abiertas de día y de noche.

Teníamos un presupuesto con superávit, a pesar de los gastos de guerra y marina y de LOS TRIBUTOS A LA ESTIRPE DE CRISTOBAL COLON. Hoy tenemos un presupuesto con UN MILLON DE DOLARES COMO DEFICIT. ¡Un millón de dólares, cuando el presupuesto del Gabinete insular, íntegro, con sus varias partidas, no llegaba a esa cantidad!

Teníamos en las oficinas empleados exclusivamente puertorriqueños y el dinero de nuestras bolsas entraba así en las bolsas de nuestros paisanos; hoy tenemos en las oficinas empleados casi exclusivamente continentales, con 281 sualdos fastuosos: como que los fijan ELLOS PARA ELLOS.

Teníamos un idioma oficial en que era fácil entenderse con los gobernantes: el idioma nuestro, el que hablamos desde niños, el de nuestras madres, el de nuestros hijos. Hoy tenemos un idioma oficial que no conocemos ni conoceremos nunca y cuya pronunciación es inaccesible para nuestros órganos vocales.

Teníamos un sufragio que podían emitir TODOS LOS MAYORES DE 25 AÑOS, fuesen o no contribuyentes y supiesen o no leer y escribir. Hoy tenemos un sufragio restringido, incompleto, que priva a las masas del derecho que la autonomía les concediera.

Teníamos, al verificarse las elecciones y al regir de lleno EL REGIMEN MORET, Municipios absolutamente autónomos y libres por la ley. Hoy tenemos Municipios sometidos a la tutela del gobernador civil en asuntos políticos, y a la tutela del tesorero central en asuntos económicos y administrativo.

Library of Congress

Y después, y además, durante los últimos tiempos de España, no se violó el domicilio de ningún puertorriqueño.

No se suprimió ningún periódico, como en tiempos de Henry.

No se instauró una Corte militar, como la presidida por Petingill.

No se aplicó el componte, como lo aplicaron unos guardias insulares en Toa-Alta y unos guardias municipales en Ponce.

No se creó un cuerpo de Policía para el provecho de un partido adulator de los que mandan y explotan.

Ni intervino un funcionario civil en la conducta de los jueces, como interviene ahora el gobernador, ordenando la excarcelación de un guardia que disparó su revólver sobre mujeres indefensas.

Ni existieron Tribunales de Policía, sin apelación en sus fallos; Tribunales tan despóticos que merecen el nombre histórico de SANTO OFICIO.

Ni hubo un alcalde que adquiriera la triste celebridad de “Guzmán el Malo”, a causa de sus fechorías, no comparables con las de Ulsurum y Olaguíbel.

282

Ni faltó la seguridad personal hasta el extremo de que para vivir sea preciso armarse de punta en blanco y andar prevenidos para no ser víctimas de la traición en acecho.

Ni se jugó descaradamente en garitos que todo el mundo señala y que la Policía no descubre porque lleva un vendaje en los ojos.

Ni se condenó a presidio a un insular por haber pegado a un continental.

Library of Congress

Ni quedaron impunes asesinatos como el de Barros, donde un soldado mató a un obrero de la manera más gratuita.

Ni se pasearon las turbas por las calles en tumulto, dando gritos de muerte.

Ni rigió un derecho para los NATIVOS y otro derecho para los dominadores.

Ni se negó al país la carta constitucional de su metrópoli.

Ni tuvo que emigrar la población campesina para no perecer de miseria, famélica y desnuda.

Ni se escuchó el ultraje en los labios de ministros y senadores, como se escucha en los de Mr. Root y Mr. Teller.

Ni un coronel sacó de una Audiencia—la de Ponce—al presidente del Tribunal—Becerra—sin motivo y sin causa.

Ni se extrajo de un vapor francés a un extranjero—Mourraill—contra las prácticas del derecho de gentes, en un pleito civil, habiendo prestado fianza considerable y embarcado con la venia del juez.

Y después, y además...

Las cédulas personales.

Los derechos de trasmisión de bienes.

El impuesto del timbre.

El tributo de exportación sobre frutos del país.

La inícuca derrama de la Diputación provincial.

Library of Congress

Pero eso fué obra del Gabinete que presidía Muñoz Rivera y que informaba y aconsejaba a conciencia al Gobernador.

En cambio se establece:

El tributo sobre los fósforos.

El tributo sobre los alcoholes.

El tributo de las armas, que dá lugar a los inverosímiles 283 registros de la policía en las ciudades republicanas.

El tributo directo sobre las tierras, en que pagan poco los ricos y mucho los pobres.

Y se consiente.

Que el ejercito importe víveres para él, y no consuma nada al comercio de la isla.

Que un funcionarios cobre dos sueldos A LA VEZ, cuyos sueldos suben a CUATRO MIL OCHOCIENTOS dólares. Este funcionario se llama Bothwell y es Marshall de la Corte Suprema y oficial ejecutivo de la Junta de Cárceles y presidios.

Que un tesorero, Mr. Hollander, modifique a su antojo un BILL votado por el Congreso, como lo modifica al nombrar investigadores que maten al comercio y perturben los negocios.

Que permanezcan en Washington los millones que pertenecen al pueblo de Puerto Rico y que este necesita para no sucumbir de hambre, ya que la estadística nos dice que la mortalidad se ha triplicado desde la invasión.

Y se dispone,

Library of Congress

Que nos arruine el 15 por 100 de la tarifa Dingley, más fuerte que la tarifa entera que se nos aplicaba en 1897.

Que se perciban un SCHOOL TAXE, o sea la contribución de UN DOLLAR por habitante, que cubren los puertorriqueños para escuelas inútiles y para edificios, como la MODEL SCHOOL, que valen seis mil dólares y cuestan trece mil.

Que se cobre por los caballos, por los perros, por los gatos, etc., etc.

Que se administre sin dar cuentas al público de la inversión de fondos y sin que nadie pueda decir CUANTO INGRESO Y CUANTO SALIO de las cajas desde 18 de octubre de 1898 hasta 27 de julio de 1900.

Por eso, y por lo que queda en el silencio y en la sombra, no celebramos nosotros el 25 de julio.

Porque creíamos que amanecía una era de libertad y asistimos al espectáculo de una absorción terrible.

284

Porque suponíamos que, a lo menos, se nos declararía Territorio, y ni siquiera Colonia se nos declara.

Porque no se nos concedió nada de lo que se nos prometía y porque nuestra condición es la de los siervos adscritos al terruño conquistado.

Los republicanos de Ponce engañan a las muchedumbres y las llevan a regocijarse de su propia inferioridad; de la inferioridad a que nos condena el Congreso al declarar que NO SOMOS CIUDADANOS DE LOS ESTADOS UNIDOS, ni nos ampara la constitución federal, ni formamos parte de la nación *redentora*.

Los republicanos de Ponce, *sobrándose* —así se dice en el lenguaje del pueblo—acuden donde les llaman y parecen sentirse orgullosos de los desprecios que sufre Puerto Rico.

Sigan en las fiestas. Nosotros seguiremos en la lucha por el pleno derecho, por la plena constitución, por la plena nacionalidad americana y por la plena personalidad puertorriqueña.

El día en que tengamos ESO empezaremos a sentir el orgullo y la alegría de ser americanos.

Por hoy, nos limitamos a sentir la alegría y el orgullo de no haber perdido la vergüenza.

285

DIARIO DE PUERTO RICO 13 de septiembre de 1900. LA INQUISICION EN SAN JUAN (1) Manuel Egozque, inquisidor *Canallería andante*.

(1) Al día siguiente al de la publicación de este artículo, las turbas republicanas asaltaron los talleres del *Diario de Puerto Rico* y rompieron las máquinas. Varios días después estas mismas turbas asaltaron la casa particular de Muñoz Rivera. Los instigadores de aquel movimiento no ejercen hoy influencia en el partido republicano.

Porque amenazó a un *quidam* que había injuriado antes a su madre y a su esposa, está preso y sufrirá CUARENTA Y CINCO días de ergástula Nolasco Rubio.

Porque llevaba un revólver para guardar los almacenes del comercio, que vigila de noche, está preso y sufrirá TREINTA DIAS de ergástula Jesús Figueroa.

Son dos obreros sin tacha: dos hombres de piel oscura y de honor claro como la luz. A ambos se les condena a TRABAJOS FORZADOS: la pena vil que no existe ya en Código ninguno más que para los delitos de muerte, de incendio y de robo.

Ambos se niegan a salir a las calles con el pico o con el azadón. Y a ambos se les impone —¡asómbrese el país!—, se les impone el encierro absoluto y el ayuno a pan y agua. Así viven hace dos días dos ciudadanos, más, mucho más honorables que Manuel Egozcue.

De modo que aquí el que mata tiene derecho a la defensa, al *habeas corpus*, a la apelación a los Tribunales. Y si se le castiga, baja al presidio y en el presidio no se le recluye en inmunda bartolina.

286

De modo que la canallesca venganza de uno que fué conservador, que fué oportunista, que es republicano y que vendió siempre a sus amigos—traidor de nacimiento—, llega hasta el punto de infringir todas las leyes humanas y divinas, deshonrando al pueblo en que vive con el espectáculo de esta *canallería andante*.

Se habló mucho de Urzurrum, de Arjona, del sargento Escudero, del *componte*; se habló mucho de aquellas vergüenzas sin reprimirlas: hasta creemos que sin repugnarlas. Porque ahora estos republicanos, que se decían demócratas, que se decían mantenedores del derecho, crean la inquisición, con su ayuno, con su trapo rojo, con su sambenito, con el tormento que deprime la conciencia y enerva los organismos.

Y esto se hace a ciencia y paciencia de un Gobierno americano, que si no hubiera demostrado su ineptitud en tantas ocasiones, la demostraría hoy al consentir tanta ignominia; y esto se hace bajo la bandera americana, que cobija a hombres libres en el continente y que un día borraré el blanco y el azul de sus listas y amanecerá roja solamente; roja de vergüenza por amparar tales infamias.

Oigan los obreros republicanos de los pueblos en que hay alcaldes federales: ¿qué sería de ellos si estableciéramos la legítima represalia? No la establecemos, porque el partido federal es un partido de patriotas; más aún: un partido de personas decentes. Y digan los

Library of Congress

obreros republicanos de todos los pueblos: ¿aprueban ellos que se atormente a hombres dignos, pretendiendo intimidarles o rebajarles?

No se les rebaja. Quien se rebaja y se enloda es ese alcalde que presenta en Puerto Rico el primer caso de esta especie; ese alcalde que es la deshonra de su país con sus actos bochornosos. Ya no podrá nunca levantar la cabeza. Aduló a Ubarri, le vendió; aduló a Villar y le vendió; aduló a Arzuaga—casi su hermano—y le vendió; adula a los dominadores actuales y les venderá. Eterno Judas con o sin los treinta denarios, su conciencia debe ser oscura como su destino.

Y para aliviarse el escozor de un presupuesto que cierra con un déficit de OCHENTA MIL DOLARES, se consagra 287 a la valiente proeza de perseguir a hombres a cuyas plantas no llegará nunca, aunque se empeñe; que jamás un Manuel Egozcue valdrá moralmente lo que valen Nolasco Rubio y Jesús Figueroa.

¡Pobre país el que produce esos engendros del mal!

¡Pobre país el que tiene muchedumbres que aplauden su propia esclavitud!

288

LA DEMOCRACIA Caguas (1) , 24 noviembre 1900. LA DISOLUCION I

(1) Después de los ataques contra la persona y la propiedad de Muñoz Rivera en septiembre; éste se trasladó a Caguas y llevó allí *La Democracia*, que hasta noviembre de 1900 se publicó en Ponce.

Nuestro querido compatriota, el señor Díaz Navarro, en el artículo que publicamos ayer, plantea resueltamente una cuestión de incalculable trascendencia. Y como es persona que por su talento, por sus servicios, tiene autoridad para influir en la marcha colectiva, *La Democracia*, que no está conforme con su actitud, la discute con franqueza, oponiendo

Library of Congress

razones y presentando el asunto en todos sus aspectos, a fin de que el pueblo federal pronuncie un día su veredicto soberano.

El trabajo del señor Díaz se reduce a una síntesis: La DISOLUCION INMEDIATA. Y, con el propósito de mantenerla, establece los hechos capitales que siguen:

1.º El partido Federal debe luchar siempre por los intereses materiales del país, sin que le inspire el quijotismo, que determina la decadencia de otros países.

2.º El partido Federal, al que se acusa de *poco adicto a la nacionalidad americana*, está condenado a la muerte de Prometeo sobre su roca del Cáucaso.

3.º El partido Federal, ha de abrirle paso a un nuevo partido, que, *con procedimientos más dúctiles y plataforma distinta*, alcance la absolución de la sentencia mitológica.

289

4.º En el caso de ahora se impone, no la renuncia del jefe—que parece ser el blanco de los odios del Gobierno—, sino la renuncia del partido a los grandes empeños de la vida pública.

Vamos a realizar el análisis de esos hechos; que el señor Díaz considera sin duda terminantes cuando llega a fundar en ellos una afirmación radicalísima.

Que debemos defender a todo trance los intereses materiales de la isla, es cosa que no se discute: los defendimos siempre; para defenderlos esforzó nuestra Prensa su propaganda; para defenderlos envíamos a Wáshington una Comisión activa y diligente, y para defenderlos también queríamos ir a la Cámara de Delegados y llevar a ese cuerpo la representación numerosa que corresponde a nuestra mayoría electoral. Nadie puede dirigir contra nosotros el cargo gratuito de que abandonáramos ese punto importantísimo del programa de octubre.

Library of Congress

En lo que toca al *decadente quijotismo*, ¿qué entiende por quijotismo decadente el señor Díaz? El asistió a todos los actos del Comité ejecutivo; él sabe que ofrecimos nuestro concurso a Mr. Allen, *siempre que Mr. Allen no nos hostilizara*: él sabe que Mr. Allen nos hostilizó, y que el Comité ejecutivo, después de examinar fría y calmadamente los sucesos, acordó sostener la protesta con varonil energía; él sabe que el Comité ejecutivo ratificó ese acuerdo al no admitir la dimisión de nuestro jefe; él sabe que utilizamos los caminos de la dignidad para acercarnos a la Fortaleza y que nos alejamos de la Fortaleza al convencernos de que nada podíamos esperar de Mr. Allen; él sabe, en fin, que, puesto a optar entre una *benevolencia inútil*, porque a pesar de ella se nos combatía, y una altivez noble y enérgica, nos decidimos por la última.

¿En qué consiste, pues, nuestro quijotismo? Recuerde el señor Díaz que en los tiempos de España, los periódicos regionalistas hablaron con mayor rudeza que el *Diario de Puerto Rico*; recuerde que la oposición fué entonces más violenta y más ruda; recuerde que él mismo nos defendió cien veces ante la justicia y asistió a nuestros lances personales; recuerde que no se llegó nunca a una **19 CAMPAÑAS** I 290 violencia como la que palpita en *El Insulto* y en el *Dabantanje*; recuerde que en nuestra historia, esa historia es de virilidad a prueba de desastre, y se convencerá de que, enfrente de los desafueros de hoy, nos mostramos menos implacables que enfrente a los desafueros de ayer.

En el pasado, la guerra a muerte, la guerra sin cuartel contra los generales españoles, duró cinco lustros; en el presente la campaña de ideas, la campaña de principios contra los gobernadores americanos no cuenta todavía cinco meses. A los generales españoles no nos aproximábamos nunca; a los gobernadores americanos nos aproximábamos tan amenudo, que ya la insistente súplica parecíanos rayana en la servidumbre voluntaria. Y el propio señor Díaz fué el primero en manifestar una repugnancia generosa, cuando era preciso subir las escaleras del *palacio imperial* de Puerto Rico; y en muchas ocasiones la subió el señor Díaz por la fuerza de las circunstancias y por los mandatos de la disciplina.

Library of Congress

Y si esto es así, ¿qué caminos quedaban abiertos ante nosotros? Si nos sometíamos y soportábamos el perpetuo desaire y aceptábamos la eterna preterición, ¿ganaba el partido *en sus intereses materiales* lo que perdía en su sentimiento de legítimo decoro? ¡Ah, señor Díaz! El partido no habría mejorado su posición, ya que Mr. Allen no se mostraba dispuesto a cumplir la ley y a ejercer la imparcialidad: los nombramientos de empleados *incondicionales* se hicieron a pesar de que pedían que se nombrasen otros tantos federales; la división territorial se hizo a pesar de que esforzaron los señores Diego y Camuñas, secundándoles el *Diario*, los temperamentos de templanza. Los exabruptos posteriores se habrían hecho de TODOS MODOS.

Existía un medio, EL UNICO, de compartir los favores del Poder: convertirnos al incondicionalismo, aplaudir la conducta de Mr. Allen, celebrar que se reemplace a profesores inteligentes de la isla con profesores ineptos del continente, que se llenen las oficinas de funcionarios exóticos, que no vinieran los millones que mandó devolver el Congreso, que se barriese a los puertorriqueños de los cargos retribuidos, que se aprobaran los compontes 291 de la policía insular, que se permitieron los abusos de las cortes de policía, que se formase el presupuesto a oscuras, sin discusión y sin examen; que se invirtiese el dinero de los contribuyentes en caminos que no son caminos, que se inmiscuyese el tesorero en negocios municipales, que se decretasen indultos como el de los guardias Itorrundo y Caballeira, que se decretasen excarcelaciones como las del guardia Arrufat, etc., etc.

A ese precio el partido Federal pudo obtener—si no lo rechazaban de nuevo—la mitad de los beneficios, la mitad de los mendrugos; a ese precio pudo obtener, por lo menos, la piadosa conmiseración de Mr. Allen. No los obtuvo; prefirió, como el armiño, retroceder ante el fango; se replegó en sus tradiciones de bizarra hidalguía y aquí está en pie y—ya lo decíamos el jueves—en MAS VENTAJOSAS Y CONVENIENTES POSICIONES que el partido republicano.

El señor Díaz es un hombre de honor; le conocemos a fondo, nos acompañó en los instantes más difíciles, le vimos en la vanguardia blandir su elocuencia castellana como blandiría un hijo del desierto su alfanje damasquino; le contemplamos en la Prensa levantarse con su acerada pluma FRENTE A LA OLA que subía y subía hasta ahogar nuestras esperanzas. El paladín de los derechos humanos, fogoso y altivo, esgrimía el verbo de la palabra lanzándolo a la manera que lanza Júpiter el rayo. Le teníamos a nuestra derecha y en sus manos flotaba el estandarte de la patria. ¿Era ese quijostismo?

No, no y siempre no; eso era patriotismo, eso era dignidad. Y eso no choca con la defensa de los intereses materiales, ya salvados, en lo fundamental, por el libre cambio y por la moneda. Puerto Rico, económicamente, está constituido sobre bases inmovibles para el porvenir: falta coronar la obra y constituirlo políticamente. Y no se constituye solicitando *la absolución* de que nos habla, por crímenes que no cometimos jamás: se constituye probando que tras nosotros hay un pueblo que no se doblega, que no se rinde, que reclama su derecho y que sabe, si es preciso, perecer en la demanda.

292

LA DEMOCRACIA Caguas, noviembre 26, 1900. LA DISOLUCION II

Para abordar el segundo de los argumentos que utiliza el señor Díaz Navarro, reproducimos dos párrafos suyos, Dicen así:

“No se le dió ni se le dará nunca a nuestra actitud su alcance propio y su propia significación y así no se me oscurece que ella trajo el que se pronunciase la sentencia de muerte del partido y el que comenzándose a ejecutar sea inútil hoy que nuestra colectividad forcejee, porque en nombre de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad, ejecutando la sentencia, atáronla como Prometeo a la roca del terruño con inquebrantables cadenas, y en sus generosos empeños para volver a la lucha por el regionalismo santo, no ha de conseguir otra cosa sino que cada vez ahonde más el implacable buitre en sus entrañas.

Library of Congress

“Esto seguirá así en tanto que creyéndonos, por la oposición que hacemos, *poco adictos a la nacionalidad americana*, se nos cierre el paso con el infranqueable muro de tan calumniosa sospecha que, con una pequeña solución de continuidad, opúsose sistemáticamente en cuatro siglos al indígena, no permitiéndole que en la vida pública se desenvolviese, sin que ante todo prestara juramento de someter en absoluto la conciencia y el derecho colonial a la conciencia y al derecho metropolitico.”

Resulta, pues, que se nos condena a muerte sobre la roca en que nacimos; que no hemos de conseguir otra cosa sino que se cumpla la sentencia y que ESTO SEGUIRA 293 en tanto que, POR OPOSICION QUE HACEMOS se nos crea poco adictos a la nacionalidad americana. Y resulta, además, como lógica consecuencia, que, para que SE CREA EN NUESTRO AMERICANISMO, es necesario suspender la oposición que hacemos. Las frases del elocuente orador federal no deben ser de otra suerte interpretadas. Dicen eso y no dicen más que eso. Y con eso no está conforme *La Democracia* ni lo estará tampoco la inmensa falange de patriotas en cuyo criterio se inspira *La Democracia*.

Si el gobernador, y los que rodean al gobernador, oyendo a nuestros adversarios y desoyéndonos a nosotros, *no dan a nuestra actitud su alcance propio*, ¿qué culpa tienen los federales de Puerto Rico? La conducta del partido desde el 18 de octubre de 1898 hasta el 26 de noviembre de 1900, es absolutamente diáfana. En todos los números de nuestro periódico aparece esta afirmación rotunda y sincera: QUEREMOS SER AMERICANOS; PEDIMOS QUE SE NOS PERMITA SER AMERICANOS. No hay uno solo de nuestros actos en que no se ratifique nuestro respeto a la soberanía de los Estados Unidos; y en el instante más difícil de la historia contemporánea del país, cuando nuestro jefe regresaba de Wáshington, pronunció el discurso que hoy se reproduce y que no puede ser msá claro ni más patriótico.

Americanos con el general Brooks; americanos con el general Henry, americanos con el general Davis, americanos con el gobernador Allen, la nota americana fué siempre

Library of Congress

nuestra nota dominante. La plataforma federal, escrita por nuestro jefe, y votada en asamblea, contiene estos artículos:

“2.º El partido Federal declara que acepta y aplaude el hecho de la anexión, consumado tras la guerra, considerando que Puerto Rico será un pueblo próspero y feliz a la sombra de la bandera americana y al amparo de las instituciones federales.

180. El partido Federal afirma su fe en la tradición y en el carácter del pueblo americano, y en él confía, tanto como en el esfuerzo del pueblo insular, para hacer de Puerto Rico un emporio de riqueza y de cultura, sobre el 294 cual flote PARA SIEMPRE el pabellón de los Estados Unidos.”

A los tres gobernadores militares prestó su concurso el partido Federal por medio de sus hombres más prominentes: Hernández López, Acuña, Díaz Navarro, Carbonell, Camuñas, Muñoz Rivera, sirvieron las Secretarías del despacho y obtuvieron manifestaciones de alta simpatía al retirarse. Cuando llegó a estas playas Mr. Allen, se le recibió con júbilo, se le elogió en la Prensa, se le visitó en su bufete, se le ofreció el auxilio de la colectividad. Y ese auxilio se convirtió en hechos prácticos, no ya por el aplauso público, sino también por la presencia de nuestros compañeros Román, Carbonell y Camuñas en los *boards* de beneficencia, caridad y enseñanza.

Deseamos ser ADICTOS al Gobierno; pugnábamos por evitar la oposición. Y sólo nos decidimos a combatir con franqueza a Mr. Allen aquel día triste en que el Consejo, al realizar una división absurda del territorio, declaró la guerra al partido Federal. Se arrojaba el guante al hemicycle. Y no el jefe, sino el Comité ejecutivo, y no éste solo, sino el Directivo, y no éste solo, sino la Asamblea, se aprestaron a DEFENDER SU VIDA, respondiendo con dignidad a la agresión gratuita, condenando el nunca visto despojo y disponiéndose no a implorar misericordia, ni a doblar la rodilla bajo el azote, sino a erguirse y a luchar según luchan los hombres y los pueblos a quienes la arbitraria tiranía flagela en el cuerpo y en el alma.

Library of Congress

¿Se nos condena a muerte? Y bien nosotros RESOLVEMOS NO MORIR. A muerte nos condenaron el general Sanz, el general Pulido, el general Laportilla, el general Lasso, el general Despujols, el general Dabán y el general Palacio. Los patricios puertorriqueños marcharon al destierro, poblaron las cárceles, cubricron las multas, y resistieron siempre. Hay una epopeya escrita con los heroicos sufrimientos de Acosta, de Goico, de Baldorioty, de Celis, de Corchado; hay un poema escrito con las plumas vibrantes de Marín, de Padial, de Salvador Brau, de Arturo Córdova, de Ruiz Quiñones, de Abril y de Muñoz Rivera. Sanz y Despujols, Pulido y Palacios nos gobernaban CON EL SABLE del despotismo europeo; y no 295 lograron nunca estirpar el pensamiento de la libertad en el cerebro de la patria; y frente a ellos, se levantó a todas horas la protesta; y *contra su voluntad y su propósito* resistió aquí un partido, reformista, asimilista, autonomista en la denominación: regionalista en el carácter. ¿Va a seguir Mr. Allen, que nos gobierna CON LA LEY DE UNA JOVEN DEMOCRACIA, lo que no consiguieron sus sombríos predecesores? ¿Hasta tal punto piensa el señor Díaz Navarro que decayó en los corazones insulares el santo amor a los derechos del terruño? ¿Hasta tal punto son flacas y cobardes la generación que nos rodea y la juventud que nos sigue?

Nadie en el mundo es bastante fuerte para matar los sentimientos inmortales. Y el partido que encarne esos sentimientos, el de la libertad, el del honor, el de la patria, es inmortal como ellos y como ellos perdurará por encima de las imputaciones falsas y de las sentencias injustas.

Mr. Allen representa al imperialismo americano; no al pueblo americano. Y ahora, en los días presentes, el 23 de noviembre, decía un ilustre proscrito puertorriqueño, Eugenio María de Hostos, en *La Correspondencia*:

“Interpretando de un modo profundísimo la situación actual del pueblo americano, se acaba de decir: “Mac Kinley is the very best impersonation of fatality.” “Mac Kinley es una verdadera personificación de la fatalidad”, para dar a entender que el representante del partido republicano representa y personifica también una tendencia fatal de los pueblos

fuertes en un momento de su desarrollo. Es indudable que la parte sana del pueblo americano no habría flaqueado en donde flaqueó la parte enferma; pero el hecho es que la parte enferma es la que ha dispuesto de la dirección del pueblo americano en el momento fisiológico de su desenvolvimiento de actividades, fuerzas y designios; y que de ese predominio de los peores representantes del espíritu americano ha resultado el robo de la soberanía de Puerto Rico.”

La parte enferma pasará; la parte sana vendrá. Acaso Mr. Mac Kinley, ya seguro por cuatro años en la Casa Blanca; ya libre de egoístas influjos, ya cuidadoso de su 296 nombre y del prestigio de su obra, rectificará los rumbos de su política. Nosotros lo esperamos. Pero si no los rectifica, el pueblo americano recogerá su tradición augusta, y hará justicia a las colonias, americanizándolas por la solidaridad eterna del afecto y por la profunda identidad de las leyes y de las costumbres.

Entre tanto, para exigir que esa solidaridad y esa identidad se cumplan en la historia, aquí está el partido Federal, libre de culpas y de responsabilidades; fuerte en su extensión legislativa y administrativa; grande por sus negaciones legendarias, y más grande y más fuerte y más libre en el porvenir por la simpatía y por el apoyo del pueblo americano.

297

LA DEMOCRACIA Caguas, noviembre 27, 1900. LA DISOLUCION III

Y entrando ya de lleno en *lo esencial*, en lo que llamaríamos nosotros alma mater de su actitud, traza el ilustre tribuno, a quien contestamos, éste período, elegante como suyo, pero deleznable como todo lo que se funda en esfuerzos de la imaginación y no en mandatos de la realidad:

“Tras el retraimiento del partido autonomista, que nada pudo conseguir con nuestra actitud de hoy, que fuera suya, surgió el partido Federal con el pacto omnipotente. Pues tras el retraimiento y la disolución del partido Federal, que venga un nuevo partido que con procedimientos algo más dúctiles y menos espartanos, y plataforma distinta,

Library of Congress

demuestre que el regionalismo, por nosotros con tanto amor defendido, no implica desafección a la metrópoli, sino convencimiento profundo de su virtualidad poderosa para dejar a salvo contra todo evento los intereses propios y peculiares del terruño y respeto acendrado a la propia Constitución de Wáshington, que tal principio consagra. De ese modo, en el porvenir, tal vez los réprobos, los malditos, los federales de hoy *serán absueltos.*”

El retraimiento no es la disolución. El partido autonomista, retrayéndose, conservó su fuerza y pudo hacer el pacto: el partido autonomista, disolviéndose, habría entregado el país a los *incondicionales* de Villar y de Egozcue, 298 de igual manera que lo entregaría hoy el partido Federal a los incondicionales de Egozcue y de Barbosa.

El señor Sagasta encontró aquí una agrupación histórica, con su programa en fórmulas precisas, con sus jefaturas en ejercicio, con sus Comités resueltos a secundar la obra colectiva, con sus muchedumbres compactas y robustas, con sus periódicos inteligentes y llenos de entusiasmo por la vieja causa del Gobierno propio. El estadista español tuvo un elemento en que apoyarse sin temor a las eventualidades de una organización de *nueva planta*.

Mr. Bryan, si sube a las esferas del Poder, o Mr. Mac Kinley, si cambia de política en las colonias, encontrarán también la misma agrupación, y el programa, y la jefatura, y los Comités, y los periódicos, con el prestigio de las ideas que lograron arraigar en la conciencia pública por una raigambre muy honda y muy firme. Y el estadista americano tendrá un elemento en que apoyarse sin temor a las eventualidades de una organización de *nueva planta*.

El señor Díaz Navarro quiere que se forme UN PARTIDO, con LOS REPROBOS, CON LOS MALDITOS, con los hombres que militan en el partido Federal; pero, eso sí, *con procedimientos algo más dúctiles y menos espartanos y con distinta plataforma*. De suerte que los procedimientos de ahora son poco dúctiles y en demasía espartanos.

Library of Congress

Entonces, ¿por qué los acordó el Comité ejecutivo *antes de que se pusieran en práctica*? ¿Por qué los aprobó el Comité directivo al comunicársele en sesiones solemnes? ¿Por qué los sancionó la asamblea por el voto unánime de sesenta y cuatro pueblos?

¡Ah, señor Díaz! Porque los federales sabían que estaban agotados los recursos de la templanza, porque veían hasta qué punto se llevaron los propósitos benévolos y conciliadores, porque comprendían que a las torpes injusticias del Gobierno era preciso responder colocándonos nosotros, contra nuestro gusto, en el campo de oposición franca y digna, porque no se resignaban a transigir con los atropellos que bajaron de la Fortaleza contra el partido Federal. No asomó, ni en el Comité ni en la asamblea, 299 la menor discrepancia. Un solo anhelo palpitaba en todos los patriotas, un solo móvil nos unía en el sacrificio, una sola voluntad nos sostenía en el combate. Ibamos a luchar por la amada tierra nativa, íbamos a impedir que prevaleciese el derecho brutal de la conquista sobre el derecho natural del nacimiento, y pretendíamos que Puerto Rico, siendo para siempre una isla americana, fuese también para siempre una isla puertorriqueña.

¿Han de rectificarse esas ideas? ¿Han de rectificarse esos impulsos? No será mientras alienten nuestros corazones, no será mientras quede un soplo de patriotismo en nuestras almas, no será mientras se alce una tribuna resonante, y en esa tribuna el señor Díaz Navarro para empujar al pueblo hacia la lucha por sus generosos ideales; no será mientras quede una hoja de papel y en esa hoja nosotros para mantener el culto de la dignidad bajo la bóveda del infinito, fuera de los templos que erige la tiranía para ofrecer a sus dioses en holocausto el cadáver gigantesco del partido Federal: no será nunca.

Opina el señor Díaz Navarro que *debe venir un nuevo partido*, ya que de tal guisa los *réprobos, los malditos, los federales*, **QUIZA** serán absueltos. Nosotros, que no hemos pecado, tenemos el noble orgullo que hace falta para desdeñar la *absolución*, si es segura; y si es problemática, si se le antepone un **QUIZA** dubitativo, entonces tenemos la

Library of Congress

previsión que hace falta para no arriesgarnos al ridículo, llevando a la zaga una falange que nos pediría cuentas del desastre en que no supimos defenderla ni preservarla.

El Poder que oprime a Puerto Rico ansía destruir el partido Federal: es lo único que estorba la absorción rápida y completa. Y leerá con no disimulada satisfacción los planes que esboza el señor Díaz Navarro, porque esos planes representan el triunfo fácil de Mr. Allen y de sus consejeros diminutos. Y nosotros, que recibimos golpe tras golpe, en la división territorial inicua, en la ley lectoral estulta; nosotros ¿nos dispondremos a ofrecer a nuestros verdugos EL PREMIO de su nefanda labor mil veces maldita?

El argumento se vuelve contra el escritor que lo emplea. 300 Si el Gobierno condena a muerte al partido Federal y desea que sucumba cuanto antes, ¿puede el partido Federal, doblando la rodilla, presentando el cuello a la seguir mortífera, sometiéndose a la decapitación voluntaria, convertir en tarea fácil lo que será tarea imposible si tropieza con nuestra enérgica y varonil pereseverancia?

Y si eso no basta, ¿cree el señor Díaz que un nuevo partido—en el caso de que se forme y de que *dulcifique* sus procedimientos—alcanzará más de lo que alcanza el partido Federal?

Oiganos nuestro querido correligionario, a quien una vez por todas reitera *La Democracia* sus hondas simpatías. Oiganos con su atención de jurisconsulto avezado a los debates de la Prensa como a los debates del foro: para que el Gobierno, *dentro de la política que predomina hoy en Wáshington*, nos conceda una participación idéntica a la que disfrutan nuestros adversarios; para que reparta *entre ellos y nosotros* las escasísimas mercedes que se reservan a los insulares, exigirá un *incondicionalismo* tan servil como el que ellos practican. De otra suerte se quedará *con el que más le adule*. Esto no lo harán los federales. ¿Y para qué el nuevo partido? ¿Para perder las posiciones ventajosas que nos da el retraimiento? ¿Para volver a la Fortaleza en la actitud del que se arrepiente y suplica? ¿Para que en la Fortaleza le brinden una estéril cortesía, mientras dan a los

Library of Congress

aduladores lo poco que se da todavía a los puertorriqueños? ¿Para morir entre las burlas de la opinión cuando se podía resistir entre los aplausos del mundo? ¡Ah! Nosotros respondemos de que no es a ese abismo que dirige su mirada escrutadora el señor Díaz Navarro.

Cuando cambien los vientos que reinan en el Capitolio de Wáshington, cuando Mr. Allen, o su sucesor, porque él se marcha pronto, reciban instrucciones menos estrechas, el partido Federal no será un obstáculo. Y si el Gobierno, que procedió mal, *adopta procedimientos más dúctiles*, a la Fortaleza iremos, y en la Fortaleza informaremos, *sin necesidad de las Cámaras*, porque las Cámaras no son nada y en el Gobierno se hará *lo que quiera el gobernador*. Y si tampoco para ir a la Fortaleza, el 301 día que resulte digno el viaje, se impone un *trueque de nombre y de plataforma*, ¿a qué ese partido nuevo con que sueña el señor Díaz Navarro? Y ¿a qué la disolución que con tantos bríos predica y aconseja?

“Nuestras huestes—palabras del señor Díaz Navarro—nutridas, se juntan, se aprietan, se unen para darle vida a una colectividad espléndida por la calidad y la cantidad de los que la componen. El entusiasmo ante los obstáculos, los reveses y las persecuciones no decae. Hoy se siente el federal más ungido que nunca con el óleo santo del regionalismo que defiende. Nuestros Comités funcionan sin desmayo. La vida robusta bulle en el organismo.”

¿Y mataremos *un organismo en que la vida bulle robusta*, para crear un engendro raquítico y pobre, que PIDA LA ABSOLUCION PARA LOS REPROBOS, PARA LOS MALDITOS, PARA LOS FEDERALES? El señor Muñoz Rivera anunció el 15 de noviembre su renuncia al Comité ejecutivo de Río Piedras. Si asomara el espectro de la disolución, se mantendría en su puesto, conservaría en sus manos la bandera federal y llevaría al partido a las grandes victorias que le aguardan, como lo llevó a victorias más difíciles en tiempos de más amarguras y crueles desventuras.

LA DEMOCRACIA Caguas, noviembre 28, 1900. LA DISOLUCION IV

“Si no es posible hoy a la entidad partido rectificar procedimientos que su decoro le impuso, paréceme que el obstáculo no es el jefe ni los que le rodeamos, sino la colectividad entera; y es ésta la que debe dimitir, la que en vista de ello debe disolverse.”

Ya hemos expresado nuestras opiniones terminantemente opuestas:

- 1.º A la más leve rectificación de los procedimientos que *el decoro* impuso y que el *decoro impondrá* mientras no rectifique los suyos el Poder.
- 2.º A la disolución de una fuerza política, cuyo programa es profundamente lógico y práctico, por complacer a los exóticos que ansían destruirle.

Si procedemos por mandatos del decoro, y si el señor Díaz Navarro lo reconoce y lo afirma, ¿cabe rectificar nuestra conciencia y proclamar mañana digno y noble lo que hoy estimamos innoble e indigno?

Si la nueva colectividad se nutre, de una manera exclusiva, con *los federales*, ¿cómo esos federales han de autorizar mañana una actitud que desautorice la actitud que hoy creen honrosa y justa?

¿Es éste acaso un partido que se inspira siempre en el criterio del que manda y que se plega dócil a la voluntad ajena, aun cuando esa voluntad pugne por anularle en la lucha dentro de las leyes?

¿Basta que un gobernador pronuncie el DISOLVEOS 303 para que las frentes se rindan humilladas, y los labios se agiten convulsos, y las almas trémulas se dispongan al espontáneo y repugnante suicidio?

Nosotros evocamos el recuerdo del 87. Las cárceles llenas; la Guardia civil cabalgando por las ciudades y los pueblos; el *componte* destrozando los miembros de cien víctimas;

Library of Congress

los periódicos reducidos a silencio; la isla bajo el terror que lograron infundir con las culatas de sus tercerolas los dragones de Aibonito; en los castillos los jefes autonomistas y entre ellos el más grande, el más ilustre de los patriotas: Baldoroty.

Pues bien; cuando los hombres temblaban y las mujeres lloraban, y en la atmósfera se sentía correr hábitos de muerte, y la esperanza parecía huir, y la soldadesca se convertía en árbitra sañuda, y no existía ni el seguro de la libertad ni la sombra del derecho, un emisario se acercó a Baldorioty y le propuso LA DISOLUCION. Aquel mártir se alzó en la celda con estóica energía, extendió la diestra con ademán sublime y prorrumpió en estas frases:

“Nunca: me cortaré la mano antes que subscriba tanta mengua. Si los hombres se van, sostendré el partido autonomista con las mujeres y los niños. Es mi última palabra.”

Tras la prisión de Baldorioty llegó la excarcelación de Baldorioty. Pasó el tiempo, se reanudó la protesta, otras víctimas sufrieron y cayeron bajo el carro de los Césares y al fin amaneció una mañana, la del 11 de febrero de 1898, en que la autonomía, transformándose de programa de un partido en constitución de una colonia, colorcó con los arreboles del triunfo la bandera que el anciano insigne supo mantener entre el brillo siniestro de las bayonetas en las noches lúgubres de su glorioso carcelaje.

Un pueblo que tiene rasgos así en su historia de angustia y de lágrimas no caerá jamás de rodillas en la antesala de los déspotas. Podrá venir otra vez la tortura, podrán abrirse los castillos, y dictarse los úkases para el destierro, y desenvainarse las espadas, y redoblarse los castigos; podrá crearse la alternativa de la disolución 304 o el cadalso, y nosotros no firmaremos la disolución. Pero téngase en cuenta que los Estados Unidos no son España y que las cobardías del 87 no se repetirán por mucho que Egozcue y Barbosa nos denuncien, según Infiesta y Egozcue nos denunciaron, como rebeldes y traidores.

Library of Congress

Y pues el partido rechaza la disolución, queda EL OTRO PUNTO, el de la renuncia del jefe.

Las debilidades se multiplican: un federal en Humacao admite que las culpas de la demagogia se repartan y se distribuyan; un federal en Guayama se inhibe porque *no quiere romperse la cabeza contra un muro*; los federales de Bayamón, de Dorado, de Toa-Alta, de Corozal, ceden a la violencia de igual suerte que los juncos ceden al soplo del terral; los federales de San Juan y de Ponce no vigilaban los colegios donde menudearon los *pucherazos*; diríase que el dulce bienestar de las gentes timoratas pide un sacrificio: el sacrificio del jefe a los odios de sus enemigos.

Y nada más factible. El señor Muñoz Rivera debe despojarse de la investidura con que le honró la confianza de su pueblo; ocupar el último sitio en las filas, combatir soldado con los propios ímpetus que combatió capitán; seguir ofreciendo a su patria lo único que le queda: su brazo y su cerebro, y rodar después en la prisión que se abre para que así se consume la epopeya de una vida que se consagró sin interés a la defensa de una causa heroica.

El artículo del señor Díaz Navarro anticipa el problema. Y nosotros celebramos esas circunstancias. Y el partido ha de meditar y resolver. No toca esto a los prominentes de la capital; toca a los Comités y a la asamblea locales de la capital y de la isla, que responderán pronto a la consulta plebiscitaria y que decidirán con sus sufragios la suerte de su país.

El señor Muñoz Rivera es un átomo de los cien mil que por una ley de yuxtaposición componen el partido. Si es útil prescindir de su jefatura—y nosotros así lo establecemos del modo más rotundo—, prescídase de una vez y elíjase al compatriota que ha de reemplazarle; eso es 305 lo que indica la conveniencia, eso es lo que impone la necesidad, y con eso se complacerá y se servirá, en parte, los designios y las ansias del egregio gobernador.

El partido no se disuelve; el partido continúa en pie; HACIENDO LA OPOSICION QUE HACE, manteniendo LOS PROCEDIMIENTOS QUE EL DECORO LE IMPUSO; porque si así lo acuerda—como lo acordó el 30 de septiembre—, la nueva jefatura procederá, según procede la jefatura actual, respondiendo al dictamen colectivo y sometándose a la disciplina obligatoria.

En tanto que se nos trate como se nos trata, en tanto que el BILL FORAKER, deficiente y mísero, sea más mísero y deficiente por las continuas violaciones de su textó y del espíritu que lo informa; mientras se pretenda trocar a la minoría en mayoría y vice-versa; mientras se invada la isla con funcionarios ineptos de toda ineptitud o parciales de toda parcialidad; mientras los maestros vivan sometidos al capricho de un comisionado de enseñanza y los contribuyentes a los caprichos de un tesorero incapaz; mientras la justicia ande en manos de unos imberbes mamelucos, y las obras públicas en manos de unos pobres capataces; mientras el Gobierno se rinda, no al que mejor le aconseje, sino al que mejor le adule y le engañe, el partido Federal, retrayéndose, pero levantando la fusta vengadora, estará en las cúspides del Aventino y rehusará manchar su túnica con el fango sangriento del Capitolio. **20 CAMPAÑAS I**

306

LA DEMOCRACIA Caguas, noviembre 29, 1900. LA DISOLUCION V

He aquí el resumen de nuestros artículos anteriores:

- 1.º El partido Federal: fué a la oposición porque no pudo evitarlo y fué contra su gusto manteniendo su decoro.
- 2.º El partido Federal: resiste a los que se proponen destruirle y ejerce el derecho de defender su existencia.
- 3.º El partido Federal no cambia de nombre ni de programa, ni pide, ni acepta absoluciones por faltas de que no pueda acusársele.

Library of Congress

4.º El partido Federal: es americano por su plataforma, por sus actos, por los discursos de sus jefes y por la propaganda de sus periódicos.

5.º El partido Federal: no se disuelve ni rectifica sus procedimientos, porque hoy los estima tan justos y tan necesarios como antes.

6.º El partido Federal: prestará su concurso al Gobierno tan pronto como el Gobierno adopte una política más recta y más americana.

7.º El jefe del partido Federal debe ser sustituido por cualquiera de los ilustres correligionarios que merecen ocupar la jefatura.

Eso pensamos, eso escribimos, eso será lo que se someta al veredicto supremo del partido Federal. Y cuando él hable acataremos su fallo y lo cumpliremos sin reserva.

Quisiéramos cerrar nuestro estudio. Y, no obstante, es preciso combatir con nuevas razones la disolución.

307

¿Por qué causas es admisible que se disuelvan los partidos políticos? Por dos causas no más: la pérdida de toda esperanza en las garantías legales para el ejercicio del derecho, o el profundo convencimiento de una impotencia absoluta para actuar en la política y practicar los principios de un programa.

¿Se da hoy alguna de esas dos causas? Lo negamos, sin que nadie pueda sostener la tesis contraria.

Violada la ley en los últimos comicios, roto en pedazos el *Bill Foraker*, agotados los recursos del Gobierno contra las candidaturas federales, eclipsáronse *las garantías para el ejercicio del derecho*, y de ahí el retraimiento.

Library of Congress

Pero el eclipse es momentáneo. Y sobre el Gobierno quedan el pueblo y el Congreso de los Estados Unidos, que repartirán justicia y restablecerán el imperio de la ley.

Por lo demás, y en lo que toca *al convencimiento de una impotencia absoluta*, el señor Díaz Navarro, que solicita la retirada, confiesa que “los Comités funcionan, que la cohesión es firme, y que los federales se sienten más que nunca unidos con el óleo santo del regionalismo.”

Entonces, ¿a qué pensar en la muerte, que al fin es *lo peor que ha de ocurrirnos*?

Se argüirá que un gobernador nos odia, que un Consejo nos ataca, que un presidente nos repudia; que las tres entidades en consorcio nos calumnian y nos hostilizan.

Y bien: ¿tan entecos y tan flojos nos sentimos que no nos es dable dejar allá, quieta y sola, a esa híbrida trinidad consagrándonos: aquí a conservar incólume el culto de la patria; en Wáshington a trabajar para que se apresure el día de las inevitables reivindicaciones.

¿Desde qué fecha parten *nuestras desgracias*? ¿Qué grandes y pavorosos sacrificios nos cuesta la actitud del partido? ¿Qué esfuerzos de voluntad y de constancia empleamos para derrotar a nuestros adversarios?

La fecha es muy reciente: a penas se cuenta por semanas. Los esfuerzos y los sacrificios... ninguno. Ni siquiera el *meeting* en las calles; ni siquiera el desembolso en las colectas.

308

Hay un solo federal acorralado por sus perseguidores, arruinado por las turbas, amenazado en su seguridad y en la de su familia, y ése levanta la cabeza, blande su pluma, se convence de que aún le queda algo que dar a Puerto Rico, y vota por la lucha a todo trance y quiere que se le reserve el rincón postrero en las compactas filas.

Library of Congress

Abrase la historia contemporánea: la historia de las guerras intestinas y de las contiendas parlamentarias. La historia nos dice que los nacionalistas irlandeses, afrontando una batalla que parece estéril, se empeñan con O'Connell en la reforma agraria: avanzan con Parnell a la autonomía regional, persisten aún en sus campañas homéricas y nada consiguen. *Y no se disuelven.*

La historia nos dice que los republicanos españoles y portugueses surgen hace diez lustros a la controversia, brillan y deslumbran con Castelar y con Magalhaes Lima; se unen, se dividen, se fraccionan: todo inútil, no llegan jamás a las cumbres de su ideal magnífico. *Y no se disuelven.*

La historia nos enseña que los orleanistas y los bonapartistas franceses, proscritos del Poder tras la guerra amarga del 70, forman dos falanges para derribar la República e instaurar la Monarquía; y la Monarquía no se instaura; y la República no da muestra de flaqueza; y siguen esperando; y siguen combatiendo. *Y no se disuelven.*

La historia nos enseña que los nihilistas rusos, lanzados al fondo de Siberia, perecen por el escorbuto entre las nieves perpetuas y ven con infinito duelo al Czar cada día más alto, al trono cada día más robusto. Transcurren los tiempos y se suceden los *úkases* proscriptores y continúan los héroes dando su sangre por las franquicias constitucionales, y matan, y sucumben. *Y no se disuelven.*

La historia nos presenta a los demócratas americanos, vencidos una vez y yendo a las urnas; vencidos otra vez y volviendo a las urnas; vencidos de nuevo y declarando que en el próximo período acudirán a las urnas y medirán sus bríos con los de sus contrincantes, y lograrán el triunfo, que se debe al rigor de esos modernos vástagos de Roma. Y a pesar de los reveses duplican su entusiasmo, 309 aguardan su vocación, tienen fe en su destino. *Y no se disuelven.*

Library of Congress

Y nosotros, los federales de Puerto Rico, que todavía con el general Davis llevábamos tres secretarios al Gabinete; que todavía con Mr. Allen llevábamos tres correligionarios a los *Boards*; que protestamos y resistimos desde agosto a noviembre, ¿nos cansaremos ya de *tanta fatiga*; dudaremos de nuestra propia vitalidad; arrojaremos con desánimo infantil nuestra armadura de combate; suplicaremos una tregua menguada; nos declararemos en fuga vergonzosa?

¡No, vive Dios! Los federales esperan y confían y antes que rendirse a discreción pugnarán medio siglo, un siglo entero para salvar a su isla y para probar que son hombres como todos los hombres, valientes, intrépidos, ardorosos; que constituyen un pueblo como todos los pueblos, activo, varonil, rebosante de juventud virgen y de virilidad no degenerada.

Compañero de las épocas felices, amigo de las épocas infaustas, jurista, escritor, tribuno y, sobre todo, patriota de pensamiento y de sentimiento; Díaz Navarro, en fin: recoged la gallarda, péñola, culminad la palabra vencedora y aprestaos a la lid por el nombre de la patria. No sois de los que retroceden y vacilan, no sois de los que envainan el *alfanje damasquino*; sois de los que afrontan el riesgo cara a cara. Y si el huracán arrecia, y si la mole aplasta, la desafiáis sereno, dominándolos y burlándolos con los recursos de una imaginación rica y fecunda como la tierra en que nacimos; tierra infeliz que ha menester, hoy más que nunca, el corazón y el cerebro de sus hijos.